

JAVIER CID

LLAMARÁS UN DOMINGO POR LA TARDE



PLAZA  JANÉS

JAVIER CID

**LLAMARÁS UN
DOMINGO POR
LA TARDE**

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Carlos Parra Soler

Era de cama alegre y orgasmos pedregosos y atribulados, y un instinto para el amor que no parecía de ser humano sino de río revuelto.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,

Vivir para contarla

1. MORIRÉ UN MARTES

Me miro en el espejo y siento frío. Pero no es un frío romántico como aquel que cosía a los poetas famélicos en Montparnasse; es, sin más, un frío de cojones porque es otoño, se cierne sobre el oeste una ciclogénesis con nombre de mulata y la caldera prehistórica de mi apartamento acaba de morir. Y yo ni soy poeta, ni padezco hambrunas, ni estuve jamás en Montparnasse pues París me cogió siempre con prisas.

Es martes, un día como cualquier otro de no ser porque las desgracias suelen sacudirme en los primeros acordes de la semana. Un martes sin luna, a la hora exacta en la que moría John Wayne, mi madre me arrojaba al mundo en un paritorio que hoy es una clínica veterinaria; un martes, también, la banda del Chino me daba una paliza en el barranco de las Chicharras al caer la tarde, desvirgándome así en los sinsabores del mariconismo; y será un martes, justo cuando los relojes marquen las nueve y cuarto de la mañana, cuando habré de morir para siempre, pues así me lo anunció en La Habana Vieja un barbero que leía el porvenir según la geometría de las cejas, y resultó que por entonces yo

era un adolescente de hormonas descalabradas que cultivaba la mirada tosca de Frida Kahlo.

Me acomodo frente al espejo, pues, en este martes de otoño desmedido. Me concentro en llorar, pero descubro en el cristal unas salpicaduras de pasta de dientes que me despistan. Pienso en cebollas y en Maria Callas, en *Los puentes de Madison*, en refugiados sirios, en *Los funerales de la Mamá Grande...* pero las lágrimas no llegan. Al fondo, en un bucle infinito de Spotify, suena una canción de reggaetón lento que tararea un mantra colombiano de culos sofocantes. Cansado de esperar lo inesperado, salgo del baño y compruebo que la pizza no se quema en el horno. Es una pizza tremenda, cargada de metralla hipercalórica, balsámica, prohibitiva, cuya ingesta me llenará de remordimientos y de grasas mortíferas, pero también me aliviará el berrinche. Mientras le doy un último golpe de calor, reviso los comentarios que apuntalan mi estado de Facebook, una crónica sobre mi enésimo fracaso, y un instante después reviso los *likes* a mi última foto en Instagram, un esmerado selfie en el que me muestro sin camiseta, forzosamente triste y con ojos trágicos, como de perro grande.

Es esta mi liturgia de cada desengaño, que repito escrupulosamente cada vez que un varón me despacha con un traspies o con un wasap, que es como se fumigan hoy los amoríos. Habría de remontarme a aquella vez, recién abandonado, en la que rompí a llorar en un probador de ropa en la Gran Vía, y me vi tan sexy ahogado en lágrimas que desde entonces procuro echar un llanto cada vez que estreno soltería. Siempre en martes. Siempre en la intimidad alicatada del cuarto de baño. Igual que los cerdos revolcándose en sus propias heces, presos de su instinto terco y primitivo, yo también encuentro cierto placer sádico en contemplar mi sufrir. En todas mis rupturas, incluso las bregadas en pasiones de una sola noche, traté de encontrar un hueco en mi agenda para flagelarme. Y es que en los algoritmos del desamor cada persona

tiene sus manías; algunos se cuecen a barbitúricos o se tiran a las vías de la línea 5, y yo solo me busco en el espejo, escucho una y mil veces la misma canción mortecina y me doy un paseo algo escaso de ropa por las redes sociales, que son la curia cachonda del siglo XXI. Pues de qué sirve que te abandonen, con lo que consume, si no se puede compartir el dolor en tiempo real con el resto del mundo.

Pero de todas las costumbres que he hecho más cuando enfrento algún duelo, hay una que me mortifica especialmente: viajar en tren. Cada martes que me dejaron pude haber escrito un par de versos o emborracharme a tequilas, que es lo que hace la clase media. Pero siempre preferí los andenes. Si la ruptura me pilló sin blanca hube de conformarme con huir un par de horas en un tren de cercanías, lo justo para regresar a tiempo para la cena. Si acaso tuve la suerte de tener dinero ahorrado —las menos de las veces— celebré mi desamor a todo trapo, pues desde los raíles de alta velocidad las penas pasan más deprisa. Es allí, a bordo de un vagón, donde tantas veces convoqué a mis demonios, que son legión. Y si en un arrebató de nostalgia echo la vista atrás, descubro que los trenes tienen mucho que ver con los peores momentos de mi vida.

* * *

En un Intercity que cubría el trayecto entre Atenas y Alejandrópolis, durante un verano iniciático en el que me entró una neurosis estúpida por conocer mundo, un bandido de poca monta me robó la mochila y me desbarató las vacaciones. Fue aquella mi primera aventura como mochilero inmundo y harapiento, como recién salido del Festival del Maíz en Texas, y también fue la última; desde entonces viajo con el desodorante en regla y mi trolley expansible de cuatro ruedas, así tenga que cubrir no más de cien kilómetros. Había estado

guardando dinero durante meses en mi caja de hojalata de las cosas importantes, y cuando dispuse de la cantidad suficiente para ir a Grecia, así, sin más, fui a Grecia. Al tercer día, o acaso fue al cuarto, conocí a los pies del Partenón a un polaco de ojos azules y tremendos, tan azules y tan tremendos que le bastaron dos aleteos de pestañas para que le acompañase a las playas de Tracia. Yo ni siquiera sabía dónde quedaba aquello, pero me contó que allí desembarcaban los pescadores de la isla de Samotracia, y me pareció tan exótico, tan rezumante de mitología, tan deliciosamente sudoroso, que me subí al maldito tren sin pensármelo mucho. Como el polaco apenas articulaba inglés, matamos el tiempo en un silencio bobo en el que él seesteaba y yo le miraba ensimismado como una colegiala. En los ratos en que despertaba del letargo, señalábamos por la ventanilla el paisaje de olivos apocalípticos y comíamos saganaki, que es un queso frito de burbujeantes calorías.

Ni siquiera me dio tiempo a confesarle que era el hombre de mi vida; durante una parada técnica en un apeadero donde nadie subió, me ofrecí a comprar agua en la cafetería del último vagón; al regresar con dos botellas fresquitas el hijo de la gran puta se había esfumado con mi mochila. Cuando quise bajar y darle el alto el tren se puso en marcha, y solo me dio tiempo a verle escapar con mi equipaje y el puto saganaki. No dudo de la belleza del instante, con el tren reanudando su marcha a través de un terruño cuajado de dioses y leyendas, y con un esbeltísimo polaco huyendo hacia ninguna parte. Pero la odisea de comisarías y consulados que vino después, cuando me vi en Alejandrópolis desvalido y sin blanca, con no más que dos botellas de agua y unas bermudas, todavía me estremece. Ningún matasanos me lo adivinó nunca, pero yo sé que desde entonces padezco la maldición del Olimpo.

En otra ocasión, en un coche cama con destino a París-Austerlitz, intimé íntimamente, que es como íntimo yo en la intimidad, con un francesito que venía de hacer surf en alguna playa pija del sur de Francia. En lo que nos

acomodábamos en nuestras respectivas literas y me contaba los engranajes de la ola perfecta, la noche se fundió tras los cristales. Y yo no sé si fue el traqueteo del tren, o acaso la ensoñación de la campiña que imaginábamos afuera, bajo una luna que también imaginábamos porque la oscuridad era total. Pero el caso que pasamos de las olas a las nalgas, y terminamos revolcándonos en la estrechez de mi litera como dos bestias a punto de estallar. Tras el furor de aquel sexo de salivazos y contorsiones no tuvimos más remedio que quedarnos dormidos. Y en lo que yo nos soñaba desbocándonos de amor en el Sena, dedicándonos breviaros de amor en servilletas de papel en cualquier bistró de Le Marais y emborrachándonos como furtivos en Trocadero, y así hasta el infinito, el tren llegó a París. Cuando abrí el ojo, el surfista no estaba en mi litera. Tampoco en la suya. Envuelto en legañas, recorrí todos los vagones como un perro sabueso, sacudí los colchones con angustia, revisé cada centímetro del convoy preso de un síndrome de abstinencia que no conocía. Nunca más volví a verle. Y todavía hoy, cuando me enzarzo en su recuerdo, a veces pienso que solo lo soñé. Y hasta dudo si alguna vez estuve en París.

Yo jamás gané nada en la ruleta esta del vivir; ni en la tómbola, ni a cara o cruz, ni en el cambalache de la lotería. Tan solo una vez, quizá por error, una asociación de exiliados cubanos me dio un premio por un relato que había escrito; venía yo de partirme el corazón y la camisa en La Habana durante unas vacaciones y mi texto, un delirio de sexo y drogas en el Malecón, se llevó el galardón. Me ofrecieron un billete de tren a Barcelona para recoger el diploma, escribí un discurso genial y puse rumbo a la gala. Como era martes, día universal de todos mis infortunios, un temporal de nieve dejó al convoy incomunicado en algún agujero negro mesetario. Cuatro horas tardó el tren en arrancar de nuevo, y para entonces la ceremonia de entrega había llegado a su fin.

Mucho tiempo antes, si echo la vista atrás, recuerdo vagamente a mi madre llorando en un andén, rodeada de maletas y de nubes. Yo entonces tendría siete u ocho años y era demasiado pequeño para entender qué sucedía, pero aún hoy, si lo pienso mucho y muy profundo, puedo olisquear el regusto a berberechos de sus lágrimas, y hasta noto las pelotillas de lana de su abrigo gris. Fue también en esa época cuando me rompí el tabique nasal, en los últimos zarpazos de agosto, al caer entre dos vagones abandonados en el pueblo donde veraneábamos. Días después, la tragedia se cebó en aquella comarca de canícula y labradores cuando cinco miembros de la misma familia, al regresar de una boda, murieron reventados por una locomotora en un paso a nivel. Alertados por el estruendo, que se extendió por las calles como una calentura en el sopor del mediodía, los vecinos acudieron en tromba al lugar del accidente. Yo mismo fui arrastrado hasta las vías por el torbellino de curiosos, que sollozaban excitadísimos ante los cadáveres cubiertos por mantas y, sin embargo, no podían dejar de mirar. A ellos, curtidos en mil velatorios y hasta en guerras civiles, la escena debió de olvidárseles esa misma noche a la hora de la cena; a mí, sin embargo, el olor a tueste y los charcos de sangre entre los hierros retorcidos me devoraron durante meses. Y del trastazo en el tabique me quedó una nariz asimétrica, poderosísima, que me da un aire de cateto pendenciero bastante interesante.

A pesar mis desastres ferroviarios, continué subiendo en trenes de cualquier tonelaje cuando las cosas se pusieron feas, que viene a suceder cada vez que me dejaron. «A dónde iré esta vez», pienso mirándome de nuevo en el espejo, lleno de lástimas, mientras maldigo la atrocidad de este otoño sin caldera. Y entonces, ahora sí, rompo a llorar. Diez minutos después, hueco y escocido, doy por acabado mi esperpento. Rescato la pizza del horno y la dispongo en la mesa del salón como una reliquia barroca y humeante. Ni siquiera el desamor me araña el apetito, y antes de que se entibie le doy la primera mordida. Lo

rebaño todo, desde el corazón de quesos suaves hasta los bordes, que crujen tiesos como un brazo de santo. Y al fin me acuesto, sepultado por un aluvión de mantas que me trituran.

La madrugada se me va pensando en trenes y desamores. Fueron tantos, que apenas puedo llevar la cuenta de los vagones que me recogieron y de los hombres que se me escaparon. Pero de los cientos de amantes que pasaron por mi cama como espasmos, hay uno, el Señor X, que siempre regresa a mi cabeza. Fue el único novio oficial que tuve jamás, y la historia nos duró cinco años con todas sus lunas. Con él pulvericé todos los récords de mi azorada biografía sentimental. Y cuando se fue, dejándome la casa llena de olores y muebles que me venían grandes, también me subí a un tren que me llevó hasta el norte. De eso hace ahora mucho tiempo, demasiado. Pero será mejor comenzar por el principio.

Al Señor X lo conocí un viernes contra todos los presagios, y lo que iba a ser una cita exprés de fin de semana se nos alargó en un cine de sábado, en una siesta de domingo, en un sushi de lunes, en una Nochevieja en Marrakech. Y así, un buen día que paseábamos de la mano por la calle como dos energúmenos borrachos de serotonina, que es la hormona esa de los tontos felices, caímos en la cuenta de que estábamos juntos. Juntos del todo. Tremendamente juntos. Venía yo de exprimirle a Madrid todos los vicios, con el ansia viva en la bragueta cada vez que llegaba el fin de semana, y conocerle fue un bálsamo que me llevó de nuevo a la rutina de los horarios tranquilos, a la calma chicha de los domingos por la tarde, a la vida plácida de los enamorados. Me compré entonces una casa, un coqueto pisito en el centro de Madrid que decoramos juntos como dos tórtolos. Nuestras madres, muy curtidas en los menesteres de crear un hogar, nos atiborraron de cuberterías

rimbombantes, de aspiradoras *deluxe*, de electrodomésticos con muchos botones que nos iniciaron en las mieles de la vida burguesa. Me hice con un sofá de cinco plazas que pagué en cómodos plazos durante un año, y con una cama *king size* que nos serviría tanto para las pasiones como para las riñas, pues podíamos pasar noches enteras sin rozarnos en aquel colchón desmesurado; y hasta probamos suerte en el noble arte de transitar por Ikea sin partirnos la cara a cuenta de la estantería Fjälkinge. Dejé de emborracharme a solas para hacerlo a medias, me olvidé de los amantes imprevistos, abandoné la letanía de los wasaps que nunca llegan, engordé quince kilos de felicidad plena. Incluso alguna tarde, si afuera en la calle hacía frío y estábamos más melosos de lo normal, deslizábamos bajo las mantas de la siesta la posibilidad de casarnos.

La boda, sin embargo, nunca llegó. Y a los cuatro años y tres días de conocernos, no sé si por desgaste o por pura estadística, el amor se fue por donde había venido. Pero no fue una ruptura de portazos y reproches, sino una lenta despedida que culminó un martes, otra vez, después de hablarlo mucho, de madurarlo mucho, de posponerlo mucho. Ese día, siempre según lo pactado, nos despedimos con un abrazo lacrimógeno en el umbral de la puerta tras nuestro último desayuno. Después, el Señor X empaquetó sus cosas sin estridencias mientras yo trabajaba, pues hasta en esos menesteres fue elegante, y se marchó. Todavía recuerdo el tremendo instante en el que volví a casa, ya por la noche, y al entrar en el recibidor con todas las luces apagadas me quise morir. Tardé mucho tiempo en acostumbrarme a los silencios que me comían vivo bajo las paredes, a la soledad de mi cepillo de dientes en el cuarto de baño, al sofá inmenso al que le sobraban tantas esquinas. Para poder dormir y no perder el rumbo, a veces tuve que beber tequila hasta caer rendido, y todavía hoy me sucede, no pocas veces, que lo busco a brazadas locas en su lado de la cama.

Durante aquellos primeros días en su ausencia, en los raros momentos en los que no estaba borracho, vagaba por el mundo con ojos de muerto. Como si fuese un recién nacido, tuve que aprender a valerme de nuevo por mí mismo; a desbloquear la conexión wifi, a atornillar la barra de la ducha, a acabar con el goteo insoportable del grifo, un soniquete que me taladraba las sienas cada dos segundos y treinta centésimas y que a punto estuvo de volverme loco. Me convertí a regañadientes en un portento de la intendencia doméstica. Mientras tanto, y a pesar del frío, ventilé la casa todo el invierno para espantar su olor, que impregnaba las sábanas, los cojines, las sartenes, la fruta. De pronto ya nada tenía sentido; ni la cama XL, ni el lavabo doble, ni su tazón verde del desayuno. Y mientras lo velaba, como a un cadáver, desarrollé una manía obsesiva por mi apartamento, que ya no era un hogar lleno de almíbar y carantoñas sino un territorio hostil, un infierno de paredes mortecinas, una carga de la que me separaban más de tres décadas de cruel hipoteca.

Al martes siguiente de su marcha, harto de abrir y cerrar cajones para olfatear compulsivamente su ropa y sus calzoncillos, metí cuatro trapos urgentes en una maleta, desvalijé un puñado de euros de mi caja de hojalata, la de las cosas importantes, y me presenté en una ventanilla de la estación de Atocha.

—Un billete en el próximo tren hacia París, por favor —le dije a la mujer que me atendía mientras le entregaba un manojo de euros de papel. Se dispuso a contarlos con gran letanía.

—Aquí hay ciento cuarenta y cinco euros y el billete a París cuesta doscientos diez —dijo sin mirarme a la cara.

—Vaya... —respondí—. ¿Y con ese dinero hasta dónde puedo ir?

—¿Disculpe? —dijo, mirándome por fin. Incluso le noté ojitos golosos, quizá porque pensaba que tenía enfrente a un fugitivo y, de toda la vida, a los fugitivos se les presupone una maestría con el *cunnilingus* fuera de lo común.

—Quiero un billete para un tren que vaya lo más lejos posible —insistí, poniéndole toda la épica de la que fui capaz.

Para entonces, la mujer tecleaba en el ordenador con fruición, chispeante, cómplice, cachonda. Su disposición a ayudarme parecía total, y ya no quedaba rastro alguno de la empleada grasienta y taciturna que me había recibido segundos atrás.

—¿Valencia? —preguntó.

—Uy, no. Demasiado cerca.

—¿Sevilla?

—Demasiado divertido.

—La Coruña...

—Demasiado triste. No, no. La Coruña tampoco.

—¡Hendaya! —exclamó entonces victoriosa, voraz, como si tuviese el Santo Grial entre los dedos. Y así fue.

De aquel viaje a Francia recuerdo más bien poco. Si tardé en llegar seis horas y cuarenta y dos minutos lo sé porque hace algún tiempo, en una limpieza de cachivaches y memorabilia, el billete reapareció en el fondo de un cajón donde guardo decenas de cosas sin nombre. A primera hora de la tarde, al entrar en Hendaya, el paisaje se volvió tosco, trágico, de un verde frondoso insoportable, flanqueado por el Bidasoa, que es el río más triste que vi nunca. Cuando el tren se detuvo, el andén era un batiburrillo de abrazos fugaces y pasajeros que culebreaban con sus maletas sobre las baldosas. Dos minutos después, cuando todos se habían ido, fui engullido por un estrepitoso silencio. Juro que jamás me vi tan solo como ese día, en ese mismo instante, en aquella estación de piedra y tejados de pizarra que de pronto parecía una terminal fantasma.

Mientras decidía a dónde ir, me senté en un banco en el andén principal, con vistas a la montaña y a una lluvia incipiente. Caí entonces en la cuenta de que allí, bajo palio de la Segunda Guerra Mundial, tuvo lugar el único encuentro entre Francisco Franco y Adolf Hitler. El Führer había llegado en su tren oficial, el *Erika*, proveniente de París, y el Caudillo entró en la estación ocho minutos más tarde desde San Sebastián. Me los imaginé saludándose con honores en la escalerilla del vagón, tan envarados, y pasando revista a las tropas alemanas de la guardia ceremonial como dos perros a sus camadas fascistas. Me pareció increíble que donde yo posaba ahora mis nalgas de homosexual pervertido, malherido por el desamor de otro hombre, estos dos energúmenos hubiesen estado parloteando sobre el nuevo orden europeo. Cuando mi memoria histórica empezó a rodar por aquellos raíles, caí en la cuenta de que Adolf y Francisco, a pesar de sus bigotes peregrinos untados en afeites, habían tenido suerte en el amor. Uno con Carmen Polo, que le acompañó en la agonía del hospital, curtida en perlas, hasta el último aliento de la dictadura, y otro con Eva Braun, con la que se quitó la vida en una bacanal de tiros en la sien y ácido prúsico en aquel búnker de los horrores. La certeza de que los monstruos también son correspondidos me entumeció los huesos; yo que nunca aplasté una mosca por temor a una revancha del destino, volvía a transitar en solitario por las veredas del mundo, y estos dos hijos de puta que untaban sentencias de muerte en las tostadas del desayuno fueron colmados de carantoñas hasta el fin de sus días.

Como empezaba a anochecer y la lluvia ya no era una tímida amenaza en el horizonte, sino un chapoteo afrancesado muy incómodo, me puse en marcha. De los escasos planes que me ofrecía la región aquella tarde de tormenta y melancolía, pensé en comer todo tipo de quesos hasta sumirme en un estado comatoso. Sin embargo, el desamor me había arrancado de cuajo el apetito, y ensañarme con una *raclette* hubiese sido tirar el dinero. Descartada la orgía

de quesos, cogí un mapa en la estación donde se destacaba, con espantosa tipografía, el Hôtel du Palais de Biarritz, una ciudad vecina. Como no hablo francés, hice una lectura vertical de todas sus bondades; había sido un regalo de Napoleón III a Eugenia de Montijo en el siglo XIX —otro que también tuvo suerte en los trasuntos de alcoba— y, desde entonces, punto de encuentro de prohombres tan ilustres como el rey de Wurtemberg, Leopoldo II de Bélgica, Alberto de Baviera, el príncipe Walewski, Tyrone Power, Jean-Paul Belmondo, Gary Cooper o Frank Sinatra. Me imaginé lloriqueando mientras sorbía una copa de champagne en el Grand Salon, mecido por el jazz trágico de algún pianista cocainómano cargado de secretos, y media hora después, tras tomar un autobús que unía la estación de Hendaya con el paseo marítimo de Biarritz, estaba en la puerta dispuesto a exprimir mi Belle Époque particular.

Apenas hube entrado en el hall, un asfixiante panteón de alfombras persas y lámparas de forja, un botones uniformado hasta los dientes me dio el alto. «Usted no puede entrar aquí», me dijo en un francés lleno de plumas. Me quité el abrigo mojado por si acaso estuviese incumpliendo la etiqueta, pero la camiseta vieja que llevaba debajo tampoco ayudó. «Debe irse —insistió el botones—. Ahora.» Y me fui.

Para entonces ya era noche cerrada, y la lluvia era un desmadre de goterones que lo empapaban todo. Quise pues probar suerte en el casino, donde alguna vez leí que Sissi emperatriz, que era de natural exaltada y caprichosa, se había dejado grandes fortunas en los juegos de mesa azorada por sus problemas sentimentales. Como estaba a medio kilómetro en línea recta, me aventuré a ir caminando por el cerro de mármoles que bordeaba la playa desierta. No me costó reconocer a lo lejos el porte señorial de sus muros, pero un andamio del que ondeaban unos plásticos azules me indicó que algo no iba bien. Cuando alcancé la fachada donde tantas veces debió de florear Sissi almidonada en sus vestiditos imperiales, una valla de obra me

cortó el paso. Detrás, sobre los cristales embarrados de la entrada, un cartel me advertía de mi mal fario: FERMÉ POUR RÉNOVATION. Menuda mierda de Belle Époque.

Miré a ambos lados del paseo marítimo y no vi a nadie. Me pregunté dónde estaría toda aquella gente que había venido conmigo en el tren. «Estarán queriéndose», me dije. Busqué algún bar abierto, y para entonces la idea de la *fromagerie* no me pareció tan descabellada. Pero solo encontré un pequeño supermercado que atendía urgencias de última hora. Aterido por la humedad, compré dos botellas de vino blanco por 7,99 euros cada una y me resguardé bajo las arcadas de una sucursal del Crédit Lyonnais en primera línea de playa. Después de todo, había ido hasta allí más por el viaje en tren que por el jolgorio del destino, así que me olvidé del Hôtel du Palais, de los quesos y del casino y me concentré en beber. Sentado en un escalón que daba acceso al cajero automático, mientras sorbía a morro los primeros tragos como un *sans-culotte* desaliñado y sin hogar, me dediqué a contar las gotas de lluvia, si es que la lluvia pudo contarse alguna vez. Cuando me cansé de contar la lluvia, me propuse contar las olas que entraban y salían como lenguas bravas bajo el malecón; hasta siete olas pude atisbar en un minuto, siete olas perfectas como los siete colores del arcoíris, las siete notas musicales, los siete días del Génesis, los siete días de la semana, las siete vidas de los gatos, las siete estrellas de la Osa Mayor, los siete mares, las siete colinas de Roma, las siete Pléyades, las siete novias para siete hermanos, los siete pecados capitales o el Seven Up. Y cuando me aburrí de contar las siete olas y ya no me quedaban farolas, ni filigranas de la barandilla del paseo, ni columnas de los soportales, el Señor X volvió a mi cabeza.

Me dio entonces por repasar los viajes que habíamos hecho juntos hasta que el

amor se nos fue por las costuras. Los conté despacito y con los dedos, para que no se me escapara ninguno. El viaje a Marruecos, cuando estrenamos la costumbre de pasar el Año Nuevo lejos de casa. La Nochevieja en Ámsterdam, de la que apenas recuerdo una espesa nebulosa de tranvías y marihuana de Jamaica. Y los cinco días en la Costa Azul, donde nos quedamos sin gasolina en Antibes y tuvo que rescatarnos el gruista más sexy que jamás existió. O aquel verano en México y la Semana Santa en Budapest. Y la última de nuestras aventuras, cuando le llevé por sorpresa a Sicilia en un intento desesperado por salvar lo nuestro. Habíamos postergado la escapada varias veces con la excusa del mal tiempo, aunque ambos sabíamos que ya no viajábamos porque la brecha entre su lado de la cama y el mío se había vuelto un precipicio. Cuando por fin le arranqué un «sí» sin demasiadas ganas, le hice yo mismo la maleta, lo subí a un taxi a empujones y le tapé los ojos en la cola de embarque; solo cuando íbamos a subir al avión aparté mis manos de su cara, y todavía recuerdo su rabia cuando leyó «Palermo» en la pantalla del mostrador.

—No puede ser —fue lo único que le oí decir.

En efecto, una tarde que veíamos un documental sobre Sicilia, cuando un vendedor local despachaba pescado a voces en un bullicioso mercado de Siracusa, el Señor X, que odiaba aquella algarabía tan mediterránea, me advirtió que jamás, bajo ninguna circunstancia, pondría un pie en esa tierra del demonio. Desde entonces, no sé si por despecho, me propuse a toda costa conocer los encantos de la isla, y no paré hasta conseguirlo.

En los cinco días que duró el infierno siciliano, aprendí una lección vital que nunca olvido: cuando algo no puede empeorar, pues el destino no da para tanto, empeorará. En las ciento veinte horas que habitamos suelo italiano, el Señor X y yo escenificamos nuestra ruptura en tres actos espeluznantes, como en una tragedia griega en la que nadie habría de sobrevivir.

Primer acto: fue en Cefalú, una pintoresca ciudad a los pies de un promontorio rocoso que prometía atardeceres desgarradores y melosos paseos a la luz de la luna mediterránea, lo justo para avivarnos la pasión agonizante. Quise invitarle a cenar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, a los pies de la plaza Garibaldi, y acaso fue por los moluscos de los *tagliatelle* o acaso por una sangría mal destilada, lo cierto es que el Señor X fue apresado por un estafilococo traidor que lo dejó en los huesos y le afeó aún más el mal carácter.

Segundo acto: muy cerca del teatro griego de Taormina, con vistas al Etna, encontramos un mosaico con un toro. Recordé entonces que, para alentar a la buena fortuna, los italianos tenían por costumbre colocar el talón derecho sobre el testículo del animal y dar tres vueltas sobre sí mismos. Así se lo hice saber al Señor X, que pisó los cojones del toro con escaso donaire; tan escaso que, a la segunda vuelta, se enredó sobre sus propias piernas y terminó en el suelo con una prominente hinchazón de tobillo. (Esa misma noche, al documentarme en internet sobre el asunto, caí en la cuenta de que el mosaico taurino usado para estas supersticiones estaba en Milán, en la Galería Vittorio Emanuele II, y no en Taormina, así que tal vez por eso el conjuro escrotal no funcionó como debía.)

Tercer acto: en Palermo, la noche antes de regresar a Madrid, me empeñé en conocer la vida nocturna de la capital. Habíamos pasado la tarde en las catacumbas subterráneas de los Capuchinos, y creí que unos gin-tonics nos aligerarían el imaginario de ocho mil momias que traíamos desde las profundidades de la ciudad vieja. Tras acicalarnos como personas decentes, pues llevábamos cuatro días mordiendo polvo y piedras, nos adentramos en el único bar gay de la isla. Llegamos justo a tiempo de disfrutar del show de Barbette, una *drag queen* un tanto áspera que cantaba en aquel lupanar de terciopelos rojos dos veces al mes. Como no éramos más que una docena de

clientes, cuando acabó su actuación se unió a nosotros. Yo, que me había dedicado a beber con mucho afán para calmar la sed y el desamor, apenas fui consciente de cuándo, cómo y por qué acabamos a hostias en aquel bar; lo único que recuerdo son las manos inmensas de Barbette toqueteando al Señor X con esa gracia revenida de las *drags* de provincias. Continué bebiendo ante lo que parecía un manoseo inocente, pero con los estragos de la noche el magreo pasó del pecho al culo, del culo al cuello, del cuello a la bragueta, así hasta que perdí la cuenta de los gin-tonics y de los magreos de Barbette a mi novio. «Son tonterías de travestís», me dijo el Señor X acentuando burlonamente la «í», restándole importancia. Pero ya era tarde. En el abismo de la madrugada y de la borrachera, malherido de honor, lancé una copa al rostro cargado de maquillaje de Barbette, y lo que escriba de aquí en adelante es pura especulación, pues todo está en mi cabeza como una nebulosa de gritos, patadas y cristales rotos. Al día siguiente ni siquiera me atreví a preguntar al Señor X los detalles de la zapatiesta; me bastó descubrirme en el espejo un cardenal en el ojo. Era el hematoma más terrible que me hicieron nunca, como una cara de Bélmez, que asumí como el símbolo de mi mal beber y de mi estrepitoso fracaso.

Ya en el avión, quizá aturdido por el mal de altura, el Señor X tuvo un momento de flojera. «Sé que lo has intentado», me dijo agarrándome la mano con una levedad que me recordó al tacto de un obispo. Fue su último lapsus de amor, y unos días después estaba haciendo las maletas para siempre.

Pasaron algunas horas hasta que acabé con las dos botellas de vino en la puerta del Crédit Lyonnais. Para entonces, el alcohol había diluido la nostalgia por el Señor X. «Tal vez nuestro amor nunca fue lo bastante», pensé en voz alta mientras me recostaba en el escalón del cajero automático. Del pinchazo

en el pecho que me acompañaba desde nuestra ruptura una semana atrás ya solo quedaba un delicioso mareo que me atravesaba el cuerpo como un zumbido. De repente había dejado de llover sobre Biarritz y la noche se volvió plácida, lúcida, preciosa. Gracias al vino que me burbujeaba en la sangre comencé a ver doble. A sentir doble. A latir doble. Hacia el oeste, sobre el mar, dos lunas gigantes se batían en duelo. Ya no había siete olas por minuto en aquel malecón francés; eran catorce. A mi costado reposaban cuatro botellas vacías, o eso me pareció entonces. También me pareció estar tumbado a los pies de dos cajeros, no uno, del Crédit Lyonnais. El corazón, que llevaba siete días muerto, podrido, me bombeaba ahora alegremente, como una *Primavera* de Vivaldi.

Y de pronto me sentí vivo.

2. SOPA DE RUIBARBO

—¿Cómo estás, cariño?

—Sobrevivo, mamá. Sobrevivo.

—Yo no te parí para que te arrastraras por el mundo como un alma en pena. Tienes sangre de lobo corriéndote por las venas, así que haz el favor de levantarte del sofá. Haz deporte, aprende a cocinar, escribe un libro. ¿Has regado las plantas? La última vez que fui estaban horribles, llenas de hojas secas.

—En invierno no necesitan agua.

—¿Acaso tú no bebes agua en invierno?

—Prefiero el gin-tonic. Y deja de decir la gilipollez esa del lobo, porque algún día se te va a escapar en público y van a pensar que sufres delirios.

—No puedes cambiar tus orígenes. Además, no te he llamado para discutir. ¿Encontraste el ruibarbo?

—¡Joder! Se me olvidó. He tenido un poco de lío esta semana y...

—Puedes ponerme todas las excusas que quieras, pero necesito el ruibarbo.

—Pues no hay ruibarbo, mamá. Os creéis que en Madrid tiene que haber de todo, como si esta ciudad fuera un milagro. ¿Tenemos playa? No. Pues ruibarbo tampoco.

—Pero ¿cómo no va a haber ruibarbo en Madrid? Si es la fruta de moda.

—En Asia, mamá. En Asia. A diez mil kilómetros de este páramo.

—¿Y con qué hago yo ahora la sopa? Falta una semana para Nochebuena y solo tengo las cebollas de Sichuan.

—¿Y no puedes hervir unos centollos, como todo el mundo? Mira, mamá, si quieres yo mismo voy a una marisquería a comprarlos, miro un tutorial en YouTube y aprendo a cocerlos. Pero no me pidas que rastree Madrid a la caza de un manojo de ruibarbos, te lo pido por favor. No estoy pasando una buena época.

—¿Tú sabes que el ruibarbo es purgante, laxante, astringente, regula el colesterol, previene la arteriosclerosis...? Mira la piel de los chinos, qué tersura. ¿Y crees acaso que esa luz que tienen en la cara, si hasta parecen bombillas, la consiguen comiendo arroz tres delicias? Pues no, hijo. Es por el ruibarbo. En la mitología persa, el primer hombre y la primera mujer mortales fueron engendrados por un ruibarbo. ¿Cómo te quedas?

—Mamá, por Dios... Dame un respiro.

—¿Qué demonios vamos a cenar ahora?

—Joder, mamá. Pues centollo. O cordero. O al vecino. ¿Qué comen los lobos? Cualquier cosa con piernas, ¿no? Pues compra un lechón, ponle un limón en el culo y ya tienes la puñetera cena.

—¿Y cuándo vienes? Porque ya te he pedido cita en el dermatólogo para que te vea el lunar del brazo, que está feísimo.

—No lo sé aún, mamá.

—¡Tú nunca sabes nada! Cada día te pareces más a tu padre. ¡Me vais a volver loca! Como te quedas sin billete de autobús, como el año aquel en que

cenaste solo en Sigüenza...

—Voy a ir en tren.

—Qué obsesión con el tren, con lo carísimo que es. En fin... Tú sabrás lo que haces. Y ahora voy a tener que colgarte. Han abierto un mercado gourmet al lado de la plaza Mayor y puede que allí lo tengan.

—Claro, mamá. Pregunta también por la mermelada de ornitorrinco.

—Voy antes de que cierren. Que pases un buen día, cariño. ¡Y riega las plantas!

—Suerte con el ruibarbo.

—*Bye!*

Los preámbulos navideños, con su descaro de neones vivarachos, la escalada de los precios del percebe y las siete plantas de El Corte Inglés a todo gas, reventadas siempre de turistas con hambre de selfies y de castañas, terminaron por hundirme el ánimo. Tras el viaje a Hendaya, ya de vuelta a casa, me arreó una tristeza tan triste que ya no era tristeza, sino tristura. De pronto me vi sin novio, sin brío y sin sonrisa, incapaz de sobrevivir a una semana de zambombas y pantagruélicas sesiones de cordero; porque aunque siempre me gustó el jolgorio familiar y chupar las cabezas de los langostinos, en aquellas circunstancias el simple acorde de un villancico me ponía el intestino del revés.

Mi madre, recién jubilada, estaba recuperando los años perdidos con lecturas exóticas y recetas esotéricas, con viajes a cunas de civilizaciones extravagantes de la mano de mi padre, con incursiones a su yo espiritual en inquietantes sesiones de yoga y cacharrería tántrica. Se mostraba eternamente inagotable, multivitaminada, como si las infusiones de colores peliagudos que estaba descubriendo en los bazares del mundo la llenaran de combustible. Tal

vez movida por esta fiebre rara, tenía mi madre una extraña conexión con el terruño y los ciclos lunares, con los ancestros, con la trastienda primitiva de nuestra familia. Mis antepasados, gentes de labranza y sobrias costumbres, habían echado raíces en las faldas de la sierra de la Culebra, un fabuloso lugar engarzado por millones de leyendas y habitado por lobos. Mi abuelo nos contaba que su padre, sangre de su sangre y de la mía, se había extraviado una mañana en unas grutas de la serranía cuando tenía seis años. Ocho días tardaron en encontrarlo, y cuando lo hicieron estaba rodeado por un grupo de lobos que le habían dado cobijo y protección en una cueva. Contaban los que lo descubrieron que estaba desnudo, sentado entre las rocas, jugando con un grupo de lobeznos mientras la loba madre los vigilaba desde un risco cercano. «Parecía uno más de la camada, y hasta le había crecido el pelo como a uno de ellos», se dijo entonces.

Desde aquel día, nadie volvió a tratar a mi bisabuelo como a un niño. La hazaña se extendió desde la sierra hasta la aldea, de la aldea a los lagos, de los lagos a la ciudad, y casi todos le creyeron propiedades lobeznas, como si en aquella convivencia de ocho días se hubiera alterado algo en sus genes, en su aspecto, en su conducta; se volvió un chaval esquivo y solitario y, tal vez para alimentar su propia mitología, se dejó la barba inmensa de los forajidos. Los más fanáticos afirmaban incluso que sus descendientes habían heredado sus atributos. Y mi madre, que siempre se había referido a aquella historia como un chascarrillo de campesinos, la había rescatado ahora del olvido con gran devoción. Curiosamente, no se imputó a sí misma propiedades salvajes, ella que era nieta del lobo primigenio. Ni siquiera a mi hermano. Según ella, yo y solo yo era el único lobo vivo de la familia.

Al principio la leyenda me hizo gracia, e incluso llegué a llamarme Martín Lobo en algunos de mis escritos, pues el pseudónimo me resultaba terriblemente sexy; pero un día, no sé si a cuenta de la sugestión, sentí que me

crecían los colmillos mientras dormía. Fue un dolor feroz que me abrasó las encías, y juro que desde entonces me veo los dientes más grandes, más afilados, más animales. Me asusté tanto que prohibí a mi madre referirse a mi extraño linaje, aunque ella no perdía la ocasión de recordarme que era el lobo más guapo del mundo.

La Navidad, pues, se presentó en el horizonte más temprano que tarde. Y aunque apenas tenía fuelle para moverme de la cama, cada mañana acudí puntual al trabajo, un periódico de tirada nacional en el que me desempeñaba como periodista con más o menos fortuna. Tal era mi hastío que dejé de redactar sin mi algarabía habitual, y zurcía mis crónicas con gran economía de adjetivos, de florituras y de excesos, que siempre fueron mi sello distintivo. En los ratos libres que me dejaba la escritura cumplí estoicamente con todos los brindis, con todos los gambones, con todas las felicitaciones en cadena de wasaps, con toda la morralla que exigen estos festejos del demonio desde que colgamos a Cristo en la cruz. Durante las celebraciones participé con fingida sonrisa en dos cenas y una comida familiar, un almuerzo de empresa, una cena de primos, una quedada con los amigos de la universidad y otra con los del instituto. Gasté 258 euros en comer y 325 en copas. Recibí 177 mensajes deseándome la mejor de las fortunas y yo a cambio solo escribí al Señor X un escueto «que el año que viene se nos dé un poquito mejor». Compré siete libros que nunca leería, empecé cuatro series que aborté enseguida y descubrí media docena de canciones tristes. Como los fogones me calmaban los nervios, entre banquete y banquete también cociné seis pizzas caseras, un barreño de lentejas y mi primer rosbif.

El 31 de diciembre, exhausto, me armé de valor para decir a mis padres que esa noche me quedaría en Madrid recuperándome de una gripe extraña. La mentira cuajó, y mientras Occidente decía adiós al año en ligeros y taconazos, yo me atrincheré en el sofá viendo en bucle *El crepúsculo de los*

dioses y comiendo nachos con queso y algún somnífero. Pasadas las tres de la madrugada, en la escena en la que Norma Desmond se sube en su Isotta Fraschini, que es el coche más trágico de la historia del cine, fui devorado por el sueño. Dormí treinta horas seguidas, hasta la mañana del 2 de enero. Y cuando todos maldecían sus resacas y yo me desperezaba en la ducha, suavemente y con mucha espuma, fui consciente de que había sido la mejor entrada de año que viví jamás.

De aquellos primeros impases del nuevo año, mientras seguía supurando las heridas por la marcha del Señor X, recuerdo que apenas me quedó libido tras las cicatrices; yo que siempre fui un portento bajo las sábanas, yo que manejaba como pocos las artimañas del clímax, yo que poseía una avidez de pelvis capaz de aliviar a un batallón de infantería, de pronto había perdido el gracejo entre las piernas. Si rara vez aparecía en televisión un maromo de osamenta poderosa y en un descuido me embravecía, un momento después me sorprendía un remordimiento atroz, pues sentía que estaba traicionando la memoria del Señor X. Y si en la calle alguien me miraba de refilón, yo bajaba la vista avergonzado, como una novicia modosita. En más de una ocasión, entumecido por el aburrimiento, pensé en activar en mi móvil alguna de esas *apps* consagradas al sexo exprés entre caballeros; pero tras cinco años sometido a la quietud de la vida en pareja, el simple pitido de los mensajes me despertaba una ansiedad desconocida. Acababa de volverme un hombre decente y me preguntaba si al Señor X le sucedería lo mismo; si él también estaba guardándome el luto, aunque entre nosotros ya no hubiese nada. Y como mi cabeza siempre iba por libre, cientos de veces me lo imaginé revolcándose en jugosas bacanales, haciendo esto y lo otro y lo de más allá con desconocidos, como si tuviera que recuperar el tiempo perdido a mi lado.

Antes incluso de conocerlo, cuando mi camastro era un desmadre de amantes sin apellido, me había fijado en el vigilante de seguridad de un

supermercado carísimo que había cerca de mi casa. Al hilo de mis frecuentes visitas él también debió de echarme el ojo a mí. Nos mirábamos con las pupilas golosas, un poco adolescentes, y nos seguíamos clandestinamente desde el pasillo de las verduras frescas al de los lácteos. A veces nos rozábamos junto a la carnicería, y el tacto brusco de su uniforme me erizaba la piel y me descomponía vivo. Me aficioné entonces a comprar allí casi todos los días, con cuentagotas para no precipitar mi ruina financiera; los lunes, yogures de vainilla, los martes, mortadela, los miércoles, un arsenal de nuggets congelados, los jueves melón, los viernes cerveza y una lata de anchoas, y algunos fines de semana, si aquel amor idiota me latía más de la cuenta bajo las carnes, me envalentonaba como un torero y compraba frutas exóticas de colores prohibitivos y precios más prohibitivos aún. Cuando el Señor X entró en mi vida como un remolino, dejé de frecuentar aquel supermercado del pecado. Y cuando se marchó para no volver, regresé con la excusa de comprar guayaba una tarde de sábado en la que leía un libro de cuentos de García Márquez.

El vigilante seguía allí, como un exvoto, aderezado con su uniforme marrón. Cuando me vio, me echó al aire una sonrisa alucinante, llena de dientes, y yo no pude menos que devolverle una mueca que pretendió ser sexy pero resultó patética. Caminé abochornado al sector de las frutas, y él se acercó peligrosamente desde los congelados.

—Creí que te habías muerto —me dijo.

—Sí. ¡No! O sea... Estoy bien. Aquí. Vivo —titubeé.

Y aunque tenía la vista nublada de plátanos y un latido desbocado que me atravesaba el pecho como una cornada, me dio tiempo a ver un ramillete tatuado que le sobresalía por el cuello de la camisa y se perdía detrás de su oreja; lo justo para imaginarle una fantasía de tintas tribales cabalgándole la espalda. Era alto. Tenía los ojos grandes como letras mayúsculas, la cabeza

afeitada con saña militar y una barba intensa de dios griego, de cabrón, de pirata vikingo.

—Me alegro entonces —respondió—. ¿Y qué te trae por aquí?

—Quería un poco de... guayaba.

—¿Guayaba? —preguntó sorprendido, como si la guayaba fuesen tornillos de cabeza hexagonal, o algo peor.

—Sí. Guayaba. La de García Márquez, ya sabes.

—Ah, claro. Sí. Guayaba. Pues no sé si hay. Yo solo soy el vigilante y...

Acorralado, sudoroso, frenético desde el talón a la coronilla, dije lo único que pude decir para salir del aprieto:

—Y si no hay guayaba, pues ruibarbo.

Se hizo un silencio espeso, lentísimo, prólogo del desastre. Sentí un millón de microinfartos segándome la vida, y antes de desplomarme preferí huir. Eché a correr, sin más, primero hasta la salida del supermercado y luego, en la calle, hasta el portal de mi casa. Después cerré la puerta bajo siete llaves, bajé las persianas, apagué las luces, me metí en la cama, apreté los dientes llenos de rabia contra la almohada y me quise morir.

Tuve que esperar al estallido de la primavera para recuperar el pulso de los vivos. Fue un domingo de mucho polen y muchas hormonas, a media tarde, en una marquesina. Yo aguardaba el autobús para ir al cine, pero no conté con la visita de Barack Obama a Madrid para participar en un foro de economía circular, o alguna vaina de esas que trajo consigo el nuevo milenio. Resultó que la ciudad estaba sumida en un caos de calles cortadas, francotiradores en todas las cornisas, tanques en las aceras, furgones, helicópteros, satélites, metralletas... El autobús no llegó nunca, pero a cambio conocí a un chavalote que, como yo, se quedó a merced del presidente de Estados Unidos bajo la

marquesina.

Mientras esperábamos sin esperar demasiado, empezamos a divagar sobre el exceso de medidas de seguridad, aunque ambos coincidimos en que cualquier medida es poca para proteger a un presidente negro que, además, quería cerrar Guantánamo y se había enfrentado al *establishment*. En algún lugar de aquella charla, no sé cómo ni cuándo, terminamos hablando de estrategia militar, que viene a interesarme lo mismo que los rituales de apareamiento de las medusas. El chavalote, pues, me desgranó las ventajas de unos tanques frente a otros, porque no es lo mismo matar vietnamitas que escoltar a un presidente por la Gran Vía. Me habló del modelo Armata y su sistema de estabilización, del Leopard y los proyectiles, del Abrams y la turbina de gas, del Challenger y el blindaje Dorchester. Lejos de aburrirme, aquella palabrería tan combativa me resultó abrumadoramente excitante. Y por primera vez en demasiados meses me puse cachondo.

—Me parece, amigo, que nuestro autobús no va a venir nunca —me dijo, pues de pronto ya era noche cerrada—. ¿Y si brindamos por Obama con unas cervezas?

—Yo ya llego tarde al cine, así que... —respondí.

—Invito yo.

La noche se quedó tibia, perfecta, como si Madrid estuviese mecido por un mar que no existía, cuando nos refugiamos en un pub irlandés. Tras el batiburrillo de pintas y tanques que se fue complicando con el paso de las horas, lo único que estaba abierto cuando nos echaron del local por borrachos era mi casa. Ya allí, cocidos como *hooligans*, del tequila pasamos a las manos, del sofá nos arrastramos a la alfombra, de las camisetas primaverales bajamos a los calzoncillos. Hacía tanto que no me descoyuntaba con alguien que no fuera el Señor X, que tuve que aprender de nuevo a manejarme en las labores del erotismo. Había olvidado las maniobras sexuales más elementales,

y mientras le manoseaba torpemente hasta coger el ritmo sentí que aquello era como volver a caminar después de un tiempo postrado en una silla de ruedas. Era tanto el alcohol y tanta mi torpeza, que en un momento del cuerpo a cuerpo me adiviné de refilón en un espejo travieso de mi salón; lo que vi reflejado fue un tumulto de carnes sudorosas y pliegues grasientos que me espantó. Cuando ambos nos precipitamos al orgasmo no hubo músicas celestiales ni pirotecnia; solo unos jadeos de compromiso y el alivio de haber consumado, al fin, el peor sexo de mi vida.

Dijo algún sabio entrado en años y sobrado en carnes que el amor, cuando es amor del bueno, engorda. Yo mismo lo he comprobado en mis propias posaderas a lo largo y ancho de mi estrambótica biografía sentimental. La rutina en pareja, ese plácido oasis donde no hay más preocupación que llenar la nevera con *delicatessen* absurdas, cocinar para dos y follar los sábados por la noche, es un disparate de calorías sin control. Tiene sentido: cuando el Señor X entró en mi vida dejó de interesarme la tensión de mi musculatura y el apareamiento con desconocidos, y todas mis inquietudes se resumían en la cremosidad de la bechamel, que es donde se mide la salud conyugal. O sea, antes me preguntaba «¿qué calzoncillos me pongo este sábado para petarlo?» y después, ya enamorado, todo se reducía a decidir entre pasta o pizza. Pero un buen día el Señor X se fue, pues tarde o temprano todos lo hacen, llevándose consigo los arrumacos y dejándome los lípidos. Me vi entonces acribillado por un sobrepeso en grado 2 diagnosticado por Lissette, una dietista dominicana que había abierto consulta debajo de casa, entre Paco el pollero y el bazar chino de Hao. Por cincuenta euros, Lissette y su báscula milagrosa me calcularon veinte kilos de grasa sobrante y necrosada.

Probé entonces todas las dietas del mundo para acabar con mi volumen

espantoso. La del bocadillo, que consistía en rumiar lechuga de sol a sol y, una vez al día, romper la cadena con un bocata de jamón de diez centímetros que fui agrandando semana a semana en longitud hasta engullir una chapata de metro y medio; la flexitariana, que a Rihanna le iba muy bien porque viaja con su propio chef francés en jet privado, pero a mí, que ni tengo jet, ni chef francés, ni paciencia, no terminó de estilizarme como era menester; la Weight Watchers, también conocida como dieta de los puntos, que era un sindiós de sumas y restas agotador y que ni a Oprah ni a mí nos funcionó del todo; la dieta Perricone, muy rica en antioxidantes verdes pero muy escasa en alegrías; y la cetogénica, que venía a consistir en comer carne desde el alba hasta el ocaso y que tuve que abandonar cuando empecé a sufrir alucinaciones y terrores nocturnos.

Si un día me sometía a un ayuno de piña y brotes verdes para depurar toxinas, me despertaba de madrugada con palpitaciones y un crujido desangelado de intestinos que solo lograba calmar con pan untado en cosas. Cosas obscenísimas. Al principio fanfarroneaba de mis desfalcos a la nevera como si en vez de un gordo fuese un héroe; publicaba en redes sociales las fotos de mis bacanales gastronómicas e incluso subía a Facebook mis análisis de sangre para alardear de colesterol. Pero poco a poco me convertí en una caricatura de mí mismo, y el exceso de kilos que me cabalgaban rebeldes del cuello a la cintura se fue volviendo una obsesión. Me costaba mirarme en el espejo, y evitaba el sexo en todas sus posturas para no tener que desnudarme ante un desconocido; en las escasas ocasiones en que alivié mis furores con algún caballero lo hice casi siempre a medio desvestir, pudoroso y lúgubre, que es como fornicar a medias. Me volví un tipo solitario, esquivo, atocinado como un esturión. Ya no tenía la chispa de siempre, el brillo en los ojos, la gracia en los gestos. Y fue entonces cuando el periodismo me salvó la vida.

Una mañana primigenia de abril, alguien llevó a la redacción unos pasteles

para celebrar una onomástica, un embarazo, un cumpleaños, algo, qué importa ya, pues para los periodistas cualquier excusa es buena para hacer un alto en el tortuoso camino de la actualidad informativa y llenar el estómago. Ese día comí con especial esmero, y desenvainé mi apetito con media docena de pasteles de muy diversa factura: con vainilla de Jamaica y nata chantillí, con praliné belga y guirlache de limón, con glaseado royal y frosting de queso... Tal era mi delirio que la responsable del suplemento de salud y bienestar del periódico, devota vigoréxica, me descubrió rebañándome los dedos con los ojos en blanco, invocando a los dioses en éxtasis místico.

—¿Tienes hambre? —me dijo.

—Mucha. Siempre. O sea, sí —respondí solemne, todavía con las comisuras llenas de ungüentos maravillosos.

—¿Y no te apetecería saber qué se siente al comer sano, al comer verde, al comer bien?

—Lo he intentado, pero no es lo mío.

—¿Tampoco has pensado en practicar algún deporte?

—Sí. Surf en las Bahamas. Con caipiroskas.

—Te propongo un plan.

No sé cómo. Ni siquiera por qué. Pero acepté. Y así fue como al día siguiente me estrené como cobaya del proyecto *Un cuerpo 10 en 100 días*. La hazaña consistía en someterme a una férrea disciplina de ejercicio físico combinada con la dieta severa de los muertos de hambre; una ecuación de abdominales y acelgas que me transformarían en un protohombre, en un prodigio de la anatomía, en un tenorio de turgente musculatura. Para conseguir semejante desafío conté con la ayuda de Martín, un entrenador personal de mucho renombre acostumbrado a adiestrar *celebrities* en la terrible religión de los gimnasios. Por sus brazos de estibador habían pasado cantantes internacionales de egos planetarios y papadas poderosas a los que esculpió

como esculturas renacentistas, actrices con mucho método y mucho pedigrí que convirtieron sus fértiles caderas en cinturitas de miss, famosos cocineros atocinados en sus estrellas Michelin que de un plumazo parecían galanes de telenovela... Y de pronto, yo. Yo que a duras penas diferenciaba una canasta de una portería, yo que a gimnasia siempre llegué tarde, siempre llegué el último, siempre llegué mal, yo que tenía el sofá lleno de manchas de chocolate, me iba a someter a una *#transformation*, que es como se denominan estas mutaciones en redes sociales. A cambio, debía compartir mi desgarradora experiencia en un blog en la edición digital del periódico, con puntuales fotografías semanales en las que mostraría mis carnes famélicas en ropa interior.

La primera vez que me vio, cuando llegué a su gimnasio con restos de mermelada entre los dientes, a Martín se le turbó el rostro. Me miró con sus ojos desmedidos, alucinógenos, como se mira a los parias y a los harapientos. Era calvo, sexy, fibroso, vestía una camiseta negra que le marcaba los pezones. Me dijo entonces una frase que se grabó para siempre, y que hube de recordar cada vez que estuve a punto de morir desangrado, de tirar la toalla, de ahogarme en mis propios sudores, de perder el sentido por el hambre atroz: «Será lo más difícil que hiciste nunca y ambos nos jugamos mucho. Si fracasas destrozará mi reputación como entrenador y tú quedarás ante todos como el más gordo de este país de gordos. Pero si lo logras serás un hombre nuevo. Tú decides».

Al día siguiente me desperté a las seis de la mañana, a esa hora trágica en la que ni siquiera quedan putas en danza, y tras desayunar leche y un puñado de avena me lancé a correr por la ribera del río. Yo aún no lo sabía, pero aquella primera zancada, un pequeño paso para la humanidad, pero un inmenso paso para el hombre, habría de cambiarme la vida para siempre.

3. AKENATÓN, YO TE BAUTIZO

Me pregunto cuándo se empezaron a torcer los hilos de los que colgaba mi destino. Y todos los caminos me llevan a Bali, esa isla saturada de dioses y alquimias en la que fui a caer algunos meses antes de conocer al entrenador Martín. Dicen que siempre hay una muesca. Un latido. Un chispazo que lo cambia todo. Y Bali fue mi muesca, mi latido, mi chispazo. Ahora lo sé.

Había ido hasta allí con Mario y María, mis dos mejores amigos y cómplices de viajes y fechorías desde mi desembarco en Madrid. Yo y solo yo fui testigo de los primeros acordes de su noviazgo, y de eso hacía tanto tiempo que un buen día dejé de contar los años que llevaban juntos. María y Mario eran agua y aceite. Él era rubio, espigado, un poquito torpe, y ella bajita pero muy tajante, morena, una chica con raza. Él tenía la bonachonería en los carrillos, como los poetas, y ella era de temperamento más bien áspero, como una institutriz. A Mario se le quería muy fácil. A María aprendí a quererla

bien; no había sido nunca una mujer de afectos, más bien lo contrario. Pero cuando el Señor X se me fue del regazo, abandonándome al releje de la soltería, María me llamó durante un mes, todos los días, sin dar lecciones ni consejos celestinos. A lo ancho de treinta noches se dedicó a escucharme, solo eso, y en aquellos silencios suyos el duelo dejó de ser roca y se volvió líquido. Y aunque a veces nos riéramos de sus maneras avinagradas de chica del norte, donde las lluvias perpetuas le forjaron los rigores de su carácter, supe entonces que podría contar con ella, y cómo no con Mario, cuando las mareas viniesen torcidas. Pues por muchos amantes pasajeros que deambularan por mi colchón, ellos seguían a mi vera, leales como perros y queriéndome en mis ruinas, dispuestos a meter cuatro mudas en un hatillo y tomar un avión a cualquier rinconcito feliz de la Tierra. Y fue así, siempre, hasta que un puñado de cometas balinesas nos jodió el plan.

Era agosto, mes de los vientos en el Sudeste Asiático, y tras un periplo por Vietnam e Indonesia nos quedamos atrapados en Padang Galak, un pueblo costero balinés donde siempre se estaba poniendo el sol y la cerveza se bebía templada para no espantar a los dioses. Un inhóspito volcán de nomenclatura imposible —según nos contó un vendedor local de carne satay, las peores montañas, las más bravas, no han de ser nunca pronunciadas— acababa de entrar en erupción en el corazón de una isla cercana, y el tráfico aéreo local fue suspendido por tiempo indefinido.

Nos quedamos, pues, atrapados en el paraíso. Y para hacer más amable la espera alquilamos dos villas con piscina a precio de pensión de mala muerte; una para Mario y María, que se profesaban un profundo amor carnal, y otra para mí, pues por aquel insignificante puñado de dólares preferí disfrutar a mis anchas de mi propia suite. Disponía de un salón acristalado con tantas camas balinesas que jamás llegaría a probarlas todas, y vistas a una alberca azul que desbordaba su agua azul sobre un charco de nenúfares también azules.

Hasta los cocos de las palmeras parecían azules, y no un azul cualquiera, sino uno celeste y brillante, alucinógeno, que centelleaba sobre el laberíntico jardín tropical. La vegetación se abalanzaba sobre la villa con una agresividad tan frondosa que a veces, en mitad de la noche, me ahogaba.

Coincidió que en aquellos días se celebraba en Padang Galak el Festival de las Cometas. Familias enteras de pescadores se reunían en la playa para festejar la llegada del viento, símbolo de fertilidad y ventura, y echaban a volar sus telas de colores imposibles, la mayoría de fabricación casera. Las había de varios tipos; las cometas pecukan, con forma de hoja, las bebean, con forma de pez, y las janggan, con forma de pájaro. María, Mario y yo habíamos bebido mucha cerveza, demasiada, alborotados por la música tradicional de gongs y flautas de bambú, por las ofrendas de flores a cada paso, en cada templo, por el bullicio de puestos ambulantes y ropas y oropeles y cánticos y danzas y el olor a jazmín y fruta del dragón. Desde los primeros vientos de la mañana, los pequeños más madrugadores, custodiados por sus padres, ondeaban sus cometas con bastante destreza. Y a medida que avanzaba el día, el horizonte se cubrió de cientos de paños de todos los colores; tanto que, por un momento, creímos que nos habíamos intoxicado con alguna fruta exótica y prohibida, pues los efectos de aquel cielo en marabunta eran como un cóctel de LSD.

Al caer la tarde, cuando el festival se hallaba en su máximo apogeo, Mario y María, sobre todo María, fueron incapaces de soportar más rato tanta lisergia y se retiraron a su villa a dormir.

—Como escuche otro gong me voy a volver loca —dijo ella.

—A mí me gusta —respondió Mario, al que le gustaba todo, le gustaba siempre, le gustaba mucho.

—Cuando volvamos a Madrid te compras una cometa, un dron, un globo aerostático o lo que quieras, pero aquí ya hemos tenido bastante —respondió

María cogiéndole del brazo y llevándoselo entre la multitud, tierra adentro, para encerrarse en su villa balinesa al abrigo del volcán de nombre impronunciabile.

Solo, y para rebajar las turbulencias de la cerveza, me senté a comer otak-otak bajo uno de los bananos que custodiaban la playa. Se lo había comprado a una anciana que paseaba con su carrito de dos ruedas entre la multitud, y como ella misma me contó con su inglés macarrónico, lo cocinaba con los pescados que traía su marido cada mañana, mezclándolos con muchas especias en un pastel de harina y envolviendo la mezcla en hojas de plátano que asaba en el patio de su casa, justo al lado del altar de ofrendas de la familia. Le pagué con un dólar, y aunque insistí en que se quedara las vueltas se empeñó en darme el cambio.

—No te gusta estar solo, ¿verdad? —me dijo la mujer mientras hurgaba con los dedos ásperos un puñado de monedas en el bolsillo del delantal.

Como tenía demasiada hambre no le hice mucho caso, aunque recuerdo que me molestó que se entrometiera en territorios tan pantanosos como son las soledades, sobre todo las mías. «Puta loca», pensé. Para ayudarme con la digestión quise probar también un vaso de tuak, un vino de arroz local de fabricación casera que sabe a lo que debe de saber el infierno.

No había terminado aún mi banquete cuando a lo lejos, por la calle principal del pueblo, vi a una multitud que se acercaba entre cánticos y la música arrítmica del gamelán, que es una banda de percusión tradicional que solo suena en las grandes ocasiones. Cuando llegaron a mi altura, como una emboscada, comprobé que la cabecera de la manifestación estaba formada por ocho hombres que llevaban un féretro, seguidos por decenas de personas vestidas de colores tan vivos como los de las cometas que aún sobrevivían a la luna. Parecían terriblemente animados, demasiado festivos para andar con el muerto a cuestas, y muchos de ellos agitaban unas varas de bambú sobre las

que colgaban varias guirnaldas en un perfecto desorden de rojos, verdes, azules y amarillos.

—Joder, lo que me faltaba. Un funeral... —dije a media voz, sentado bajo la palmera en aquella noche sin esquinas, con la boca llena de pescados de otro mundo y el alcohol del tuak abrasándome la garganta.

Descubrí entonces que la gente del pueblo iba uniéndose alegremente a la comitiva, canturreándole trovas al difunto, celebrándole el paso al Más Allá, lanzando divertidos pétalos al aire para aliviar el trance de la muerte. Sin querer, quizá movido por el vino de arroz, también yo fui arrastrado por la multitud, y antes de darme cuenta caminaba detrás del féretro envuelto en músicas, en paños, en flores, pues me pareció descortés no sumarme a aquella verbena. Seguimos caminando largo rato en procesión hasta llegar a uno de los mil templos, o acaso alguno más, que tijereteaban las callejuelas del pueblo. Se trataba, sin más, de cuatro muros a media altura con el techo descubierto. En el centro, preparada para la ocasión, se había dispuesto una torre de madera con forma de toro; fue allí, bajo la panza de madera del animal, donde colocaron el cuerpo envuelto en un sudario tras sacarlo del ataúd. La gente fue sentándose alrededor mientras la música del gamelán seguía sonando. Yo preferí quedarme en una esquina, apoyado en una de las paredes, pero un hombre que repartía varillas de incienso me agarró del brazo y me invitó a acercarme. Me senté así en primera fila, a escasos tres metros del cadáver, mientras los más jóvenes impregnaban el sudario de un unguento extraño, lo cubrían de pétalos y prendían fuego a la pira funeraria con dos quemadores de gas. Las llamas empezaron a envolver al muerto mientras los pétalos chisporroteaban y los gongs, como en un exorcismo, aceleraban el ritmo.

La hoguera engulló la estructura a gran velocidad, hasta que el cuerpo cayó al suelo desde la panza del toro, como una mole, y entonces, en el mismo momento en el que las llamas lo devoraban todo, el muerto y los pétalos y el

sudario de linos y sedas, justo entonces, en el instante preciso en el que el difunto se fundía con los cinco elementos volviéndose tierra, metal, agua, madera y fuego, sobre todo fuego, María y Mario se dejaban llevar por aquella noche desquiciada de cometas y volcanes, se arrastraban bajo el trópico exuberante de su jardín balinés, se querían con más coraje que nunca, sin piedad, con la misma ferocidad con la que el muerto se hizo cenizas, como si tuviera demasiada urgencia por abandonar el mundo de los vivos.

Hubo un estallido de maderas y vísceras, y nueve meses después, tras un parto difícil que dejó a María exhausta pero feliz, nacía Olivia. La venida al mundo de aquel bebé inocente, un cacho de carne que no habría de ocupar mucho más que una caja de zapatos, me enfrentó de bruces con la realidad: mientras todos pasaban a la siguiente pantalla de la partida —enamorarse, reproducirse, apaciguarse—, mi vida continuó estancada en el mismo punto, a la misma hora, en el mismo lugar. Fue como si Olivia me arrebatase a sus padres, que de golpe se vieron inmersos en una cháchara fascinante de pañales, cólicos y llantinas, y la comencé a advertir como una rival.

Una rival de dos kilos y ochocientos gramos.

Al año siguiente de aquella noche de muertos y cometas, bajo la furia *ranger* del entrenador Martín, me dediqué a descoyuntar mis lomos astronómicos en el gimnasio y a comer naderías etéreas, como suspiros, durante cien días. Mi dieta, de una violencia frugal insana, no daba pie al libertinaje de carbonaras al que estaba acostumbrado. Desterré la pasta, el arroz, el pan. Las salsas, los fritos. El bendito alcohol. La bollería. La artillería precocinada. Me olvidé de vivir. Y me zambullí, como un jedi, en la tiranía del pollo a la plancha y la quejumbrosa religión vegana. Manzanas taciturnas, correosas siempre, brócolis como los vergeles de Versalles, pavo embutido. Lechuga iceberg,

romana, lollo rosso, trocadero, hoja de roble, rúcula, canónigos, pues jamás existió tanta variedad de algo tan absurdo. Tupperwares sin sal, sin unto, sin gracia. Liturgia light. Pesadilla al vapor. La autocracia de las calorías. Putas calorías.

Este descalabro en el menú venía acompañado de una rutina física agotadora, cruenta y desalmada, más próxima a los marines mastodónticos de Oklahoma que a los usos y costumbres de un gordito feliz. Me despertaba al alba cada lunes, cada martes, cada miércoles, y así hasta perder el rumbo de los días, lloviese o tronase o cayese sobre Madrid una calima efervescente, para correr diez kilómetros exactos. Ni un metro más. Y, por supuesto, ni un metro menos. Después me atrincheraba en el gimnasio, donde me sometía a un exasperante ritual de abdominales. Superiores, inferiores, medios, oblicuos. Abdominales por todas partes, como trenzas de novicia, que enfrenté con mucho pesar para despertar las fibras que me dormitaban al otro lado del ombligo. También me inicié en el rito de las pesas, pura cacharrería como calderas de Le Corbusier pensadas para cincelar cualquier musculatura. Al principio me sometí a los hierros con delicadeza nívea, casi virgen: algo de bíceps, un empujoncito de pecho, media ración de cuádriceps. Después, muy poquito a poco, fui aumentando la carga y embruteciendo mis costumbres. Venía a resultar, pues, que comía como una damisela para entrenar como un mamut.

La primera semana perdí cinco kilos. La siguiente cuatro. La tercera tres. Y así, kilómetro a kilómetro, acelga tras acelga, lesionado, dolorido, extenuado, sangriento, fui desplumándome de grasa como capas de cebolla; veinticinco kilos después, allí estarían mis vibraciones sexis, mi vientre terso, mis bíceps primitivos, mi culo truculento.

—Eres el mejor alumno que tuve nunca —me confesó Martín una mañana, después del ejercicio, cuando escupí tropezones de bilis y amenacé con

denunciarle a la policía. Lo dijo amable y suavemente, despojándose no más que por un instante de su autoridad caníbal, de su voz marcial, de la furia soldadesca con la que solía abuchearme en los entrenamientos.

—No lo soporto ni un minuto más —respondí—. Apenas tengo fuerzas para trabajar, para conducir, para ir a comprar el pan. Ah, no, para comprar el pan no, pues me lo has prohibido, ya que tu único empeño de pequeño sátrapa es prohibirme comer, prohibirme emborracharme, prohibirme vivir.

—Nadie dijo que fuese fácil —canturreó.

—La gente me habla y no les entiendo. Voy por el mundo con cara de vaca mirando al tren y me quedo dormido contemplando las paredes, el agua del grifo, las ruedas de los coches. Soy incapaz de leer un párrafo seguido, joder. Se me atolondran las letras en el entrecejo y a veces siento que me voy a desmayar. Y soy periodista, ¿entiendes? Necesito leer artículos, mails, periódicos, notas de prensa... Me pagan por eso.

—Tienes un don —concluyó con una levedad, con una cachaza, con una parsimonia que me enfadó todavía más—. Las personalidades adictivas como la tuya soléis superar estos retos con mayor soltura que el resto de los mortales.

—¿Qué cojones insinúas? —le pregunté indignado.

—Eh... Nada. Quiero decir que... que le ponéis ganas a las cosas.

—¿Y porque le pongo ganas a las cosas me tienes que llamar adicto?

—Eres un adicto a la vida. Eso es. Adicto a la vida.

—Pues solo tengo ganas de morirme. Y de verte desaparecer en el fondo del Pacífico a bordo de un puto batiscafo. Voy a caer enfermo, Martín. Eso si no lo estoy ya. Ayer mismo tuve que dejar a medias una película de sobremesa de Jennifer Aniston porque me enrocaba con el argumento. Me perdí, Martín. Me perdí a los veinte minutos. ¿Qué me está pasando?

—Se debe a la falta de glucosa en tu cerebro —dijo. Y lo dijo con esa ceja

arqueada y sexy, un poco estomagante, de los presentadores de informativos —. Consumes menos de lo que gastas, y por eso te sientes un poco más lento.

—¿Un poco más lento? ¡Jennifer Aniston, Martín! ¡Era una puta organizadora de bodas y se enamoraba de un cliente! Menuda mierda de película. Y yo ahí sentado, en mi sofá, mirando la pantalla como si fuera *El acorazado Potemkin*. Me has convertido en un parásito, en un zombi, en un despojo de la sociedad.

Martín me agarró del brazo y me arrastró en silencio hasta los vestuarios. Cuando me tuvo, nos tuvimos, delante del espejo que presidía la pared, me arrancó la camiseta hacia arriba, deslizando el algodón sudado, sudadísimo, con un golpe seco desde la cintura hasta la cabeza.

—Pues sí que tienes talento en desnudar señoras —le dije, a sabiendas de que estaba casado con una chica hermosísima, trigueña y de piel pulida, como de porcelana de Limoges, que en otros tiempos hubo de ser miss.

Y allí, sin camiseta, enfrentado a mi propio reflejo, fui consciente por vez primera de lo que estaba sucediéndole a un cuerpo, el mío, que todavía sentía extraño, ajeno, sin dueño. La papada había perdido su vigor mullido y apacible, y ahora era un armazón prominente, cubista y fabuloso. Sobre los brazos me latía un bíceps bajo el que se marcaban las venas valientes, atrevidas, como la nervadura de una bóveda gótica. Los pezones parecían mostrarse en carne viva, sustentados sobre un pecho espartano que acentuaba aún más la mágica estrechez de mi silueta. La barriga ya no era un talego de manteca y triglicéridos, y en los estertores del ombligo podían intuirse los primeros trazos de un abdomen enjugado y preciso.

—¿Te has visto la clavícula? —me dijo.

—Hostia... la clavícula —balbuceé mientras me tocaba el torso con mucho tiento, pues temía que alguno de los huesos que me aleteaban bajo la carne magra pudiera romperse—. Es perfecta. Parezco Rita Hayworth. Por la

clavícula, claro, no me malinterpretes...

—Y ahora dime que no entiendes las películas —insistió Martín.

—Que le den por culo a Jennifer Aniston —respondí volviéndome a poner la camiseta—. Lo suyo no es cine, es arte y ensayo.

—Entonces... ¿nos vemos mañana a las siete? —preguntó.

—Que sea a las siete menos cuarto. Pero lo hago solo por mis clavículas, y porque los lobos jamás se rinden.

—¿Cómo dices?

—Nada. Cosas de familia...

De este tira y afloja con mi nueva anatomía fui dando buena cuenta en el blog *Un cuerpo 10 en 100 días*. Como el populacho está ávido de mediocres que fracasan y obesitos que hunden sus miserias en las baldas de la nevera, las crónicas digitales de mi proceso adelgazante pronto se convirtieron en un *hit*. Hasta tres millones de personas se engancharon a mis delirios azucarados, a mis lesiones de hombro y de muñeca y a mis llagas en las manos, a mis fotografías del antes y el después. Me leían con una codicia desesperada, con el único objetivo de verme caer. Creyeron todos que el blog sería la crónica de mi fracaso, pero cada kilo que dejé en el camino, cada pliegue de grasaza que se me fue y cada centímetro que le gané a la gravedad me dieron fuerzas donde no las había. Compartí vídeos de mis ensaladas y mis ejercicios, hice públicas mis tablas de abdominales, mis listas de la compra, mis reflexiones agotadoras, mi vida envuelto en licra, mis delirios. Querían espectáculo, y se lo di. Para perturbar a mis lectores todavía más, entronqué con el espíritu de Escarlata O'Hara; a Dios puse por testigo de que lo lograría, y con un dramatismo muy de Hollywood, pero también muy de los arrabales del río Duero, conjuré mi sangre, mi sudor y mis lágrimas con tal objetivo.

Mientras me volvía una celebridad en internet, me reservé un día a la semana para romper con todo. Los sábados, grabados siempre a hierro en el

calendario, me derrumbaba como un misil Tomahawk en el sofá y me daba un capricho gastronómico de altos vuelos. Ya el miércoles comenzaba a rumiar cuál sería el menú. El jueves, tras muchas deliberaciones interiores y un agotador tira y afloja psicológico conmigo mismo, tomaba la decisión final. El viernes, al salir del trabajo, compraba todos los ingredientes. Y el sábado, gloria a Dios así en el cielo como en la tierra, me enfangaba en la cocina. Cierto es que no caía en demasiadas sofisticaciones; tras una semana mordisqueando zanahorias crudas, el cuerpo me pedía macarrones con tomate, tortilla de patata, barrabasadas gratinadas, fritanga de taberna. Pero gobernaba los fogones con un ahínco, con un amor fugaz, de temporada, con un manierismo de chef francés, que impregnaba la casa de un olor milagroso durante días.

Esas comilonas me dejaban en un estado de delirio hasta el día siguiente. Y yo, que nunca tuve el don de los sueños, y si lo tuve siempre se me olvidaban al amanecer, era pasto de las peores pesadillas. Sucedió entonces algo muy extraño: comencé a soñar cada sábado con tipos de toda calaña que me robaban el corazón para después fugarse. A veces era un repartidor de pizza, otras un terrateniente de los Estados Confederados durante la guerra de Secesión americana. En las tinieblas de la digestión también se me aparecieron un esclavo de los campos de algodón de Georgia, un cirujano que me cosía vivo, un inspector de Hacienda, un hermano pendenciero de Michael Jackson, un pastor evangélico de la Selva Negra, un agente de movilidad en la Gran Vía... Los había blancos y también negros, almibarados e hijos de puta, guapos, guapérrimos o más guapos todavía. Pero todos compartían, sin excepción, el mismo nombre: Julio César Espinoza. Al principio era una evocación pasajera, tres simples palabras que se deslizaban sin más por mi almohada. Pero con el paso de los sábados aquel nombre se volvió más nítido. Se repetía con tanta insistencia que incluso coloqué un papel y un lápiz al lado

de la cama, y cada vez que un caballero me revelaba su nombre en mis pesadillas, aprovechaba algún desvelo para apuntarlo a oscuras en la hoja, mitad despierto y mitad dormido. Y por la mañana, siempre, estaba allí, escrito con mi letra atolondrada: Julio César Espinoza. Julio. César. Espinoza.

* * *

La primera vez que la vi, leía *El guardián entre el centeno* sentada en una terraza, bajo el tierno sol y sombra que dejaba pasar el nogal de la acera, mientras bebía un botellín de cerveza. La casualidad quiso que unos días antes, al volver del gimnasio, escuchase en la radio que J. D. Salinger era el autor fetiche de muchos asesinos en serie. Lo contaba un criminólogo con esa voz severa de los catedráticos, e incluso se apoyaba en las estadísticas para defender su teoría: de los 8.466 presos que desde la década de los setenta habían deshojado sus días en el corredor de la muerte, 730 confesaron haber leído aquella novela de iniciación antes de cometer sus crímenes.

Era sábado, mi día libre y sin lechugas, y había bajado a comprar los ingredientes de una lasaña que habría de comer después con todos los fastos. Al otro lado de la calle, donde meses atrás había un estanco regentado por dos hermanas que siempre estaban tristes, acababan de abrir un nuevo bar, el Camarote. Mi barrio, antes consagrado a la algarabía proletaria, estaba ahora en constante ebullición, y cada día abrían nuevos locales de comidas insólitas, decoraciones presumidas, clientes con *tablets* y mucha frescura. Íbamos en lanzadera hacia la modernidad, para turbación de los más veteranos, que tuvieron que cambiar el diario *Marca* por *Vanity Fair* o los carajillos por gazpachos azules.

Y allí estaba ella, acomodada en la silla de plástico como una reina egipcia y sumergida con morbidez en las páginas de Salinger. Me pareció

excesivamente sexy como para estar sumida en un libro tan temprano, como si aquella escena bajo el árbol no le perteneciese y fuera un atrezo, un trampantojo. Tenía el pelo mojado, a lo *garçon*, alborotado y pelirrojo, y unos ojos claros como de otra época. Tendría treinta años. O quizá cuarenta. Puede que cincuenta. Nunca lo supe. «Es demasiado guapa para matar a alguien», pensé aquel día. Fue tanto el morbo, la curiosidad obscena que me quemaba vivo, que me olvidé de la lasaña y me senté a una mesa cercana, fuera de la sombra del árbol.

El Camarote estaba regentado por Sonia y Maxi, un matrimonio de argentinos jóvenes, tenaces, astutamente rubios por sus ascendencias holandesas, con miles de muescas en la maleta, pero llenos de vida. Llegaron a Madrid por un traspiés, tras un corralito, embarazados. Y el nacimiento de su hija les había retenido aquí por demasiado tiempo; sin embargo, y a pesar de las dificultades, no cejaban en la idea de fugarse a Ibiza, o a Cancún, o a isla Margarita, donde Maxi montaría una escuela de buceo y Sonia haría tartas de zanahoria para los turistas. Pero mientras soñaban con su chiringuito en algún vergel con cocoteros, no tuvieron más chance que sobrevivir en el asfalto.

Pronto nos hicimos amigos. Muchas noches, cuando echaban el cierre al Camarote, me quedaba con ellos en la trastienda, al lado de las cocinas. Y mientras escuchábamos canciones de Sabina y bebíamos vinos de países que ni siquiera sabíamos que existían, nos enrocábamos en peregrinas discusiones que no nos llevaban a ninguna parte.

Sonia era una cocinera despampanante, capaz de los mejores sabores con cuatro fogonazos en la sartén. Era inteligente, despierta, una gran conversadora, amante de las neurociencias y de Sigmund Freud, y siempre tenía a punto alguna teoría descabellada. Con ella descubrí lo estéril que resultaba rebatir cualquier tema con un argentino, y pronto aprendí a dejarla elucubrar a sus anchas.

—Tú no eres gay —me decía con los ojos muy abiertos, como si fueran de leche—. A ti te pasó algo de pequeño. ¿Cómo te llevas con tu papá?

—Y tú eres transexual —le respondía yo—. Lo que pasa es que aún no te has dado cuenta.

El Camarote se convirtió en mi segundo hogar. Con Mario y María consagrados a la crianza y amamantamiento de la pequeña Olivia, algunos ratos muertos me sentía a tientas en el mundo, y aquel bar vino a darme cobijo. Me había quedado sin compañeros de viaje, sin camaradas de clase turista, y no soportaba el saberme destronado, el no ser importante, el que le dieran más cancha a un bicho sin dientes que a mí. Y a pesar de su insistencia para que fuese a conocer a la niña, que debía de tener los ojos tiernos del padre y el temperamento revuelto de la madre, siempre encontraba alguna excusa para no acudir. «Tengo lío», «hace calor», «menudo frío», «pareciera que va a llover», «un día de estos, sí, quizá el próximo lunes», «tengo un virus, no vaya a contagiarla». El mismo día del parto le había comprado un chubasquero rosa y una cometa del tamaño de un calcetín, y tras envolver yo mismo los regalos con papel de estraza los guardé en el tercer cajón de mi mesita de noche, con los preservativos, a la espera de una ocasión que nunca llegaba. Con el tiempo, las coartadas se me fueron agotando y se volvieron un paredón cada vez más alto, más grueso y más distante. Las llamadas se fueron espaciando hasta que fue imperdonable que aún no hubiese visto a la criatura, y un buen día, sin más, dejamos de saber los unos de los otros.

Pero a la vez que perdía a Mario y a María, que habían sido tanto, una carambola me colocó el Camarote en el camino. Por allí nos dejábamos caer los solteros y los plebeyos, donde nos encontrábamos para beber y descorchar las penas al caer el sol, como desheredados. Pues a pesar de mis entrenamientos y mis lechugas jamás dejé el alcohol, ya que algún combustible habría de quedarme. El mismo sábado que vi a la chica de Salinger también

conocí al taxista, del que nunca supe su verdadero nombre, pues no hizo falta. Le encantaba que le llamáramos así, «taxista», y pronto se convirtió en mi chófer oficial para traerme y llevarme al aeropuerto. Arrastraba un infarto y algunos achaques, y a pesar de las broncas de los médicos siempre tenía hueco para la penúltima cerveza, nunca la última, y para fumarse algún cigarro a hurtadillas de su mujer. El taxista era inmenso en todos los sentidos; corpulento y con hechuras de gángster, generoso, un buen hombre.

Había también una pareja con la que tardé algunos meses en entablar conversación, y algunos meses más en fraguar cierta amistad. Ella era decoradora de interiores, estilósísima, ceñida y muy rumbosa, bebedora incansable de ron dominicano, agarrada siempre a sus dos caniches. Y él era el teclista de una banda de rock que, en los últimos tiempos, estaba reventando las listas de ventas. Muchos viernes, también algunos sábados, terminábamos las reuniones en su casa, donde nos cocíamos como ratas mientras ella le daba brío a la sandwichera sin bajarse del taconazo y él nos adelantaba el próximo single o nos mostraba las imágenes en bruto de su último videoclip. Algunas noches, si el alcohol y las estrellas nos eran propicios, incluso nos tocaba algo al piano hasta que cualquier vecino de sueño flojo llamaba a la policía y una patrulla disolvía el recital.

Pero de todos los cofrades que aquellos días tomamos el Camarote al asalto, desesperados por un trozo de cariño, Abasi fue desde el principio el más importante. Abasi, un año menor que yo, era egipcio y pertenecía al cuerpo diplomático de su país. Como tal, estaba siempre enmarañado en cosas de embajadas a las que dotaba de mucho misterio. Era el hermano pequeño de una familia potentada de El Cairo de la que no daba demasiadas explicaciones, pero ya en los andares se le notaba que venía de una cuna con pedigrí. Había llegado a Madrid al acabar la universidad, y desde entonces se había adaptado a la jarana española con mucha soltura. Cuando se quitaba la

corbata y aparcaba el maletín con sus intrigas, lo mismo recitaba unos versos de Lorca que imitaba al presidente del Gobierno o a una folclórica de Jerez de la Frontera. Tenía una cultura inabarcable y un saque para el bebercio más inabarcable todavía. Era, a pesar del islam y sus preceptos, un truhan maravilloso con el que aprendí a cerrar todos los bares. Solo en los meses de Ramadán, que cumplía a rajatabla más por limpiar el hígado que por fe, se convertía en el mayor coñazo de este siglo que nos había tocado vivir.

—¿Y de dónde viene tu nombre, Abasi? —le pregunté el día en que nos conocimos, bajo la atenta mirada de Maxi el camarero, después de algunas cervezas que terminaron yéndonos de las manos.

—Del califato abasí, fundado en el 750 por Abu-l-Abbás, descendiente de Abbás, tío de Mahoma —respondió un poco repelente y de corrido, como si llevase toda una vida esperando aquella pregunta—. Se hizo con el poder tras aniquilar a la dinastía omeya y trasladó la capital de Damasco a Bagdad. De ahí vienen *Las mil y una noches*...

—Interesante... Pues si no te importa, yo te voy a llamar Akenatón —le dije sin saber muy bien por qué, estrechándole el gin-tonic a modo de brindis de bautismo. Y no debió parecerle mal del todo, pues desde entonces todos en el barrio le llamamos así.

—¿Has oído alguna vez esta canción? —me dijo mientras señalaba el altavoz.

—Parece Madonna, ¿no?

—Se llama *Holy water*, y en ella compara su flujo vaginal con el agua bendita —me dijo devolviéndome el brindis.

Y entonces, bajo las estrofas blasfemas de la reina del pop que caían como torpedos sobre nuestras cabezas, comprendí que estaba ante mi nuevo mejor amigo.

—Habrá que celebrarlo... —dije yo.

—Conozco un local clandestino muy cerca de aquí —dijo él, que se sabía todas las triquiñuelas del Madrid oscuro, como si dentro de la ciudad se cobijase otra urbe distinta, más pequeña, pero mucho más peligrosa y emocionante—. Vayamos antes de que se llene de chusma.

—Que así sea, Akenatón —respondí.

Y así fue.

4. LAS TRIBUS DE LAS COLINAS

Logré acabar el reto de Martín a tiempo para las vacaciones. Y juro que parecía otra persona en aquel cuerpo renacido, libre de grasa, labrado como una pieza de orfebrería. Como si tuviera un par de zapatos nuevos, quise estrenar la vida musculosa lo más lejos posible. «*This body is made for walking*», pensé. Y así, con los ojos cerrados y gran ceremonia, coloqué el dedo índice al azar en un mapamundi y me di de bruces con el Reino de Bután. Tuve que buscar en Wikipedia si aquel lugar de nombre abrupto existía o era una estafa de la cartografía, como cuando creíamos con fervor medieval que la Tierra era plana. Bután resultó ser uno de los países más pequeños del mundo, encaramado en el escarpado corazón del Himalaya y sujeto a los caprichos de los monzones. Contaba, además, con un indicador de desarrollo único en el planeta: el Índice de la Felicidad Nacional Bruta. Demasiado siniestro para mi acomodada mentalidad burguesa; pues de qué me serviría lucir palmito en

una región microscópica y abonada a la lluvia intempestiva, al budismo radical y al guiso de rábano. Como no iba a dejar que un mal golpe de dedo arruinase mis primeras vacaciones en solitario, repetí la operación tres veces más. Ruanda. Yemen. Liberia. Un descalabro tras otro, fui descartando destinos y tentándome a la mala suerte, hasta que me cansé de trastear sobre el mapa, estúpida entelequia de paralelos y meridianos, y decidí ir sobre seguro.

Bangkok me recibió con el calor despampanante de agosto, solo aliviado en el caos de la puesta de sol con una tormenta que se repetía cada tarde, siempre a la misma hora. El aguacero no duraba más de treinta minutos, lo suficiente para barrer la porquería de las calles, atemperar el fatigoso olor a pescado y especias que lo impregnaba todo y purificarme el espíritu, que ya me venía revuelto desde Madrid. Me alojé en la planta 29 del hotel Mandarin, en una suite de infarto con una terraza desde la que se divisaba la ciudad inmensa, que desde aquella altura parecía un enjambre maravilloso, pintado a bocanadas, como un cuadro de Monet empachado de templos y bocinazos. Por treinta y cinco dólares al día, una ganga asiática a la que no me pude resistir, dispuse de un salón con cocina americana, un baño con jacuzzi y una cama *king size* abullonada con sábanas de seda china en la que dormía con maneras de emperador, y en la que algunas noches estuve a punto de perderme para nunca encontrarme.

Culminado con éxito el reto *Un cuerpo 10 en 100 días*, me había quedado exhausto, despedazado desde la nuca a los tobillos y consumado de magulladuras, pero con la aritmética de los torsos perfectos. Y aunque yo nunca fui escaso en autoestima, por primera vez caminaba por la vida con andares de bribón, como si flotase. Me contoneaba por las aceras revoltosas de las avenidas, me relamía frente a los espejos, me abalanzaba sobre los pasos de cebra como si el tráfico histórico de la ciudad fuera a detenerse a mi paso. Joder.

Y así fue como esa misma noche, recién aterrizado, salí a quemar suela y bragueta por los clubes de la capital. Después de avituallarme en un mercadillo con un puñado de slips de Armani de imitación, y tras ducharme con una liturgia propia de sacerdotes llamados a sagrados designios, me propuse romper todos los corazones que me salieran al encuentro, a traición y sin remilgos, como tantas otras veces me despedazaron a mí. Aún estaba tibia la luna cuando me senté a cenar en una terraza de Silom Soi 4, un callejón sin salida que se insinuaba bajo la maraña de cables de alta tensión como una Gotham destartada, y que a medida que avanzaba la noche se iba pareciendo más y más al fabuloso Chicago de los años veinte. Allí, rodeado de expatriados y turistas que tomaban algo a primera hora, antes de echarse a perder, pedí un arroz con todos los curris del mundo y una botella de vino.

Como si la nostalgia me entrase por la boca, el primer golpe de picante me llevó hasta Mario y María, cuyo recuerdo de tantos viajes me cayó como una hostia en el estómago. Ella habría protestado por las especias, seguro que también por el cilantro, y él se habría bebido conmigo la botella de vino en un duelo de brindis. En el lance de todos esos curris, Mario y yo habríamos roto alguna copa, a lo que María hubiera exclamado aquello de «os lo dije», pero nosotros ni la oiríamos pues ya estaríamos enfrascados en la segunda botella. Y al final de la noche, cuando el sol volviese y no quedasen ni bares ni pecados, ella nos habría cuidado el *delirium tremens* en el taxi de regreso al hotel. Los pensé a mi lado, como siempre, y supongo que se me escapó una risa mustia. Y en el vacío de aquella mesa tan grande tuve que hacer un esfuerzo por apurar yo solo la botella de vino.

Pero Bangkok no se hizo para las almas compungidas, y tras sacudirme las añoranzas con un chupito de gelatina de hierbas me puse en órbita. En los días previos al viaje temí quedarme fuera de juego por el choque de culturas; nunca había sentido interés alguno por los asiáticos, y aquellos chicos desgarrados,

barbilampiños y amanerados no me provocaban ese chasquido que necesitaban mis huesos. Pero me equivoqué. De acuerdo con mi guía de viajes, en Tailandia existían varias etnias sometidas a sus propios dioses, a sus propios ancestros y a su propia fisionomía, marcada por la naturaleza salvaje del norte o por la vida calmosa y salada de las playas del sur. Y así, mientras la mayoría respondía al prototipo de tailandés menudo y torrefacto, muy poquita cosa, una de estas etnias milenarias presumía de una belleza insoportable de ojos azules y rasgos fuertes, cuerpos broncos y ariscos, más bien altos, tremendos. Tenían también nombres muy cortos y vidas muy largas, para que cupiese en ellas tanta pasión. Eran las Tribus de las Colinas, y nada más poner un pie en el Sudeste Asiático quise comprobar por mí mismo si eran tan bellos como se decía.

Bangkok resultó ofrecer un ambiente gay muy resuelto. Mientras el arroz picante aniquilaba cualquier virus que anidase en mi cuerpo, allí, sentado acaloradamente en la terraza de Silom Soi 4, noté cómo se sucedían las primeras miradas y algunos saludos clandestinos y a lo lejos. En esas primeras tomas de contacto unos pedían fuego, otros guiñaban el ojo con más o menos *swing*, otros revoloteaban mariposones calle arriba y calle abajo con la torpeza de los sobrios. Lo de siempre, sí, pero a diez mil kilómetros de la calentura del hogar, lo que es sin lugar a dudas mucho más excitante.

Terminada la cena, hice algunas indagaciones con el camarero, que me fulminó con sus ojos del color del peor de los océanos. O acaso eran unos ojos normales, quién sabe, pero a esas alturas yo ya estaba erotizado por el hechizo de las Tribus de las Colinas y todos me parecían criaturas sexis paridas por sus madres sexis en las fértiles orillas del Mekong, que supuse también un río muy sexy.

—¿Adónde va la gente ahora?

—DJ Station. Muy cerca de aquí.

—¿Y allí hay... chicos?

—Claro. Chicos. Muchos chicos.

—¿De las Tribus de las Colinas?

—¿Colinas? ¿Qué colinas?

—Pues... las Colinas de... Donde están las tribus y todo eso... Los chicos guapos de las Colinas.

—Sí. DJ Station. Chicos guapos. Muy guapos.

—Mira a ese chaval de allí. ¿Lo ves? El de los brazos grandes y la camiseta roja. Sí, ese. El alto. Sí. ¿Es de las Colinas?

—No lo conozco.

—OK, no te preocupes. Entonces... DJ Station, ¿no?

—Sí. Muy cerca.

—Espero que ese sitio merezca la pena. Quédate el cambio.

—¿Arroz rico?

—Sí. Me mantendrá despierto toda la noche, eso seguro.

—Bien. DJ Station. Chicos. Muchos chicos.

—Ya te contaré.

En Madrid nunca fui un abonado habitual a discotecas. Sí lo fui a antros infames propensos siempre a los mejores placeres y a las peores calamidades. Me estresaban los clubes de moda, con su maquinaria de gogós pluscuamperfectos y la muchachada excitadísima en la pista, sacudiéndose los cuerpos sudorosos, sin camiseta, en el seísmo de la música *techno*. Tenía la pasmosa habilidad, y quizá todavía la conservo, de enamorarme siempre, de enamorarme mucho, de enamorarme mal. Y si alguna vez caí en una de esas pistas de baile del demonio, por insensato, solía acabar la noche con los nervios de punta. Desesperadamente desesperado. Sintiéndome al fondo de la pirámide social, en lo más bajo del escalafón, mientras ellos, los elegidos, contoneaban sus cuerpos en la cúspide y nos miraban al resto desde las

alturas. «¿Qué se estarán diciendo? —me preguntaba cada vez que los veía susurrarse zalamerías al oído, rozándose a medias, devorándose vivos—. Yo también quiero.»

DJ Station resultó ser un discotecón de dos plantas, con tantos recovecos que era imposible abarcarlos todos. Me coloqué estratégicamente en un extremo de la pista, muy cerca de la barra, allí donde se amancebaban los chicos semidesnudos, abigarrados, en constante fricción de musculaturas. Tardé cuarenta y cinco minutos y tres copas en quitarme la camiseta. Lo hice muy despacio, disfrutándome entero, mascullando el momento, balanceando bajo mis calzoncillos falsos una erección magnífica. Hoy, en la prudencia que da la distancia y el tiempo, me pienso muy ridículo en aquella tesitura. Pero entonces me creí un ser superior, un puto dios latino y sin escrúpulos, de esos que sudan almíbar en los videoclips de Jennifer Lopez.

Aunque la música no daba pie a mucha palabrería, hablé con unos y con otros pavoneándome como un avestruz, aleteando de aquí para allá mi nueva esbeltez. Nos decíamos frases de cortesía, algunos piropazos, preguntas indiscretas que siempre llevaban consigo una respuesta sinuosa y a medias. Esquivé también algunos besos, pues detrás de aquel teatro burlesque todavía albergaba la esperanza de brindar con champán en el jacuzzi de mi suite, menuda tontería, y morirme de amor entre el tonelaje de sedas chinas. A los más guapos les hablé de las Tribus de las Colinas, por si acaso, pero todos me miraban con estupor, creyéndome un loco, y pasaban a la siguiente pregunta. Quizá mi guía de viajes estuviese desfasada, o lo de las etnias era una leyenda para encandilar a los turistas. Quién sabe.

De pronto me sentía integrado en la maquinaria, un miembro más de esa manada a la que había envidiado tantos años desde la distancia, en mi trinchera. La euforia me hervía bajo el pellejo, notaba un latido de felicidad histérica en ambas sienes, el alcohol me resbalaba por el pecho burbujeante de

sudor, como un ungüento de los milagros, y mi cuerpo pedía más y más porque sabía que todo era mentira, un espejismo en mitad de un oasis, una huida hacia delante y un quererse a oscuras hasta que la música dejase de sonar. En un rato ya nadie seríamos nada, pero entonces parecíamos los últimos seres vivos en la noche de los tiempos.

Resultó que en Bangkok también había un *after*, que es ese bar aventurado y peligroso al que van las almas perdidas y sin sueño cuando cierran las discotecas oficiales. Como ya estaba enganchado en la vorágine, quise probar suerte. Por conocer, más que nada. Y allí estuve encerrado algunas horas, muchas, con la misma música machacona y los mismos chicos a los que no dejaba de preguntar por su etnia. Como a veces sucede en estos sitios tan poco decentes, plagados siempre de camellos, carteristas y meretrices de todos los sexos, bien entrada la mañana hubo una redada policial, algunos gritos y un par de golpes, varias carreras escaleras abajo y, al final del túnel, la luz del sol de la mañana. Mientras los furgones cargaban a los detenidos se me ocurrió seguir la fiesta en mi suite. Sin calibrar las consecuencias, pues nunca lo hago, recogí a los supervivientes que quedábamos despiertos a las puertas del local, nos repartimos en varios taxis y enfilamos el tráfico del mediodía hacia el hotel Mandarin.

De lo sucedido recuerdo poco. Y recuerdo mal. Me vienen a la cabeza botellas de champán por todas partes que alguien debió de pedir al servicio de habitaciones, algunas copas rotas, un grupo de gente bailando sin música en el coqueto saloncito, un par de criaturas estrenando el jacuzzi sin desvestirse, algunos fumando en la terraza, otros tumbados en mi cama de emperador, o comiendo sin más, todos dándolo todo en mi todopoderosa suite. Había tailandeses, australianos, algún que otro italiano de acento insoportable. Aunque no me apostaría un centavo, casi estoy seguro de que se hizo de noche y después de día, y quizá otra vez de noche, aunque esto último son

suposiciones, puesto que el paso de las horas y el *jet lag* fueron más rápidos que mi cerebro. Llovió, salió la luna, se puso el sol y volvió a llover, tal vez en otro orden, mientras Bangkok me arrollaba vivo dejándome KO.

En algún momento debí de echar a mis invitados, o tal vez se fueron cuando ya no quedó más champán que escanciar sobre sus gargantas insaciables, pues al despertar, derrumbado en el sofá en mitad de la noche, no había nadie. Tardé dos horas en limpiarlo todo y en hacer recuento del desastre. Cuatro vasos rotos, cristales de botella, quemaduras de colilla sobre las sedas chinas, toallas hechas jirones y alguna vomitona, una señal de tráfico —PROHIBIDO APARCAR MOTOS—, el baño encharcado a cuenta del jacuzzi, ni rastro de mis slíps de Armani. Encima del sofá, como en su propia casa, había un gato. Un gato vivo y juguetón, con el pelaje gris y los ojos faroleros, desafiantes.

En la soledad impar de la habitación di por estrenado mi cuerpo renacido, mi nuevo yo, mi entrada en el Olimpo. Pero no había nada de victoria en esa sensación de primerizo. Di de comer al gato los restos de comida que encontré por el suelo y me metí al fin en la cama revuelta, empalagada del olor de otros. Allí dentro, emponzoñado entre sábanas sucias, el silencio de sarcófago que flotaba en la suite me dolió. No fue un dolor simbólico, de espíritu. Nada de eso. Se trataba de un pinchazo seco y real bien adentro, en los oídos. Para ahuyentar aquella morriña que me rondaba como rondan los tunos, actualicé mi estado de Facebook antes de volver a quedarme dormido. Fue un mensaje enigmático y un poco pedante, tras la estela chupatintas de Paulo Coelho, que me aseguró 633 «me gusta» y alimentó un poquito más mi leyenda.

Han tenido que cambiar demasiadas cosas —cambió mi cuerpo, cambió mi manera de pisar en el mundo, cambió la distancia que hoy me separa de casa— para que todo siga igual. Ha cambiado todo, pues, para que nada cambie.

—Esto tiene muy mal aspecto —confirmó el doctor después de retirarme los vendajes. Estaba rodeado de un grupo de enfermeras muy dispuestas, delgadas como juncos bajo sus batas azules, que me miraban la herida al unísono y con asombro, diría incluso que con cierto susto—. Hay que operar.

—¿Con anestesia? —pregunté tumbado en la camilla.

—Anestesia local.

—Corte usted donde tenga que cortar, y cosa donde tenga que coser.

Lo dije con la voz temblona y con la única intención de inspirarme un coraje que no tenía. Aquella frase me recordó a la del torero después de una cornada en el meollo de sus vísceras, balanceándose entre la vida y la muerte en la enfermería de la plaza. El torero, finalmente, fallecía.

—El único problema —continué— es que tengo un gato en el hotel y estoy solo aquí y... Me refiero a un gato vivo, auténtico. Y come mucho.

—Preparad el quirófano —me interrumpió dejándome a medias, mientras se retiraba con su tropel de enfermeras vivarachas.

Una hora y media después fui rescatado por una muchacha que me arrastró en camilla por el laberinto de pasillos que parecían en guerra. El doctor, siempre custodiado por sus chicas, me esperaba en el quirófano con el uniforme de guillotinar. A su lado, sobre un carrito cubierto de un paño, habían dispuesto una hilera perfecta de bisturís, tijeras, tenazas y tenacillas, chismes punzantes de todos los tamaños, mamotretos de matasanos, artilugios terribles. Comenzaron a desinfectarme la herida con un brebaje que apestaba a medicamento, sin miramientos, arrancándome de la garganta un quejido de dolor un poco marica.

—No te muevas —dijo el doctor mientras miraba al trasluz la jeringuilla de la anestesia, que con los reflejos parecía de plata. O plomo.

—¡Un momento! —grité para ganar unos segundos—. No dejaré que me hurguéis ahí abajo hasta que solucione lo del gato. ¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí? Está solo y sin comida, todavía es un cachorro, y no tiene a nadie.

—Si no intervenimos inmediatamente, puedes sufrir una sepsis y habría que amput...

—¿Amputar? ¿La pierna? ¿Mi pierna? ¿Esta pierna?

—Es una posibilidad...

—Por los clavos de Cristo, si es una herida un poco fea, nada más. ¿Cómo puede decirme algo así con esta colección de bisturís apuntándome vivo? ¡En mi país no se amputa a nadie desde la Guerra Civil!

—No voy a mentirle. La infección ha crecido sin control y casi no hay tiempo.

—Ya, pero el gato...

—De acuerdo, dígame cuál es su hotel y yo me encargaré del animal. Y ahora relájese. Puede que el pinchazo le duela un poco. Aguante la respiración. Eso es. Muy bien. Uno, dos... y tres.

Habría de remontarme una semana en el tiempo, cuando abandoné Bangkok asquerosamente solo y hecho trizas. Después de la bacanal del hotel Mandarin pasé tres días encerrado en mi suite con el gato, al que llamé Lenin por su carácter levantisco, como de bolchevique. Apenas salía de la cama para encargarme de la comida al servicio de habitaciones. Tallarines o hamburguesa para mí y pudín de marisco para Lenin. Algunos ratos, cuando la melancolía y el sueño me lo permitían, me asomaba a la terraza para sentir el palpito de urbe a mis pies. Me dejaba llevar por el rumor de los coches y las motos, por el griterío de los niños a la salida de los colegios, por el zumbido de una ciudad que no dormía jamás. A veces me costaba respirar, y aquella desagradable impresión de ahogo solo se ausentaba cuando llovía.

Pero el martes, el día en el que la vida siempre me daba sus revolcones, me cansé de esperar no sé qué, no sé cómo, no sé por qué, empaqueté mis cosas y fui a la estación principal de Bangkok con la maleta en una mano y Lenin en la otra. El destino había colocado una pajarería en el andén principal, y allí compré una vieja jaula por tan solo seis dólares para que el gato pudiese viajar conmigo. Al final de la tarde, puntual como la tormenta de cada día, partimos en un tren nocturno que nos llevó a Surat Thani, donde después tomamos un autobús que cruzaba un puente mastodóntico hasta la isla de Phuket. Como siempre que viajaba en un vagón, algo debió sucederle a mi cerebro a medida que avanzábamos hacia el sur entre arrozales, y aquella pesadumbre lánguida que me raspaba desde hacía días fue desapareciendo.

Al llegar a Phuket, Lenin y yo nos instalamos en un hotelito muy cerca de la playa de Patong City, en la trasera de una avenida plagada de Starbucks donde el olor a coco y especias se mezclaba con el *aftersun* de los turistas. La brisa del mar de Andamán y el *flip flop* de chancletas que zascandileaban de aquí para allá me pusieron de muy buen humor; me propuse entonces enderezar los días perdidos y volver a ser el chico que fui. Para ello establecí un plan de acción que consistía en exprimir cada noche un amor de verano y, entre pasión y pasión, hacer algo de deporte que mantuviese mi nuevo cuerpo en perfecto estado de revista. Me decanté por muay thai, un remedo de boxeo y lucha libre que se practicaba en los gimnasios rurales en el interior de la isla, montaña arriba.

Una santera, a la vez que vendedora de zumos exóticos, me contó que para encontrar un campamento de muay thai en las colinas de Phuket había que mirar a los pies de las palmeras; allí donde hubiera troncos pelados, descarnados de su corteza por los golpes de los luchadores, era muy probable que se escondiese uno de esos cuarteles de entrenamiento. Como en Tailandia la leyenda va y viene por las orillas de la realidad, no tuve más remedio que

creérmelo. Metí un pantalón de Adidas en la mochila —el muay thai puro se suda a pecho descubierto, como en la discoteca DJ Station—, alquilé una moto por cuatro dólares y me eché a la montaña por una carretera endemoniada.

Y entonces sucedió. Como estaba entretenido en buscar marcas de puñetazos en los zócalos de las palmeras, no me di cuenta de un socavón, la moto culebreó sin control y acabé derribado en el asfalto. Al enderezarme, sentí la sangre caliente resbalándome por el brazo y una quemazón en la rodilla. El pavimento había abrasado la carne, dejando a la vista un rosario de huesos, esquirolas, tendones, trozos de carne viva y latiente. La camiseta estaba rasgada, y también pude intuir heridas en el hombro, en el pecho y en el tobillo. Con un aplomo que todavía hoy no me explico, acaso porque la adrenalina enmascaraba cualquier dolor, volví a subirme en la moto, di media vuelta y regresé por la misma carretera hasta el hospital de Patong. Recuerdo conducir semidesnudo y ensangrentado por las calles de la ciudad, bregadas de turistas que gritaban de espanto al verme desde las aceras. Al llegar al hospital aparqué la moto en una explanada, cogí el casco y la mochila y entré en el recibidor con ademanes valientes, sin mirar atrás, sintiéndome importante. Las enfermeras del hall me sentaron en una silla de ruedas y me llevaron a una sala de urgencias donde otro turista, creo que francés por el llanto inflado de erres de su novia desconsolada, acababa de morir en circunstancias similares a las mías. Al fondo de la sala, un par de sanitarios enderezaban el hombro dislocado de un joven tailandés semiinconsciente que, supuse, también se había descalabrado con la moto. «Me apetece comer algo dulce. Muy dulce. Una crepe con Nutella como las de París», pensé alegremente mientras aguardaba mi turno en una esquina y dos celadores retiraban en camilla el cadáver del francés cubierto de sábanas. Solo entonces caí en la cuenta de mi desvarío. «Será que el estado de shock da mucha hambre.» Aún había restos de muerte en la sala cuando me hicieron las

primeras curas de urgencia, me vendaron de arriba abajo con excesos de Nefertiti, me recetaron algunos analgésicos y me enviaron de vuelta al hotel.

En los días sucesivos apenas salía de la habitación para dar breves paseos por sus jardines, para comer algo en el Hard Rock Cafe de la esquina y para las curas diarias en el hospital. Aprendí a cojear con fantástica soltura y, por lo aparatoso de mis vendajes y mi caminar renqueante, me hice bastante popular entre los huéspedes y los trabajadores de los alrededores. Me saludaban con mucho arrebató, mirándome con lástima, y yo imaginaba los mote que me pondrían: «el español tullido», «el boxeador truncado», «el trotasuelos». Y me reía. Siempre. Tal vez porque llevaba mucho tiempo sin hablar con nadie, demasiados días a solas conmigo mismo.

A pesar de las atenciones médicas, la rodilla no mejoraba. Una semana después del accidente, en una de las curas, me atreví por fin a mirar la herida; era un espeluznante agujero teñido de negros, azules y púrpuras como hábitos cardenalicios, acompañado de un verde viscoso y purulento. A través del orificio todavía se intuía el marfil de algunos huesos. Alarmado, cuando salí del hospital llamé a mi seguro de viaje, que me derivó a una clínica privada de mucho relumbrón donde fui sometido a la más urgente de las cirugías. La operación fue bien, pero el doctor encargado de cercenarme la pierna me obligó a permanecer ingresado hasta que la infección remitiese.

Durante el tiempo que pasé en el hospital, en una habitación de enormes ventanales que daban a la bahía y me llenaban la cabeza de olas, de pájaros, de fantasías, aprendí a disfrutar del *dolce far niente*. Fueron tantas horas en brutal silencio, sin compañía, que leí seis libros de corrido, saboreando cada página como si fuera la última, en un delicioso impás que no quería que acabase nunca. Ensañado como estaba de analgésicos, me dediqué a apuntar en una hoja las palabras más imponentes, más hermosas y con más sonido que fui encontrando en mis lecturas. Y me prometí que si algún día, si por un

siroco escribía un libro, las incluiría todas escondidas entre las páginas. La lista era fantástica: pérgola, califa, hogaza, lumpen, forajido, estuario, leproso, telúrico, yunque, púrpura, arpegio, percherón, tobogán, badulaque, abril, torvo, zócalo, rayuela, aquietar, almendra, paspartú...

Cada mañana, al despertar, y a pesar de los dolores que me crujían vivo, me aventuraba con algunas flexiones y abdominales para no dar al traste con mi ansiosa figura. Por la tarde, después de un almuerzo frugal que apenas me llenaba el estómago, daba un paseo por los pasillos. Algunas veces, si la excursión me cogía con ánimo, salía a la calle a escondidas y en pijama, con el gotero a cuestas como una penitencia, para comprar una chocolatina en un pequeño puesto de comidas al otro lado de la avenida.

Una noche en la que estuve más flojo que de costumbre, quizá entumecido por el eco de mí mismo que iba de lado a lado de la habitación, a punto estuve de escribir a Mario y María. Me entraron unas ganas como cosquillas de contárselo todo, para que la niña Olivia supiera, cuando fuese grande, que su tío el loco había estado a punto de morir en una carretera que serpenteaba por el paraíso. Iba a decírselo, sí, pero me arredré en el último segundo, pues no era muy sensato reaparecer con ese susto después de tanto tiempo.

«Estás completamente solo y a miles de kilómetros de casa —me repetía machaconamente, como un eslogan de Coca-Cola, en las larguísimas horas de mi convalecencia—. Nadie va a cuidarte salvo tú mismo.» Y aquello fue una redención maravillosa. Mantuve la calma, di las gracias mil veces por estar vivo, disfruté desde mi ventana de los atardeceres que me regalaba la isla. Parecía difícil, pero no lo era; se trataba, sin más, de ver cómo se desplomaba el sol al otro lado del mar. Sin prisas, sin selfies, sin aditivos. Nunca más he vuelto a tener esa sensación de control sobre mí mismo, de quererme tanto, de quererme mucho, de quererme bien.

El doctor me visitaba cada día para hacerme las curas, comprobar mis

avances y, sobre todo, darme la última hora de Lenin: «Mis hijos lo adoran. Mi mujer no tanto, porque el otro día se comió las orquídeas del patio. Es un gato con mucho carácter».

—Es que Lenin es mucho Lenin —fanfarroneaba yo, orgulloso de la criatura, y volvíamos a la rutina de vendajes y antibióticos que nos unía.

Si fueron los analgésicos o los estragos de la soledad de mi encierro, no lo sé. Pero cada noche, cuando el hospital se vaciaba de visitas y solo quedábamos los pacientes y algunas enfermeras de guardia, encadenaba decenas de sueños en los que volvía a aparecerse, con una insistencia desmedida, Julio César Espinoza. No eran sueños amables. Tampoco pesadillas. Eran historias inconclusas, pues solía desvelarme varias veces por el dolor lacerante en la pierna, en las que caballeros de cualquier pelaje se llamaban siempre igual, con ese nombre que ya no podía borrar de mi cabeza.

Para no preocupar a nadie, mantuve en secreto el accidente hasta que recibí el alta. En la puerta misma del hospital, con el ansia latiéndome en los dedos adormecidos, publiqué en Facebook e Instagram una foto de mi cuerpo destartado, cubierto de vendas, y una crónica muy virtuosa en detalles sobre el accidente. La noticia se extendió como una metástasis entre amigos y familiares, que me leían desde España como habrían de leerse a los héroes de guerra, a los misioneros que batallan contra el ébola en el tuétano de África, a los supervivientes de Normandía. El mismo día que aterricé mis huesos en España, y tras la estela del blog *Un cuerpo 10 en 100 días*, me encargaron un artículo para el periódico sobre mi aventura asiática: «Cómo destrozar un cuerpo 10 en siete días».

—Come, come más. Tienes que recuperar fuerzas para que la herida sane. O no querrás que te suceda como a la princesa Krasue, a la que le colgaban

todos los órganos del cuello hacia abajo, el corazón, los pulmones, los intestinos, todo le colgaba como un péndulo a la princesa. Su espíritu, por culpa de una maldición al no curar las heridas de un mal de amores, fue condenado a vagar eternamente hasta que algún hombre volviese a conquistarla. Y ella se aparecía siempre en el campo de batalla para encontrar a alguien, pero cada vez que mostraba sus encantos a los soldados los enloquecía con su baile de vísceras y se quedaba sola hasta la siguiente guerra.

Y volvía a servirme otra palada de comida en el cuenco de loza, bajo el roble que protegía el patio del fuego solar del mediodía. Encima de la mesa de madera, en fuentes dispuestas sin orden ni medida, rebosaban tallarines, ensalada de mango, sopa de lima y pescado, pinchos morunos de cordero, pollo al curri verde, cerdo frito, arroces, zumos de frutas, zarandajas de todos los colores que parecían un vergel. Y yo despaché una ración de cada plato por cortesía, a bocados breves para no perder el sentido.

—Gracias por invitarme —le dije entre sofocos mientras me abanicaba los tórridos sudores del picante.

—Mi marido dice que has sido muy buen paciente. Además, ¿cómo no íbamos a dejar que te despidieras de Lenin?

—Me contó el doctor que el otro día se comió unas flores. Si eran tan bonitas como el resto del patio, no me extraña que no pudiera resistirse. He leído que en Tailandia, debido a la humedad, existen hasta cien tipos de orquídeas, así que espero que vuelvan a crecer pronto.

—Las orquídeas... Ya no las hacen como antes —dijo ella.

—¿Quiénes?

—Los dioses.

—Es curioso que usted crea en esas cosas, siendo su marido uno de los médicos con más renombre de la isla...

—Por eso es mi marido. Porque nunca estamos de acuerdo en nada.

Los hijos del doctor jugaban al fondo del patio, en un trozo de huerta donde crecían unas plantas imposibles, de tallos carnosos y rojísimos como labios de Marilyn y unas hojas verdes que me superaban en altura. Una hilera de velas apagadas, a medio derretir, delimitaban el pequeño terreno.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ruibarbo —dijo la mujer del doctor—. Lo cultivo yo misma, durante el día a la sombra del nogal y cada noche a la luz de las velas, para que crezca así de fuerte.

—¡No me lo puedo creer! Si mi madre lo viese se revolcaría por la tierra y lo arrancaría con sus propios dientes.

Le expliqué el desasosiego doméstico de mi familia por culpa del ruibarbo, tan difícil de conseguir en esa España nuestra consagrada al olivar y a los viñedos. Y el doctor, sin pensárselo, se abalanzó sobre el huerto con un cuchillo y con gran dominio de la técnica comenzó a escarbar alrededor del tallo. Traté de impedirselo, pero fue inútil. Dio un tajo certero en la base de la planta, le arrancó las hojas, cortó en trozos el brote rojo, los envolvió en varias hojas de periódico y me entregó el paquete como un tesoro.

La mujer del doctor se retiró un momento a la cocina, y él aprovechó su ausencia para confesarse:

—Lo de las velas es una estupidez, pero a ella le entretiene. En las colinas del norte, de donde yo vengo, las mujeres machacan la raíz y la convierten en polvo de ruibarbo para tratar el hígado. Pero claro, yo soy médico y no puedo dar pie a esos bulos de curanderos. Yo que tú haría mermelada, aunque te advierto que sabe a rayos.

—¿Ha dicho colinas? —le pregunté con los ojos fanáticos, como planetas—. ¿Es usted de la Tribu de las Colinas?

—Sí.

—Sabía que no era un bulo, joder. ¡Lo sabía!

Le miré como se mira las encías a los caballos, de este a oeste y de norte a sur, le miré a fondo cada surco de la frente, las pupilas y los pómulos y los dientes blanquísimos. Me dejé entonces arrastrar por la sugestión, que todo lo puede; y a pesar de su tez pálida y el porte lánguido, a pesar de esa tristeza algo marchita de los hombres de ciencia, pude intuir en el doctor la guapura milenaria de la tribu. El sol aún apretaba con rencores cuando su mujer regresó al patio con helado de tamarindo picante, un postre muy dado siempre a las despedidas. Apuré dos sorbos, di un último achuchón a Lenin, un abrazo al doctor y a su señora, un par de collejas bobas a los niños y me subí al taxi que esperaba afuera. Toda la familia salió a decirme adiós a la calle, a la sombra del muro por el que asomaban las hojas del ruibarbo. Cuando el conductor arrancó camino del aeropuerto, Lenin saltó de los brazos del doctor y corrió unos metros detrás del coche, pero el calor debió de ser más fuerte que su pena y acabó distrayéndose con unas malas hierbas de la carretera.

Cosas de gatos.

5. VILLA BURLESQUE

Y de repente llegó el otoño. Y sus meses tristes trajeron noticias tristes y Madrid, de pronto, parecía de plata antigua, de joya de la abuela. Varios ancianos del barrio que a menudo iban al Camarote para esquivar las soledades propias de la edad, que era lo que hacíamos todos, aunque fuéramos más jóvenes, aprovecharon el mal tiempo para morir. Uno de ellos, comunista, ferroviario y un poco pintor, había trabado cierta amistad conmigo; quedábamos los jueves, yo después de trabajar y él cuando acostaba a su esposa devorada por el alzhéimer, y nos tomábamos unos vinos mientras él me contaba historietas de trenes a vapor, traicionados en los años cincuenta por modernísimas locomotoras de diésel y eléctricas, y sus correrías de otros siglos con hermanos bastardos de Alfonso XIII en prostíbulos sifilíticos del Madrid de los Austrias. Llegó a confesarme que en los años treinta había robado tres mil quinientas pesetas en un banco de la calle Alcalá, o que le había plantado un beso a Ava Gardner en casa del marqués de Valmojado, que detrás de sus aspavientos y a pesar de sus fiestas rimbombantes no tenía dónde

caerse muerto. «He estado con muchas mujeres, pero la Gardner era la que peor besaba de todas», me decía. Y yo le creía como un p^árvalo, a pies juntillas, porque me gustaba pensar que todo era verdad; la vida era más bonita con beso a Ava que sin él, así que no me opuse. A cambio, le regalé una *tablet* que ya no necesitaba, cosas de la obsolescencia programada. Le enseñé a enviar mails y le abrí una cuenta de Facebook que comenzó a usar para ver fotos de chicas guapas. Hasta que uno de esos jueves de otoño no acudió a nuestra cita en el Camarote. Lo habían encontrado muerto en el sofá de su casa, con el perfil de Facebook de una rusa despampanante abierto en la *tablet*, a buen recaudo sobre sus piernas. Tenía noventa y un años. En su funeral, al que fuimos los supervivientes del barrio en avalancha, estaba el nieto del marqués de Valmojado, despojado de todas sus noblezas pues, según investigué después, había vendido el título a un millonario alemán para evitar un desahucio y poder comer. Esa noche, después de dejarlo bajo tierra, el Camarote solo abrió para los amigos y le brindamos con su vino favorito hasta el amanecer.

Como si hubiera prisa por marcharse, otros cinco vecinos fallecieron ese otoño, y con cada muerte se llevaban un trozo del barrio en el ataúd. Además, el músico y su chica decoradora de interiores se mudaron al campo, a una casita lejos del mundo donde creyeron que serían más felices, y con el tiempo les perdimos la pista. Un par de conocidos que de cuando en cuando se dejaban caer por el bar para sacudir sus problemas en whisky también desaparecieron. Hubo algún que otro divorcio, cerraron la sala de teatro y el bazar chino de Maou, se produjo un derrumbe que dejó un solar desamparado y gris. Y en el local de dietética de Lissette, a la que yo no guardaba especial cariño por sus diagnósticos ofensivos si bien le reconozco el talento emprendedor, terminaron abriendo una clínica oftalmológica. El otoño, pues, se llevó consigo demasiadas cosas. Solo el Camarote pareció aguantar aquella

tempestad que lo arrasaba todo. Y allí continuamos los incorruptibles, como brazos de santo en el altar mayor, queriéndonos cada día más y emborrachándonos cuando se terciase más por solidaridad comunal que por sed.

Ha pasado el tiempo, y puedo decir que aquel bar me salvó la vida. O al menos me libró de agonizar intoxicado en cualquier tugurio de mal agujero, o de enloquecer de amor en alguna discoteca pasada de revoluciones, que es donde perdían la sensatez los de mi calaña. Con la marcha del Señor X, y dado mi regusto a caminar por el filo peliagudo de la vida, hubo un amago de volver a las calles, a las noches, al extravío. No por vicio, que también, sino por salir al encuentro de algo que no sabía muy bien qué era, pero allí estaba. Tiene gracia que fuera precisamente en un bar, un local monísimo donde servían cócteles de moda, hamburguesas de colores y tostadas *new age*, donde encontré el sosiego que necesitaba. No me hizo falta ir a buscar cariño por las veredas tristes, como baladas, llenas de maricones a deshora. Me bastaba con cruzar la calle, ponerme a resguardo en el Camarote y esperar que llegase alguien. El taxista, Akenatón, la chica de Salinger y por supuesto Maxi y Sonia, los dueños, a los que aprendí a querer como si fueran mis padres de repuesto. Los viernes por la noche era costumbre. Los sábados por la tarde, se volvió tradición. Los domingos en los retozos del mediodía, al aperitivo, se convirtió en rutina.

El taxista solía perderse en ensoñaciones sindicales, se rasgaba la camisa cada vez que enumeraba las penurias del gremio, tenía siempre sed de barricadas en los ojos. Su mujer, una maestra encantadora, se nos unía algunas veces, y entonces él se comportaba como un caballero refinadísimo, con la palabra justa y el semblante escueto. Pero cuando ella se retiraba para las cenas y los baños y los deberes de los hijos, como cualquier madre de bien, al taxista se le volvía a trasquilar el ceño y se encelaba otra vez con la

revolución. Akenatón, a pesar de su nobleza árabe y pitiminí, era bastante zurdo en ideas políticas y le jaleaba con enérgicas soflamas, como si estuviera acicalándose para tomar la Bastilla. «¡Sin taxis no hay progreso!», gritaba.

—Será sin el iPhone, sin la píldora del día después, sin la Thermomix — apuntaba yo sin muchas esperanzas. Y entonces me callaba y les dejaba hacer y deshacer su motín, brindábamos por ello, que así fuese, larga vida al taxi, pues.

La chica de Salinger también participaba de aquella zalagarda, aunque se mostrase más comedida. No estaba en su ADN quemar contenedores, y nos lo hacía saber con su forma de coger el vaso de cerveza con la delicada punta de los dedos, y con sus sorbos casi invisibles. Bebía a buen ritmo, casi como nosotros, pero no nos dábamos cuenta. Hablaba poco, pero escuchaba bien. Apenas sabíamos nada de su vida; trabajaba en unos jardines —qué jardines y haciendo qué, nunca lo averiguamos— y se llamaba Carolina, pero a mí siempre me pareció que en aquel nombre había gato encerrado.

—Nos está mintiendo —le dije una vez a Akenatón—. No tiene cara de llamarse Carolina.

—¿Y qué cara tienen las Carolinas, si se puede saber? —respondió él.

—Las Carolinas tienen cara de Carolinas, y punto. No me pidas que te explique lo inexplicable.

—¿Acaso tengo yo cara de Akenatón?

—Eres un calco. De hecho, no entiendo por qué tus padres te pusieron tu nombre y no Akenatón.

—Menuda gilipollez.

—Como sucede con los perros idénticos a sus dueños, las personas, con los años, acaban pareciéndose a sus nombres. Carolina no existe, es una coartada, y el tiempo me dará la razón.

Pero no todo fueron bajas en aquellos meses inciertos. Con el mal tiempo

había llegado a Madrid un escritor de Guanajuato, México, que estaba dando la vuelta al mundo buscando inspiración para su próximo libro. Se sentaba siempre al fondo del bar, lejos del frío que azuzaba la calle, con un café que alargaba durante horas y un misterioso cartel sobre la mesa: ESCUCHO HISTORIAS DE AMOR. Paró por la ciudad dos semanas. Catorce días en los que coleccionó todo tipo de enredos sentimentales, pasiones desbordadas y amargos desengaños que los clientes, algunos borrachos y otros simplemente necesitados de compartir sus penas, le contaban al detalle mientras él lo registraba todo en una grabadora. Al principio le mirábamos como se mira a los locos, y casi nadie se sentó en aquel confesionario improvisado. Pero con el paso de los días muchos se fueron animando. Primero Sonia, la dueña, que le habló de sus correrías argentinas mientras le invitaba a una porción de su tarta de zanahoria, capaz de sanar a los peores enfermos y de obrar los mayores milagros. Después el taxista, que se sacó de la chistera un amor de juventud y acabó enfangado en lágrimas arrastrado por los recuerdos. Cuando le vimos llorar, sonándose los mocos con un ruido quejoso de niño pequeño en su cuerpo inmenso, a mí se me encogió el cuerpo por la impresión. A Akenatón, en cambio, le entró la risa.

—¿Y tú por qué no te animas? —le dijimos yo y el taxista. Nos mordía la curiosidad por conocer detalles de su pasado egipcio, del que nunca hablaba, y que yo siempre imaginé empachado de sexo y especias bajo las pirámides.

—Porque no tengo nada que contar —respondió él.

Y nunca más volvimos a insistir.

Pronto se corrió la voz de la presencia del mexicano loco que coleccionaba los amores y desamores de los demás, y a los vecinos se unieron gentes venidas de otros barrios, a veces desde muy lejos, que hacían cola hasta su mesita del fondo para sacudirse los recuerdos, como peregrinos ciegos a la caza de Dios.

Una tarde que llovía con desespero, aunque en Madrid siempre llueve poco y mal, le pregunté al mexicano por su propia historia. Me confesó que llevaba seis meses viajando de México a Colombia, después a Chile, Argentina y Estados Unidos, y ahora Madrid. En unos días volaría a París antes de saltar hasta Marruecos, más allá del Atlas, Nigeria y Sudáfrica, para terminar la ruta en Turquía, la India y Corea del Sur. El periplo sumaba más de veinticinco mil kilómetros en los que pensaba escuchar trescientas historias que conformarían, decía, «la antología del amor más ambiciosa jamás escrita por el ser humano».

—De todas las aventuras que encierra esa grabadora tan pequeña —le pregunté—, ¿cuál es la que no puedes borrar de tu cabeza?

—Me han hablado de muertes y de venganzas, de bebés abandonados en la puerta de una iglesia, de noviazgos truncados medio siglo por la dictadura. Pero el más emocionante, siempre, es el primer amor.

—Yo puedo contarte el mío —me atreví, bravucón—. Puede que hasta te sirva de prólogo.

—Vengo de una ciudad pequeña donde los maricones viven siempre a escondidas. Algunos pudieron casarse con una mujer como tapadera. Otros, no sé si con más suerte o por desgracia, se conformaron con guardarse el deseo bien adentro, como si no existiese. Los que no podían esconder la pluma eran señalados, apartados del mundo, como escoria. Recuerdo al peluquero de mi calle, que al comienzo del verano solía raparnos a mi hermano y a mí, como en un ritual que nos encantaba. Tendría treinta años y un día, sin más, echó el candado y se marchó; había cerrado el negocio después de que le reventaran los cristales a pedradas varias veces y le amenazaran con prender fuego al local. Tampoco voy a recrearme ahora en los tormentos de la homofobia, que es un tostón. A mí la homofobia me aburre, ¿sabes? Lloriquear

a estas alturas me parece una pérdida de tiempo. Desde que salí de allí, no he dedicado ni un minuto a pensar en todo lo que me hicieron aquellos hijos de puta en el colegio y el instituto. Incluso les estoy agradecido, pues hoy soy lo que soy gracias a todas las hostias que me dieron. Recuerdo que había un tipo del curso de los mayores que tenía una fijación enfermiza conmigo. Fumaba. Fumaba tanto que yo lo veía como a un héroe. Una vez me dio un cabezazo que me partió el labio, y yo me inventé ante mis padres un balonazo en el recreo. Muchas tardes, al volver de clase, me esperaba en el portal con el cigarro entre los dedos y me empujaba contra los setos, me agarraba del cuello, me decía que me iba a matar. Y una vez me robó un zapato. ¡Un zapato nuevo! Llegó a amenazarme con una navaja mientras me escupía el humo del tabaco en la cara. ¿Y qué hacía yo? No hacía nada. Porque me gustaba. Nunca se lo he contado a nadie, pero cada vez que lo veía venir a por mí me entraba un hormigueo en el estómago que no he vuelto a sentir. Era esa sensación de subirse a una montaña rusa; placer y dolor, euforia y terror, yin y yang. Cada día esperaba con ansia el momento de volver a casa para encontrármelo, y si alguna vez no estaba en la esquina de siempre, parecía que la vida ya no tenía sentido. Si le veía, me faltaba el aire. Si no le veía, también. Además, montar en bicicleta me aburría como un mastuerzo, así que al robármela me hizo un favor. Pasó el tiempo, yo me matriculé en la universidad y él debió de desperdigarse en asuntos de drogas, o de robo de coches, o qué sé yo. Nada bueno. Y le perdí la pista. En esos años yo hacía teatro en un grupo amateur, y a veces representábamos nuestras obras en las fiestas patronales de los pueblos cercanos, en colegios, en residencias de la tercera edad... Un año yo fui Macbeth. Un tipo fantástico, ese Macbeth. Y el ayuntamiento nos contrató para actuar en la cárcel de la ciudad. Fue increíble, con todos los presos siguiéndonos con la boca abierta, enganchadísimos a la locura de Shakespeare, aplaudiendo a rabiar. Cuando acabó la representación, los

funcionarios de la prisión permitieron a algunos reclusos acercarse a hablar con nosotros entre bambalinas. Y allí estaba él. Mi verdugo después de todos esos años. En la puta cárcel. Los dos vacilamos un par de minutos, dudábamos, nos esquivábamos, nos mirábamos de reajo... Y cuando ya nos íbamos, se acercó muy tímido, con los ojos gachos, y me desarmó. Me dijo: «¿Te acuerdas de mí?». «Cómo no me voy a acordar», dije yo. «Te suponía aquí, o en algún sitio peor.» Me contó que llevaba tres años encerrado por una traición. Eso me dijo. Una traición. Que le quedaban tres meses de condena, y que le llamase pasado ese tiempo porque, y recuerdo sus palabras exactas, «teníamos muchas cosas que arreglar». Nos despedimos con un apretón de manos muy lento, extraño. En ese apretón de manos pasó algo, eso lo sabemos él y yo, nadie más. Y cuando me giré para marcharme, con todos esos ruidos de rejas de metal abriéndose y cerrándose, me dio un papel con un número de teléfono. Pasé los siguientes tres meses manoseando el papelito hasta, casi, desdibujar los números. Me dormía pensando en él, soñaba con él, me masturbaba con él. Me lo imaginaba fumando y teniendo hijos, muchos hijos. La espera me sirvió para hacer memoria y perdonarle, porque yo tengo muchos defectos, demasiados, pero el rencor no es uno de ellos. El rencor no sirve para nada. Es muy cansado. Y a mí me gusta vivir sin equipajes. Cien días después, y tras pensármelo mucho, llamé. Respondió una mujer, su madre, con la voz muy pesada, vieja. Pregunté por él. «Se murió», dijo ella enfadada. Y tuve que colgar. No hice preguntas, no busqué respuestas. Ese día lloré, porque yo lloro mucho. Por casi nada. Me gusta llorar. A veces pienso que él fue mi primer amor. Y desde entonces, salvo una honrosa excepción con el Señor X, un paréntesis milagroso que se alargó cinco años, la vida siempre me ha ido a peor. ¿Crees que te servirá?

Como decía el cantautor de voz tacaña, el otoño duró lo que tarda en llegar el invierno. Y en algún lugar del camino que no logro recordar, no sé si antes, no sé si después, me convertí en vigorético; a falta de hombres y pasteles que llevarme a la boca, fue mi entrenador Martín quien me llenó los vacíos, y la adoración de mi propio cuerpo se volvió una dulce esclavitud. Aprendí a gustarme más de la cuenta, sin rencor, y mientras me acostumbraba a mis nuevas hechuras la vida se me iba en selfies fibrosos y succulentos con los que avivaba mis redes sociales. Aún me costaba reconocermme frente al espejo, y me fotografiaba de frente y por derecho, de escorzo y en *derrière*, por arriba y por si acaso, como si fuera un alien, un ente extraño, Cher tras una cirugía. En aquella sucesión de frivolidades en las que no era ni desdichado ni feliz, simplemente era, aprendí a vivir con lo puesto. Respiraba, trabajaba, hacía deporte, ya no buscaba. Y entonces lo encontré.

Una noche que ojalá no hubiera existido, sin lecturas que me retuvieran o películas que me interesaran, bajé a tomar algo al Camarote, y el destino me la jugó con todas sus cartas; Akenatón y Carolina, la chica de Salinger, echaban unos tragos a sus copas con codicia de sábado, que es cuando mejor se bebe. «Una y me voy», les advertí. Dos horas después, cuando la mitad de la ciudad dormía y la otra mitad se cuajaba a lingotazos, atravesábamos una calle de moda flanqueada por bares de moda, y donde se codeaba gente fetén y también a la moda. Akenatón nos prometía una fiesta salvaje, a resguardo del frío de diciembre, con un grupo de amigos faranduleros, artistas, famosetes a medio gas y más bien golfos. (Cosechaba Akenatón colegas de todos los colores, de razas y bolsillos muy dispares, y un día podía alternar con el patriarca gitano del Salobral, que era un atolladero de yonquis y bandoleros, para después cenar con un príncipe de Qatar en el Vieux Bistrot de París. Sin despeinarse. «Un narcotraficante chabolista y un jeque árabe son más parecidos de lo que les gustaría», fanfarroneaba. Y se encendía un cigarrillo con sus modales de

bon vivant.)

Amarrados del brazo los tres, efervescentes, caminábamos a buen ritmo y mejor temperatura a pesar de la niebla prehistórica. «Lo que pase aquí, aquí se queda», nos hizo prometer Akenatón antes de llamar al timbre de un portal de maderas aristocráticas. El ascensor de forja, un tanto fúnebre, ascendió traqueteando con lentitud, como si le pesaran las riquezas, y en los largos segundos que tardó en llegar a la cuarta y última planta me sentí felizmente atrapado en *La hoguera de las vanidades*, como si aquello fuera el Upper East Side de Manhattan y un negrazo con levita nos fuera a recibir con honores. Ya en el rellano nos atusamos el pelo, enderezamos las solapas de los abrigos, carraspeamos, contamos hasta tres.

Giuseppe Marini, un galerista italiano de ademanes muy ensayados que había alcanzado cierta fama intrigando por los salones de la jet, abrió la puerta de sus dominios y nos invitó a pasar. «¡Bienvenidos a Villa Burlesque! —exclamó con desparpajo de trovador, agitadísimo, con la copa de champán siempre a punto de caerse—. Mi casa es vuestra casa. Pero os voy a pedir que os quitéis los zapatos.» Obedecimos y atravesamos descalzos un laberíntico juego de pasillos hasta llegar el salón principal. La vivienda era una desfachatez de quinientos metros cuadrados con muebles coloniales y excesivos, vitrinas de farmacia modernistas, reclinatorios y tallas de santos mestizos, máscaras venecianas, un loro en una jaula, figuras bizantinas, un *jukebox* de los sesenta, tapices de Flandes, espantos taxidermistas de caza mayor, un Warhol auténtico junto a un retrato de Grace Jones de David LaChapelle, efebos de porcelana, un futbolín de plata, una palmera en el cuarto de baño, flores frescas en jarrones desmadrados, cachivaches aquí y allá que componían un *horror vacui* histórico pero genial.

La fiesta, con DJ propio y camareros uniformados, había congregado a personalidades con mucho pisto que reían en voz alta y sin preocupaciones,

que pisaban con garbo las baldosas neoclásicas a pesar de ir descalzos, que ganaban siempre y no perdían nunca. Había baladistas con Grammy latinos, actores con Goya, presentadores de televisión con Picassos, políticos a la izquierda de la izquierda con casita en Marbella, concursantes de *realities* con el sexo chorreándoles por la pernera, alguna que otra puta con caché, monologuistas con gracia y sin ella, depredadores, escritores malditos, guapérrimos, guapérrimas, drogadictos, fantasmas, ricos herederos a punto de ser desheredados, editores de moda, dircoms descamisados, veganos, aspirantes a cosas. Las fortunas de todos ellos habrían de sumar, un cero tras otro, el producto interior bruto de Nicaragua. Y por fin supe a qué olía el dinero: a naftalina, a licor importado y a Dior. Como es de rigor en estas reuniones como bacanales del IBEX, el aseo era un sindiós de trapicheos, de negociaciones al oído, de *business* palaciegos para conseguir la mejor de las cocaínas. O sea; allí había estupefacientes como para derribar un Boeing.

Carolina, Akenatón y yo nos fuimos presentando a unos y a otros, bebiendo alcoholes dorados que Giuseppe guardaba en botellas carísimas, entrando en materia. Akenatón se encontraba en su ambiente entre tanta farándula y no tardó en reír como ellos, en oler como ellos, en pisar como ellos. Y a mí no me costó demasiado desenvolverme con chispa y tronío en aquel carrusel de millones. Si un concursante de *Gran Hermano* era capaz de salir airoso de la velada, yo también; bastaba con hacer de cuando en cuando un chiste fácil, beber a destajo y sonreír. Carolina, en cambio, no terminaba de encajar. Miraba el móvil de manera compulsiva, quizá para disimular su desarraigo, y se mostraba cada vez más ausente, asustadiza, un poco perdida.

—¡Querida, en Villa Burlesque está prohibido usar el teléfono! —le gritó Giuseppe recostado en una *chaise longue* tapizada en terciopelo, celoso de la intimidad de sus invitados. Se había cambiado de ropa por tercera vez, y ahora vestía una americana de *animal print* y antifaz a juego, a lo cabaretera, un

pantalón pitillo y calcetines rojos.

—Yo no estaba... no... eh... Perdón. Sí, ya lo guardo —dijo cabizbaja, sometida al escrutinio feroz de los presentes, muerta de miedo. Diez minutos después se marchó sin despedirse.

—¿Has visto a Carolina? —le pregunté a Akenatón, que hablaba al oído de una muchacha con muy buena pinta en el centro del salón, pavoneándose como un macho alfa.

—Se habrá ido a escondidas, como siempre —me respondió.

—Ya te dije que nos oculta algo.

—¿Y qué importa eso ahora? Ven, quiero presentarte a una amiga.

—Hola —saludé.

—Ella es Lucía —anunció Akenatón—. Estudia Derecho y es ayurvédica. ¿Sabes que es capaz de adivinar tu humor vital con solo mirarte a los ojos?

—No, no lo sabía.

—Puedes ser *vata*, *pitta* o *kapha*. Yo soy *pitta*, que significa fuego y agua.

—Fuego y agua... Así te va —bromeé—. ¿Y yo qué soy?

Lucía me miró fijamente, guardó silencio unos segundos y después sonrió.

—*Kapha*, por supuesto. Agua y tierra.

—Fíjate, como la paella de conejo y marisco —volví a tomármelo a guasa—. Y ahora déjame adivinar. Tú eres *vata*.

—Sí. Éter y aire.

Hechizados por los cuatro elementos, Lucía y Akenatón no volvieron a separarse en toda la noche. Y yo tuve que encontrar un recambio para no acabar solo entre la multitud. Di varias vueltas de reconocimiento husmeando el terreno, esforzándome en evocar a un hombre de éxito y seguro de mí mismo, como si las acciones en bolsa me desbordaran los bolsillos y supiera exactamente a quién buscaba. Y entonces, junto a un ventanal de vidrieras barrocas, sentado en la cola de un piano negrísimo, estaba él. Giraba los

hielos de su copa vacía con el dedo índice, vestía vaqueros caros y camiseta básica, marcaba bíceps, hablaba solo, soñaba despierto. Antes de arrepentirme le embestí por la izquierda, como los toros tuertos. Y entonces, lo típico: «¿Te aburres?». «Un poco, este no es mi rollo.» «¿Cómo has llegado hasta aquí?» «Vine a acompañar a un amigo, pero lo perdí. ¿Y tú?» «Exactamente igual. Pero ya me iba.» «¿Te importa si te acompaño?» «Será un placer.»

Todos los bares estaban ya cerrados en aquella ciudad postapocalíptica. Y sin embargo no nos rendimos, pues nunca hay que doblegarse ante la última copa, y fuimos dando tumbos por las calles borrosas y las aceras vacías, donde solo quedaban los camiones de limpieza enjuagando a manguerazos la mierda salvaje de la noche anterior. Casi al azar, aunque el azar no exista, zanganeamos a pasos cariñosos hasta la Gran Vía, mi arteria favorita de todas las del mundo, y nos sentamos en un banco helado a los pies de Callao, donde el letrero luminoso de Schweppes soltaba sus últimos destellos antes de apagarse con los primeros desayunos. Allí le sacamos punta al mundo y nos pusimos al día en amores y en política, en gustos y músicas, en miedos y certezas, en todo lo posible. Llevábamos casi cuatro décadas de retraso, así que no perdimos el tiempo en contárnoslo todo. O casi.

Era, en términos absolutos, un chico guapo, de airosas proporciones, muy bien parido. A ratos era actor de teatro, a trozos camarero, socorrista en verano, un buscavidas en invierno. Se llamaba Fidel en revolucionario homenaje al comandante, pues su padre era un funcionario cubano que había emigrado a España por el amor de una bailaora gitana con gran temperamento entre las piernas. Hubo demasiada pasión en los primeros envites y hasta un embarazo inesperado, pero tras dar a luz ella se marchó a Japón con una compañía de flamenco. Al principio de su odisea asiática, Fidel supo de la buena fortuna de su madre por cartas que esta le enviaba cada 1 de enero, el

día de su cumpleaños. En el sobre, año tras año, metía siempre un clavel amarillo con el que solía recogerse el moño. Me contó Fidel que todavía guardaba todos esos claveles de cingara en un frasco de cristal: «Pero el trabajo comenzó a escasear y sus cartas fueron cada vez más cortas. Y cuando cumplí doce años dejó de escribir. Un antiguo compañero de baile que regresó a España cuando la compañía se disolvió me dijo que había tenido otros dos hijos sin padre conocido. Así que me queda el consuelo de saber que ella también ha sentido la humillación de ser abandonada». Con la mayoría de edad de Fidel, su padre terminó por regresar a Cuba, donde le dio brío a la bragueta y tuvo cuatro hijos más con tres mujeres distintas, perpetuando así su atolondrada estirpe en el Caribe.

—He perdido la cuenta —dije yo, excitadísimo en mitad del culebrón, atando en corto mis ganas de morderle esa sonrisa de Dorian Gray tan bien adiestrada.

Cuanto más hijos ilegítimos salían en la charla, más me gustaba. A los locos y a los borrachos, además, nos bastaba una hora en la Gran Vía para enamorarnos, y siempre que caí por sus aceras acababa encelado hasta el tuétano, como si los coches no escupieran gasóleo, sino droga dura. Con Fidel, aquella era la tormenta perfecta; por primera vez en demasiado tiempo me ardían los párpados, me brincaba el pecho bajo las costillas, me sudaban las manos, lo quería solo para mí.

—Somos siete hermanos, ¿te lo puedes creer? Y todavía no he visto a ninguno, ni sé cómo se llaman, ni si se parecen a mí —dijo—. Joder, con tanta tragedia me ha entrado hambre. ¿Y si te invito a un desayuno inglés?

—¿Con beicon?

—Un desayuno inglés sin beicon es un delito.

—Desde que soy *healthy* lo tengo prohibidísimo, pero los domingos se inventaron para hacer locuras, ¿no?

Anclados los dos en el paso de cebra de los cines Capitol, frente a la única cafetería que encontramos abierta, no pude resistirme y le robé un beso. Y hubo campanas y bandadas de pájaros y versos de Neruda y aullidos de lobo y cantos de sirena y unicornios con cascabeles y una samba en Copacabana y nubes explosivas y crujidos de estómago y lava volcánica a punto de abrasarnos y el semáforo se puso en verde y luego en rojo y después en verde porque la vida, a veces, puede ser maravillosa.

—Yo no he sido —le dije tranquilamente y sin remordimientos cuando conseguimos desengancharnos.

—Me gustas, pero ahora mismo no busco nada serio —murmuró él con los ojos clavados en la acera.

—Yo tampoco —mentí—. Así que vamos a por ese beicon.

Mucho tiempo después, como el coronel frente al pelotón de fusilamiento, había de recordar esa madrugada remota en la que debí salir corriendo y, sin embargo, preferí enamorarme. Enloquecerme. Obsesionarme. Cualquier cosa con tal de no estar solo. Ya entonces no vi venir el desastre, y mientras cruzábamos la calle pensé en aquella cantinela que le oí una vez a un borrachín que mendigaba en esa misma acera, desgraciado y tuerto, mientras voceaba coplillas inventadas: «Si amanece alguna vez en la Gran Vía solo pido, por favor, que sea lento».

6. PERDIMOS PORQUE NO GANAMOS

Desde la llegada de Fidel a mi ecosistema, la desgana se me fue por la trabilla. Vivía electrizado por el recuerdo de nuestro paso de cebrá, dormía a trompicones, sobresaltado, hacía ejercicio con vigor olímpico y el cerebro me rugía a todas horas. Tenía taquicardias, alucinaciones sexuales prohibitivas, sed de mundo y cafeína, muy buen ánimo, calor a destiempo, hambre de novelas de caballerías. Incluso regresé en un par de ocasiones a la Gran Vía para atizar las brasas; me sentaba en el mismo banco a plena luz del día, caminaba después hasta el cruce donde nos sorprendió el primer beso y terminaba la ruta en la cafetería merendándome un *loquefuese*, pero siempre con beicon. Pues siempre fui un animal de costumbres.

Pasaron los días, también las semanas, y aunque mantuvimos cierto contacto por teléfono no volvimos a vernos. Como el WhatsApp no me era suficiente para quererle así, ideé una peculiar estrategia de conquista. Una maquinación

no exenta de riesgos que, si funcionaba, bien podría llevarnos hasta el altar, pero si hacía aguas por alguna grieta me forzaría a batirme en retirada. Y aún era demasiado pronto para clavar el cartelito de THE END en nuestras chepas. Con la excusa del periodismo, que tantas veces me salvó de tanto, le propuse la siguiente aventura: siete citas insólitas, cada una en un entorno distinto, durante siete noches consecutivas en las que moldearía un gran reportaje de investigación, si es que el amor se pudo investigar alguna vez. Como en una película de Drew Barrymore, mi propósito era explorar la evolución de nuestras pasiones y demostrar que, con los planes adecuados y el roce justo, se puede «fabricar» una relación en una semana. Como suele sucederme cada vez que un varón me retuerce el epigastrio, que es donde se me juntan a mí las cosas, comencé el edificio por la azotea. Ya tenía el título del reportaje escrito en mi cuaderno azul —«De cómo enamoré a mi conquista en tan solo siete citas»— cuando le llamé con mi propuesta entre los dientes.

—Tú solo tienes que llegar puntual y dejarte llevar. Yo me encargo del resto.

—Parece divertido.

—¿Comes de todo? ¿Alguna alergia? ¿Intolerancia al gluten?

—No soporto las alcachofas.

—No me extraña. Eso es porque saben a azul.

—Debe de ser eso. Pero ya te dije cuando nos conocimos que ahora mismo no estoy... muy receptivo.

—No te estoy pidiendo que adoptemos un bebé. Solo tienes que ser mi cobaya durante siete noches. Y cuando escriba el artículo, si crees que soy patético, dejaré que me taches de tu vida.

—Supongo que no perdemos nada. Pero recuerda: sin bebés y sin alcachofas.

—Lo intentaré.

Primera cita. Aunque nunca creí en cambalaches cósmicos, elegí un miércoles de luna creciente regida por Júpiter para nuestro primer encuentro. Según contaba en televisión un tarotista muy bien conectado con los planetas y sus vicios, era aquel un momento favorable a los afectos, así que preferí jugármela con los astros a favor, por si acaso. Y sin embargo decidí comenzar por un plan campechano, sin demasiados romanticismos; nada de velas o tintineo de Vega Sicilia, pues ya habría ocasión para brindar desnudos. Encontré en internet una tasca en los arrabales del río, parroquia habitual de operarios y curritos, que alardeaba de servir los sándwiches de rosbif más grandes del mundo. En sus quince años de historia, aseguraban los dueños, solo dos bárbaros habían conseguido darle fin al monstruo de un kilo y setecientos gramos que servían en pan rústico y asaban, a fuego tranquilo, con una salsa secreta de mostaza, romero y tomillo. Prometían a quien lo terminase una fotografía en su pared de la fama, como héroes de barrio veneradísimos, y cerveza gratis durante un año.

—¿No dicen que la pasión arranca en el estómago? —bromeé con Fidel mientras nos sentábamos a una mesa coja, con un mantel de estraza, auténticamente auténtica y genuina—. Si es así, te vas a enamorar hasta el intestino.

Fidel observaba impávido las imágenes de los dos vencedores, amarilleadas por el lastre de grasas y el paso del tiempo. Eran dos tipos fornidos y mantecosos, más bien inmundos, descamisados, triunfantes pero extenuados. Como soldados después de la batalla.

—¿Pretendes que yo coma como estos salvajes? —me preguntó, riéndose por fin.

—Te creía más valiente —respondí.

—No me conoces. Soy el rey del rosbif.

—Eres un mentiroso. Sé que prefieres las ostras, y por eso te traje aquí. Para que salgas de tu zona de confort.

La camarera, que curiosamente era una mujer magra, delicadísima como un suspiro, nos asesoró en la mecánica del concurso mientras nos traía de cocinas los dos sándwiches: «No hay límite de tiempo. No bebáis cerveza. Solo agua a pequeños tragos que os ayude a bajar la mole. Y os aconsejo empezar por el pan, que es lo que más cuesta, mojado en la salsa. Mucha suerte».

—Joder, con este engendro se podría parar el tráfico —dijo Fidel.

—O restaurar una catedral —añadí yo.

—¿Gótica o románica?

—Flamígera.

Tras ponerle algo de humor a nuestra proeza de sementales, comenzamos a desmigrar el pan, tal y como nos había recomendado la camarera. Media hora después se manifestaron los primeros síntomas de agonía. Ambos guardábamos un silencio espeluznante, únicamente roto por algunos suspiros y los lamentos lógicos del hartazgo. Avanzábamos ceremoniosos, despedazando nuestras piezas con los dedos pringosos, robándole centímetros atroces al monstruo, dilatando nuestros vientres malheridos, muriéndonos un poco a cada nuevo mordisco. A los sesenta minutos apenas podíamos sostener la verticalidad en la silla. Encorvados, estragados, agonizantes, tuertos incluso, apenas nos mirábamos con el rabillo. Rogábamos que el otro abandonase para no ser, ninguno de los dos, el primero en rendirse. Había de quedar un tercio de sándwich en nuestros platos cuando comenzaron las arcadas. La vida en blanco y negro. Los sudores fríos.

—Si trago un gramo más de este mortero, voy a infartar aquí mismo —dije yo por sorpresa.

—No, soy yo el que se planta —respondió Fidel, que había comenzado a

segregar un unto espeso por su piel cetrina, alagartada.

—¿Empate técnico? —pregunté.

—Que te den por el culo.

Pagamos, nos dimos un agua urgente en el aseo, nos tambaleamos hasta el río. A pesar de que el invierno venía duro, arrastrábamos un calor incandescente, fuego sobre fuego, y no nos importó tumbarnos en un trozo de césped junto a la orilla. No hizo falta que dijéramos nada; fue suficiente el crujido de alimañas nocturnas y el latido lento de nuestras tripas. Y así, como sin darme cuenta, tuve tiempo de agarrarle la mano antes de quedarnos dormidos.

Segunda cita. Después de algunos meses de reformas que parecían no acabarse nunca, el Hipódromo reabrió sus puertas con una velada de carreras como las de antes. Los establos se llenaron de caballos de raza española que costaban lo que cuesta un puto bólido, sementales árabes con sobredosis de pedigrí en sus hocicos negros, pura sangre de las Inglaterras, y tantos otros corceles importados, meticulosamente fabricados en cuadras de laboratorio como perfectas máquinas de ganar. En las gradas azules recién pulidas, embadurnadas aún con el olor de la pintura tierna, la gente próspera y estirada iba tomando posiciones lo más cerca posible de la línea de meta. Se codeaban los unos a los otros con sus galas de domingo, aunque era jueves, en un galimatías de pashminas y tafetanes que más bien parecía una noche en la ópera que una galopada de rocinantes. Y en medio de todos, de pronto y sin más, estábamos Fidel y yo con vaqueros y jerséis de punto viejo, sin astracanadas de personas adineradas, pues bien sabe Dios que no lo éramos.

—Me encantan los caballos, siempre quise uno —dijo Fidel.

—A mí me ponen cachondo las apuestas —dije—. ¿Lo ves? Estamos hechos

el uno para el otro.

Antes de ocupar nuestros asientos, siendo como éramos novatos en las intrigas ecuestres, pedimos ayuda a una azafata muy dispuesta, peinada para la ocasión con una cola de caballo que recogía su melena con un pasador con forma de herradura. Contaba también con una sonrisa equina, de colosales dientes, y con gran ostentación de mandíbula nos entregó un catálogo donde se detallaban todas las carreras y sus caballos, ordenados de mayor a menor palmarés.

—Aquí lo único que funciona es el instinto —dije yo. Al final de la séptima carrera, en penúltima posición, encontré al caballo Melquíades, como el gitano que había curado a todos los habitantes de Macondo de la epidemia del olvido, y tuve una premonición—. Tenemos que apostar por este.

—Pero si nunca ha ganado nada —dijo Fidel tras comprobar su historial de victorias.

—Porque se estaba reservando para nosotros. ¿Cuánto dinero tienes?

Fidel rebuscó desganado entre el tintineo de cobres de su cartera y me dio veintiséis euros. Yo había reservado otros treinta que solo iba a usar en caso de presagio, y qué mayor presagio que Melquíades para apostar todo a caballo ganador. Juntamos sus dineros y los míos, y así fue como nos jugamos cincuenta y seis eurazos por el gran Melquíades, que ya traía el hechizo urdido en el nombre.

—Será mejor que la fortuna nos pille borrachos —le dije a Fidel.

Y pagamos con la tarjeta de crédito una botella de vino blanco que, eso sí, bebimos a morro mientras se sucedían las carreras. Como no eran menester los arrumacos, pues uno no va a la hípica a darse el lote, nos conformamos con varios apretones furtivos de nuestras piernas, muslo contra muslo, en los que por vez primera era Fidel quien llevaba la voz cantante; sin apartar la vista de los caballos que nos rebasaban como petardos de feria, él se apretaba

discretamente a mis calores, y yo, mientras tanto, me dejaba hacer.

—Pero ya sabes que... —decía de repente.

—Si vuelves a recordarme que no buscas nada serio te arranco la cabeza —respondía yo.

Y nos amorrábamos de nuevo a la botella, felices los dos en nuestra noche de hípica, mientras vitoreábamos a los caballos que iban perdiendo. Aunque habláramos poco, pues estábamos atrapados por la lujuria de las carreras, sucedió eso tan manido que suele ocurrir más tarde o más temprano en la aritmética de las parejas, y de lo que tanto abusan los poetas en sus versos más bobos: en algún momento de la noche fresquísima, pero a la vez sofocante, ya no nos hizo falta decirnos nada. Los silencios no eran incómodos y dejamos de esforzarnos por gustar al otro, como gallos de corral histéricos, porque algo había comenzado a fluir sin remedio, sin más, sin permiso.

Y por fin llegó el momento de Melquíades, pedazo de cabrón, hijo de mala yegua, que quedó tercero por la cola en la séptima carrera.

Tercera cita. Desde que viese *Grease* por vez primera, quedé ensimismado por su pornografía de gominas pandilleras y bailes de instituto, sus calcetines blancos, sus *cheeseburgers* y sus autocines. El invento aquel del cine al aire libre, a cielo abierto y recostado en un Chevrolet, me resultaba más emocionante incluso que el paseo lunar de Neil Armstrong o las impresoras de comida en 3D, capaces de engendrar unas croquetas de níscalos con un maldito puntero láser. Como los libros prohibidos, como las pajas que le robamos a la adolescencia, como esa canción que nos pellizca el intestino grueso, siempre creí que a Meryl Streep había que disfrutarla a solas, nunca en tropel de domingueros, como mercenarios de Inditex en avalancha. Y John Travolta me abrió los ojos, me dio esperanzas, me enseñó que un mundo

mejor, sin el crujir de las palomitas ajenas, era posible.

En los días en que andaba atornillando mi amor de temporada con Fidel, alguien me habló de uno de esos autocines en las afueras de Madrid. Una explanada en un polígono industrial que proyectaba clásicos de ayer, hoy y siempre, quizá demasiado clásicos para un territorio abonado a talleres, metalurgias y desguaces. Sin dudarlo ni un instante siquiera busqué la cartelera en Google, que es el ágora de nuestros días, y comprobé que esa semana habían programado un ciclo de Marlon Brando, el hombre más caliente que alguna vez pisó este mundo de mediocres y bajitos. El viernes, que siempre fue un buen día para jugar con la tarrina de mantequilla, remataban el homenaje con *El último tango en París*, cuando el mito de mister Brando empezaba a hacer aguas pero aún tenía un último empujoncito. Un plan perfecto para nuestra tercera cita.

A falta de Chevrolet, recogí a Fidel con mi Renault metalizado y negro, que por entonces aún pagaba a plazos dolorosísimos, como si en vez de un artefacto de cuatro ruedas estuviera costeándome un jodido palacete en Pedralbes. Para sintonizar con la atmósfera, me había untado el pelo con una gomina que guardaba en un cajón, tal vez ya caducada, desde unos carnavales en Canarias donde nada salió como debía.

Lo tenía todo planeado al milímetro, como la escaleta de un informativo: a las 21.50 aparcaríamos el coche en un extremo del recinto, lejos de la plebe adocenada y bruta; a las 22.00 comenzaría la película; a las 22.30, Marlon ya habría desnudado a Maria Schneider en el apartamento vacío de la rue de l'Alboni; a las 22.35 Fidel y yo recostaríamos treinta y cinco grados, puede que más, los asientos reclinables de mi coche; a las 22.50 la música del bandoneón ya nos habría calado hasta los huesos, nos sentiríamos habitantes de ese París pornográfico, siempre lluvioso y tan dado a los estragos del placer, y para entonces ya seríamos puro tango, mantequilla, fuego amigo; a las

23.05, con el primer orgasmo de Schneider en el salón desangelado, Fidel y yo, febriles y sudorosos por la calefacción del coche, recostaríamos un poco más los asientos, nos besaríamos, nos arrancaríamos algo de ropa con uñas y con dientes, a mordiscos vivaces. Y a partir de ahí dejaríamos fluir nuestros cuerpos encrespados, que comenzarían a batallar contra el invierno, solos contra el mundo en mi Renault.

Pero Hollywood siempre fue un lavadero de cerebros, una dictadura de mundos perfectos que maquilla las ojeras de sus actrices y oculta los desastres bajo la trampilla. *Grease* nos había vendido un plan maravilloso de cine bajo las estrellas, de amor a chorretones en un descapotable, de «te quiero» de mentira en el minuto siete de la película. Un autocine. Menudo fraude para catetos y turistillas. A las 21.50, el atasco para entrar al solar daba la vuelta al cine; a las 22.00 dio comienzo la película, pero mi coche estaba aún en los alrededores del recinto, en un embudo mortal de carrocerías y bocinazos urgentes; a las 22.17 conseguimos aparcar en un esquinazo de las últimas filas, arrinconados por un escuadrón de coches tuneados donde los chicos malos embarazaban a las niñas monas con la tinta de sus tatuajes carcelarios; a las 22.35 cayeron las primeras gotas de lluvia, pues aquel estaba siendo un invierno extraño, de aguas abundantes, y Madrid era un vergel cargado de lujuria; a las 22.36 tuvimos que subir las ventanillas, y el último tango quedó reducido al vaivén del limpiaparabrisas; Brando todavía no le había quitado a Schneider las braguitas de encaje cuando a las 22.41 vimos a un hombre correr hacia uno de los coches, abrir la puerta del conductor, sacar con muy malas artes a su ocupante, tirarle un puñetazo al estómago y derribarlo en la tierra mojada, donde lo remató con una letanía de patadas cortas y embarradas; a las 22.42 ya no era un chicarrón apaleando a otro, sino cinco, seis y hasta siete tíos como bisontes empapándose a hostias, descerebrándose, mientras las novias sucesivas iban saliendo de los coches entre alaridos y

tropezones, hundiéndose en el barro con sus tacones de princesas, desesperadas a la luz de Marlon Brando y tratando de agarrar a sus enamorados; a las 22.45, cuando llegaron cinco patrullas de policía para frenar la batalla campal, ya nadie hacía caso de la pantalla, donde se estaba fraguando uno de los polvos más perversos de la historia del cine.

Si fue un ajuste de cuentas, una riña de bandas, una simple zapatista de extrarradio, no lo sé. Lo que sí sé, pues estos ojos míos vieron el maravilloso desfile de machos sangrientos y esposados, es que la noche se cobró cinco detenidos.

—La gente se vuelve loca con las tormentas, yo creo que esta lluvia tiene algo —le dije a Fidel cuando la última patrulla abandonaba el autocine—. ¿Nos vamos?

—Sí —dijo él—. Pero odio que me dejen a medias.

—Siempre nos quedará Netflix.

Cuarta cita. «Soy zurdo, géminis y maricón, que son tres maneras de estar un poco esquizofrénicas, siempre a contracorriente. El mundo no se inventó para los zurdos y para los maricones, y nos hemos tenido que adaptar a hostias. Ya sabes, lo de caerse y levantarse y volverse a caer. Por eso somos más listos. Lo dice la ciencia. Y también morimos antes, porque vivir en una pelea constante pasa factura: escribir con la mano izquierda, esconder la pluma, salir del armario, aguantar chismes, enamorarse siempre del tío equivocado... Todo eso nos mata un poquito por dentro. Y supongo que el gin-tonic tampoco ayuda a tener el corazón en orden. Y a mí me gusta mucho el gin-tonic, ¿entiendes? Tampoco he creído nunca en el zodiaco, pero cada vez que le confieso a alguien mi signo la gente dice: “Un géminis, qué horror. Estáis locos”. Y yo, para joder, he exagerado siempre mi geminidad. Soy un poco

maniático, un poco bruto, un poco obsesivo... Me gustan los excesos, no puedo evitarlos, y lo hago todo a lo grande. Si bebo, beberé hasta perder el sentido. Si bailo, quiero ampollas en los pies. Si me tropiezo me rompo cinco huesos, nada de un rasguño. Si fui a la universidad, me desollé los codos hasta conseguirlo. Si me enamoro, que me encierren. Y si follo quiero calambres y escalofríos, como en las películas malas, ¿sabes? Vivir a medio gas es de cobardes. Porque seré gay, un gay muy gay, como los gais de los libros de gais, pero siempre he pensado que tengo superávit de testosterona. He llorado mucho. Como un perro. He tocado fondo demasiados domingos. Pero también he tenido momentos memorables y viajes increíbles, amores de una sola noche a los que quise mucho, una chupa azul de cuero que me encanta y una lista de canciones cojonudas en Spotify que me acompañan siempre. Así que si me muero mañana, no lo quiera el destino, nadie podrá decir que no le he sacado el zumo a esto de vivir.»

Se lo dije de corrido y a tuestas, los dos tumbados sobre la roca dura, encerrados en la cueva sin luz del hotel Paleolítico. Y entonces lancé el balón a su tejado:

—¿Y tú? ¿Cómo eres tú? En los últimos días he pasado más horas contigo que con nadie, y apenas te conozco.

—Soy muy mal actor —dijo Fidel—. Me he empeñado en dedicarme al teatro, pero tengo pánico escénico. Sueño con conocer a mi madre, aunque en el fondo sé que la odio. Quiero ir a Cuba y saber de dónde vengo, y cada vez que estuve a punto de comprar el billete de avión encontré alguna excusa para no hacerlo. Y si conozco a alguien especial, cuando siento que empiezo a ser feliz, salgo corriendo. Como las ratas. Soy un desastre.

—Tampoco es tan grave —le dije—. Yo soy zurdo y tú tienes pánico escénico.

Fue la noche más larga de nuestras vidas. Habíamos comido carne de caza

chamuscada sobre las brasas de una hoguera, en un cenáculo que llamaban «el círculo de fuego», y cuando la llama se consumió tuvimos que ayudarnos de unas antorchas para llegar hasta la habitación. En el suelo de la gruta, enclavada dentro de un promontorio de piedra, habían dispuesto un camastro de pieles de ternero sobre piedras pulidas, calentadas un rato antes en la lumbre. Allí nos acostamos apretadísimos, con los abrigos puestos, completamente a oscuras. Y el frío primitivo que habitaba la cueva, un frío glacial, indeseable, fue por una vez nuestro aliado: como apenas pudimos pegar ojo, aprovechamos las horas muertas de la noche para contarnos lo que no nos habíamos podido contar entre caballos, en el cine o tras el atracón de rosbif. Nos lo dijimos todo, sin medias tintas, entre tinieblas. Hablamos durante horas sin secretos de confesión. Nos desentrañamos de pies a cabeza, quizá animados por el ambiente clandestino de la caverna, como de madriguera oscura. Y cuando la luz pajiza del amanecer se iba colando por un extremo de la cueva, de tanto decirnos cosas ya éramos un poco menos misterio.

El hotel Paleolítico, postrado en un encinar de la sierra de Madrid, prometía en su página web una «auténtica experiencia prehistórica» entre corzos, tejones y águilas imperiales. Sin móvil, sin electricidad, sin las comodidades de la vida asfaltada. A pesar de mis recelos con la *mater natura* y sus leyes troglodíticas, no dudé reservar la suite Altamira. La contingencia de cenar ciervo salvaje, sin aditivos, y dormir amarraditos en un pedrusco como en la noche de los tiempos fue violenta para nuestros huesos urbanitas, pero muy estimulante para el espíritu y los afectos. Y así fue como Fidel y yo nos convertimos, por una noche, en dos *Homo erectus*. Y nadie, nunca, podría robarnos ese recuerdo.

Quinta cita. La vida paleolítica nos dio alas, como las bebidas isotónicas, y tras la noche de las cavernas nos sentimos más cómplices, más kamikazes, como dos socios que invierten en un negocio prohibido. Las citas se sucedían demasiado rápido, en un estricto orden de calendario que apenas nos dejaba tiempo para pensar, pero cuanto más nos conocíamos, más nos apetecía volver a vernos. O eso creí, yo que creo en todo.

Casi sin querer, y en contra de todas las profecías, habíamos llegado vivos al antepenúltimo encuentro. Quise entonces poner a prueba nuestras pulsaciones, que son el termómetro de todos los amores. Una ONG de ayuda al refugiado organizó una carrera nocturna por el centro de Madrid, que en los últimos años estaba tomada al asalto por *runners* supersónicos. De todas las modernidades que embestían la ciudad cada cierto tiempo, el *jogging* era el nuevo opio del pueblo soberano. Y desde que algún gurú de la nutrición geopolítica confirmó que en el mundo había más gordos que hambrientos, los curritos vivían ansiosos por subirse a las Nike de Michael Jordan para rebañarle algunas calorías a sus cuerpos abotargados. Un domingo sí y otro también, tenderetes solidarios de lo más diverso montaban competiciones por las principales avenidas de la capital del reino, antes ungidas por las violeteras y ahora por homínidos con Apple watches de quinientos euros y dorsales al pecho, como el hierro de ganado. Yo mismo, que algún tiempo atrás iba a comprar el pan en coche, como las herederas de imperios fabulosos, le había cogido el punto a trotar cada mañana por la senda del río. Como un hortera más, me había hecho con una equipación astronáutica, de tonos fluorescentes y tejidos mágicos, para ir a juego con las últimas tendencias cada vez que me hacía unos kilómetros.

—¿Te gusta correr? —le pregunté a Fidel cuando salimos de la cueva.

—Me encanta. Aunque prefiero los patines.

—Patinar es tan de los noventa... Esta noche trae ropa cómoda, porque

vamos a quemar lo que quede de rosbif en nuestras arterias.

Fidel se presentó veinte minutos tarde. Habíamos quedado en un Starbucks cerca de la línea de salida, pero alguien se tiró a las vías del metro, pues desde que inauguraron la línea 12 todos los suicidas acudían en masa a lanzarse al vacío a la estación de La Fortuna. Pensé que no vendría, que aquello de correr era la gota que colmaba nuestro vaso, que se había cansado de perder apuestas, de comer salvaje, de dormir prehistórico. Creí que no volvería a verle y lo di por perdido. Pero llegó, ahogado por las prisas y vestido con un pantaloncito corto que dejaba al aire sus piernas vigorosas. Llevaba, también, una camiseta sin mangas con una leyenda de Ronaldo, el futbolista: PERDIMOS PORQUE NO GANAMOS.

A medianoche, la hora de los milagros, alguien dio el pistoletazo de salida. Fidel y yo arrancamos al trote, sin prisa, entre la multitud entusiasta, pues algo han de tener estos festejos populares que acaloran de más y sobreexcitan. Al principio nos costó avanzar entre la mole de zapatillas, pero a partir del segundo kilómetro los corredores se fueron dispersando, abriéndose, los más rápidos tomando posiciones en cabeza, los más lentos dilatándose atrás, y nosotros en el medio, ni con los vencedores ni con los vencidos. Apenas hablamos. Solo corríamos. El sonido de cinco mil personas jadeantes, en un silencio de sepulcro apenas roto por las zancadas de diez mil pies encendidos, tenía algo de droga dura. Y mientras avanzábamos por las calles noctámbulas, sin coches ni barullos, nos creímos un poco dioses, poderosísimos. Sentíamos, menuda manada de gilipollas, que estábamos haciendo algo grande, como si nadie, nunca, hubiera corrido antes.

Fidel y yo nos prometimos acabar los veinte kilómetros de la carrera juntos. En los momentos en los que flaqueé —pocas veces, lo confieso, pues ya venía con callo gracias a la *manu militari* de Martín—, Fidel tiró de mí con aullidos de ánimo. Y cuando él se vino abajo yo le empujé con arrebato espartano.

«Vamos, hostia. Aguanta. Sigue así, cabrón. Échale cojones. Me cago en la puta, no me falles ahora. Tú puedes, joder. No seas maricón.» Jamás dije tantas palabrotas como esa noche, yo que siempre tuve sangre de trovador, y en las casi dos horas que tardamos en llegar a la meta ambos fuimos dolor, fuimos furia, fuimos sudor y lágrimas, fuimos testosterona, fuimos camaradería. En el último tramo, cuando la carrera desfilaba por la Gran Vía y nos quedaba la fuerza justa para no morirnos, pasamos frente al banco donde acampamos cuando nos conocimos. Había otra pareja, esta vez chico y chica, que se besaban lento. Fidel me dio un codazo. Nos sonreímos. Puede que nos dejáramos llevar por la épica, pero al verlos nos bastó un gesto cómplice para olvidar el suplicio que nos pulverizaba, aceleramos, volamos calle abajo entre el pelotón desfondado. Y fuimos uno.

«Lo conseguimos», dije al cruzar la meta mientras me preguntaba si veinte kilómetros podrían dar un vuelco a nuestro destino, si es que tuvimos destino alguna vez. Nos fundimos en el abrazo del guerrero y Fidel, turbado por el éxtasis, se arrancó el dorsal como un cantaor rasgándose la camisa y lo lanzó al suelo. Yo todavía guardo el mío en la caja de hojalata de las cosas importantes, aunque tal vez lo tire en mi próxima batida de recuerdos.

Era el número 3.554.

Sexta cita. La consulta de Madame Blavatsky estaba en un bajo de la calle del Amparo, una travesía que debía su nombre a una partera de Lavapiés que en el siglo XVII se ganaba la vida asistiendo alumbramientos difíciles con una técnica muy curiosa: colocaba una rosa de Jericó en una garrafa con agua, y solo cuando la flor se abría cortaba el cordón umbilical. Blavatsky, nacida en Ucrania en alguna década desdibujada e imprecisa, se anunciaba en unos tarjetones que ella misma colocaba en las lunas de los coches. «Bruja, médium

y hechicera. Más de veinte años de experiencia en tarot, péndulo, hipnosis, mal de ojo, regresiones, canalizaciones, limpieza de larvas espirituales, amarres de pareja, endulzamientos, control mental, constelaciones, baños de carga y descarga, santería haitiana... Solo atiendo los lunes. Llámame.»

Había guardado uno de estos folletos en casa por si acaso, pues uno nunca sabe cuándo ha de tirar de magia para sobrevivir, y porque los talentos de Blavatsky me parecieron un incunable de gran valor literario. Y qué mejor que mi sexta cita con Fidel para desempolvar su teléfono, visitar sus aposentos milagrosos y que el oráculo de las cartas hablase por nosotros. Sería además un golpe de efecto para mi reportaje, que me consagraría al fin como un periodista de casta valiente, un corresponsal del amor desde primera línea de combate, como Anna Politkóvskaya en la guerra de Chechenia, pero sin moverme de la jungla ibérica.

Madame Blavatsky, pequeña y contraída, nos recibió acicalada de perfumes, maquillajes y bisuterías. Padecía un enanismo severo que disimulaba sobre unos tacones disparatados, tenía el pelo corto y metálico y los ojos brillantes, como dos sartenes nuevas. Pasamos los tres a una pequeña habitación en penumbra, apuntalada por velas y estampas de santos, un reclinatorio en una esquina, inciensos aquí y allá y un reloj de pared detenido a las once menos cuarto porque, dijo, «a esa hora falleció el antiguo inquilino, y al morir se llevó el tiempo consigo». Al oírla solté una risotada boba, pero Fidel, quizá porque llevaba la chamanería en su sangre cubana, me dio un codazo. «¿Y el espíritu del muerto sigue aquí?», preguntó muy serio. «Por supuesto —contestó Madame Blavatsky—, y no sabes la compañía que me hace. ¿A que sí, don Fernando?»

En el centro de la salita, cubierta por un viejo tapete, estaba su mesa de trabajo. Cuando nos sentamos, nos sirvió agua de una jarra en unos vasos de porcelana muy historiados, como del té de las cinco en Buckingham Palace. A

pesar de no tener sed, pues el agua me aburre desde tiempos pretéritos, di un sorbo de cortesía.

—Te aconsejo que bebas tragos de dos en dos o de cuatro en cuatro —me dijo—. A los géminis no os sientan bien las cosas impares.

—¿Cómo sabe que soy géminis? —pregunté.

—Lo he visto en tus pupilas.

—¿Qué les pasa?

—Que parecen de agua. Y ahora contadme qué os ha traído hasta mí.

—¿Cómo está mi madre? —preguntó Fidel.

Blavatsky mezcló una baraja con mucho tronío y dispuso algunas cartas boca arriba. Cada gesto, cada caída de párpados, cada birlibirloque con sus manos cuarteadas, llenas de huesos, parecía perfectamente estudiado. «Veo a una mujer bailar —dijo sin dejar de mover las cartas—. Es muy feliz.» Fidel se quedó mudo. Y cabizbajo.

—¿Y nosotros? ¿Qué hay de nosotros? —quise saber.

—Las predicciones de amor son más caras —anunció—. Tienen un plus de veinticinco euros.

—Supongo que la gente no viene aquí a hablar del tiempo, ¿no? —dije contrariado, pues hasta las chamanas parecían ponerle trabas a mis empeños.

—El tiempo no está escrito, pero el amor sí.

—Pues cuéntenos qué dicen las cartas —insistí.

Con gestos aún más solemnes, Blavatsky volvió a mezclar la baraja y colocó varias cartas sobre el tapete. Mantuvo unos segundos de silencio, dándose importancia, y finalmente hizo la peor de las predicciones:

—La carta del ermitaño no anuncia nada bueno. Nos advierte de una época de soledad y de aislamiento. La carta de la noche anuncia oscuridad. Y el corazón atravesado por tres espadas confirma un profundo dolor. Pero no os preocupéis, chicos, porque también ha salido la carta del sol tras las nubes,

que es el símbolo de la esperanza.

—Que le den por el culo al sol —dije—. ¿Sería usted tan amable de repetir la tirada?

—Eso jamás. Echar la baraja dos veces trae mala suerte.

—¿No acaba de decirme que a los géminis nos sientan bien las cosas pares?

—No se puede engañar a las cartas. Es peligroso.

—Pues déjelo, no vaya a salir la guadaña y acabemos en el cementerio.

Hice entonces a Fidel el gesto de marcharnos, pagué la cuenta y salimos de aquel tugurio de mal fario como dos boxeadores sonados, un poco atropellados por la catarata de desgracias. Porque aunque nunca creí en supercherías, ni siquiera en dioses, si volase en un avión a punto de estrellarse no dudaría ni un segundo en rezar un padrenuestro. Y si bien no pensaba tomarme en serio toda esa charlatanería siniestra, me molestó que las cartas hubieran sido tan descaradas. Cuando cruzábamos el umbral de su consultorio, de vuelta al frío abrasador de la calle Amparo, Madame Blavatsky nos lanzó con su voz tibia un último recado: «Chicos, no olvidéis que las guerras y los terremotos nunca se ganan».

Séptima cita. Mi madre, que siempre tiene un chascarrillo a punto de nieve en las comisuras, cuenta que cuando yo era pequeño tenía la insana costumbre de meter la cabeza entre los barrotes del balcón. Me quedaba atrapado entre los hierros, como si las sienes se ensancharan de pronto, y no dejaba de aullar hasta que me sacaban de allí. A pesar de los cardenales que solían rematarme la testuz, no pasaba mucho tiempo hasta que volvía a asomarme al vacío de la terraza, terco de mí, y me embrollaba de nuevo en la barandilla. En algún momento dejé de hacerlo, sospecho que cuando la cabeza me creció lo bastante, pero no hace mucho, durante un fin de semana en el que había vuelto

a casa, recuerdo salir al balcón, observar a conciencia aquellos travesaños como grilletes y sentir el impulso de volver a encasquetarme. Supongo que nunca quise ser como la madre de Pedro Páramo, a la que la vida se le fue suspirando por regresar a Comala y jamás se atrevió. Yo retornaba a Comala una y otra vez, a pesar de los peligros, y si entre esos barrotes se escondía alguna emoción desaforada, allí estaría yo, siempre a punto para meter el hocico.

Aquel martes quizá no debimos regresar a nuestro banco para la última cita, pues nada volvería a ser como en aquella noche de iniciación. Pero asumí los riesgos y al séptimo día, quién sabe si el último de nuestras vidas, quise cerrar el círculo y cité a Fidel en la esquina de Gran Vía donde habíamos empezado a conocernos. «¿Llevo esquís? ¿O con un paracaídas será suficiente?», me preguntó socarrón esa misma mañana. «Con que vengas tú me basta», respondí. Y a las diez de la noche, con las agujas de todos los relojes en punta, nos encontramos bajo el cartel luminoso de Schweppes. Sentados al fin en el banco rojo y verde, y a falta de mejores temas de conversación, hablamos de lo aburrido que resultaba Frank Sinatra, de la guerra a muerte entre Pepsi y Coca-Cola, de lo carísima que estaba la ciudad. Y de pronto ya no hacía aire, con lo bien que se nos dio siempre el frío, ni hubo duendes, ni chispas, ni química. Parecíamos dos desconocidos. Cuánta razón llevaba la madre de Pedro Páramo; todo estaba igual, pero todo era distinto.

Mientras pasábamos el rato sin pena ni gloria, me pregunté más de cien veces qué estaba sucediendo, qué se nos había perdido por el camino. Y antes de que fuera demasiado tarde y demasiado lejos, le hice un requiebro desesperado, a vida o muerte: «¿Y ahora qué?».

—¿Qué de qué?

—Pues eso. Qué.

—No sé.

—¿No sabes qué?

—Que no sé qué.

Hubo entonces un amago de ventisca que recorrió la avenida de sur a norte como una premonición, y aproveché para empezar de nuevo.

—Hoy termina el experimento —dije—, y quiero saber si volveremos a vernos.

—Tú buscas algo y yo no busco nada. Te lo dije.

—Pero eso fue antes de nuestras siete citas.

—¿Y qué ha cambiado en una semana?

—Por ejemplo, que me haya dejado los sesos y los cojones para que, por una vez, todo fuera diferente.

—¿Y no podemos follarse a secas, como todo el mundo?

—¿Follarse a secas? Hemos corrido veinte kilómetros juntos, hemos dormido en una cueva, hemos comido el sándwich de rosbif más grande del mundo, apostamos todo por el caballo Melquíades... y tú me hablas de follarse a secas, como si yo fuera una estación de servicio.

—He sido sincero desde el principio, pero a ti no te interesaba mi opinión y te has inventado todo este lío para ganar tiempo. Además, ya oíste a Madame Blavatsky: aquí no hay futuro.

—¿Vas a usar a esa farsante como excusa?

—Lo que no se puede es creer en las cartas cuando salen buenas y negarlas cuando la predicción es una puta mierda.

—No me jodas, Fidel. Es una ucraniana que limpia larvas espirituales.

—El tarot es el tarot. Y no deberías tomarte a broma la carta del ermitaño.

—Si yo hubiera dejado de hacer cosas por esas gilipolleces, seguiría nadando en caliente dentro del útero de mi madre. Yo solo te he preguntado si volveré a verte. Y si el ermitaño nos conjura un mal de ojo, o nos saca las tripas con un cuchillo, o lo que sea que hacen los ermitaños de los cojones, al

menos nadie podrá decir que no lo intentamos.

—El amor no está entre mis planes. Lo siento.

—¿Porque lo dice el ermitaño?

—Porque lo digo yo.

Sin mediar despedidas, a las 22.45 Fidel se levantó del banco, que de pronto ya no era nuestro sino el de todos, y volví a quedarme a solas frente al mundo una noche de martes, como siempre, en la calle que más me duele de todas, puta Gran Vía de neones tiritantes, de sexo en los cajeros, del día de la bestia, Gran Vía como un muelle sin barcos, Gran Vía a todas horas, de pe a pa, en un *delirium tremens*, allí estaba yo partido en dos mitades, sentado en el banco rojo y verde sin saber qué hacer ni a dónde ir, atónito y rabioso, y solo, de nuevo solo, con la columna doblada hacia delante como los hombres que se rinden, la cabeza entre las piernas, el castaño de dientes que se acelera a la velocidad del pulso, la vida que se me escapa a toda hostia por las zapatillas y el suelo que se tambalea bajo mis pies, como un crujido de tierra que se lo lleva todo, un estruendo seco y después la nada, el vacío, un enorme agujero que me arrastra consigo a ninguna parte porque, ya lo dijo Madame Blavatsky, «las guerras y los terremotos nunca se ganan».

7. MADAME BLAVATSKY TENÍA RAZÓN

Cuando abrí los ojos, el cuerpo me pesaba como si llevase media vida pastoreando en otra dimensión. Aleteé los brazos y me fui inspeccionando despacio bajo las sábanas, sin rumbo, tocándome a trozos la piel adormecida. No llevaba pantalones, ni camiseta, ni siquiera calzoncillos. Nada. Una quemazón afiladísima me zumbaba entre las piernas, como si una plaga de insectos hubiera anidado en mis genitales. Logré identificar al tacto una cánula de plástico encajada en mi uretra. La seguí con los dedos atrofiados bajando por la cadera, perdiéndola a la altura del muslo cuando los brazos no me dieron más de sí. Quise gritar, pero solo pude expulsar un golpe de aire ahogado, gangoso; tenía una sonda encajada en la garganta, bien adentro, más allá de la tráquea, que iba a dar a una máquina con forma de microondas dispuesta en el flanco derecho de la cama. Sí. Estaba en una cama. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la luz, un torbellino de sol que entraba por una

ventana y fue dando forma a las paredes blancas, a la parafernalia de acero inoxidable, a los artilugios médicos que colonizaban la habitación como piezas de un cubo de Rubik.

Mientras cavilaba si seguía vivo, si había muerto, si aún era cuerpo o ya solo espíritu, si estaba de verdad o todo lo soñé, una enfermera vino hacia mí y, sin mediar palabra, me desintubó la polla y la laringe. Un millón de tormentos como aguijonazos me sacudieron la honra y la garganta, pero apenas pude gemir por el dolor.

—¿Dónde estoy? —pregunté a la mujer, que retiraba tubos y esparadrapos con el garbo de las pescateras.

—En la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico —dijo ella sin detenerse, pues si algo aprendí durante mi ingreso en Tailandia es que los sanitarios, de tanto rozarse con la muerte, nunca miran a los ojos de sus pacientes, como si así estuvieran a salvo de caer en el abismo—. Estabas inconsciente en la Gran Vía.

—¿Fue por el terremoto? —dije.

—No ha habido ningún terremoto —dijo socarrona, esquivándome de nuevo mientras recogía una bolsa con un oro líquido que debía de ser mi orín—. Solo sufriste un colapso, pero teníamos que asegurarnos de que no era algo más grave y has pasado la noche en observación.

Todos los recuerdos me avasallaron en tromba: el banco rojo y verde, la acera desgajándose como la espina de un pez, mi cabeza pesada, el cuerpo quebradizo, la niebla en los ojos... «Me quiero ir», fue lo único que dije.

—El doctor vendrá en un rato para entregarle el informe médico —insistió ella.

—No, no, no. Quiero irme a casa. Déjeme marchar.

—Si firma el alta voluntaria y se va ahora, tenga claro que lo hace bajo su responsabilidad.

—Tráigame la ropa, por favor.

La enfermera me dio mis pertenencias en una bolsa de plástico. La cartera y el móvil, la chaqueta sucia y las zapatillas, la camiseta rasgada de arriba abajo, los slips tijereteados en dos y el vaquero rasgado en canal desde los tobillos hasta las ingles. «No puedo salir a la calle con esto», le dije. «Tuvieron que cortar las prendas en la ambulancia para efectuarle los primeros auxilios. Veré qué puedo hacer», respondió antes de dejar la habitación. Diez minutos después regresó con un pantalón de tweed marrón que me venía enorme y una camisa blanca, con restos de sangre en la pechera. «La ropa de un muerto», pensé. Me enderecé de la cama amodorrado y desnudo y comencé a vestirme con una parsimonia de enfermo terminal. Una pernera, otra, una manga, otra, un botón, otro, el cordón lleno de nudos de una zapatilla, el cordón de la otra, un dolor arriba, otro abajo, la tortura infinita de no acabar nunca.

Salí andando con paso fúnebre al pasillo, a bandazos desmayados y sujetándome el pantalón del muerto por la cintura para no tropezar con la tela sobrante. Y aunque la vida acababa de darme un codazo, en la calle todo seguía igual: el sol había vuelto a salir por el este, el autobús 82 hacía el recorrido de todos los días, con los viejos de siempre esperándolo en la marquesina, y el café Ferros estaba sumido en su estrepitoso ritual de cafés del desayuno, pues así era cada mañana desde 1956 y así sería hasta que fuera sustituido por un McDonald's. Me sumí entonces en un bucle de reflexión trascendental, yo que solía entretenerme en frivolisismos, y al subir al taxi me sentí asquerosamente insignificante, un protozoo en la maquinaria de un día cualquiera. Me pregunté cuánta gente tenía que morir, o al menos colapsar, para que algo cambiase en la rueda del mundo. Y entonces me acordé de Fidel.

Por la tarde, atrincherado en casa bajo siete llaves y todas las persianas desplomadas, pues hasta la luz del sol me dolía, traté de poner en orden mis

asuntos, mis desquicies, mis delirios. Y pensé en María, que con su calma seca me habría escuchado hasta que me quedase sin saliva, cargada de paciencia y monosílabos, maravillosa. Cómo la eché de menos en ese instante crítico, en el preludio de tantas cosas. Pero hacía demasiados meses que no hablábamos, y no quise fastidiarle la lactancia de Olivia por un mal día, pues un mal día lo tiene cualquiera. Al anochecer, cuando conseguí abrir las ventanas y respirar una bocanada de luz de luna, recordé una frase del poeta Manzoni: «El hombre crece cuando se arrodilla». Entonces entendí que Fidel no había llegado a mí por casualidad. Se coló en mi vida para revolcarme, para removerme, para espabilarme. Y a veces hay que tocar fondo para levantarse y darle un giro al mundo. Yo había tocado fondo. El martes, a las 22.45 en un banco rojo y verde de la Gran Vía, toqué fondo con un par de cojones. Que a mis casi cuarenta años, tras una discusión con un cualquiera, acabase trinchado por sondas, catéteres y jeringuillas en la madrugada agria de un hospital, era la cicatriz que me faltaba. Y supe que era el momento de buscar ayuda.

Fueron varios los colegas que me recomendaron a sus psicólogos de cabecera. Como de loqueros está el mundo lleno, antes de tomar una decisión los apunté todos en una lista, ordenados por precio y, sobre todo, por su metodología: estructuralistas, psicoanalistas, conductistas, psicobiólogos, asociacionistas, cognitivistas, humanistas y de la Gestalt. A la hora de la cena, mientras comía una sopa de fideos con formas de letras y me entretenía montando y desmontando palabras en la cuchara humeante, costumbre esta que conservaba desde la niñez, una «p» se me resistió en el canto del plato. Aquella carambola gastronómica, una estupidez que sin embargo me tomé como una señal divina, me dio la pista definitiva. Y esa misma noche, gracias a la recomendación de un amigo que llevaba cinco años destripándose en un diván al rebufo de Sigmund Freud, pedí cita con Camila Duarte, mi fulgurante nueva psicoanalista. Con «p». La «p» rebelde de una sopa de letras.

Después, durante las horas huecas de la madrugada, Julio César Espinoza volvió a visitarme en uno de mis sueños caprichosos. Esta vez, vestido de cancerbero nazi de Mauthausen.

Como siempre tuve la sangre muy roja y muy caliente, me imaginé una terapia de achuchones y cariñitos que me enmendaran la cabeza. Creí que bastarían una caricia tierna por el lomo, una palabra amable, una observación dulce, un par de consejos exprés y estaría listo para girar de nuevo como un reloj suizo. Qué equivocado estaba el día en que llamé al timbre de su consulta, lleno de temores y de vergüenzas en el umbral de la puerta. Camila Duarte, psicoanalista argentina formada en Buenos Aires y en París, discípula de un discípulo de Freud, el rapsoda de los cerebros, me recibió con un firme apretón de manos, sin trapatuestas ni algarabías. Con sus maneras elegantísimas, me invitó a tumbarme en un diván azul en el centro del saloncito tenue, alborotado de estantes a punto de desplomarse por el peso de los libros. «¿Así, sin más?», le pregunté. «Así, sin menos», dijo inalterable. Camila era una mujer de ciencia, pura matemática, y como tal resultó ser austera en las formas, fría en las palabras, una valquiria que jamás se dejó impresionar por la bacanal que me centrifugaba la cabeza. Y pronto, demasiado pronto, aquella desconocida a la que casi siempre veía entre tinieblas, pues le gustaba recibir en penumbra, se iba a convertir en la persona del mundo que más y mejor me conocía, en la guardesa de mis secretos, en mi confesora de los miércoles, de las 14.00 horas a las 14.45.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó sentada a mis espaldas en un gran butacón, con un cuaderno en el regazo en el que habría de garabatear mis desaliños.

—No lo sé —respondí.

Movido por un acto reflejo, me eché a llorar sin remedio y sin medida, ahogado por las vistas de aquel techo extraño. Camila se quedó callada. Esperó como esperan los viajeros un tren con retraso, en un silencio riguroso que podía masticarse con los dientes. Como aprendí después, ella nunca tomaba la iniciativa; se sentaba a esperar y las neurosis siempre acababan por salir a flote. Tardé varias sesiones en acostumbrarme a aquellos tiempos muertos en los que ninguno hablábamos. En alguna ocasión, cuando el mutismo se extendía demasiado, llegué incluso a pensar que Camila había sucumbido a un infarto letal y me giré sobresaltado para comprobar que aún latía. Pero acabé por coger los tempos de la terapia y entender que los silencios, a veces, también son parte de la sanación. No fueron pocas las ocasiones en las que, en el clímax de una confesión, exhausto de sacar las paladas de mi miseria, de pronto enmudecía como un anacoreta y me dedicaba a contar los tornillos de la estantería o los años de hipoteca que me quedaban por desembolsar. Y al momento retomaba el trauma de turno.

Aquel primer día, de puro sollozar mientras procuraba hacer el menor ruido posible, comencé a aprenderme de memoria las molduras con bocel que orillaban el techo, el trazo modernista del póster de *Amarcord*, la grieta con forma de cuerno de unicornio en la pared de la derecha, el diploma de la Université Vincennes Saint-Denis en el gran anaquel frontal.

—Creo que me enamoro mal —dije al fin—. Detesto estar solo los domingos por la tarde.

—Los domingos nunca fueron un buen día para la soledad.

—Los odio. Y busco a alguien, quien sea, de forma compulsiva. Cuando lo encuentro me obsesiono, sueño con su cepillo de dientes en mi cuarto de baño, me lo tomo como una batalla en la que perder no es una opción. Solo puedo ganar. Y nunca gano.

—Te tomas el amor como una guerra...

—A muerte. Hace poco conocí a un chico, Fidel, y a la media hora ya pensaba en vientres de alquiler, en vaciar un cajón de mi armario para hacer hueco a sus cosas, en reformar una casa juntos con cocina americana, una cocina roja alucinante, y un *home cinema* de altavoces inalámbricos e inteligentísimos con reconocimiento de voz, pero no de cualquier voz, sino solo de las nuestras. Su voz y la mía, ¿entiendes?

—Lo normal, sí.

—Tuvimos siete citas. Que no son muchas, pero tampoco son pocas. Él me lo avisó desde el principio: «No quiero nada, no quiero nada, no quiero nada». Y yo no le hice ni puñetero caso, porque en las guerras al enemigo se le tienden emboscadas, no se le escucha.

—¿Y qué pasó?

—Lo que pasa siempre. Al séptimo día se fue. En la Gran Vía, no en cualquier sitio. Y yo siempre he pensado que acabaré muriendo en la Gran Vía, como Concha Piquer. Fidel se piró, así, sin más, y esa noche acabé en el hospital con un colapso.

—¿Un colapso?

—Sí. Como un terremoto. Me lo había advertido una pitonisa. Dijo no sé qué de un ermitaño y de un corazón atravesado por tres espadas... y al día siguiente estaba en la UCI lleno de tubos. Yo no creo en esas gilipolleces, soy un occidental con sentido común, ¿sabes? Pero la hija de puta dio en el clavo.

—¿Por qué crees que tu cuerpo se rebeló de esa forma? ¿Fue un desamor auténtico o porque no te saliste con la tuya?

Volví entonces a quedarme callado, absorto en las molduras, en el cuerno de unicornio, en *Amarcord*, en el diploma de Vincennes Saint-Denis.

—¿Qué hay de malo en dejar un cepillo de dientes en mi lavabo?

—¿Siempre eres tan competitivo?

—Yo solo quiero una cocina americana roja. Y un *home cinema* con

reconocimiento de voz.

Muy pronto, el desencuentro con Fidel pasó a convertirse en una anécdota sin importancia. Las sesiones de Camila evolucionaron hacia territorios mucho más descarnados. Durante semanas, el psicoanálisis de los cojones escarbó en una fosa séptica llena de desmemoria y de basura. Palanganas de mugre que yo ni siquiera conocía, pero que estaba ahí, al acecho, en algún lugar recóndito entre mi páncreas y mi garganta, que es donde se apilan los malos recuerdos. Yo aún no lo sabía, pero cuando me recosté en aquella *chaise longue* barroca por vez primera, con el cosquilleo de saliva en el paladar ante lo desconocido, me estaba adentrando en un viaje increíble al bendito cielo y al infierno maldito. A lo que da miedo y a lo que da gusto. A lo mejor y a lo peor de mí mismo.

Sobreviví otro año más al polvorín de la Navidad, que siempre hiere pero nunca ahorca, y con la venia del buen tiempo aprendí a batallar con el psicoanálisis. Esperaba con apetito a que llegase el miércoles, día de la consulta, y después de recitar mis despropósitos en el diván de fieltro azul salía del condominio de Camila Duarte con el cuerpo y el espíritu perfectamente alineados, eufórico, como si aquello fuese un spa maravilloso. «Creo que soy adicto a la terapia —solía decir a todo aquel que me preguntase por mis progresos—. Me encanta.» Pero no siempre fue así. Durante las primeras sesiones, quizá por sugestión, quizá por el descalabro de mi serotonina, vomitaba al salir de la consulta. O tenía mareos de folclórica. O me azotaba un no sé qué en las sienes que a ratos confundí con una embolia. Me sentía como si me hubieran arrancado la piel y anduviese por el mundo en carne viva. «Es la catarsis —me decía a mí mismo para no lanzarme al vacío desde el Viaducto—. Eso te pasa porque te estás curando. No sé exactamente

de qué, pero algo te está cicatrizando ahí adentro.» Llegué a pensar en ayudarme con la farmacología, que es como tener a la Virgen de Lourdes en un blíster. Pero por más que supliqué a Camila por pastillas mágicas que me pusieran en órbita, como aquel éxtasis sideral de los años ochenta, ella se limitó a escucharme y pedirme paciencia. Y obedecí.

Un buen día, como por ósmosis inversa, comencé a sentirme bien. Como a veces se me acumulaba el trabajo, solía apuntar en notas del móvil los asuntos pendientes que me rondaban la cabeza durante la semana. Escribía en los semáforos, en la cola del súper, entre una serie y otra de abdominales, allí donde me acechaban los fantasmas. Y después los despachaba con Camila sin pudor alguno, pues entre ella y yo jamás hubo secretos. Un día llegué a confesarle el PIN de mi teléfono, que es el mayor tesoro de todo ser humano. E incluso le conté un episodio que me torturaba desde bien niño: el robo sistemático de bollería industrial en el Hipercor que abrieron en la trasera del colegio, cuando mis padres me pusieron a dieta y engordé seis kilos que todos achacaron a mi glándula tiroides. Y así, poco a poco, fui desembarazándome de tantas y tantas obsesiones, deshaciendo los nudos que me torpedeaban la cabeza, conociéndome a fondo, cocinándome lento. Madurando, supongo.

También me mantuve firme en mis propósitos deportivos. Me despertaba con los primeros bostezos del mundo, corría diez kilómetros río arriba, como los salmones, y me trituraba los músculos en el gimnasio antes de ir al trabajo. Sin saberlo, hice más las extravagancias de los apóstoles del fitness; me compré toda la artillería de Adidas que me fue posible, convertí al pulsómetro en mi nuevo dios, me hacía patéticos selfies donde apretaba el bíceps y el triángulo divino de mis deltoides, allí donde se miden la hombría los de mi especie, y criticaba al presidente del Gobierno en los vestuarios, que son el santuario del heteropatriarcado, mientras me secaba los huevos con una toalla. Si bien no es elegante que yo lo diga, vivía enamorado de mi cuerpo, como

esos ejecutivos lustrosos que juegan al pádel los martes y los jueves al salir del Merrill Lynch International Bank. Con Camila Duarte aprendí a ser honesto, a encarar la verdad con dos cojones, y como tal me arrobaba ante mi propia musculatura cada vez que me pavoneaba frente al espejo, lo que venía a suceder una docena de veces al día.

En los asuntos relativos a los hombres, todo comenzó a ser distinto. En cualquier otro momento me habría sometido al vicio de la carne, amancebándome con chicos de todas las razas y pigmentos, enfangándome de amor cada noche en un regazo distinto. Pero el psicoanálisis me estaba adiestrando en esas fiebres mías, y no sin esfuerzo me contuve demasiadas veces de tirarme al abismo. Si alguna vez me acordaba de Fidel, pensaba en cánticos gregorianos en claustros sombríos para ahuyentar los pensamientos sospechosos. Y si un buen día sufría un reventón de hormonas y se me incendiaba la bragueta, veía *Narcos* o leía un capítulo de *Cumbres borrascosas* y se me espantaban las ganas de follar. Me había labrado un cuerpo impecable y no compartirlo con el prójimo, con lo que fui, pudiera parecer un despilfarro. Pero la abstinencia me sentaba bien. Incluso dejé de soñar con Julio César Espinoza, que ya no se aparecía en mis noches alborotadas.

Y aquella primavera, de golpe, fui aburridamente feliz.

No era el único al que la fortuna sopló de cara aquellos meses de tregua. Akenatón, al que las mujeres le duraban lo que tardaba en buscarles recambio, parecía haber encontrado la calma en el harén. La sangre cachonda de su casta árabe, labrada durante milenios por sus ancestros y los ancestros de sus ancestros en la vega del Nilo, le convertía en un depredador de señoritas, y allí donde pudiese se dedicaba a evangelizar con su entrepierna. Pero en la fiesta de Giuseppe Marini, aquella noche de sables y arrebatos en Villa Burlesque donde yo conocí a Fidel y él a la chica ayurvédica, algo le sucedió

a su instinto. Desde entonces no se separaba de ella ni un minuto; la llevaba a los tugurios donde antes solo iba de cacería, se suscribieron a Netflix y la enamoró con su *hamama mashwi*, una paloma asada rellena con arroz y mollejas que, según la tradición faraónica, tenía efectos afrodisiacos en quien la probaba. Si se debió a la llamada biológica para la procreación de su linaje, nunca lo sabré. Pero lo que fuese que Lucía tenía entre los muslos obró el milagro, y Akenatón dejó de ser el playboy de Egipto para ver *House of Cards* los sábados por la noche en caída libre.

Y sí, también la llevó a París por sorpresa, en un fin de semana en el que todos parecían saborear el amor efervescente. Compañeros de trabajo que alquilaron suites románticas en el día sin IVA, Maxi y Sonia buceando paraísos en el Mediterráneo, mis padres celebrando sus bodas de rubí en Estambul, Obama con Michelle en Camp David... Y mientras todos se ofrecían como posesos a la vida loca, yo resistí en el fuerte apache de Madrid aprendiendo a hacer sushi, como una divorciada, con la ayuda de un tutorial de YouTube. Yo me alegré, lo juro, por todos esos cuerpos en constante estado de arrebató; me conmovía aquella felicidad ajena de Akenatón y Lucía, de Sonia y Maxi, de Barack y Michelle, todos fornicando al unísono en camas con dosel y sedas chinas mientras a mí se me despedazaba el alga nori entre el puto arroz de los cojones. Después de todo, la mía era una castidad voluntaria, un periodo refractario en el que decidí cambiar los falos por el sushi.

La noche antes de su escapada a Francia, quedé con Akenatón para una caña rápida en el Camarote.

—Así que a París —le dije—. Eres la vergüenza de los faraones.

—Deberías alegrarte por mí —dijo él—. Me ha dicho que va a hacer el Ramadán conmigo para ver lo que se siente.

—Una ayurvédica de Ramadán. Acabará perdiendo la cabeza.

—Creo que esta vez sí.

—¿Sí, qué?

—Que Lucía es la chica que llevo buscando toda la vida. Y este fin de semana le voy a pedir que se case conmigo.

Lo dijo a bocajarro, con el atolondre de los necios y los enamorados, a la vez que sacaba del interior de su chaqueta una cajita negra. La abrió una fracción de segundo e inmediatamente después la volvió a cerrar con un chasquido de dedos, y en aquel abracadabra pude ver un anillo fugaz rematado con una joya malva y chispeante, de trazas prohibitivas.

—Es la piedra de ópalo de mi bisabuela, que pasó después a mi abuela y a mi madre, y como soy el mayor de seis varones, es a mí a quien le toca continuar con la tradición —dijo—. En mi casa siempre se ha dicho que el anillo ha de cambiar de mano cada cuarenta años o la mala suerte se cebará con toda la familia. Mi madre lleva treinta y ocho años con él, y la última vez que estuve allí me lo metió en la maleta con una nota: «O se lo das a alguien, o aquí no vuelvas. Te quiere, mamá». Así que yo mañana le pongo el anillo en el Pont des Arts, ella se casa conmigo y todos nos libramos de la maldición del ópalo.

—¿En el Pont des Arts? ¿El de los putos candados?

—Sí —dijo con el pecho palomo, embutido de orgullo, mientras me enseñaba un candado naranja que guardaba en el mismo bolsillo, junto al anillo.

—Ten cuidado, no vayas a ponerle el candado a Lucía y el anillo a la barandilla. Ese puente es muy traicionero.

Me acordé entonces de una escapada exprés a París con el Señor X, al poco de conocernos, como todos los catetos que alguna vez peregrinamos al Sena con el amante de rigor, como si así fuéramos a retenerlo en el lado izquierdo de la cama por siempre jamás, y lo más que nos llevamos de la France es un selfie con nuestros culos inflamados de mantequilla apoltronados en

Trocadero, allí donde despunta el espanto de óxido de la Torre Eiffel. En aquella ocasión yo también compré un candado y arrastré al Señor X hasta el maldito puente antes de entrar en el Museo del Louvre. Cuando cruzábamos las aguas putrefactas del río fui a sacarlo de la mochila con mi cara de Clint Eastwood en *Los puentes de Madison*, pero el candado no estaba. Lo había perdido. Un candado de mierda extraviado en la ciudad más bonita del mundo. Y no tuve más remedio que marcharme de allí cabizbajo, derrotadísimo.

Como se hacía tarde, pues en el Camarote el tiempo siempre se nos escabullía, me despedí de Akenatón cuando enfilábamos la cuarta caña e íbamos a por la quinta, que es ley de vida. Le deseé muchísima suerte, más por su madre que por él mismo, y me retiré a mi casa con un regusto a *croissant* de Batignolles y camembert del *brunch* de Villa Spicy. Porque yo perdería candados de amor en París, de acuerdo, pero jamás me salté una comida.

Y mientras todos se fueron, abandonándome, yo pasé el fin de semana embarullado de arroz en la cocina, cortando atún rojo en láminas finísimas, exasperantes, y enrollando y desenrollando cilindros en una operación de cirugía culinaria que exigía una precisión histérica. El domingo por la tarde, postrado sobre la encimera y molidos mis huesos de tanto japonismo, metí la última bandeja de makis en el frigorífico. Acompañando en Facebook una foto de mi tonelaje de sushi, escribí: «Si me como todo esto yo solo voy a transfigurarme en geisha». Y se me ocurrió entonces pedir ayuda a Carolina, que también se había quedado sola en Madrid, para que ambos nos diésemos un festín de pescado crudo. Su móvil devolvió un par de tonos extraños, como si ella también estuviese en el extranjero, y la llamada se cortó en seco. Y aunque sabía que estaba cargada de secretos desde que la descubrí leyendo a Salinger bajo el nogal, en aquella mala hora de domingo tuve la certeza espeluznante de que algo no iba bien. Lo sentí sin más, como se siente una quemadura de aceite en los brazos, una tibia partida o un trallazo de la muela

del juicio. Como no podía hacer nada desde el zafarrancho de cuchillos de mi cocina, me senté a cenar a solas y preferí olvidarme del asunto.

Fueron varios los meses de ayuno y de sosiego, de paz entre las sábanas de mi camastro, de domingos al sol sin enamoramientos avariciosos. El tiempo que antes me robaban los hombres se me fue en la cocina, donde aprendí a elaborar guisos novedosísimos. Elegía los platos por la sonoridad de su nombre; si al decirlo en voz alta tintineaba como un verso de García Lorca, guardaba la receta en los favoritos del móvil, llenaba la despensa de ingredientes insólitos, abría una botella de vino y me acuartelaba frente a la vitrocerámica sin prisa alguna ni toque de queda. A veces con gran éxito, otras no tanto, deshojé los misterios de las papas a la huancaína, la kabsa arábiga, el nasi campur balinés, el schweinshaxe de Baviera, el borsch ruso, el zurek polaco o la olla de trigo almeriense. A la vez que me volvía un *foodie* insoportable, descubrí que cocinar no solo mataba las horas sino también el apetito, lo que me sirvió de gran ayuda para mantener la figura.

Gracias también a la terapia de choque de Camila Duarte, me mantuve firme en mis propósitos hasta un sofocante 31 de julio, víspera de vacaciones. Mientras afuera, en la vida real, todos follaban o dormían, yo me desquiciaba de un rincón a otro de mi casa preparando la maleta. Para exasperación de mi madre, que organizaba los viajes con meses de anticipo y se enfangaba en tortuosas listas de las que iba tachando intrascendencias como el repelente antimosquitos o el hilo dental, yo nunca fui previsor en esas lidias. Y como tal, siempre apuraba la hora de embarque para meter en el equipaje ibuprofenos a destajo, para las cosas de la jaqueca, o el traje de baño. Esa tarde me había entretenido más de lo debido con un tabulé frío a las finas hierbas, que siempre viene bien para dulcificar las altas temperaturas, y antes de que

podiera darle un golpe de nevera el sol se fue por donde había venido. Esa noche cené lo justo, ya sin hambre, recogí la cacharrería y rescaté la maleta de un altillo. Y en ello estaba, improvisando camisetas prietísimas y un buen neceser de bálsamos de belleza en la madrugada achicharrada de grillos, cuando recibí el peor wasap de todos: «Me gustaría verte antes de que agosto nos lleve por delante. Fidel».

Y caí. Caí como las ratas que hunden sus hocicos carroñeros en la basura y le invité a venir a pesar de la hora intempestiva, y vino, claro que vino, se presentó con una botella de vodka barato y una bolsa de hielos y un guayabera blanca tejida con alguna tela tropical que le caía como un pecado sobre los músculos rígidos, insoportables, los pectorales y los brazos y el abdomen firme, y apenas entró en el recibidor de la casa tiró los hielos y la botella al suelo hirviendo, me dio un beso de aquí a la eternidad y le desnudé de arriba abajo sin paliativos, la guayabera y las sandalias cristianas, de cura bravo, los pantalones hippies, los calzoncillos, todo lo desnudé, desde los pies a la sonrisa de bárbaro que no le recordaba, pues es tan largo el olvido, y él hizo lo mismo conmigo, desvestirme y arañarme y llevarse con su lengua bífida los restos de especias que aún me duraban en los recovecos de la piel encendida, los dos enroscados a vida o muerte en el recibidor sin decir nada, ni «hola» ni «adiós» ni «cómo te ha ido», al rojo vivo, con un brutalismo que nunca antes conociera, y así nos quisimos un rato larguísimo, apaleándonos en un silencio de gruñidos, sin mariconadas, hasta que terminamos de hacer lo nuestro y volvimos a vestirnos, callados, orgullosos, necios, los dos a tropezones con la tela estrecha de los calzoncillos, y aún se había abrochado del todo la guayabera cuando abrió la puerta y se fue, descamisado, con un apretón de manos inerte, de cadáver frío, dejando en el suelo la botella y el hielo derretido, y cuando oí el eco de la cerradura maldije mi suerte, maldije a mis ancestros, todos lobos, y me maldije a mí por haber caído en la trampa, por

romper mi racha, por rendirme tan aprisa, por ser un capullo, y mientras perdí la cuenta de todo lo que maldije dispuse los últimos flecos de mi equipaje, me di una ducha áspera, sucia, y tomé un taxi al aeropuerto en mitad de la noche, donde embarqué al amanecer en el vuelo 7709 de Turkish Airlines, destino Tel Aviv.

8. TIERRA SANTA, TRÁGAME

El todopoderoso Estado de Israel, feudo de Jacob, me recibió perdiéndome la maleta en algún atolladero de Oriente Próximo. La burocracia en el aeropuerto de Ben Gurión, el más seguro del mundo, me sometió a un infortunio de estrictos papeleos, interrogatorios con talante militar, reclamaciones en mostradores como búnkeres, más papeleos, más interrogatorios, más mostradores. Pasaron varias horas hasta que recuperé el equipaje, despistado por error en un campo aéreo de Azerbaiyán, que ya es despiste. Y una vez resuelta la contingencia entré, al fin, en la Tierra Prometida, patria de Jesucristo, de los profetas de la Torá y de los hombres más bellos que han pisado este planeta nuestro que apura vueltas y más vueltas al sistema solar.

Desde que Mario y María se habían apeado de la vida canalla para criar a Olivia, aprendí a viajar a solas. A veces, más bien al caer la tarde, el silencio hacía estragos y me hundía en un estado de pastosa melancolía, pero casi siempre lo enderezaba con un par de cervezas que me devolvían a la vida aparatosa. Además, estos periplos sin nadie más que conmigo tenían sus

ventajas; entraba y salía sin horarios, sin coartadas y sin riendas, y aún me sobraba tiempo para conocerme, para pensarme, para hacer balance de mí mismo.

Me di pues la bienvenida a Tel Aviv, donde alquilé un apartamento en Neve Tzedek, el barrio de la *bohème*, que utilicé de centro de operaciones de las vacaciones. Durante el día visitaría territorios bíblicos y ciudades sacrosantas, ruinas donde se multiplican los milagros y templos salomónicos en los que se han de cumplir todas las profecías, los desiertos y las montañas de las doce tribus o las playas gais más cachondas del Levante mediterráneo. Por la noche, tras sacudirme el polvo y la historia de la piel curtida por el sol de Oriente, me embarcaría en los estragos de la farra loca, pues contaba Tel Aviv con un enjambre de discotecas rompehuesos que crujían los cerebros y los corazones. Aunque no viajé hasta allí con la intención de catar varón alguno, pues estaba sumido en mi próspera fase de recogimiento sexual, el tropezón de Fidel la víspera del vuelo me truncó los planes y los siete chakras. Como los yonquis en rehabilitación que un día sucumben a un pico de heroína, vino a ocurrirme lo mismo; por un revolcón de verano en un recibidor anochecido di al traste con mis progresos. Y me rendí, porque a veces hay que rendirse, a mi genética caníbal. Si la Tierra Santa me tentaba con el pecado de la carne judía, con esos soldados sobrenaturales bamboleándose con su metralla por los grandes bulevares, sería porque Dios así lo quiso, y quién soy yo para oponerme a los caprichos del Altísimo, aun siendo ateo. O agnóstico. O lo que fuera que fuese, pues sabe Dios.

El primer día, después del alboroto en Ben Gurión por la maleta desaparecida, lo dediqué a pasear por la avenida Rothschild, arteria principal de la *city* donde todo era posible, desde enamorarse como un bellaco a morir acribillado a balazos por algún reservista del Ejército de Tierra. Era Tel Aviv una urbe llena de ritmo y de gente guapérrima, de fachadas abigarradas y

carcomidas por el salitre mediterráneo, de viejos postes de luz en cada esquina y un desmadre de cables que en ocasiones no dejaban pasar la luz, de restaurantes kósher, de gatos negros. A pesar del poderío económico israelí el tiempo parecía detenido en los años setenta, y hasta los colores parecían pálidos, envejecidos. Pocas veces vi una ciudad tan fea y, sin embargo, con tanto encanto, tan vivaracha, tan deliciosamente horrible.

Para ir abriendo apetito, pues a las ciudades con embrujo y peligrosas hay que entrarles despacio, sin tragantonas, esa noche cené un pisolabis vietnamita en la taberna de un pasadizo imprevisto, lejos del ruido. Después, Google Maps me llevó al Shpagat, un bar donde la soldadesca de chicarrones barbudos tomaban la primera copa, todavía vestidos, antes de perderse en el inframundo de la pista de baile. Llegué, vi, tanteé, tomé un cabernet sauvignon de los Altos del Golán acodado en la barra y me retiré a mi casita de Airbnb para no ser engullido por la tentación.

Antes de dormir, ya en la cama, quise llamar a mis padres para dar el primer parte de guerra. Maletas perdidas: 1. Huesos rotos: 0. No contaba sin embargo con su activismo antisemita y su defensa letal de la causa palestina, que siempre fue tendencia entre la *gauche caviar*. Que mi familia nunca trabajó el caviar, de acuerdo, y la *gauche* le quedaba demasiado afrancesada para sus orígenes modestos, pero llevaban el espíritu combativo entre ceja y ceja desde la Primera Intifada. Y ahora me iba a tocar sufrirlo. Fue mi padre quien cogió el teléfono.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—Qué vienes a buscar —bromeó.

—A ti —dije yo continuándole el chiste, pues siempre nos gustó seguirnos la bufonada.

—Ya es tarde.

—Lo sé. Las once de la noche. Solo quería decirles que he llegado bien. Que la casa es pequeña, pero limpia. Y que Tel Aviv ha resultado ser más feo aún de lo que prometías, y me encanta.

—¿Y todavía no te han chutado un balazo en el tórax?

—Sigo vivo. De momento.

—Pues haz el favor de no meterte en líos. Tu madre y yo no estamos para deportar cadáveres ni para terminar de pagarte la hipoteca.

—Nada me gustaría más que sobrevivir.

—Hoy han matado a dos musulmanes en la Explanada de las Mezquitas. Iban a la oración, y ¡zas! Un disparo por la espalda y listo.

—Pensaba viajar a Jerusalén en unos días.

—Yo no te crié para que financiaras con tus excursiones a un Estado genocida.

—Hostia, papá. Solo voy a visitar la tumba de Cristo.

—Nos ha salido un hijo beato. Vaya por Dios...

—Si te sirve de consuelo, aquí también hay discotecas.

—Más dinero para Netanyahu.

—En fin... Ha sido un día largo. Dale un beso a mamá.

—Menudo disgusto tiene contigo.

—Pues que se tome una infusión de algo, que viene muy bien para lo suyo.

—¿Lo suyo? ¿Qué es lo suyo?

—Lo suyo es... lo suyo. Buenas noches.

—De tu parte. Buenas noches, hijo.

A la mañana siguiente, temprano, me calcé el disfraz de explorador y tomé un autocar que me llevó al desierto de Judea, al que se accedía por una carretera lunar, alucinógena, solo rota por algunos olivos agónicos demasiado flacos

para ser ciertos. Tras cuatro horas de viaje me apeé en una marquesina remota, no más que cuatro troncos y un toldo mal avenido, y tras caminar un kilómetro bajo el sol reventón del mediodía llegué a las ruinas de Masada. Sacudido por una ventolera energética, pues allá en Tierra Santa todo tenía un halo de cambalache místico, me sobrepuse al bochorno y ascendí sin descanso por el camino que llevaba al gran promontorio donde Herodes construyó su chiringuito de cuarteles, arsenales y residencias palaciegas. Como uno no visita el meollo del Reino de Judea todos los días, me ardían los pies y la curiosidad por restregarme entre las rocas de aquella región telúrica, muy cerca de Sodoma y Gomorra y del meandro del río Jordán donde, dicen los que dicen lo que dicen, Juan bautizó a Jesucristo. Lo escarpado de la subida y las vistas sobrenaturales que se extendían desde la muralla me dejaron sin carburante, sin aliento, sin codicia siquiera para hacerme unos selfies cristianos que rubricaran mi visita. Solo pude sentarme a la sombra de un silo de roca, a la vera de un grupo de excursionistas que escuchaban lipotímicos las explicaciones de un guía. Este les hablaba con mucha virulencia de la riada de cadáveres que había dejado aquel lugar triturado por miles de contiendas. Tal era la pasión que el guía ponía al hablar de muertos, decenas de muertos, cientos de muertos, muertos por todas partes, que afilé la oreja con mucho disimulo para oír el relato. Según decía, en los primeros bocetos del siglo I, allá cuando aprendimos a ser unos mierdas, un grupo de paisanos con los cojones como barriles se había acantonado en el fortín de Masada durante la guerra contra Roma. Fueron el último bastión del Reino de Judea antes de que las tropas imperiales iniciaran el asedio final. Como la conquista de la ciudadela era cuestión de días, los últimos supervivientes acordaron quitarse la vida antes de soportar la humillación de verse sometidos. Pero la ley judía prohíbe el suicidio, que siempre fue cosa de pusilánimes con corazones tibios, sin salpimentar, así que idearon un trapicheo en el que cada hombre dio muerte

a su esposa e hijos; después sortearon a diez de ellos para que asesinaran al resto; para acabar la escabechina, el último mohicano mató a otros nueve, y cuando hubo terminado de pasarlos a cuchillo, entonces sí, se dio a sí mismo el golpe de gracia. Cuando los romanos entraron en Masada, en las mismas piedras donde yo descansaba mis nalgas caniculares y comprobaba la batería de mi iPhone 8, hallaron novecientos cincuenta fiambres. El guía, que se encendía más y más a medida que avanzaba su crónica, me señaló con el dedo. «¿Veis a ese chico?», exclamó. Y todos los turistas se giraron para mirarme, asintiendo con la cabeza, abanicándose. «Justo ahí, sobre la roca en la que está sentado, colgaron a dos niños muertos como estandartes de su valentía. Y eso fue lo primero que vieron los romanos cuando entraron en la fortaleza: dos cuerpos sacrificados a modo de ofrenda, orientados hacia el este.» Los turistas me observaron con espanto, como si yo fuera el asesino de aquellas criaturas, y un escalofrío me recorrió las piernas.

Al marcharme, aturdido por la historia y sus hachazos, fue como si me llevara los muertos conmigo; mientras dejaba atrás la fortaleza, noté cuánto pesaban los cadáveres en la mochila donde guardaba el agua y los víveres de pistachos, y tuve que descender muy despacio para no despeñarme con todas esas almas errantes sobre mi espinazo. O tal vez fuera el calor de Judea, que me estaba haciendo perder el sentido.

Antes de regresar a Tel Aviv quise darme un baño en el mar Muerto, que quedaba al fondo a la derecha del desierto, como el cuarto de baño de mi casa en Madrid. Me cuadré entonces un par de kilómetros más de travesía que fueron como un paseo por las aristas del infierno. Al llegar a la orilla, desahuciado, me quedé en calzoncillos, me metí a tropezones en el agua pastosa, que hervía como una olla a presión de huevos podridos, pedí a una valquiria alemana que turisteaba por allí que me sacase una foto en el charco flotante, volví a vestirme y me fui. El chapuzón me libró al fin de los muertos

de Masada, que se quedaron en el mar viscoso, pero a cambio me dejó la piel calcinada, pringosa y escocida por la terrible concentración de sal.

Oscurecía cuando regresé a la carretera y me senté en la marquesina de vuelta, levantada con los mismos troncos y el mismo toldo malherido. Pero no calculé el horario de los autobuses, que no pasarían hasta la mañana siguiente, y me quedé abandonado a mi suerte en mitad del desierto atardecido, entre Sodoma y Gomorra, que ya es vicio. La temperatura descendió de golpe, a bocajarro, y tuve frío. Y como la vida es un bumerán que siempre vuelve, vine a recordar aquel verano salvaje en el Egeo, cuando mi amiga Beatriz y yo alquilamos un quad para recorrer la isla de Ios, un inhóspito paraje vencido a los borrachos y a los molinos de viento. Una tarde cualquiera en la que había poco que hacer fuimos a visitar la tumba de Homero, el escribiente, en un acantilado en los confines del mundo conocido. El enterramiento era un sencillo agujero en la tierra rodeado de rocas a modo de dolmen, piedras gigantes y redondas como las de Macondo, en lo alto de una colina a donde iban a estrellarse las olas. Nada hacía presagiar que allí reposaban los restos del padre de la literatura occidental, salvo por una placa conmemorativa a la que se le habían caído casi todas las letras. Beatriz y yo le brindamos con Coca-Cola con ese paripé solemne que se le presta a los muertos, aunque Homero llevase allí veintiocho siglos, y con tantas honras fúnebres perdimos las llaves del quad. Las buscamos bajo las piedras graníticas, entre los arbustos, en la vereda del camino de tierra que nos había llevado hasta allí. Cuando se puso el sol las llaves seguían sin aparecer. Como aquella tumba no parecía recibir visita alguna desde el esplendor del Imperio bizantino, no tuvimos más remedio que refugiarnos entre las rocas, a tumba abierta, y pasar la noche acurrucados sobre el costal de huesos eruditos del puto Homero. Como era menester en tales aposentos dormimos poco y mal, entumecidos, jaleados por el crujido del viento y de las olas, y cuando amaneció dimos las

gracias por haber sobrevivido a aquella intemperie de difuntos. Cuando íbamos a retomar la búsqueda, Beatriz encontró la llave del quad en el bolsillo pequeño de su minifalda, porque, en efecto, ella viajaba siempre con minifalda, incluso durante las visitas a los muertos.

Y allí estaba yo, algunos años después, amodorrado en el desierto de Judea y reviviendo la pesadilla de dormir al raso, cuando vi las luces de una furgoneta acercarse por la carretera. Me levanté de un brinco, como las liebres, y empecé a aletear los brazos en mitad del camino. Al llegar a mi lado, el furgón se detuvo. A bordo iba una familia llena de niños, de abuelos, de paquetes, de jaulas, de maletones, de comida. Y me acogieron entre sus bultos, como a uno más, sin hacer preguntas, sin hablar mi idioma, sin hacer ruido. «Tel Aviv», fue lo único que dije. Y el conductor, un hombre honrado, pues aún existen, arrancó el convoy y enfiló la tortuosa carretera hacia el norte, dirección Tel Aviv, una ciudad llena de luces donde nadie dormía, porque allí dormir es el peor de los pecados.

Pasé varios días desmenuzando la ciudad con mis paseos y chapoteando en Hilton Beach, que es a donde íbamos en rebaño los de mi calaña a fardar de bañador Speedo y lucir paquetón. También me apunté a un gimnasio lleno de vicios y de soldados, y allí me contagiaba de la rutina militar y hacía ejercicio como nunca antes, sin dolor y sin medida. Pero de todas las virtudes que brindaba la ciudad, la que más gocé, pues gozar es mi verbo favorito, fue la bárbara belleza de sus compatriotas. Jamás, ni en Asia ni en América ni en las tribus africanas que alguna vez soñé, jamás nunca, insisto, vi tanta guapura en tan poco tiempo. Me bastaba con sentarme en una terracita del barrio Florentin, junto a la sinagoga de Ahavat Jesed, y se me iban las horas en la mística contemplativa. Los camareros y los gualtrapas, los ejecutivos y los

parias, los currelas y los frailes, los padres, los abuelos y los hijos, los gafapastas y los cenobitas, los diestros, los zurdos, los tauro y capricornio, los mamarrachos, los buenos, los malos y los peores, todos y cada uno estaban bendecidos por el amargo don de la hermosura. Descendían de la mezcla centenaria entre Oriente y Occidente, entre el Corán y la Torá, entre la Ruta de la Seda y las cruzadas, entre la diáspora y la sístole y la diástole y qué sé yo cuántos rumbos más, y de aquella coctelera salió su genética exquisita.

Solo allí podía suceder que se cruzaran, en la misma acera, un cabrón despampanante sin camiseta y un ultraortodoxo vestido con sus mantos negros de pies a cabeza, sus sombreros de ala ancha y sus tirabuzones manieristas. A veces, durante esas incursiones al corazón vivo de la *city*, parloteaba con algunos desconocidos. De todas las ligerezas que me contaban, fueron varios los que me hablaron de Forever Tel Aviv, la madre de todas las fiestas, el sanedrín de música *techno* más gay y más caliente de Oriente Próximo y aledaños. Se celebraba el primer viernes de cada mes y, *oh là là*, yo estaría en la ciudad para contarlo, como en las memorias trágicas de los vanguardistas de entreguerras. Que no es que yo tuviera un peculiar interés en restregarme con el preciado sudor de los chicos locales, un sudor que por cierto imaginé como el Acqua di Giò de Armani. Pero ya que había llegado hasta allí sin descalabros ni magulladuras, lo tomé como una atracción turística. No poner siquiera un pie en aquel guateque hubiera sido una flagrante descortesía; como ir a Berlín en el puente de la Constitución, que es cuando viajan en tromba los de provincias, y no ir a la puerta de Brandeburgo, que es fea como un malparto pero de obligada visita.

Y de golpe fue viernes. El primero de agosto, en plena calima. Día de la gran fiesta. Y mientras llegaba la noche bravía y todos cogían fuerzas acantonándose en sus cuarteles y en sus casas de la Bauhaus construidas en los años treinta, yo antes tenía un plan sacrosanto: visitar la patria de Jesús,

Jerusalén, antes de que fuera demasiado tarde. Pues si la Forever Tel Aviv se me torcía y terminaba amontonado en el depósito de cadáveres, que al menos me cogiera ligero de pecados y con el alma límpida. Y así lo hice.

Aunque decenas de operadores organizaban excursiones a la ciudad sagrada, yo preferí hacerle los honores por mi cuenta. Y por mi riesgo. Por un euro y medio, tomé el autobús local que cada fin de semana traía y llevaba a los jóvenes que hacían el servicio militar. Iban todos, chicos y chicas, a pasar el fin de semana en sus casas con su alegría de petates y metralletas, sentados casi siempre en las filas delanteras por si en una emboscada terrorista tenían que salir y disparar. Durante los cuarenta y cinco minutos que duraba el viaje, algunos escuchaban música en sus móviles, otros dormían, y yo me perdía a través del paisaje abonado al siglo XXI, lleno de wifis; porque esas tierras fértiles donde vivieron el rey David y Salomón, y Pompeyo, y Justiniano, y Solimán el Magnífico, hoy eran pasto de centros comerciales y gasolineras Sonol.

Llegué a Jerusalén con mi artillería de ateo en los bolsillos, bien alerta, no fuera la ciudad a descuadrarme las creencias entre tanta ruina profética, como a todos esos fieles aferrados a sus rosarios que peregrinan hasta allí para encontrar la palabra de Dios. Pues yo de palabras ya venía servido. Fui un iluso, y de lo que sucedió después, en ese día vastísimo, aprendí que nunca hay que ir con propósitos a Tierra Santa, pues todo puede pasar en intramuros.

Me bajé del autobús con la chavalería uniformada en los límites de la muralla, y adiestré mis pasos acalorados hacia una de las siete colinas que rodeaban la ciudad. De camino, le compré un palo de selfies a un vendedor ambulante que en los estertores de la ascensión trató también de colocarme una Biblia en hebreo, aunque gracias a Dios de esto último pude zafarme. Media hora después alcancé la cima del monte de los Olivos, un decepcionante páramo de tierra seca y pedregosa donde, según la Biblia,

Jesús le daba al rezo, o sea, a lo suyo. Hablaba mi guía de viajes de los jardines de Getsemaní. Con semejante nombre, imaginé un vergel asfixiado por la vegetación, como las fecundas caderas de una *vedette*; pero los años no perdonan, y la realidad de agosto me devolvió polvo, piedras y un inmenso cementerio que atesoraba ciento cincuenta mil tumbas escuálidas, pues ya que hay que morir, qué mejor que hacerlo en las laderas donde vivió el jefe. Y como todo lo que sube baja, cuando hube coronado la cumbre tuve que descender por donde vine.

Accedí a la ciudad vieja por la puerta de los Leones, que es la entrada de las gentes importantes, y diría que fue entonces cuando comenzó el milagro. A pesar de los cientos de turistas apenas se escuchaba un zumbido de fe, y el casco antiguo, siempre a la sombra, era un farallón de silencio. Sin saberlo, comencé a caminar por la Vía Dolorosa, que es la calle por la que transitó Jesús con la cruz a cuestas, según me contó un tipo que me avasalló nada más verme, y que por una propina de dos euros me hizo un recorrido por todas las estaciones. «Aquí fue interrogado y condenado por Poncio Pilato», me explicaba, y yo me quedaba atónito imaginando, masticando el aire; «esta es la segunda estación, donde se cayó», y yo miraba al suelo, alucinado; «este oratorio conmemora la tercera de las estaciones, el encuentro con su madre», y yo seguía fantaseándolo todo, como si fuera ayer; «en la sexta, justo ahí, Verónica limpió el rostro del Señor con un pañuelo de seda», y mientras me lo contaba yo me secaba el sudor con el antebrazo y me lo creía un poquito más; «la séptima marca el lugar de su segunda caída», me decía. «¿Se cayó dos veces?», le preguntaba yo; «se cayó tres», respondía. Y seguíamos avanzando calle arriba hasta que llegamos a la iglesia del Santo Sepulcro, donde me dijo adiós.

Para cuando entré en el templo ya estaba completamente mimetizado con la atmósfera del viacrucis, metido en ambiente, enharinado de fe como un

benedictino, dispuesto a todo. La iglesia era como todas las iglesias: húmeda, lóbrega, oscura, con el perfume rancio de los inciensos que se mezclaban con el vaho y las miasmas de cientos de fieles. Me puse al final de una cola larga, que avanzaba solemne hacia la cripta donde estaba la tumba de Jesús. Un monje hacía pasar a la gente de tres en tres, en un brutal silencio de pisadas, y cuando me alcanzó el turno tuve que entrar con dos señoras esclavas y devotísimas, avitualladas de estampas y rosarios que tiritaban a la luz de las velas. La catacumba era tan pequeña que tuvimos que agacharnos y postrarnos de rodillas delante de una lápida y a oscuras, iluminados nada más que por un par de cirios. Ambas mujeres, acogotadas contra el mármol, comenzaron a restregar sus relicarios y sus cachivaches por la piedra en un éxtasis creciente. Empezaron ambas con unos gemidos inocentes que poco a poco se volvió un llanto atroz, de plañideras locas. Las imité en un acto reflejo, un poco por contagio, y apoyé la frente contra la tumba. Y entonces fue como un chasquido en el pecho que no fue, un botón raro que se me encendió por dentro, un algo que no supe, un trueno o un delirio, sabe Dios, y dejé de controlar mi cuerpo y mi cabeza, como si ya no fuera dueño de mis actos, y me eché a llorar como ellas, contagiado, sin desconsuelo pero feliz. No creía entonces y no creo ahora, pero aquello fue lo más cerca que estaré de la fanfarria esa a la que llaman Dios.

Cuando las esclavas y yo salimos de la cripta, desaliñados y con los ojos como trufas, nos bastó mirarnos para despedirnos; nos llevábamos un momento compartido que nadie más tenía, solo ellas y yo, un instante acojonante, eso nos llevábamos los tres, y al verlas marchar hacia el altar mayor supe que las quería, que las quería a lo bestia, mucho más de lo que se quiere a un pariente o a un amante, y quererlas tanto, sin conocerlas, me dio susto. Como si tuviera una enfermedad de las que no se curan.

Me costó volver a pisar como pisan los vivos, pues Jerusalén me iba

sorprendiendo con miles de estímulos a la vuelta de cada esquinal. Mientras paseaba por los zocos del barrio musulmán, con su retahíla de dulces árabes, especias y zurrónes de cuero, me encontré como en casa. Pues cuenta la leyenda que mis padres, siempre tan viajados, me habían engendrado durante unas vacaciones en Marruecos, y por eso, además de la cosa lobezná, me gustaba alardear de que tengo algo de moro en la espuma de la sangre. Antes de adentrarme en el barrio judío, me hice con un cuaderno y un lápiz en un badulaque donde también vendían remedios e infusiones que curaban todos los males conocidos, desde las tribulaciones del amor a las arritmias, y por un pellizco más me llevé una pastilla de jabón que ayudaba en los tejemanejes del sexo, pues para los árabes todo es una Viagra natural.

El camino por los pasajes exquisitos de la judería, donde los ortodoxos abrazaban la ortodoxia con más ortodoxia que los ortodoxos más ortodoxos de la ortodoxia, me preparó para lo que me esperaba al final de la calle Harav Gets: el Muro de las Lamentaciones. Como la Explanada de las Mezquitas tenía un lacerante historial de intifadas, francotiradores y matanzas a cuchillo a cuenta de los dioses de unos y otros, tuve que pasar varios controles de seguridad y detectores de metales antes de acceder a la plaza. El muro, la única pared que queda en pie del antiguo templo de Salomón, era un torrente de judíos que hormigueaban hasta la roca para recitar el libro de los Salmos. Como yo en salmos nunca estuve muy versado, pues me quedé en la poesía gamberra de Bob Dylan, me hice a un lado, me senté en el suelo y escribí mis votos, que más que votos era una carta a los Reyes Magos, en una de las hojas del cuaderno. Cuando hube terminado de garabatear mis deseos, ya sí, me acerqué al kilómetro cero de las plegarias, convenientemente separado entre hombres y mujeres, me puse una kipá de papel desechable en la cabeza y me acomodé, al fin, delante del Muro de las Lamentaciones. A ambos lados, decenas de ultraortodoxos cabeceaban rítmicamente, presos de un murmullo

sobrecogedor de rezos y letanías. Muy pausado, para no levantar la liebre de mi moral incierta, más bien descafeinada, doblé la hoja y la coloqué entre las grietas de la piedra, donde todos los que alguna vez llegaron al Templo meten papelajos con sus anhelos. Apreté con saña, ayudándome incluso con el lápiz para que la hoja se enrocara bien adentro, no fuera a desprenderse por un golpe de viento o un infortunio y cayeran sobre mí las siete plagas. La carta, de mi puño y letra, decía así:

A quien corresponda:

A mí no se me da muy bien pedir porque nunca me dieron nada, pero me han contado que aquí no hay límites, pues en las rocas de este Muro de los Lamentos todo es posible. Vamos pues a por todas. Pido un poco de calma, pero no demasiada, porque no hay nada más triste que una vida sin curvas, curvas peligrosas. Pido tabasco y mucha salsa. Y pizza. Y sábanas limpias, y viernes por la tarde, y seguir sudándole kilómetros a la orilla del río. Pido libros que me arrollen y canciones que me desangren, y pido domingos de diciembre al sol. Pido Fideles, muchos Fideles, que me roben el sueño, que me paren el pulso, que me quemem el móvil. Que me quieran, que me pellizquen, que me busquen y me encuentren, que me rasquen la espalda y me toquen la cabeza, pero no demasiado para no enloquecer. Pido lluvia y un jersey bonito, de lana blanca. Y pido caerme de vez en cuando para que así, cuando llueva, porque también pido lluvia, sepa cómo levantarme y seguir. Y pido borracheras que me den el valor suficiente para hacer lo que siempre quise, y resacas bestiales que me recuerden que sigo vivo. Pido películas con mantas azules, y Netflix, y un *home cinema* con reconocimiento de voz, carísimo, tecnología punta, eso quiero, un *home cinema*. Pido sexo

con mantequilla en las tostadas del desayuno, y volver a París con un candado. Y pido fresas y otoños con castañas, cervezas artesanas, cicatrices sexis y tortilla a toneladas. Y pido escalofríos que me vuelen la tapa de los sesos. Y cubitos de hielo. Y pido aeropuertos que queden bien lejos y olas que me arrastren contra las caracolas. Y no sé si aquí están permitidos los tacos, pero, qué cojones, pido seguir pidiendo cosas mientras pueda.

Atentamente,

Yo

Cuando estuve seguro de haber metido el papel lo suficientemente hondo, quise echar un par de súplicas al aire, por si tal vez. «Tú, quien quiera que seas —susurré en voz baja, mi frente marchita apoyada en el muro, cinco de la tarde, 31° Latitud Norte, 35° Longitud Este, según el GPS del móvil—. Dame un respiro, anda.» Y así, otra vez, como en la cripta, volví a perder el rumbo de mi cuerpo, que iba por libre, atrapado en aquella escenografía de ortodoxos cubiertos de lanas negrísimas, gimoteando sus salmos y sus jaculatorias de corrido mientras se balanceaban sobre la pared con sus tirabuzones nerviosos, enfrascados ellos y enfrascado yo, con toda esa energía bajo mis pies, una fuerza bruta que me empujaba hacia el muro, que me apretaba la cabeza más y más contra las piedras del rey Salomón. «Joder, qué cojones me está pasando —pensé entonces—, a ver si ahora va a resultar que soy judío.»

Más tarde, cuando regresaba a Tel Aviv en el autobús de línea, tuve que cerrar los ojos para descansar la vista de todo lo vivido. Llevaba demasiados meses de calmosa rutina, con el fantasma de Fidel acogotándome los días y las noches, y puede que esa larga abstinencia me hubiera nublado la razón, llevándome a transitar por el ateísmo, el cristianismo y el judaísmo en una sola tarde. «Esta noche tengo que follar —me dije—, follar como una bestia,

volver a ser un golfo, para sacudirme todos estos dioses.» Necesitaba un zafarrancho de sexo y cuerpos goteantes para espantar el maleficio de Tierra Santa. Y así me vestí, ya en el apartamento, con mis mejores vaqueros y la camiseta de tirantes más constreñida que hallé en la maleta, mis zapatillas blancas de la buena suerte, una cadena de acero inoxidable que solo usaba en noches turbulentas y el peinado a un lado, de chico bueno.

Forever Tel Aviv, fiesta entre las fiestas, se celebraba en una nave industrial del extrarradio, en uno de esos cinturones proletarios donde huele a pobreza resignada, aunque en esa ciudad la pobreza es poca y los proletarios conducen un Mazda, he de decir, y cuando hube entrado en la discoteca me quedé pasmado, azorado por toda esa belleza concentrada en tres mil hombres bailantes, tres mil torsos hechos carne con sus tres mil barbas montaraces, y todos atrapados en aquella caldera formaban un espectáculo precioso, como un Circo del Sol con saltimbanquis que no saltaban, y de nuevo fue como si tocara el Muro del Templo o la tumba de Cristo, porque los pies ya no me respondían, demasiados prodigios para un solo día, y pedí una copa que me supo a gomadós para coger temperatura, aunque allí adentro el calor era un horno de castigo, y me metí en la maraña de cuerpos que bailaban quemándose como bonzos al sol, oh, Dios mío, qué maraña y qué cuerpos y qué bonzos y qué sol, y quise hablar con alguien pero fue imposible, imposible porque nadie hablaba con nadie y porque ninguno pareció enterarse de mi presencia, y por más que me contoneé como un gatito pareció que yo fuese invisible, y así todo el rato, desde la primera copa hasta la última, ni me vieron, ni me hablaron, ni me tocaron, nada, porque aquello era un desfile de guapos sin escrúpulos, guapos que nunca tosen y nunca cagan pues toser y cagar es de perdedores, guapos que solo beben agua, agua a secas, que es el peor de los pecados, peor

que matar, agua sin burbujas ni whiskies ni na, y en lo que ellos bebían agua yo hice acopio de gin-tonics, a tope de gintonics, y cuanto más borracho estaba yo más sobrios se mostraban ellos, más estirados, más arrogantes y cada vez más guapos, y para no parecer un don nadie no paré quieto ni un segundo, de la pista al baño, del baño a la barra, un tremendo Triángulo de las Bermudas, pista, baño, barra, en el que me encontré cada vez más imbécil, más arrugado, más pequeño, y de nada me valieron todos mis músculos, jugosamente empapados en un sudor brutal, todas esas horas de gimnasio echadas por la borda porque nadie me vio, ni me habló, ni me tocó, qué paradoja, pues nunca estuve tan sexy y tan cerca de la gloria, jamás, y nunca me sentí tan solo como esa noche en la Forever Tel Aviv, fiesta entre las fiestas, que en sus *flyers* promocionales prometía una madrugada de Saturno con música endemoniada y machos cabríos, pero lo que no decía la letra pequeña es que los guapos, de tanto serlo, se han olvidado de pasárselo bien, y yo lo intenté, juro que me esforcé en ser uno de ellos, pero nadie me veía, ni me hablaba, ni me tocaba, así que bebí, y mientras bebía fui de la barra al baño, del baño a la pista y de nuevo a la barra, qué mareo, y solo al final de la noche, cuando la *discoteque* era una noria que daba vueltas sin sentido, ruido y furia, no me quedó más remedio que vomitar, me vino así, de repente, una bocanada de gin- tonic que me salió desde lo más hondo, y entonces sí, algunos me miraron por fin, me vieron escupir todos mis demonios por la boca inmensa, pero a mí ya no me quedaban fuerzas ni vergüenza, ni lo uno ni lo otro, así que terminé de vaciarme, lo eché todo, las copas y la bilis y los delirios de Jerusalén que aún venían conmigo, y cuando estuve vacío recogí mis pedazos, me limpié los tropezones con el antebrazo y me fui, dejándolos a todos con mi charco de vómito en su jaula dorada de decibelios, que se jodan, del primero al último, los tres mil guapos de Tierra Santa.

9. EL FESTIVAL DE LA AVUTARDA

—¿Y cómo eras de pequeño?

—Cabezón. Muy cabezón. Mi madre, a la que siempre le gustó presumir de parto difícil, cuenta que debido a los esfuerzos nací con una protuberancia en la coronilla. Una bolsa de líquido cefalorraquídeo que me presionaba el cerebro.

—Yo no te veo nada.

—La hinchazón desapareció a los pocos días, pero en mi casa creen que me dejó secuelas. Que soy como soy porque el líquido me lesionó el área que regula la sensatez. A mis padres les vuelve locos todo aquello que no tenga rigor científico, aunque a mí me ha venido bien creérmelo porque así tuve una excusa cada vez que hice una tontería. Y yo vengo haciendo tonterías desde bien niño.

—¿Por ejemplo?

—Pues... tendría unos dos años cuando me encapriché de una yogurtera.

—¿Cómo?

—Sí, un cacharro como el *Halcón Milenario* que se utiliza para hacer yogures.

—¿Y qué pasó con la yogurtera?

—Me empeñé en dormir con ella durante meses. Y cuando me cansé, la cambié por un taladro.

—¿Un taladro? ¿De veras?

—Exacto. Pasé un año obsesionado con un puto taladro. Si no me lo dejaban para dormir, me volvía loco.

—¿Y cuándo te olvidaste?

—¿Del taladro?

—Sí.

—Cuando me fijé en un alargador de cable. Era naranja, enorme, muy bonito. Parece que lo estoy viendo. Mi padre, desesperado, decía: «Por lo menos nos ha salido manitas». Lo que no podía imaginar entonces es que ni siquiera soy capaz de cambiar una bombilla. Incluso me da miedo enchufar la maquinilla de afeitar, porque pienso que me va a fulminar una descarga. Y siempre conecto el móvil al cargador con los ojos cerrados, por si acaso explota.

—Qué curioso...

—Imagino ondas expansivas, radiaciones asesinas y movidas telúricas por todas partes. Me obsesionan las antenas de telefonía, por ejemplo, con todo ese lío de los campos electromagnéticos y el cáncer... Me vienen a la cabeza millones de iones como hormiguitas atravesándome la piel, y no lo soporto.

—¿Sueñas con iones?

—¿Qué?

—Que si sueñas con iones.

—Pero ¿cómo voy a soñar con iones?

—Pues soñando. Igual que se sueña con asesinos en serie...

—A mí los asesinos no me dan miedo, porque puedo verlos. Si me encuentro con uno en un callejón oscuro soy capaz de irme con él de cañas. Pero no me pidas que arregle un enchufe. A un psicópata lo ves sacar el cuchillo. A la electricidad, no.

—Volvamos al taladro.

—El taladro, sí. Qué más quieres saber...

—¿Por qué crees que lo reclamabas con tanto empeño?

—Supongo que lo hacía para joder. Pensaba: «¿Queréis que duerma con un Madelman o con un osito? Pues dadme un taladro, o no pegaréis ojo hasta que cumpla la mayoría de edad, cabrones».

—¿Eras un niño llorón?

—Como un cantor de Viena. Insoportable.

—Eres un clarísimo ejemplo de personalidad anal.

—¿Disculpa?

—Se trata de individuos que, ya desde edades muy tempranas, focalizan los conflictos justo ahí, en el ano.

—¿Y por eso soy gay?

—No tiene nada que ver. Según Freud, existe un momento clave en el desarrollo psicológico de los pequeños, que tiene lugar cuando comienzan a controlar sus esfínteres. Toda la atención del niño pasa a la zona anal, que se convierte en el núcleo de su universo, y los padres se desviven por este aprendizaje. Su hijo, por fin, se va a convertir en todo un hombre, y ellos van a dejar de cambiar pañales. El mundo se detiene cada vez que lo sientan en un orinal, y algunos pequeños tiranos se dan cuenta de su poder. Son capaces de desarrollar una fijación retentiva o expulsiva de sus deposiciones, según les convenga en cada ocasión, para ser siempre el centro de atención.

—¡Qué hijos de puta!

—Son niños que desarrollarán un carácter caprichoso, colérico, saboteador, dominante...

—Qué buen ojo tenía Freud.

—Materialistas y muy buenos actores.

—¿Algo más?

—Sibilinos, ególatras, de humor cambiante.

—Es suficiente.

—Y grandes amantes. Marilyn Monroe, por ejemplo, también tenía una personalidad anal muy acusada.

—Y mira cómo acabó, podrida de barbitúricos. A ver si lo adivino: Hitler también era anal.

—Me temo que sí.

—Joder, es que lo sabía... Hitler, Marilyn y yo, los tres mosqueteros. ¿Y tiene arreglo?

—Todo está en tu cabeza.

—Y en mi culo, ¿no?

—El culo es solo un símbolo. Una metáfora de tu identidad.

—Esto del psicoanálisis es alucinante. Entro pensando que quiero un *home cinema* con reconocimiento de voz y salgo con la certeza de que el culo es una metáfora de mí mismo. Si esto lo descubriese Jorge Bucay escribiría un libro de autoayuda. Hitler y la metáfora del culo, menudo best seller.

—Tratamos de encontrar sentido a los problemas en los recovecos más trascendentes de nuestro yo, y a veces la respuesta está mucho más cerca.

—Sí, nada menos que en el esfínter. Manda huevos.

—Sobrevivirás.

—Mi vida entera en un orinal. Y lo peor de todo, Camila... lo peor de todo es que se veía venir.

Y de nuevo, septiembre. El cambio de estación, que para los incas era un compás de buenas nuevas y sanación de enfermos tras la época de la siembra, no trajo a Madrid demasiadas alegrías. El viento llegó una mañana sin anunciarse, hundió un par de pateras en el Estrecho, arrancó las hojas del nogal del Camarote y se llevó también mi calma chicha. Cancelé la suscripción a Netflix y regresé al mercado de solteros para sobrellevar el frío, si bien en estas tierras de secano el clima es más bien templado y sin aristas. Aristas, pues, las de mi cama, que volvió a ser una cabalgata de cuerpos escurridizos y cargados de saliva, que llegaban en constante estado de arrebatos y se marchaban secos, sin dejar rastro. Supe que volvía a estar atrapado, más de lo mismo, cuando el colchón se dio de sí, vencido por las pasiones cronometradas, brevísimas, y para mis encuentros cambié la habitación por el sofá del salón, que es lo más bajo que se puede caer en las tretas del follero. Hacerlo en un sofá. Qué ordinariez.

Como los *millennials* de ahora, que vienen al mundo a cazar pokémons, tuve que aprender a buscar carne en el mercado de las redes sociales. *Apps* móviles sin escrúpulos donde los candidatos vuelcan cuatro frases mal conjugadas (yo no, pues siempre fui un orfebre de la sintaxis) y un par de fotografías desenfocadas. Todo empieza con un simple «¿qué buscas?». Y así, encontrar un repuesto para sosegar la bragueta es como comprar una manta eléctrica en eBay: basta con echar un vistazo al catálogo, burdamente ordenado por centímetros, y, *voilà!*, en media hora tienes en casa la mercancía. Algunas tardes, si el cortejo me sorprendía más tierno que de costumbre, sugerí a algún candidato tomar unas cervezas de calentamiento antes de que nos echáramos a perder por el vicio. Pero nadie buscaba a nadie en esta cibervida, y muchos me bloqueaban para siempre, sin cortesías, tirándome a la

papelera de su disco duro. De muchos de ellos no supe ni su nombre. Ellos tampoco el mío. Y cuando se iban de mi apartamento, sin abrochar del todo por las prisas, y mientras me enjuagaba en la ducha con gran esmero de esponjas y jabones, el desahogo se me mezclaba con una violencia extraña, como si me hubieran arrancado las tripas. «Nunca más», pensaba bajo el agua. Pero al domingo siguiente, puede que el martes, la tentación volvía a asomarse por las ranuras de mi saloncito de Ikea y la maquinaria se ponía de nuevo en marcha: «¿Qué buscas?». Y vuelta a empezar.

Coincidió aquella anarquía de amantes desenamorados con un encargo especial de mi jefe. Desde hacía algunos años, un grupo de locos sin remedio organizaban el Festival de la Avutarda, y hasta allí fui encomendado para escribir una crónica. Se reunían el primer fin de semana de octubre en la Laguna Negra, perdida por los vericuetos de Castilla, urgidos por aquellos versos en los que Benedetti suplicaba que «aprovechemos el otoño / antes de que el futuro se congele / y no haya sitio para la belleza / porque el futuro se nos vuelve escarcha». Habían tomado este poema como piedra filosofal del magno encuentro, y como tal me fue recitado por Lucero Sánchez, directora del festival, cuando llegué a la laguna con mi jergón de periodista. Pero además de celebrar los últimos soles que preceden al solsticio de invierno, esta reunión servía para dignificar a una de las aves más cachondas del universo animal.

—Todo comenzó cuando un grupo de biólogos empezamos a venir para observar el ritual de apareamiento de la avutarda —me contó Lucero mientras bebíamos sopa de cebolla junto a una fogata—. Es el animal más grande capaz de volar, ya que puede alcanzar los quince kilos de peso, y su cortejo es un espectáculo único en el mundo.

Según me dijo, el macho suele colocarse en los riscos más visibles, y desde allí comienza a levantar la cola con estupenda chulería, orientándola hacia los

rayos de sol, hasta convertirse en una irresistible bola de plumas blancas. Y las hembras caen, por supuesto que caen. Su galanteo, visible a kilómetros de distancia, fue atrapando cada vez a más *voyeurs* con sus prismáticos. Los ecos de aquel fornicio fueron extendiéndose hasta llegar a las ciudades, y a los biólogos se unieron montañeros, pensionistas, jóvenes y curiosos de toda índole que arribaban cada año a la Laguna Negra para disfrutar del galanteo de la avutarda macho.

—Pero la caza furtiva ha estado a punto de extinguir la especie, y hace al menos una década que nadie ha vuelto a ver su ritual —se lamentaba Lucero, ojerosa pero brava, mientras recogía la olla ya vacía de sopas y me mostraba mi tienda de campaña en el campamento base.

Como pude comprobar más tarde, el Festival de la Avutarda se había convertido en una multitudinaria reunión a la que acudían no solo científicos, sino músicos y artistas, poetas, maestros, chefs o titiriteros, agitadores culturales de aquí y allá... Venían todos en romería con la noble excusa de ver los rudimentos del sexo animal, pero en realidad lo que hacían era comer y beber y canturrear todo un fin de semana al aire libre, lejos del caos de sus vidas urbanitas. Con tal fin habían ideado un agotador programa de actividades que incluía conciertos, recitales poéticos, exhibiciones de artesanía y concursos de tortilla, gymkanas y rutas de senderismo por los recovecos de la laguna, donde las habladoras situaban un horrible crimen muchos años atrás, un episodio atroz que había dejado un cadáver en el fondo del pantano e inspiró a Machado algunos de sus versos más sanguinarios. Y solo de vez en cuando, si alguien se acordaba, miraban a los peñascos que abrazaban la Laguna Negra en busca de una inmensa bola de plumas blancas que nunca se aparecía. Había en el aire limpio algo de Hare Krishna, a bocanadas de paz y de amor, y todos se organizaban como una comuna: unos cocinaban mientras otros procuraban el fuego, otros tocaban la guitarra o

contaban historietas de alimañas peligrosísimas, los más mañosos entretejían bisuterías que después venderían a cinco euros, los veteranos ejercían de cicerones de la montaña y los jóvenes apechugaban con los fardos de leña y los sacos de víveres.

Hubo algo que me llamó la atención desde el principio: iban a todas partes de dos en dos, amarraditos, en perfectos números pares que se arrullaban junto a la hoguera, que cortaban cebollas o recogían las ramas secas llenándose de carantoñas. Tan solo Lucero Sánchez, que cargaba consigo los rigores del líder, se aparecía siempre en solitario.

—¿Aquí no hay solteros? —le pregunté mientras revisábamos los barriles de cerveza, que habían de ser racionados para que durasen hasta el domingo.

—No. Desde que las avutardas abandonaron la laguna, apenas vienen singles. Es como si el destino quisiera que nosotros ocupásemos su lugar, que celebrásemos el amor que ellas ya no pueden consumir al verse obligadas a emigrar.

—Pues siento mucho romper con la estadística —le contesté con sorna, también un poco herido.

—Eres periodista. Tú estás aquí para trabajar, no para festejar el amor. También hay algún viudo, yo misma lo soy, pero estos son casos de fuerza mayor.

—Si es que los viudos y los periodistas somos la deshonra de las avutardas...

—¡Ay, qué simpático eres!

—Gracias, Lucero. Tú también.

Llevaba siempre Lucero un delantal con aves estampadas, una carpeta llena de papeles y el cuello inclinado hacia delante por el peso de sus prismáticos. Al acabar nuestra charla, se fue a organizar los turnos de cocina al campamento base, moviéndose con mucha presteza, y yo aproveché para entrar

en calor junto al fuego, pues la serranía me tenía destemplado. Al otro lado de la lumbre, un matrimonio más bien madurito se enzarzaba en mil zalamerías adolescentes, y un poco más lejos una chica tocaba la guitarra bajo la mirada pasmada del noviete. Y si estiraba un poco más la vista, me alcanzaba para ver a dos tórtolos limpiándose el barro de las botas, y hasta en ese acto tan inmundo, tan cochambroso, desprendían un frenesí de amor insoportable.

Fue como si de golpe todos se quisieran hasta el tuétano, los jóvenes y los viejos y los que venían de recitar a Machado en la orilla del lago y los que se iban a por leña, más leña; se amaban con locura, de dos en dos, abrazos junto a la hoguera grande y llena de humo, y se querían tanto, todos, que el otoño se me vino encima. Busqué algún alma sola que me reconciliase con la vida, pero no vi a nadie. Y cuando ya no pude soportarlo más, pues fue demasiado monte y demasiado almíbar para un solo día, me inventé alguna excusa urgente para volver a Madrid antes de que se hiciera oscuro. Me despedí de Lucero Sánchez, tan enérgica en su delantal de pájaros, subí al coche y me fui.

Había que conducir varios kilómetros por un camino estrecho, donde imaginé tantos mediodías a Machado cosiéndole versos a los arbolitos y a la fanfarria pastoril, antes de llegar a una carretera comarcal. Como la senda no estaba para virguerías, avancé a la velocidad de un tango, o séase lento, procurando disfrutar de un paisaje que no volvería a acechar en mucho tiempo, pues el terruño hay que disfrutarlo a sorbos breves para no entontecer. La pista se fue despejando de árboles y follajes violentos, y cuanto más me alejaba de la Laguna Negra más abierta se volvió la campiña. Y entonces sucedió. A la derecha, en lo alto de un cerro de cobre, descubrí de refilón una esfera lechosa, abotargada, como un meteorito de nieve. Cuando detuve el coche, y tras algunos segundos de dudas y desorientación, distinguí entre el plumaje explosivo una cabeza gris, rolliza, como un gato con pico. No le faltaba razón a Lucero Sánchez: el cortejo de la avutarda macho era un puto escándalo, un

carnaval de Río, un cancán de togas cardenalicias, una gorda de Rubens, una orgía barroca si la hubiese, todo en uno. Allí estaba, diez años después de su último celo, el pajarraco aquel desgañitándose. Me dio igual que nadie me creyese, que tacharan mi crónica de bulo sensacionalista, que me dieran por loco. Sé que lo vi, lo vi para mí solo, en la cima del mundo. Un buen día de octubre. Y por mucho que ladrasen y dijesen, siempre lo hacen, fue una carambola más que me llevaré al ataúd cuando agonice.

—Así que esto era el amargo don de la belleza...

—¿Qué tiene de amargo?

—Antes, cuando estaba atiborrado de kilos, yo era muchísimo más feliz. Me levantaba, comía sin mirar las etiquetas y a deshora, follaba a pierna suelta, a veces incluso con chicos guapos. No tenía nada, solo una hipoteca y cuatro camisetas XL, y sin embargo cada noche me metía en la cama con una sensación de plenitud acojonante. Plenitud porque cenaba como un mastuerzo, de acuerdo, y ya sabemos que dormir con el estómago lleno en un colchón de viscoelástica es pura vida. Pero también porque estaba en paz, conforme con mi talla gigante, mis grasas saturadas y mi ombligo reventón, así, hacia fuera, como un botón. Me flipaban los nuggets de pollo congelados. No, no. Congelados no. Ultracongelados. Durante mis años felices me tragué cubos enteros de nuggets, nuggets con ketchup, como pastillazos de Prozac. Y ahora que desayuno avena energizante estoy a medio gas, confundido... como yendo sin ir.

—¿Y qué ha cambiado?

—Que adelgacé. Adelgacé una barbaridad, y desde entonces vivo en un cuerpo que no es el mío una vida que tampoco es la mía. Yo me reía de los gimnasios y ahora tengo unos leggins de ciento veinte euros. ¿Sabes la

cantidad de nuggets que se pueden comprar con ciento veinte euros?

—Unos cuantos, sí.

—Los gordos, aunque nos pongamos en forma, seguiremos siendo gordos toda la vida, porque la gordura es un estado de ánimo, una manera de estar en el mundo. Y lo mismo ocurre con los guapos: lo llevan en el ADN. Para estar bueno no basta con serlo. Hay que nacer. Y yo soy un arribista. Un puto farsante. En tres meses se me encogieron las curvas, el culo, la mandíbula, creo que incluso me cambió el color de los ojos. Subí varios peldaños en la pirámide gay, porque esto es como una jodida pirámide, con sus castas y su aristocracia y sus plebeyos y sus esclavos, no falta nadie, y ahí estoy yo, en medio de esta lucha de clases, dándome hostias por los escalones.

—¿Por qué?

—Porque quiero ser noble, pero nací esclavo. En cien días no se puede pasar de comer nuggets a pavonearse en una discoteca como un top model. Eso es ir contra natura, contra las leyes de la física, contra mí mismo... y yo lo hice. Tengo acceso a chicos a los que antes solo veía en el porno de YouTube, tíos hipnóticos, espectaculares, unos hijos de puta que están ahí, agazapados, esperándome con el colmillo afilado y la entrepierna como un fusil. Siempre es lo mismo: me pasan la lengua por el lomo, me juran promesas que me desesperan, nos revolcamos por cualquier esquina y se los acaba tragando la tierra. Y lo más triste es que ya ni me esfuerzo por recuperarlos, por volver a verlos, por saber su nombre.

—¿No sabes cómo se llaman?

—A estas alturas, conocer el nombre de algún amante es un privilegio que no puedo permitirme.

—Vaya...

—No puedo manejarme en esta selva, Camila. No tengo ni puta idea. Y me he rendido. Me ocurre lo que a los nuevos ricos, que no saben cómo gastarse

el dinero porque nunca lo han tenido, y acaban siendo más pobres que al principio.

—Interesante comparación. Con lo listo que eres, y lo idiota que pareces a veces.

—Me pierde la avaricia. ¿O acaso crees que hago deporte por salud? Me parto los cuernos en el gimnasio porque me gusta lo que veo en el espejo, y por una vez quiero que a los demás también les guste. El colesterol me importa una mierda. A mí lo que me da fuelle son los *likes* a mis fotos de Instagram. Me he convertido en un ególatra... y no me gusta.

—La belleza también hay que gestionarla.

—Pues enséñame.

—¿Para qué quieres un corte de pelo de cincuenta euros en una cabeza de cincuenta céntimos?

—Para lucirlo en Instagram.

—Qué voy a hacer contigo...

—Curarme, ¿no?

—¿Eres feliz?

—Pues... poco y mal. Desde aquello del colapso parecía que había encontrado la calma. Vivía sin sustos, sin pataletas, sin mariconadas. Pero el día antes de volar a Tel Aviv me llamó Fidel y todo volvió a saltar por los aires. Ni siquiera pasó del recibidor, joder. Lo hicimos allí mismo, como animales, al lado del perchero de la entrada. Ese tío es una maldición; tiene algo que no sé explicar, como un resorte, que me empuja a perder los estribos. Por su culpa acabé en el hospital, y por su culpa vuelvo a estar atrapado hasta el cuello.

—¿Y cuál es esa trampa?

—Que quiero más. Y si no es con Fidel, que sea con cualquiera.

—Pero ¿qué es lo que buscas?

—Ya sabes, lo del *home cinema*.

—Pues ahorra dinero y cómpratelo.

—¿Para mí solo? Ni hablar...

—Estar solo no tiene por qué ser un castigo.

—Cada vez me cuesta más el silencio. Si no hay ruido alrededor, tengo la sensación de que va a pasar algo, de que estoy librándome por los pelos. Vivo de puntillas, como en el filo de no sé qué. Y por las noches es mucho peor; después de un tiempo desaparecido, he vuelto a soñar con Julio César Espinoza.

—¿Quién es ese?

—Ni puta idea.

—¿...?

—Lo que has oído.

Akenatón, a quien las urgencias de su estirpe faraónica le empujaban al altar desde bien niño, organizó su boda egipcia con Lucía en tiempo récord. Según había previsto, cumplió con los estándares del amor peliculero colocando el candado en el Pont des Arts de París y engarzándole el anillo de ópalo, con las rodillas hincadas en el suelo, como un galán de antes, engominado y sereno, a lo que ella dijo «sí, quiero» entre lagrimones. Fue todo tan parisino, tan amanerado, que esa noche cenaron pato a la sangre, al que le extraen los líquidos de la carcasa con una prensa que vienen utilizando desde el siglo XVI, en el prohibitivo restaurante Tour d'Argent. Y al día siguiente, ansiosos por aventurarse en los preparativos y por si acaso se les enfriaba el amor, visitaron algunos ateliers para que Lucía se probara sus primeros vestidos de novia. Lo que no sabían es que el ayuntamiento de la ciudad retiraba los candados con cierta frecuencia, cuando el puente se vaciaba de turistas

empalagosos, para evitar que la estructura colapsara por el peso de tantos afectos. Los candados requisados eran almacenados en un hangar de las afueras, donde formaban un monstruo de hierro que nada tenía que ver con el hechizo del Sena. Así que la superstición aquella de las pasiones encadenadas solo era un fraude, y todos los deseos que iban a parar al fondo del río, entre besitos tiernos, cada vez que una parejita lanzaba la llave de su candado, estaban condenados a morir en una nave industrial de la autopista de circunvalación A86. Pero allá ellos con sus fantochadas de Cupido, el mayor cabrón que padecemos los que lo padecemos.

La boda se celebraría, con todos los rigores del islam, a principios de año en El Cairo. Y yo, como escribiente que alguna vez fui, recibí el encargo de escribir unas palabras que celebrasen el triunfo de su amor, ya si eso. Así que mientras los novios ideaban el menú y se gastaban una fortuna en trajes típicos, yo debía ir pensando en un discurso en el que no creía, pues a estas alturas ya solo me alcanzaba la fe en la salsa barbacoa y en Michael Fassbender, pero que les pusiese el vello de punta.

—¿Cómo quieres que escriba de algo que no siento? —le pregunté a Akenatón cuando me lo pidió.

—Invéntatelo. Mira a J. R. R. Tolkien, que se pasó la vida en una puta aldea cerca de Birmingham donde lo más emocionante que se podía hacer era ordeñar cabras y ver crecer la hierba, y fue capaz de sacar de su chistera todo ese lío de la Tierra Media, los hobbits, Sauron y su puta madre.

—Ahí lo tienes: vivía en Mordor y se inventó Mordor.

—Y si no se te ocurre nada, pégate un atracón de *Memorias de África* y así se te refresca la memoria. El amor es como montar en bicicleta; nunca se olvida. Estás oxidado, pero no eres el capullo aquel del *Cuento de Navidad* de Dickens... ¿Cómo se llamaba?

—Scrooge. ¿Y si escribo una alegoría del desamor? Puede ser interesante,

un golpe de efecto, ¿no crees? Algo que deje en shock a los invitados y que...

—No me toques los cojones. Habla de lo que se habla en todas las putas bodas y punto. Lo guapa que está la novia, la ristra de hijos que vamos a tener, lo bonito que nos miramos, el candado de París...

—Si tú supieras lo que les hacen a los candados de París...

—¡Me importan una mierda los candados!

—De acuerdo. Leeré en tu boda con una condición: que me dejes vestir el traje típico.

—¿Qué traje típico? Me caso en Egipto, no en la Feria de Abril.

—Usaréis chilabas, ¿no?

—Se llama galabiya.

—Pues eso. O hay galabiya, o no habrá discurso.

—Ya veremos.

—Por supuesto que lo veremos.

En esas insignificancias nos enrocábamos cada vez que nos juntábamos, dichoso tira y afloja que nos entretenía las horas muertas. Aprovechábamos cualquier barullo para echar unos bebercios y brindar por casi todo. Achicábamos nuestros botellines de cerveza en honor a la Constitución del 78, al lanzamiento de la sonda Soyuz, a las elecciones birmanas o a la pizza con piña. Celebrábamos pues la vida en todas sus aristas, y también descubrimos el filón de los días mundiales más extravagantes. Akenatón se encargaba de revisar el almanaque, y no había tarde que no tuviéramos que destilar una ronda para festejar las causas más nobles: el Día Mundial del Farmacéutico, el Día Mundial de la Crema Batida, el Día Mundial de Winnie the Pooh, el Día Mundial del Plástico con Burbujas, el Día Mundial de la Hipertensión Arterial, el Día Mundial de las Cataratas del Niágara, el Día Mundial de Llenar las Grapadoras, el Día Mundial del Caos, el Día Mundial de Aullar a la Luna o el Día Mundial del Mosquito. Porque puede que la vida manchase y

lo dejara todo perdido, pero siempre habría algo que celebrar.

Mientras tanto, Carolina solía mirarnos como han de mirar las madres a sus hijos: resignada, lánguida, anémica. Había aprendido a escabullirse de nuestras reuniones sin dejar rastro, y si se quedaba a tomar algo casi nunca terminaba su bebida. Se sacaba alguna excusa sibilina mientras miraba el móvil y se iba como las serpientes, resbaladiza, dejándonos con la palabra a medias y la saca llena de dudas. Un día cualquiera, al salir de la consulta de Camila Duarte, me pareció ver cómo se bajaba de un coche negrísimo aparcado en segunda fila, vestida con demasiadas elegancias para las tres de la tarde, y enfilaba sus pasitos incógnitos hacia un portal cercano. Como estábamos en un barrio de ricachones que ninguno frecuentábamos, salvo yo mismo por razones terapéuticas, me acerqué un poco figón por la retaguardia para saludarla al traspiés. Y aunque estaba de espaldas, fue como si me viese por el cogote, pues de pronto aceleró su taconeo y consiguió entrar al edificio antes de que pudiese sorprenderla.

Le fui con el cuento a Akenatón, que siempre sabía cómo quitarle hierro a todo y yo, en cambio, había entrado en barrena acogotado por las sospechas. Me ocurría desde el día en que me desteté: cada vez que una bola de nieve se me puso en el camino pude romperla de un trompazo, acabar con el problema, o empujarla cuesta abajo y hacerla más y más grande hasta que fuera un monstruo de hielo imparable. Casi siempre preferí lo segundo y dejé crecer la nieve, y ahora Carolina pastoreaba por mi cabeza como un enlace de una célula terrorista, una Mata Hari de Castilla, una refugiada de las FARC o una traficante de la peor de las cocaínas enviada por el cártel de Medellín. La chica que leía a Salinger bajo el balanceo de hojarasca del nogal, tan sexy con su novela de iniciación para asesinos, se había vuelto un misterio insondable, tan misterio y tan insondable como el logaritmo neperiano o las cámaras acorazadas de las películas de Tom Cruise. Pero los secretos siempre

hacen aguas por alguna grieta, pues hasta Buckingham Palace tiene goteras, y el suyo no iba a durar demasiado tiempo.

La víspera de Navidad, una tarde en la que le buscábamos sinónimos al gin-tonic mientras bebíamos, volvimos a juntarnos los tres. Maxi y Sonia organizaron unos *drinkings* para los clientes preferentes, como si el Camarote fuese el Bank of America, y allá nos acodamos, en primera línea de barra, para celebrar que no había nada que celebrar. Ni siquiera me acordaba ya del contubernio de sospechas sobre Carolina, pues el alcohol me iba fenomenal para la amnesia, cuando Akenatón rompió todas las cartas de la baraja.

—¿Jugamos a contarnos un secreto? —dijo con sus ojos de faraón vitriólico, ahumados de ginebra, negros.

—No hace falta... —respondí incómodo, y sin más me picaba la ropa, me ardía el pelo, me quemaba la sangre, me quería ir.

—Empiezo yo —insistió—. Hace algunos años, en Irán, me infiltré en las filas de un grupo armado marxista, los Muyahidines del Pueblo. Me contactaron los servicios secretos del ayatolá para que delatase a los traidores. Y no estoy orgulloso, pero lo hice. Durante dos meses fui un delator. Los vendí al régimen, y el régimen me pagó cincuenta mil dólares.

—¡Cincuenta mil dólares, qué cabrón! —exclamé—. A mí una vez me dieron setecientos euros por anunciar cervezas Mahou. Tengo una carrera y un máster, hablo inglés como Agatha Christie... y mi mayor logro profesional ha sido promocionar una puta birra y adelgazar veintidós kilos para un blog. Joder, Akenatón, ¿no necesitará el ayatolá que le haga algún trabajo?

—Creo que soy persona non grata en Teherán. Me pagaron, pero la sharía no perdona la deslealtad. Y ahora te toca a ti. Cuéntanos tu secreto —me dijo.

—Pues... creo que me gusta el electro latino —contesté a pecho descubierto—. Aún no es del todo seguro, pero... sí, sí. Creo que sí. El electro latino me vuelve loco. Y esto sí que es grave, no como la mierda esa de los Muyahidines

del Pueblo.

Akenatón, de una vez por todas y para siempre, hizo una pregunta que sonó a ultimátum, a silbido de bala, a azote bíblico:

—¿Y tú, Carolina?

—Yo soy puta.

Lo dijo con la boca áspera, mascando cada sílaba con una crudeza que no le conocíamos, y que no le volveríamos a conocer. Se largó la chica suave y sigilosa, y puede que hasta le cambiase la voz a partir de ese momento exacto. Sus palabras, sin embargo, fueron un alivio. Las piezas encajaron, mi bola de nieve se deshizo, ya no hubo más misterios.

—¿Eso es lo más espinoso que puedes confesarnos? —dijo Akenatón, que tenía la deliciosa habilidad de quitar lastre a los momentos más comprometidos—. En España hay cien mil prostitutas, el doble que fisioterapeutas colegiados y el triple que dentistas. Yo me he vendido al ayatolá y a este ignorante le gusta el electro latino, así que ya te estás buscando otro secreto con más chicha.

—Mi nombre real es Antonia —dijo—. Y soy alérgica al marisco —dijo.

—Eso ya es otra cosa —concluyó Akenatón—. Alérgica al marisco, joder. No se puede caer más bajo.

—¿Ni una gambita? —pregunté.

—Preferiría estar muerta.

—Pues menuda Navidad te espera —dije.

Y todo siguió igual para que ya nada fuera lo mismo. Incluso la seguimos llamando por su nombre artístico, Carolina, que sin duda era más bonito que Antonia. Volvimos a beber, brindamos por los Muyahidines y por todas las putas que en el mundo han sido, bailamos varios *hits* aberrantes de electro latino y nos quisimos mucho, ya sin coartadas, hasta que Maxi tuvo que cerrar y nos echó a coces del Camarote. En la calle, bajo el galimatías de luces

navideñas que colgaban de los balcones y farolas, nos despedimos a inmensos abrazos, como tres majaderos sin reloj. Qué felicidad tan boba nos sacudía entonces, cuando ninguno podíamos imaginar, ni en la peor de las pesadillas, el descalabro que estaba por venir.

10. VIRAL

Llegó la hora. Solo le pido a Dios, o a las fuerzas vaporosas que mueven el mundo, que me alcance la vida para hacer mi revolución a tiempo. Necesito unos días, solo unos días y nada más, y así poder morir en paz, con gran algarabía de pamelas en mis funerales. Hace veinticinco años que dejé el colegio, y con tal aniversario he sido incrustado en un chat de WhatsApp con todos mis excompañeros. Se está promoviendo un encuentro para festejar lo felices que eran hace un cuarto de siglo, cuando no tenían más estribillo adolescente que jugar al fútbol y destrozarme la vida. Yo, que tengo poco que celebrar de aquellos años fieros, guardo silencio. Leo los mensajes agazapado, enlutado en todos los recuerdos que me acorralan desde hace días. Solo espero el momento de atacar; entonces, cuando pongan día y hora a su reencuentro miserable, me presentaré allí como si nada, iré a por ellos, les diré a la cara lo que llevo tantos años masticando en mi cabeza. No estuvo nunca el fútbol entre mis virtudes, pero sí el don de la palabra, y con ella pienso

apuntalarles mi desprecio. Por las pintadas de «maricón» en las paredes del colegio. Por los cabezazos con los que me partieron el labio y me rompieron, también, un poquito por dentro. Por aquella tarde de invierno (había tanta nieve, la siento todavía hoy en mis mejillas) en la que me destrozaron una bicicleta nueva al despeñarla por el barranco de las Chicharras, que es a donde íbamos todos a perder la virginidad y la inocencia. Por humillarme, por avasallarme, por robarme las ganas, la risa y los domingos, también algunos martes. Porque me arrancaron las ganas de hablar, de decir, de ser, durante una niñez que parecía no acabarse nunca. Con catorce años me libré de ellos, creí que por siempre, y ahora resucitan en un grupo de WhatsApp que me sonroja, yo que apenas me sonrojo por nada, pues será que no les queda ni un trocito de vergüenza. Por justicia poética, me voy a vengar con lo único que tengo, que es mi palabra, en un ajuste de cuentas legendario. No lo haré por mí, pues tengo más agallas que todos ellos y a hostias me hicieron más fuerte. Me hicieron más hombre. Me hicieron ganar. Lo hago por mi madre, a la que los golpes le dolieron más que a mí. Y lo hago por los chavales que aún hoy soportan lo insoportable, pues las peores guerras a veces se suceden entre pupitres. Cuando les diga lo que voy a decirles, cuerpo a cuerpo, clavándoles los ojos, les dejaré sin aire. Y entonces, ya sí, cerraré esa puerta de una puta vez. Y ahora, si me disculpáis, voy a cenar callos con garbanzos, que son vigorizantes. ¿O acaso creerán que los maricones nos alimentamos de libélulas y solo ellos comen casquería?

Bastaron unas horas para que mi post en Facebook diese la vuelta al mundo. Lo había escrito un domingo por la tarde, mientras esperaba alguna llamada

que me ventilase las penumbras y me sacase del bucle de mi sofá. Pero nadie llamó, no hubo príncipe al rescate ni amante a la vista, y solo recibí las notificaciones de un grupo de WhatsApp que me llevó a un tiempo pasado al que no quería volver. De nuevo estaba en aquel barrio sin literatura, y por eso tan literario, en el que crecí a trompazos. Mis antiguos camaradas de escuela comenzaron a acribillarse unos a otros con sus mensajes festivos llenos de emoticonos, arrinconándome contra un paredón de nostalgia, como si veinticinco años no fueran suficientes y allí no hubiera pasado nada: «Me casé, tengo dos hijos, yo tres, ahora vivo en Talavera de la Reina, yo en cambio sigo aquí, no has cambiado nada, pues tú te estás quedando calvo, qué dices, cabrón, si tengo pelazo, os acordáis de aquella excursión a la fábrica de pan, hostias, sí, la fábrica de pan, y cuando te rompiste el brazo al resbalarte en la presa del río, qué golpe me di, si hasta el hueso hizo crac, y cómo me pusisteis la escayola de garabatos, hijos de puta, qué fue de Sánchez, creo que se fue a vivir a Alemania, no jodas, Alemania, qué lejos, sí, a Berlín o por ahí, y tú en qué andas, monté una empresa de cerramientos hidráulicos, yo soy celador, pues yo vendo máquinas de Nespresso, por cierto, tenemos que vernos, una comida, o mejor una cena, de acuerdo, cenemos, yo me apunto, yo también, y yo, qué os apetece, un mexicano, un indio, carne a la brasa, vegetariano, no, vegetariano ni de coña, yo conozco un restaurante etíope, dicen que es cojonudo, cuántos somos, reservo, dale, ya está, reservado, qué bien, cuántas ganas de volver a veros, ya ves, de puta madre, va a ser la hostia, y en un etíope, uau...».

Cada mensaje que me vibró en el móvil fue un nuevo pellizco en la memoria, una pizca de sal en las cicatrices, un perdigón. Al principio pensé en bloquearlos y callar para siempre su tabarra de pañales y alopecias, pero enseguida tuve la certeza de que debía ir a su encuentro. Quedarme en casa y no subirme a su tren hubiera sido firmar mi rendición; así que decidí que

llegado el momento me sobrepondría a todas las profecías, me vestiría como un príncipe, me untaría con las mejores colonias y me los echaría a la cara para decirles lo que no les dije entonces. Y aquel domingo de huesos entumecidos, mientras ellos se ponían al día y a mí se me revolvían los intestinos, escupí en Facebook lo que sentía en un arrebato de desahogo, como un aperitivo de lo que vendría en nuestra última cena.

A la mañana siguiente amanecí con 17.000 «me gusta», 9.000 comentarios y 4.000 solicitudes de amistad llegadas de los rincones del planeta más inverosímiles. Al mediodía, cuando ya superaba los 26.000 «me gusta», las primeras webs comenzaron a hacerse eco de mi *vendetta*. «La desgarradora carta que incendia la web», decían los titulares. Ya por la tarde, las principales cadenas de televisión nacional recogieron mis palabras, las desmenuzaron en las tertulias políticas y en los ecos de sociedad, se las ofrecieron con un lacito rosa a sus audiencias millonarias. «El Robin Hood de internet», me bautizaron algunos. Me llamaron periodistas de mil colores que lo querían saber todo de aquella infancia desgarrada, que viajaron con sus cámaras al barranco de las Chicharras para conocer de primera mano el lugar del crimen, que pretendían acompañarme a la cena y ser testigos del vis a vis, como si yo fuese Vito Corleone en un *Gran Hermano* contra el bullying.

No sé en qué momento se me fue de las manos. «Ya se cansarán», pensé con cada mil nuevos «me gusta» que colapsaron mi móvil. Pero no se cansaron, pues ha de ser que andamos justos de héroes. Y en algún lugar del ciberespacio, allí donde se cuecen los fenómenos virales, la madeja siguió ensanchando hasta convertirse en tormenta. Y la tormenta se hizo tornado. Y el tornado huracán. No estaba en mis planes convertirme en un ídolo nacional; yo, que siempre entendí mi muro de Facebook como un saloncito con chimenea en el que chismear mis tonterías, me había dejado llevar por una densa morriña de domingo y ahora estaba en boca de miles de personas. Puede que

millones. Y aunque siempre me gustaron los halagos que me cebasen la autoestima, fue tal el desparrame de aplausos y de inciensos que no tardé en sentirme culpable por mis antiguos compañeros. Después de todo, solo eran unos chavales asalvajados por las crecidas del río, de cuyas aguas bravas siempre se dijo que trastornaban a los bichos y a los lugareños. Si alguna vez me hicieron daño quizá no lo supieron, tal vez solo estuvieran desbravándose, matando lagartijas y arrollando al único marica que se les coló en el blanco del tirachinas. Eran unos pobres infelices con Nespressos, y yo les había echado a las fieras de internet como albóndigas en salsa. Con mi manifiesto en Facebook sucedió como sucede cada vez que Kim Kardashian enseña su culo catedralicio en formato selfie; cuando el primer «me gusta» enciende la chispa, ya no hay quien detenga la carnicería.

Pasaron dos semanas hasta que el globo sonda se desinfló y el mundo se olvidó de ellos, de mí, de nosotros. Pero durante el tiempo que fui viral no tuve más remedio que volver a esa época, pensarla mucho, escarbar entre la basura. «No todo tuvo que ser una pesadilla», me repetía. Y quise rescatar algún recuerdo bonito de esos años. Lo busqué en los dibujos de niño que aún guardaba en una carpeta, lo busqué en las canciones que sonaban entonces, lo busqué bajo las piedras y entre la desmemoria. Lo busqué hacia adentro y para afuera. Y no lo encontré.

Me acordé de mis tortugas, a las que quise como nunca volví a querer a nadie, y cuando parecía que allí había una hebra de felicidad de la que tirar, me vino a la cabeza la mañana de verano en que aparecieron muertas por un golpe de calor, y todo lo que las lloré mientras las enterraba envueltas en papel de periódico en el barranco de las Chicharras.

Más madera: tendría no más de seis años cuando se me antojó tener una Barbie. La deseé con todas mis fuerzas, con todas mis tripas, con todos mis oídos y con todas mis manos. Pocas veces me empeñé en algo con tanto ánimo

y tanta firmeza, pues he resultado ser un maricón muy terco. Mis padres, rendidos a la evidencia, terminaron comprándome una, pero no una cualquiera; por llevar la contraria, y porque las rubias siempre me parecieron un poquito bobas, elegí una Barbie morena, preciosa, entre el barullo de estantes fabulosos del Toys 'R' Us. La alegría de dormir abrazado a la Barbie más bonita del mundo, la Morucha, así la llamé, duró lo que tardé en recibir la primera paliza. Para evitar que me mataran, mis padres la escondieron en el fondo de algún armario, y allí debe de seguir, escorzada y llena de polvo, con su pelo negro.

Otro instante de felicidad que no lo fue tuvo lugar durante un invierno, cuando nos llevaron de excursión a esquiar. Pensé en el viento durante el descenso, en la extraordinaria sensación de libertad glacial, en el paisaje nevado abriéndose bajo los esquís como aguas de Moisés. Y cuando ya parecía que tenía aquel instante blanco y feliz bien agarrado, todo se fue al traste al recordar la última tarde, cuando me perdí en una estribación de la sierra y nadie echó de menos que desapareciese. Al llegar al albergue, ya por la noche, mis compañeros ya habían cenado y destrozaban canciones frente a las ascuas de la chimenea. Ni siquiera preguntaron de dónde venía. Siguieron aporreando la guitarra y balanceándose junto al fuego, y yo corrí a refugiarme en la cama sin comer, lleno de rabia, muerto de frío. Y solo. Siempre solo.

Me habían hecho falta veinticinco años y un pim pam pum en Facebook para enfrentarme a una certeza brutal: apenas tengo recuerdos felices de los años más felices de mi vida, y si los hubo, como las tortugas, como la Morucha o como la nieve, apenas pude saborearlos.

Y la vida siguió.

Como el fitness se me quedó pequeño, pues ya no había pesas que se me

resistiesen ni kilos que me sobrasen, traté de buscar nuevos desafíos que me agitasen la adrenalina, ya que nada me atribulaba más que regresar al tedio de los gordos. Pero a falta de un amor que me llevase por las aceras locas, correr cada mañana se me hacía insuficiente; me costaba encontrarle algún encanto a madrugar tantísimo, cuando la luna aún estaba alta y volvían de fiesta todos esos jóvenes desmejorados por el vicio. Una vez conseguido un abdomen tieso como las cuerdas de una guitarra, mis citas con el entrenador Martín se dilataron en el tiempo. Apenas quedábamos una vez al mes, como las sesiones de control al Gobierno, para que me subiese en una báscula, me midiera todos los pliegues y recovecos del cuerpo, a la manera del ganado de misses, y me hiciera un par de cambios en la rutina de entrenamiento. Noté que nuestro final estaba cerca. Después de todo, Martín era un hombre muy ocupado, con la agenda llena de mórbidos a los que afinar. Ricachones del IBEX y galanes de la farándula se mataban por sus servicios, y yo ya estaba listo para salir del nido y volar solo.

Mis pavores se confirmaron una mañana de muchas hipocondrias, cuando nos citamos en su gimnasio para darle un poco de brío a las mancuernas. Yo había estado leyendo, con las avenas del despertar, un estudio demoledor sobre la salud de Lisa Gherardini, más conocida como la Gioconda. Según un puñado de médicos que habían examinado el cuadro de Leonardo, la Mona Lisa tenía edemas en las manos, insuficiencia ovárica y agrandamiento de tiroides a causa de su embarazo, además de una contractura en la comisura del labio provocada por una parálisis de Bell, bruxismo en la mandíbula y una sífilis galopante que le había ennegrecido los dientes. El lienzo de Da Vinci también arrojaba una posible hipercolesterolemia, cataratas en el cristalino, un lipotumor benigno en el ojo derecho y hasta un desorden obsesivo compulsivo sugerido por el leve tic de su boca, propio del síndrome de Tourette. Después de cinco siglos adorando su sonrisa misteriosa, venía a resultar que la Mona

Lisa no era esa mujer llena de enigmas que fascinaba a los turistas japoneses. Simplemente estaba loca. Sifilítica y loca.

Por alguna razón que no me alcanza, pues las enfermedades y las cosas del cuerpo nunca me importaron, aquel estudio me removi6 por los adentros. Empecé a sentir un hormigueo en la boca, como si yo mismo también anduviera con los tics del síndrome aquel, y a la vez fue como si la sangre se me espesara de grasa y me fuera a estallar la arteria a cuenta del colesterol. Y así, con el ánimo raro y aprensivo, fui a verme con Martín vestido con tres capas de jerséis y con un enorme termo de café que me curase el destemple. Esa mañana, quizá por la desidia de hacer siempre lo mismo y también por los males contagiosos de la Gioconda, entrenamos con menos garrote que de costumbre, a medio gas, sin la electricidad de las otras veces. Parecíamos una pareja en horas bajas, más bien desavenida, a punto de romperse. Lo supe yo, y supe que él también lo sabía, porque eso se sabe enseguida. Y mientras levantábamos hierros y cacharreábamos con los pulsómetros, nos fuimos preparando para la despedida. Cuando terminamos, sentados en el press de banca donde tantas veces fuimos felices, achicándonos el sudor con nuestras toallas de propaganda y mirándonos a los ojos como dos terneros, tuvimos una charla, esa charla, que llevábamos postergando demasiado tiempo.

—Ya no me necesitas —dijo Martín.

—Sí te necesito. Te necesito mucho —dije yo.

—Has sido un alumno increíble, pero ya no tengo nada que enseñarte —dijo.

—¿No hay marcha atrás? —dije.

—Ya sabías que esto tenía fecha de caducidad —dijo.

—Creo que te estás precipitando. Además, tú siempre has dicho que hay más vida más allá del gimnasio, ¿no? Podríamos boxear, o jugar al tenis... ¡Eso es! ¡Siempre he querido jugar al tenis! Es tan sexy, tan... —dije.

—No sigas, por favor —dijo.

—¿Y si buscamos otro reto? Algo que salga en las noticias, como subir al Everest con los ojos vendados, cruzar el Atlas en patines... ¡Yo qué sé! ¿A ti no te encantaba montar en bicicleta? ¡Pues vayamos a África! Joder, Martín, yo odio la naturaleza y te estoy ofreciendo atravesar un continente en una puta bicicleta —dije.

—No me lo pongas más difícil —dijo.

—La Antártida. Eso es. Una expedición con trineos, y así recaudamos fondos para los pingüinos, o para el ozono... O para los osos polares. Hay muy pocos, ¿lo sabías? Están palmando como mosquitos por culpa del deshielo —dije.

—No vamos a ir a la Antártida —dijo.

—Vaya aventurero de mierda que estás hecho. Entonces, ¿esto es el fin? ¿Me despachas así, sin más? —dije.

—No me he muerto. Y siempre estaré aquí para resolver tus dudas —dijo.

—¿O para tomarnos un batido? —dije.

—O para tomarnos un batido —dijo.

—¿De grosellas y semillas de lino? —dije.

—De lo que quieras. Y ahora ve a ducharte, que hueles a bandolero —dijo.

—¿Un abrazo? —dije.

—Primero la ducha —dijo.

—Qué desabrido eres, coño —dije.

—Te voy a echar de menos —dijo.

—Y yo, pedazo de capullo —dije.

Y así nos despedimos.

Cuando llegué al periódico, desafinado, hice a mis camaradas de redacción un resumen al hilo de los buenos días: «Mis antiguos compañeros de colegio quieren cenar en un restaurante etíope y yo ni siquiera soy capaz de acordarme

de un momento feliz. Mi entrenador acaba de dejarme. Y parece ser que la Gioconda era obsesivo compulsiva. Así que no estoy teniendo mi mejor semana».

—¿Qué es eso de la Gioconda? —preguntó mi redactor jefe, que a primera hora del día, cuando la actualidad aún estaba amodorrada, se dedicaba a callejear por los pasillos a la caza de noticias, con las aletas de la nariz tan abiertas que a veces creíamos que se le veían los sesos a través de los orificios. Le llamábamos el Galgo, un poco por lo flaco y otro poco por lo sabueso.

—Pues eso, que unos médicos han estado dándole vueltas al cuadro de Leonardo y han descubierto que estaba embarazada y tenía síndrome de Tourette, sífilis, movidas en los ovarios, un tumor... Vamos, que era un despojo. Yo no sé por qué cojones la pintaron, si la pobre estaba para morirse.

—Escríbelo —me ordenó el Galgo—. Quiero que hables con psiquiatras, con especialistas en enfermedades infecciosas, con oncólogos, con historiadores y catedráticos de Arte, con sus descendientes...

—¿Qué descendientes? —pregunté.

—Acabas de decir que estaba embarazada, ¿no? Pues si tuvo hijos, quizá también tuvo nietos, bisnietos... ¿Tú sabías que yo soy tatara-tatara-tataranieto de Fernando de Magallanes, capitán general de la Armada para el descubrimiento de la especiería? Nadie lo diría, ¿verdad? Pues aquí estoy, pisando el mismo suelo que tú pisas, quinientos años después de que diese la vuelta al mundo. Investiga, joder. Algún pariente ha de quedarle en el mundo a esa pobre mujer. Encuéntralo y averigua todo sobre ella. ¿Quién le contagió de sífilis? ¿Cómo le afectó lo del Tourette? ¿Era peligrosa?

—Pero cómo iba a ser peligrosa la Gioconda, con esa cara de pan...

—Eso no lo sabemos.

Por la gloria, pues, del periodismo de investigación, pasé varias semanas

rastreando genealogías, abolengos y ramas familiares de Francesco del Giocondo, un ilustre mercader de seda del Renacimiento que tuvo la suerte, o la desgracia, de casarse con Lisa. Y después de mucho rastrear, fui a dar con las hermanas Leone, dos marquesonas de Florencia que tenían muy a gala ser las descendientes de la Gioconda. Quince generaciones después, así lo confirmaban sus archivos ancestrales. Como Francesca e Irina —así se llamaban las nobilísimas señoras— vivían enclaustradas en sus aristocracias, solo pude contactarlas a través de su testaferro, Domenico Palmieri, al que escribí un mail cargado de preguntas: ¿Había pruebas de ADN que certificaran tal parentesco? ¿Quién era realmente la señora de Giocondo? ¿Realmente padeció todas las dolencias que ahora se decían? ¿Por qué esa sonrisa? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Por qué?

A la misma vez que rascaba en esos lazos de sangre, hice una ronda de entrevistas a médicos de mucho calibre. Durante días, no hubo en mi vida otra cosa que no fueran enfermedades horrendas, tumores fatales, galimatías venéreos, demencias vasculares, síndromes, fibrosis, trastornos de conducta, glaucomas, insuficiencias de esto y de aquello.... De tanto hablar con doctores embatados, fríos como témpanos, para hacerle a madame Gioconda una ficha con todos sus males, me convertí en un experto en achaques. Y sin querer, pues mi cabeza se volvió un poco loca, yo mismo empecé a adivinarme algunos síntomas extraños. Me encontraba bultos donde no los había, confundía el frío con artritis, me veía más hinchado en el espejo, cada noche al acostarme me castañeteaban los dientes en un bruxismo histérico, el corazón me latía demasiado alto, demasiado fuerte, demasiado arriba. Y, sobre todo, me obsesionaba que me obsesionasen tantas cosas.

Una tarde, después de hablar con un patólogo forense que me puso la cabeza del revés, acobardado como estaba por todas mis goteras, quise llamar a mi santa madre, que manejaba millones de remedios de boticaria remendona. Y en

el fondo, aunque no se lo dijera, porque también necesitaba de sus cariños. La pillé, como siempre, trapicheando en la cocina con alguna friega milagrosa, pues casi podía oler los hierbajos y los ungüentos al otro lado del teléfono.

—¿Cómo estás, vida mía? —me preguntó.

—Pues como Woody Allen. O sea, tirando a regular. Me noto muy inflamado, como si se me hubiera jodido el tiroides.

—¿Cómo vas de provitamina A?

—¡Y yo qué sé! —respondí—. También me duele la mandíbula, y últimamente salgo en todas las fotos con el labio torcido. Yo creo que es una parálisis de Bell.

—Si dejaras de hacerte selfies...

—A veces veo borroso —insistí—. ¿Y si tengo cataratas, como la abuela? Menos el embarazo, que ya sería el puñetero colmo, es como si me hubieran caído de golpe todas las enfermedades de Lisa Gherardini.

—¿De quién?

—De Lisa. La Mona Lisa. Como ya no saben qué inventar desde que dejamos de mandar hombres a la Luna, le han sacado todas las taras al cuadro de Da Vinci, y parece ser que estaba hecha unos zorros.

—A mí esa señora siempre me pareció muy turbia. Los ojos nunca mienten, así que una de dos: o era una hija de puta, mala como el azufre, o tenía los radicales libres fuera de control.

—¿Y qué hago yo con mis radicales libres?

—Nada de pesticidas, fungicidas, conservantes y colorantes, comida procesada, alcohol...

—Si apenas bebo, mamá.

—Apenas beberás zumo de grosella, porque los gintonics te los tragas como el agua de Vichy.

—¿Y las rojeces de las manos? ¿Qué coño son? Porque a la Gioconda se le

congestionaron los dedos por una insuficiencia ovárica, pero a mí...

—Estás así de raro por el solsticio de invierno, que este año ha venido cargado de partículas electro débiles. Y para el solsticio, lo mejor es la mandrágora.

Me contó mi madre, como una enciclopedia pizpireta y llena de chismes, que aquella planta era uno de los elixires medievales con los que se sanaba a los enfermos. Entonces se creía, y así me lo dijo ella con todo lujo de detalles escabrosos, que la mandrágora con mayores propiedades crecía bajo los patíbulos, regada por el semen de los ajusticiados que eyaculaban en el momento de ser ahorcados. Como la conversación se había tornado demasiado truculenta, ya que no estaba entre mis propósitos escuchar en boca de mi madre tales habladurías sobre botánica y esperma, cambié de asunto y le pedí un poco de ayuda que iluminase mis agujeros negros.

—Mamá, tú que siempre has estado ahí, ¿crees que fui un niño feliz? Llevo varios días dándole vueltas y no sé si será el solsticio, el tiroides o los radicales libres, pero no me viene a la cabeza ninguna alegría.

—Ay, mi bebé. No lo tuviste fácil, es cierto, pero nunca dejaste de reírte. Cada vez que te enseñábamos algo nuevo, te desternillabas. Como cuando aprendiste a atarte los cordones de las zapatillas. Estuviste descojonado una semana entera, poniéndote y quitándote los zapatos cada vez que te perdíamos de vista, y hasta te cronometrabas con el reloj de tu padre para conseguirlo en tiempo récord. Fue tu manera de hacerte mayor, y estabas tan orgulloso...

—¿Y ya está? ¿Fui feliz cuando aprendí a anudarme los putos cordones? ¿Eso es todo?

—Te encantaban los domingos por la tarde —dijo la madre que me parió.

—¿Los domingos por la tarde? Eso es imposible.

—Pasabas toda la semana aguardando a que llegase el domingo, cuando tu abuelo te llevaba a misa de ocho. No sé de dónde te vino aquella manía

clerical, porque tu padre y yo no te educamos en la tabarra católica, pero te encantaba ir a la iglesia. Con el tiempo se te pasó, a Dios gracias, y acabaste por descarriarte del todo.

—Hostia... ¿En misa? No tenía ni idea —respondí antes de hacerle una última pregunta—: Los compañeros del colegio están organizando una cena y...

—Algo he visto en las noticias, sí —me interrumpió.

—¿Crees que debería ir? Pensaba hacerlo, te juro que estaba convencido de plantarles cara, pero con todo lo que ha pasado me da un poco de miedo.

—Por supuesto que debes ir. Eres un lobo, y los lobos nunca se esconden. Ve y aúllales. Que sepan de una vez quién manda en el bosque.

La iglesia de San Francisco tiene la cúpula más grande de la cristiandad, que no es poca cosa, solo superada en mármoles y diámetro por el Panteón de Agripa y San Pedro del Vaticano. Su cimborrio de pizarra, que rompe el cielo de Madrid con su tejado desafiante, es uno de los grandes activos de mi casa. Es lo primero que veo al levantarme, con esa chulería neoclásica que se adivina como un tótem desde mi ventana. No está nada mal como elemento decorativo del que presumir con las visitas, como si yo fuera el obispo de la diócesis y el templo fuese mío, pero a pesar de su cercanía jamás había puesto un pie dentro. Allí se casaron toreros de grandes cojonazos, cantaoras gitanas con peinetas formidables y hasta ministros de todos los gobiernos, y yo que vivía al costado de la basílica nunca tuve tiempo de entrar. Pero nunca es tarde para enmendar cualquier pecado, y un domingo cualquiera me aventuré a conocer el eco espectral de su bóveda infinita, merecedora de todos esos récords. Quería comprobar sobre mi piel, sin intermediarios, qué había de cierto en las palabras de mi madre, que me habló de una alegría extraña cada vez que iba a misa cuando era pequeño, antes de desflorar y salir al mundo.

Además, de vez en cuando conviene poner a prueba nuestro ateísmo, por si este flaquease y hubiera que enmendarlo.

Llegué a la iglesia al terminar la eucaristía de las ocho de la tarde, que es como la *happy hour* de los bares, y por allí solo quedaban un par de monaguillos recogiendo bártulos en el altar mayor y algunas beatas postradas en los bancos, como cirios humillados y menguantes, llenas de pena. Me senté en la última bancada, justo a la vera del pórtico, por si en una calentura tenía que huir, y me dediqué a mirar con mucha pausa las pinturas murales del interior de la cúpula, que se alzaba a cincuenta y ocho metros del suelo. Y así, de repente, como también me había sucedido en Jerusalén aquella tarde de revolcones místicos, volví a tenerlo claro; vine a recordar las misas con mi abuelo, que me llevaba siempre de la mano a zancadas de gigante, y las cosquillas en la barriga cada vez que íbamos hacia el presbiterio para tomar la comunión. Treinta años después, me arrolló como un tren aquel sabor a nada, casi invisible, y la divertida sensación de la oblea deshaciéndose en la boca y pegándose en todos los huecos del paladar. Entonces entendí las palabras de mi madre; tan solo quería que llegase el domingo para volver a comer la hostia consagrada. Aquella felicidad, pues, se resumía en una galletita de trigo, maíz y cebada que muchos creían el cuerpo de Cristo, pero que a mí, simplemente, me hacía chiribitas en la boca.

Esa noche, cómo no, Julio César Espinoza fue a parar a mis sueños, encarnado esta vez en un cura que impartía bendiciones en un altar magnífico, cargado de dorados. Y cuando desperté, con las sábanas todavía empapadas de secreciones espirituales, quise hacer un recado antes de ir al trabajo. Recién duchado y bien vestido, fui dando un paseo temprano hasta la tienda El Arcipreste, que ofrecía todo tipo de consumibles religiosos en la calle Mayor. Las veces que pasé por delante, me había llamado la atención una casulla de sacerdote, con su estola roja bordada en hilo de oro, en el centro

del escaparate. Pues pensamos que los curas nacen con el hábito puesto, como si les viniera de serie con los votos, y no caemos en la cuenta de que han de comprárselo, de igual forma que yo también me compro las cazadoras o la ropa interior. Un señor lleno de años y de sabiduría, con la solera de esos dependientes que ya no quedan porque ahora se llevan las *millennials* de Stradivarius, me atendió con cortesía barroca.

—Quería unas hostias —le dije.

—¿Receta normal o para celíacos?

—Normal, por favor.

—¿En bolsa de cien o de quinientas? —preguntó.

—Cien está bien.

—¿De uno, dos o tres milímetros de espesor?

—Pues... una cosa intermedia. Dos milímetros, ¿no?

—¿Con diámetro de tres, tres y medio o cuatro centímetros?

—Joder, esto parece el McDonald's —bromeé.

—¿Disculpe?

—Por las Coca-Colas. Como ahora las hacen de tantos tipos, con azúcar, light, Zero, la Cherry Coke...

—Ya.

—Me llevaré las más grandes —decidí—. Las de cuatro centímetros.

—De acuerdo. Tenemos las patenas en oferta —dijo señalando unos platillos de metal que, supuse, se utilizaban para poner las hostias durante la celebración de la eucaristía.

—No, gracias, ahora mismo no las necesito —respondí—. Con las hostias será suficiente.

—Serán 19,99 euros, por favor.

Visto que la fe también tenía un precio, pagué con tarjeta de crédito para espanto de los dioses y me fui de allí muy bien servido, con mi paquete de

hostias de la marca Domus bajo el brazo. Al llegar al trabajo, escondí la bolsita de obleas en el escritorio, pues tengo una reputación de pitbull sin bozal que proteger y no era menester ir por la vida con unas hostias en el bolsillo. Además, todavía me quedaban por atar algunos cabos del reportaje sobre la Gioconda, y no podía perder el tiempo en dar explicaciones estériles sobre la trastienda de mi infancia. Lo que no esperaba, porque las cosas de palacio siempre van despacio, o ni siquiera van, era un mail del testafarro de las hermanas Leone en mi bandeja de entrada. Decía así:

Estimado señor periodista:

Tras despachar con mis clientas su petición, me veo en la obligación de comunicarle que todas las informaciones vertidas en los últimos tiempos sobre Lisa Gherardini son rotundamente falsas. En ningún caso tuvo las dolencias que se le atribuyen, y su estado de salud era excepcional. Así lo atestiguan los documentos que obran en poder de las señoritas Francesca e Irina Leone, que se ven en la obligación de defender el honor de su ilustre antepasada frente a los titulares torticeros y sin rigor histórico que tratan de imponer algunos sectores de la comunidad científica.

Atentamente,

DOMENICO PALMIERI

Aquellas líneas echaban por tierra toda la carnaza con la que pretendía armar mi crónica renacentista, que ya rondaba en mis apuntes y en mi cabeza plagada de enfermedades. Pero ya era tarde para echarme atrás, así que hice un par de ajustes al reportaje, junté todas mis fuentes en un exquisito ejercicio de artesanía periodística, incorporé las declaraciones del señor Palmieri y

entregué cinco folios a mi redactor jefe, que los leyó con su nariz sabuesa, respirando tan fuerte que temí que borrarse de un golpe de aire todas las letras. «Está bien», dijo al acabar, y se marchó pasillo arriba hasta sentarse a su mesa de gran patrón, llena de periódicos viejos y una taza de café frío que llevaba allí desde tiempos de Gutenberg, puede que más.

El mail de Domenico me había caído como un bálsamo. Y aunque pude dudar de la versión oficial de la familia, preferí creer a las hermanas Leone y pensar que la Gioconda estaba llena de lozanía; y, así, de golpe, y una vez que asumí que era una mujer sana y sin costuras a mí también me desaparecieron todos los males. Ya no hubo hinchazones, ni nubarrones en la vista, ni hipocondrias. Un testafarro florentino me acababa de devolver la vitalidad perdida.

Superado el solsticio de invierno, con fuerzas renovadas y sin la amenaza de los radicales libres, me vi con el vigor necesario para enfrentarme a la cena de exalumnos. Quién sabe qué quedaba de aquellos niñatos que me habían jodido tantas veces, demasiadas, cuando todavía eran unos pubertos sin sentido común. Quizá hoy fueran hombretones de provecho entregados a la paternidad responsable, socios de Amnistía Internacional, ovolactovegetarianos. Puede que incluso reciclasen la basura. La gente cambia. Y aunque quedasen algunos gilipollas con los que habría de despachar mis traumas, a lo mejor descubría a personas increíbles, nuevos amigos, viajeros incansables con los que conocer mundo ahora que Mario y María me habían canjeado por una bebé que excretaba cosas.

Esa noche, en la serenidad que siempre me inspiró mi sofá, di mil y una vueltas al móvil en mis manos hasta que me armé del valor necesario. A las 23.59, pues no hay que dejar nada para el día siguiente, agarré el teléfono e hice los honores: «Hola, chicos. Entonces ¿cuándo se cena?», escribí en el chat, por primera vez, con el pulso temblón y un nudo de nostalgia entre los

dedos. Un minuto después, en el precipicio de la medianoche, el parpadeo de un mensaje me erizó uno a uno todos los pelos del cuerpo: «Su número de teléfono ha sido expulsado del grupo».

Lo leí varias veces, sin apenas oxígeno que llevarme a la boca entreabierta. Supuse que así se quedaban las personas cuando recibían una noticia trágica, aniquiladas por la muerte imprevista de un ser querido, por un crujido seco de metralla en el vientre, por un gol por la escuadra en Maracaná, por un fin del mundo. Tardé varios minutos en reaccionar, en recuperar la cadencia de mis latidos, en comprender qué cojones acababa de suceder. Mis verdugos no habían perdonado mi revancha en Facebook, y echarme del grupo fue su sentencia por alta traición. Pues si mis letras habían llegado hasta una favela de Medellín, y así me lo hizo saber un chaval que me escribió dándome las gracias, era de esperar que el post hubiese caído como un obús en el barrio maldito que me vio crecer a hostia limpia. Veinticinco años después, con tantos otoños a nuestras espaldas, volvían a ganarme la partida.

Aunque pueda parecer un desvarío, que me diesen un portazo en los dientes tuvo algo de libertador y de desahogo, de tirar de la cadena tras un festín de alubias, de volver a empezar como en una peli de Meryl Streep. Hasta los techos del salón parecían más altos. Para celebrarlo, cogí mi bolsa de hostias de dos milímetros de la marca Domus, recién compradas en El Arcipreste, y me di un atracón de obleas mientras veía *Brokeback Mountain* a lágrima viva por quinta vez.

11. EL HIJO DE MABROUK

En cada una de las bodas a las que me invitaron fui a parar siempre a la mesa de los solteros, que es la mesa más golfa pero también la más patética. Al estar condenados por nuestro infortunio sentimental, como leprosos, los versos sueltos tenemos la bendición lastimera de los novios para hacer casi de todo sin acabar en comisaría. Y no me refiero a berrear pasodobles con corbatas anudadas en la frente, desnortados y étlicos como un rebaño de ingleses en Magaluf. Eso es una ordinariez de principiante, y yo siempre fui un pasito más allá. Catapultado por la barra libre, que suele hacer estragos en la multitud, en bodas de cualquier calibre y condición he acabado vomitando el solomillo en la piscina, bañándome desnudo ante el estupor de la madrina, vaciando un extintor en los pasillos de un hotel de cinco estrellas o robándole un zapato a la novia, de tacón alto nada menos, para colgarlo en mi pene solterón como una medalla olímpica. Más de una vez tuve que huir del hotel al día siguiente sin despedirme, por la puerta de atrás, para evitar el bochorno de mirar a la cara a los recién casados. Eso es así. Si será por el trasiego de alcoholes o

por lo sexy que me ciñe el traje de chaqueta, sabe Dios, pero algo han de tener las bodas que me desnortan, como si mi sistema nervioso se rebelase ante la celebración del amor ajeno.

Mas nunca estuve en una boda egipcia, oficiada por un imán de barbas formidables en una mezquita cargada de caligrafías del Corán en marfil, tan lejos de casa y sin una bachata que llevarme a los pies. Y sin alcohol, pues el islam así lo exige. Pero tras un noviazgo exprés en el que nadie creíamos, porque con Akenatón la vida era una tómbola de números inciertos, la pasión con Lucía siguió su curso; y aun con todos los oráculos en contra, finalmente tuve que embarcar en un Airbus 330 de Egyptair que me llevó a los pies de las pirámides. Carolina había declinado la invitación por motivos laborales, pues debía tener entre las piernas un tesoro con gran predicamento entre los hombres y en su catre siempre era temporada alta. En su ausencia prostibularia, pues, fui el único representante del Camarote en las nupcias faraónicas. Y aunque solo pasaría un día y medio en El Cairo, tiempo más que suficiente para profanar el Corán media docena de veces, quise ir con pies de plomo para no ser enjaulado en una cárcel del Sinaí. Tal era la responsabilidad que traía encomendada desde Madrid, que pedí prestados a mi madre un par de ansiolíticos que me sosegasen; porque desbocarme en un salón de bodas de Carrascales de Riofrío estaba mal, pero hacerlo en la República Árabe de Egipto estaba mucho peor.

Como Akenatón andaba demasiado ocupado en los preparativos, mandó al sirviente sudanés de su familia a recogerme. Se llamaba Masani, que significa «con dientes de sierra», y al saludarnos en la terminal de llegadas me pregunté si algunas personas vienen con el nombre puesto antes de nacer, como un lunar, pues en efecto Masani tenía unos colmillos de gato, afilados y diminutos. Sin mediar palabra, con la barrera del idioma haciendo mella entre su asiento y el mío, me llevó en una furgoneta hasta la pensión Miami Cairo, con dos cojones,

que Akenatón me reservó muy cerca de su casa para tenerme a tiro. De tanto leer a Agatha Christie, me había imaginado hospedándome en la suite colonial de algún hotel del Viejo Mundo, donde los exploradores cazarían patos tras los postigos verdes de sus balcones o tomarían el té entre palmeras y celosías, pues así lo hacían en *Muerte en el Nilo*. No había nada de eso en el Miami Cairo; la habitación, con baño compartido, era un cubículo infinitesimal con un camastro, un flexo fundido y un cuadro de Apofis, la cobra inmunda de la mitología egipcia cuya misión era sembrar el caos y joder el orden cósmico. Cuando me hube instalado en la podredumbre de mis aposentos bajo la mirada posesiva de la serpiente, llamé a Akenatón.

—Ya estoy aquí —le dije.

—¡Bienvenido a El Cairo, noble ciudadela del fatimí Yawhar al-Quatta'i y tierra sagrada de los hijos del dios Ra! —exclamó.

—Déjate de ceremonias y centrémonos en lo importante. ¿Has contratado a un cortador de jamón ibérico?

—Cerdo en una boda musulmana... ¿Quieres que vayamos todos al Yahannam?

—Suena bien —respondí yo.

—El Yahannam es el infierno de los pecadores. Y te lo advierto: el Corán no se anda con medias tintas, y todos los condenados a las tinieblas se convertirán en seres gigantes, para que así su sufrimiento sea mayor cuando ardan en el fuego eterno.

—¿Por unas lonchitas de jamón? De la ginebra, entonces, ni hablamos...

—Cállate.

—¿Y qué hay de mi chilaba? —pregunté.

—Galabiya —me corrigió.

—Necesito comprarme una de esas para ser el más guapo de tu boda.

—Tranquilo, ya había pensado en ello. Conozco un sitio en el Gran Bazar

donde venden las mejores galabiyas de la ciudad.

—Tampoco necesito un vestido de alta costura. Con una telita que me tape las vergüenzas será suficiente...

—Hazme caso —insistió—. Tienes que ir hasta el café Fishawi, y desde allí sigue el olor del azafrán hasta la calle Badestán.

—¿El olor del azafrán? —protesté—. ¿No puedes darme la dirección y así nos ahorramos la gymkana?

—En el Gran Bazar no hay direcciones. Solo perfumes.

—Ahora resulta que soy Jean-Baptiste Grenouille.

—Cuando llegues a Badestán, pregunta por la tienda del hijo de Mabrouk. Él sabrá qué hacer contigo.

—Mientras no me cocine en filetes...

—Nos vemos mañana a las doce en la mezquita de Ibn Tulun. Masani pasará a recogerte una hora antes, así que no te metas en líos porque no pienso casarme dos veces.

—Como iba yo a fallarle a mi faraón favorito —me despedí—. Allí estaré.

Con aquellas indicaciones tan bucólicas como imprecisas, tomé un taxi hasta una de las entradas del Gran Bazar. El olor del azafrán que habría de llevarme hasta el hijo de Mabrouk se mezclaba con el desenfreno de mil y una especias y el hedor a sangre de los corderos degollados. Di varias vueltas sobre mí mismo, me colé por los pasadizos laberínticos que me vinieron en gana, fui a izquierda y a derecha con mi olfato distraído para acabar siempre en la misma esquina, donde el bronce y las pashminas. Finalmente fue el azar, y no los azafranes, el que me llevó hasta la calle Badestán, donde pregunté varias veces por el hijo de Mabrouk. Como nadie me supo contestar, volvía a estar otra vez en un callejón sin salida. Rendido después de volar 3.339 kilómetros, sin rastro de la tienda de galabiyas, solo en mitad del caos del Gran Bazar, me senté en una escalinata a ver pasar el tiempo y el discurrir de

carretas de los comerciantes. Justo cuando iba a abandonar la búsqueda y a comprar el primer caftán que viese en cualquier toldo de chismes y atavíos, el destino me puso un señuelo a los pies. Un trozo de papel se me había pegado a la suela del zapato. Al arrancarlo, vi que era una tarjeta de visita con un pequeño mapa y una dirección. EL HIJO DE MABROUK, decía.

No era la primera vez que me ocurría algo semejante, porque las casualidades no existen. Mucho tiempo atrás, en mis años universitarios, aproveché las semanas muertas de un verano para trabajar en Estados Unidos. Con el dinero ahorrado limpiando habitaciones en un hotel, antes de regresar a España ya entrado septiembre, hice un viaje a Los Ángeles para conocer de primera mano a todos mis mitos. Llegué de madrugada, y como no quería dejarme una fortuna en taxis tomé un autobús que me llevase desde el aeropuerto al meollo de la meca del cine. Había reservado una litera en un hostel de Hollywood Boulevard, justo enfrente del Teatro Chino, donde los Oscar. Las veces que lo soñé, la ciudad era un edén de taconazos, luchadores de *wrestling* dorados por el sol de California y decenas de Brandon Walsh en un Ford Mustang del 65. Y lo que me encontré al subir al autobús fue una anarquía de edificios ruinosos y callejones llenos de dudas y de sombras, de basura en las aceras descarriadas, de putas y buscavidas que desafiaban el toque de queda impuesto por las autoridades, pasada la medianoche, por culpa de los disturbios raciales que atizaron la metrópoli a lo largo de aquel verano. Había llegado a la costa Oeste con la maleta cargada de fotogramas y de fantasías, de cirugías plásticas y stripers cimbreantes, y me di de bruces con una ciudad inmunda, construida a ladrillazos baratos, achatarrada, a medio hacer. Es decir: quería marisco y *dolce vita*, y me dieron una lata de atún.

«¡Hemos llegado a Hollywood Boulevard!», me gritó el conductor desde su asiento, pues por la impresión de hallarme en una ciudad tan poco agradecida, fea de cojones, no estaba yo demasiado avisado y le había suplicado que me

avisase. No conté entonces con las enormes distancias que desgarraban la ciudad de lado a lado, ni con que Hollywood Boulevard se extendiese varios kilómetros por algunos de los barrios más paupérrimos de Los Ángeles. Lo único que sabía es que debía seguir caminando en dirección oeste por aquella avenida infecta y llena de miedos, librándome de los vagabundos que se me acercaban como zombis para pedirme dinero, escaqueándome de los esquinazos más siniestros. Anduve varias horas, tantas como tres o cuatro, cargando mi equipaje virgen y universitario por las aceras rotas del bulevar, como ciénagas, desesperado por llegar a cualquier sitio, preguntándome una y otra vez qué le había visto Steven Spielberg a aquel agujero en el culo del mundo que algún día sería tragado por la falla de San Andrés. Sabía que en un punto de la calle comenzaría el Paseo de la Fama, que no es más que un tramo donde las personalidades más ilustres de Hollywood tienen una baldosa con su nombre dentro de una estrella. Pero allí no había ni rastro de baldosas ni de estrellas, y si las hubo ni siquiera las vi, pues estaba más pendiente de las prostitutas y los carteristas que de la puta magia del celuloide.

Cuando ya no pude más, harto de vagar como un maldito, me senté en el saliente de un edificio de oficinas para descansar de mis calamidades. «Mañana compro un billete y me piro de aquí», pensé. Y entonces, lo juro por Billy Wilder, por Orson Wells y por Quentin Tarantino, en un despiste en el que miré al suelo para tragarme las ganas de llorar, me topé con su nombre maravilloso escrito en letras doradas y mayúsculas, grabado sobre una estrella de mármol manchada de alquitrán y alguna colilla: Marilyn Monroe. De todos los kilómetros de calle en los que pude haber hecho un alto en el camino, había ido a parar justo al lado de la estrella de Norma Jean. Me lo tomé como una señal caída de no sé dónde, y desde ese momento Hollywood ya no me pareció un lugar tan horrible. Reanudé la marcha con fuerzas renovadas, inspirado por el espíritu de Marilyn, y diez minutos después llegaba sano y

salvo a la puerta de mi hostel, listo para conocer hasta el último recodo de la meca del cine. Y aquella noche mágica entendí la única máxima que hizo de California el auténtico paraíso: los caballeros las prefieren rubias. Punto y final.

Muchos años más tarde, como en un bucle en la historia de mi vida, estaba sentado en la escalera de la calle Badestán, colmado de azafranes en algún rincón del Gran Bazar, por culpa de una galabiya que en realidad no me hacía falta. Y cuando iba a darme por vencido, harto del griterío de mercachifles que iban de acá para allá con sus cargamentos, me encontré al hijo de Mabrouk en una tarjeta pegada en el zapato. Pensé que aquel golpe de suerte no podía ser una casualidad estúpida; el karma que me había llevado a pisar aquel trozo de cartón también estuvo detrás de mi encuentro con la estrella de Marilyn. Y así, como a vuelo de gaviota, de pronto me encantaba la idea de que Hollywood y El Cairo estuviesen cosidos por los mismos dioses de la fortuna, yo que apenas creía ni en Cupido.

Lo que pasó a lo largo y ancho de todas las horas que estuve en la tienda del hijo de Mabrouk ni yo mismo lo sé. Todo lo que diga es pura conjetura, palabrería, magia negra, droga dura. Solo sé, y tan siquiera sé si lo sé a ciencia cierta, que el tiempo se me fue muy deprisa, atropellado, como las veces que me quedé dormido en un tren y este llegó a la estación sin que me diese cuenta. Cuando en un descuido se me ocurrió mirar el reloj, porque en la tienda de las galabiyas no había ventanas, Akenatón y Lucía ya se habían casado en la otra punta de la ciudad. Al saber de mi error imperdonable, con mi galabiya blanca calada hasta los tobillos, me despedí sin despedirme y salí de la tienda a tropezones. Y es que la culpa, como en Shakespeare, siempre tuvo algo de torpeza urgente y resbaladiza. Afuera, el sol incendiaba la calle

Badestán mientras yo aprovechaba la última raya de batería del móvil para hablar con Akenatón. Tardó varios tonos en responder, y cuando lo hizo su voz sonaba distinta, a recién casado, a purpurina.

—¿Sí? —dijo entrecortado por la música de fondo, un maremágnun folk de raíces coptas, que es lo que se estila allá en el Nilo cuando toca festejo.

—Ay, Akenatón...

—No pasa nada —me contestó tranquilo.

—Es que yo...

—Te he dicho que no pasa nada.

—Ya, pero tú... o sea yo... estaba allí con... y no sé. ¡Joder! Qué cagada, Akenatón. Qué cagada.

—¿Has disfrutado? —me preguntó.

—Supongo que sí —dije un poco a medias, pues todo estaba tan reciente que ni siquiera lo sabía.

—Pues ya está. Te envié allí porque quería que os conocieseis, y ha funcionado. Que no llegases a mi boda era un riesgo que tenía que correr.

—¿No te enfadas?

—Claro que no. Y ahora date prisa o perderás el avión de vuelta a Madrid.

—Entonces ¿la boda ha ido bien? —pregunté confundido.

—Ha sido genial.

—Vaya... Me alegro mucho. Dale un beso a Lucía.

—De tu parte.

Me bastó aquella conversación de segundos para saber que Akenatón no me había mandado a la tienda del hijo de Mabrouk por casualidad. Había calculado al milímetro cada cosa que pasó, desde que llegara hasta que me fuese, para que viviese todo lo que viví, para que me embarrase hasta el cuello de Egipto, para que tuviese mis mil y una noches en una guarida del Gran Bazar. Incluso sabía que no llegaría a su boda, zarandeado por los

acontecimientos, y no le importó. Solo entonces, cuando entendí que todo era una maniobra perfecta y me vi vestido en Badestán con aquella galabiya, empecé a recordar.

Desde la calle, la tienda del hijo de Mabrouk era como todas las tiendas. Sobre la acera, en unos armazones metálicos, se exponían minuciosamente un buen puñado de postales turísticas, pergaminos de imitación y un generoso sucedáneo de joyas y baratijas. Después, en una primera estancia, decenas de electrodomésticos usados, abarrotados unos sobre otros, esperaban a algún comprador que les diese una segunda vida. Y solo los elegidos, como ocurría en los templos y en las tumbas de los faraones, podían acceder a la última habitación de todas, el corazón del negocio, la cueva de Alí Babá: una alcoba forrada de alfombras y tapices, de cueros y cojines y tejidos explosivos, a lo loco, en montañas de colorines y bordados que trepaban por las paredes hasta los techos abovedados, como una cripta que en realidad no existiese. Una mentira fabulosa.

Fue el mismísimo hijo de Mabrouk, que por supuesto también se llamaba Mabrouk, quien me recibió con los brazos abiertos. «Te estaba esperando», me había dicho. «Tu amigo me contó que vendrías». Conviene referir que Mabrouk hijo era un cañón. Un chico de piel parda y ojos grises por el que iba y venía un torrente salvaje de sangre de la antigua Nubia, que quedaba hacia el sur, entre la primera y la sexta catarata del Nilo. Además de guapo, y no un guapo cualquiera sino guapo con saña, con rabia, con vicio, Mabrouk también era el hijo de su padre, Mabrouk, y nieto de su abuelo, el gran Mabrouk, un mercader de textiles que había llegado a El Cairo para hacer *business*, y que había dejado como legado la pequeña tienda del Gran Bazar. Según investigué después, el nombre de Mabrouk se relaciona desde la Edad Media con un viejo sacerdote cuya existencia cabalga entre la realidad y el mito. Algo así como los tres Reyes Magos, que están pero no están y fueron pero no fueron, o

María Magdalena, que vaya usted a saber si era puta o no lo era. Como las leyendas están para creérselas, desde que se documentó la existencia pseudomágica del sacerdote le llovieron los sucesores, y a todo aquel que se llamase Mabrouk se le suponía cierto ascendente fantástico, un poco hechicero, capaz de obrar gestas extraordinarias. Será pues que Akenatón, que viene de una civilización donde todo puede ser y hasta dan por buena la leche de burra en la que se bañaba Cleopatra, también le imaginaba propiedades sobrenaturales a aquel nombre, y por eso me envió a su guarida con la excusa de la galabiya.

Mabrouk me invitó a pasar a la habitación del fondo, donde me hizo sentarme sobre una pila de alfombras que no levantaba más de dos palmos del suelo, y sin darme tiempo para negarme me ofreció un té que preparó con toda esa ceremonia que siempre tuvo el té, ya fuera en Londres, en Japón o allí mismo. Tras servirlo en dos tazas de alpaca él también se sentó sobre otro montón de telas dobladas; y allí, recostado como en aquellas bacanales donde los romanos comían y bebían sobre sus ajuares hasta perder el sentido, Mabrouk me pareció un emperador, un piel roja, un rey zulú, una estrella del rock, todo eso y más me pareció, pues su presencia era tan poderosa que podía ser lo que quisiese.

No sé en qué momento le dije que sí, pues nunca me gustaron los estupefacientes lejos de casa. Pero debió camelarme con su mirada de nubio, de la misma Nubia, y para no quedar como un españolito pijo y descortés acepté que se hiciera un porro. Para echarle un poco de épica a mi encuentro con Mabrouk, aún hoy me gusta imaginar que aquel cigarro mágico estaba cargado de hierbas sanadoras para conectar con el más allá, cuando en realidad era un canuto de hachís de los de toda la vida, con lo mal que me cae a mí el cannabis en el cerebro. Y así, a caladas místicas y sorbos suaves de té, fuimos cogiéndole la temperatura al cuarto aquel de las telas preciosas, yo

acostumbrándome al gris feroz de sus ojos y él tomándome las medidas del cuerpo para escoger la mejor galabiya. Después del primer porro encendimos otro más, al tiempo que me iba quitando la ropa como en un *strip poker* de Las Vegas, pues la escena tenía algo de juego picante, de asado a la brasa con tabasco, de carnaval tribal de quién sabe dónde. Me fui probando más y más galabiyas, galabiyas con bordados y sin ellos, galabiyas azules y blancas y negras y moradas, galabiyas de todos los colores y precios y tamaños, galabiya va y galabiya viene, qué palabra tan bella, galabiya, y mientras tanto la vida se me fue nublando muy despacio, como es menester en las cosas del porro.

Debieron de pasar bastantes horas en ese tira y afloja de ponerme y quitarme trozos de tela por aquí y por allí, de echarle caladas sin orden a su veneno nubio y de mojarnos los labios en un té que se nos había quedado frío. Y yo cada vez me asustaba más con sus ojos cargados de peligro y él cada vez me medía más de cerca, y cuando todo daba vueltas en nuestra habitación del fondo y hube escogido al fin mi galabiya blanca, sí, es esta, me la quedo, le dije mareado y feliz, entonces, allí mismo y frente a frente, tuvimos sexo tántrico, como sin tocarnos, hacia dentro, a la manera de los antiguos brahmanes. Quizá no sea el hombre de mi vida, pensé, pero qué importa, y se nos esfumaron no sé cuántas horas dale que dale, *knock-knock-knockin' on heaven's door*, quemando nuestras naves él y yo, sobre todo yo, pues por algo tenía Mabrouk ese nombre lleno de esquiras mágicas.

Tuvieron que regresar las aguas del Nilo a su cauce para que Mabrouk me devolviese la conciencia robada; cuando vi el reloj con la mirada tuerta, de un sobresalto me puse en marcha, le dejé un billete sobre una de las alfombras hacinadas y escapé de su mazmorra en sandalias y disfrazado con la galabiya blanca, la más bonita de todas las que me probé. Me fui sin decirle adiós, ni nada, como si la tienda hubiera empezado a arder y tuviera que huir de Egipto

para salvar la vida. Tras hablar con Akenatón, que lo sabía todo sin saber nada, apenas tuve tiempo de pasar por la pensión Miami Cairo para recoger mis cosas y tomar mi avión. Ni siquiera pude quitarme la galabiya.

Cuando salí a la calle, Masani me esperaba con sus dientes de sierra en la furgoneta. Akenatón pensó en cada detalle de mi visita, y había mandado al sirviente a recogerme después de todo. Todavía atontolinado por el hachís, me despedí de Masani en el aparcamiento de la terminal con un apretón de manos y me arrastré hasta los mostradores de facturación. Aún no había embarcado, sentado en los butacones que daban a las pistas de despegue y pensando a dónde irían todos los aviones que no cogemos, cuando sonó el teléfono.

—Diga —contesté.

—Fidel al aparato —dijo la voz.

—¿Qué quieres ahora? —respondí, histérico, mientras me arañaba la galabiya con las uñas.

—Verte. —Lo dijo a secas, como un golpe de aire tramontano que rompiese todos los cristales.

—Pues ahora mismo me viene fatal. Estoy en Egipto, me acabo de enamorar de un sacerdote nubio y la cabeza me va a estallar por culpa de unas hierbas mágicas.

—¡Menudo planazo! —exclamó—. ¿Y cuándo vuelves?

—Volveré cuando vuelva.

—¿Me avisarás?

—No sé.

—Sí lo harás.

—Que no.

—Que sí.

—Mira, Fidel. A lo mejor en Cuba os tomáis los sentimientos a cachondeo, pero yo no soy un semáforo que se pone en verde y en rojo según te convenga.

¿O acaso te parezco una máquina de *vending*, para que te sirvas el café calentito cuando te salga de los cojones?

—Café, qué rico.

—He de colgar. Tengo cosas que hacer.

—¿Te espera tu sacerdote nubio?

—Un beso, Fidel.

—Lláname algún día.

—Ya lo veremos.

—Ya lo veré.

Cuando subí al avión, el rugido tranquilizador de los motores me llevó otra vez a la calle Badestán; pero todos los recuerdos de mi visita me llegaban borrosos, y cuando despegamos fue como si la memoria de Mabrouk desapareciese. Por mucho que lo intentase me fue imposible reconstruir su rostro o recordar el tono de su voz, saber si era alto, o bajo, si tenía la dentadura de esta forma o de aquella, si sus ojos grises eran ciertos o me los inventé. Al aterrizar en Madrid, Mabrouk, El Cairo y la peste de azafranes ya solo eran una nube de cannabis que se lo había tragado todo. Solo me quedaba mi galabiya blanca como señuelo del viaje, y de no haberla llevado puesta me habría tomado a mí mismo por un mentiroso.

En el taxi, cabeceando contra el asiento mientras Akenatón y Lucía le daban brío a su noche de bodas, solo me quedaban ánimos y memoria para Fidel. Acababa de meterme el caballo de Troya por la escuadra, a punta de navaja, y así era imposible salir de su agujero. Cada vez que conseguí despejarlo de mi cabeza, reaparecía siempre con la virulencia de las peores fiebres, revolcándome como una ola de Zumárraga, el pequeño paraíso del norte donde veraneaba de pequeño y donde acabé cada verano con brechas en la frente por los zarandeos de la marea brava. Dudo siquiera que Fidel me siguiese gustando, como tampoco me gustaban los golpes del mar al que sin embargo

siempre volvía. Porque Fidel no era más que eso; una ola de Zumárraga que me llenaba la cabeza de heridas. Miré en el móvil su llamada entrante y lo conjuré en voz alta, con una frase que le robé a algún fracasado en HBO: «Me olvidé de olvidarte, hijo de la gran puta. Será que tengo memoria de pez». Al escucharlo, el taxista me preguntó si todo iba bien.

—Como siempre —le respondí.

Y me cobró la carrera, treinta euros, que pagué con el dinero que aún me sobraba de la galabiya.

Desde que la viera levantando el ánimo a las tropas de Corea, cantándoles en blanco y negro como si se estuviese follando a la soldadesca con sus estrofas bobas, Marilyn Monroe se me quedó metida bien adentro, en el rincón de las cosas bonitas. Con los años leí un par de biografías que le desmenuzaban las tragedias, me compré una portada original de la revista *Time* donde mordía un collar de perlas con la boca carnívora, y cuando la vi tocando el ukelele con faldas y a lo loco, contoneándose para no caer pues presumía de no saber andar en tacones, ya era una más de la familia. Cuando llegué a Los Ángeles y su estrella de Hollywood me guio el camino, más allá de beber martinis en Sunset Boulevard solo tuve una misión: seguir sus pasos e ir a su encuentro, aunque llevase cuarenta años pudriéndose en una tumba del Westwood Village Memorial Park.

Lo primero que hice fue comprar un mapa, los venden por miles, que recogía las direcciones de los VIP de Hollywood desde Malibú a Beverly Hills. Me salté la morralla de Spielberg, Steven Seagal o Brad Pitt, dioses menores en el paraíso, y me fui directamente al 12305 de Fifth Helena Drive. La propiedad de estilo español en la que vivió Marilyn estaba rodeada de un muro que protegía la vivienda del husmeo de los curiosos, y lo poco que se

podía intuir tras la valla eran unas paredes encaladas de blanco; de no ser por los mapas, hubiera jurado que la construcción se parecía más a la casita de la abuela en Morón de la Frontera que al búnker donde un Kennedy dio matarife a la hembra más famosa de todos los tiempos. En qué estaría yo pensando cuando creí que aquella parcela sería una umbría de quietud donde poder disfrutar a solas de la energía de Norma Jean, dar un paseo por los alrededores y conectar con su memoria mientras se escuchaba el canto de los mirlos en las ramas más altas, al otro lado de su jardín. Lo que me encontré, pardiez, fueron decenas de turistas como la peste que correteaban de un lado a otro del muro, maleados por la histeria colectiva y pervirtiendo a selfies el mito de Monroe. A ellos solo les movía el ansia por la mujer muerta, ulcerada de barbitúricos en su cama; a mí, por contra, me empujaba su desatino con los hombres, su obsesión por el método Strasberg y el Chanel N.º 5 de su ombligo. Asuntos serios, en definitiva.

Defraudado, pero aún entero, hui de allí y volví a la parte baja de la ciudad, donde ya no hay mirlos. Como por entonces no existían los móviles, me encerré en un cibercafé de los de antes, donde pedí un refresco de gigante y me metí en internet para buscar más pistas que me llevasen al mito. Y la suerte, como con su estrella en el Paseo de la Fama, volvió a decirme «hola». Esa misma tarde, una casa de subastas organizaba una puja de la tumba que se encontraba sobre el nicho de Marilyn. El anuncio decía así: «Última oportunidad de pasar la vida eterna justo encima de la actriz». En aquel momento, la tumba estaba ocupada por Richard Poncher, un tipo relacionado con la mafia de Chicago que había comprado el sepulcro al jugador de béisbol Joe DiMaggio, exmarido de la actriz, en 1954. No contó con que Marilyn le tomaría la delantera en esto de morirse y la actriz acabaría en el nicho inferior. Varios años después, en los estertores del lecho de muerte, Poncher le hizo prometer a su mujer que lo enterraría boca abajo. «Si muero y no me instalas

frente a frente con ella, mi espíritu te perseguirá toda la vida», cuenta la esposa que le amenazó. Y veinte años después de sepultarlo era ella, la viuda, quien quería sacar al marido de allí, vender la tumba y pagar algunas deudas. La casa de subastas había publicado esta rocambolesca historia en su página web, quién sabe si como cebo para animar la puja. Y hasta allí me fui.

El precio de salida era de quinientos mil dólares. Un caramelazo para las dos decenas de multimillonarios que se dejaron engatusar por el eslogan, pues quién puede presumir de tener una cita con la señorita Monroe de aquí a la eternidad. Para preservar su intimidad, casi todos lo hicieron a través de emisarios o por teléfono. Hubo uno, sin embargo, que me llamó la atención. Quizá fue por el corte perfecto de su traje diplomático, por la mirada aviesa, por algo más que no le vi pero le noté, pero supe que él estaba allí sin intermediarios, y desde el principio aposté por él. La tumba tenía que ser suya. Era un tipo asiático, canoso y más bien mayor, que se sentó con ademanes tranquilos en la última fila de la sala, abarrotada de curiosos como yo que no querían perderse un acontecimiento mortuorio y crematístico de tal envergadura. Muerte, dinero y Marilyn Monroe. ¿Alguien da más?

El martillero, maricón perdido, hablaba en un inglés tan rápido y tan chicloso que apenas le entendía algunos cabos sueltos. Gesticulaba con grandilocuencia, sobreexcitado y manierista como el maestro de ceremonias de un cabaré, porque si la vida es puro teatro la muerte debe serlo aún más. Cuando dio comienzo la subasta apenas se sentía pujar a los presentes, y si lo hacían les bastaba un ligero balanceo de muñeca, como aristócratas que meneasen un paipay. Y sin embargo, las licitaciones se sucedían tan fugaces que resultaba imposible llevar la cuenta. Un millón de dólares, uno y medio, dos, tres, tres millones y medio... Yo ojeaba a un lado y a otro incapaz de seguir el ritmo a la tramontana de ceros, a la verborrea incombustible del martillero, a los agentes que atendían los teléfonos, a los multimillonarios y

sus emisarios, a las azafatas, a los curiosos... A la de una, a la de dos... y a la de tres, con un golpe alegre en el atril, la tumba fue vendida por cuatro millones ciento cincuenta mil dólares. Después de unos instantes de confusión, de mirarnos los unos a los otros desorientados y morbosos para encontrar al comprador, todas las vistas se pusieron en el hombre asiático, mi asiático. Cuando ya no hubo ninguna duda de que era él quien se había hecho con la tumba, la sala prorrumpió en un aplauso entusiasta que me recordó a una noche en la ópera, mientras al pobre hombre se le subían todos los colores y los demás ya nos lo imaginábamos muerto, muerto y enterrado por los siglos de los siglos sobre Norma Jean.

El señor dio en llamarse Kenzo, como el perfume, y se apellidaba Nishi, como un restaurante japonés que caía muy cerca de mi casa y al que solía encargarme comida algunos martes, día del 231. Y como Marilyn me pillaba demasiado lejos, demasiado cadáver, demasiado diosa, me conformé con acercarme a él y darle la enhorabuena por tan buena compra. Esperé a que los admiradores se le dispersaran, y cuando ya se iba a los despachos a firmar la licitación, escoltado por los chupatintas trajeados de la casa de subastas, me acerqué a él.

—Disculpe, señor —le dije tocándole el antebrazo. Su séquito trató de impedírmelo, pero él se detuvo y me miró—. Quiero felicitarle. Es lo más bonito que jamás vi hacer a alguien. —Se limitó a inclinar la cabeza hacia delante, en modo reverencia, y siguió hasta la puerta. Antes de verlo desaparecer, le grité un último recado—: ¡Y cuídame!

Kenzo volvió a girarse bajo el umbral de la última puerta, me guiñó su ojo asiático, pequeño como un pellizco, y se marchó a arreglar sus papeleos.

12. OYE, SIRI

Sé que algún día, cuando todo pase, escribiré sobre bocas de fresa en una casita con vistas a poniente, con mi galabiya blanca agitándose por la brisa del mar y un collar de pétalos azules, hortera que te cagas, viviendo despacio y bebiendo deprisa, como Hemingway pero sin el tiro de gracia en la sien. Pero mientras sueño gratis, he de afrontar que mi vida es una mesa con tres patas que siempre cojea, una cacería donde nada está escrito, un vete a saber. Nunca sé cómo acabaré el día, si lo haré vivo o estaré muerto, ni qué sorpresas me aguardan en el próximo nudo de la M-30. No sé nada. Ni cómo, ni cuándo, ni por qué. Y es tal la incertidumbre, como un petardo subiendo por los pies, que he establecido un escrupuloso ritual matutino que cumplo sin yerros y sin excusas. Es ahí, en el compás perfecto de cada desayuno, cuando siento que controlo algo, por poco que sea; el único momento del día en el que sé lo que viene después, sin sustos, pues una vez que arranque la jornada todo es posible. Por eso es importante no fallar en nada, y si el café ha de llevar tres gotas de sacarina, no pueden ser dos, ni siquiera cuatro. Que sean tres.

Como en una coreografía del Bolshói, el despertador suena por primera vez a las 7.15. Lo pongo en modo pausa para que timbre dos veces más, a las 7.23 y a las 7.31, cuando me levanto. En esos dieciséis minutos de prórroga, ni uno más, aprovecho para cagarme en los arcángeles y, si estuviera inmerso en algún desengaño, en el hombre que en ese momento esté socavándome el corazoncito. Entre las 7.31 y las 7.32 completo los doce pasos que me separan del cuarto de baño. Camino descalzo, siempre, pues esa es mi manera de conectar con la madre tierra y tener los pies en el suelo, de recordar quién soy, de dónde vengo y toda esa mierda que nos hace seres auténticos. Como he aprendido a orinar sentado en la taza, siendo este uno de los mayores avances de la teoría evolutiva, dedico dos minutos a vaciar la vejiga entronado en el retrete, tiempo que empleo en revisar Facebook, Instagram y las noticias, pues suelo dejar Twitter para los atascos.

A las 7.34, todavía en penumbra, atravieso el pasillo y me adentro en la cocina, un pequeño zulo que habitualmente parece una porquera de Mombasa. Y es aquí, en la elaboración del desayuno, donde más esmero le pongo; a veces pienso que si fuese tan eficaz en la vida como en los entresijos del café temprano, ahora mismo no estaría hipotecado hasta las amígdalas, sino en el Despacho Oval. Preparo un tazón con ciento cincuenta gramos de avena, un yogur natural bio-eco-light, medio plátano y un chorrito de leche sin lactosa, semidesnatada y de vacas de libre pastoreo. Lo del libre pastoreo, que pudiera parecer un exceso en mi celo ecologista, tiene fácil explicación: me gusta el diseño de su envase, más fino y alargado, como de single neoyorquino. Que las vacas pasten a su libre albedrío o coman pienso en un establo me viene dando más o menos lo mismo, y que me perdonen los heroicos caudillos de Greenpeace. Sentado en el sofá, desayuno en melancólico silencio de 7.37 a 7.45, con un mastiche lento pero continuado que facilite mi digestión. Después vuelvo a la cocina, deposito el tazón en la pila y preparo en un plato un cóctel

de pastillas que heredé de mi madre, de la que también saqué los ojos y los andares. A saber: cuatro píldoras de colágeno para la elasticidad de la piel, una de magnesio para huesos y articulaciones, una de taurina para el agotamiento físico, otra de triptófano para el agotamiento existencial, dos de zinc para las conexiones neuronales, una de cardo mariano para el hígado y tres de fibra para los estropicios del tránsito. Los lunes, miércoles y viernes también ingiero un vial con doce vitaminas y selenio, y los fines de semana una infusión de té blanco llamada Belleza Express Imperial. No negaré que este repertorio de pócimas es un saqueo a mi bolsillo, tiene algo de brebaje de matarife y según la ciencia no sirve para nada. Pero el efecto placebo a mí me funciona; si un día no me tomo el puto colágeno me siento envejecer por segundos, como el perfil malo de Julio Iglesias, y cuando se me acaba el cardo mariano algo me late en las profundidades del organismo, y quién me dice a mí que no es el hígado pidiendo auxilio.

Cuando termino con mi ritual vitamínico me doy cinco minutos para ponerme unas mallas, una camiseta sin mangas de talla infinitesimal, ceñida y fabulosa, y mis zapatillas de *runner* altanero. No más tarde de las 7.50 salgo de casa y enfilo al trote la cuesta de mi calle, con ritmo castrense, hasta el parque del río. Allí donde Goya tenía su Quinta del Sordo y todo fueron huertas y chamizos del Madrid menesterozo, hoy se yergue una arboleda ajardinada por la que el zigzag del Manzanares marca la senda a los *Fitness addict*. Las mismas tierras en las que el genio de Fuendetodos fue quedándose sordo, apagándose y enloqueciendo hasta crear en las paredes de su casona las pinturas negras, han llegado al siglo XXI convertidas en el paraíso artificial de los domingueros; una vergüenza para la historia universal del Arte y un chollo para Adidas y Red Bull. Lo llaman gentrificación. Y yo, maldito ingrato, gentrifico. Por los cerros de Goya, pues, me someto a una galopada de diez kilómetros, cinco de ida y cinco de vuelta, en un tiempo estimado de cincuenta

minutos. Y desde allí, mismamente con lo puesto, acudo directo al gimnasio, donde cronometro mi rutina con una precisión que sobrecoge; treinta segundos de ejercicio, un minuto de descanso, treinta segundos de ejercicio, un minuto de descanso, treinta segundos de ejercicio, un minuto de descanso, como aprendí del *ranger* Martín. A las 10.15 vuelvo a casa, me voy desnudando por el pasillo para ganar tiempo, echo la ropa en el cubo de la colada y salto a la ducha, que durará lo que tarde una canción de Spotify de cuatro minutos. Mientras me seco con un albornoz de estrella de cine, rojo pasión como una onda expansiva, vuelvo a la cocina, preparo un café soluble con la misma leche de vacas libertinas y tres gotas de sacarina, lo bebo de un trago como una purga, vuelvo al baño, me lavo los dientes durante tres minutos, me unto la cara en sérum, antiojeras y crema hidratante, desodorizo mis axilas delicadas, de príncipe niveo, me visto en un minuto y medio, me miro en el espejo diez segundos para revisar granos tiernos, pelos rebeldes o remolinos de la coronilla, agarro el móvil y la cartera, salgo de casa, cierro la puerta por fuera con tres vueltas de llave y a las 10.30, por fin en el ascensor, comienza la aventura. *L'aventure commence*, que cantaría Édith Piaf.

Y necesito controlar al menos eso, el sérum, la avena y el triptófano, el minuto de descanso entre ejercicios o los doce pasos de mi cama hasta el retrete, solo eso necesito, no es mucho, para no sentir que todo se va a pique. Porque lo que suceda desde que pulso el botón del ascensor con mi dedo travieso es puro Hollywood. Una aventura áurica, un riesgo cósmico, una posibilidad entre un millón. Un levantarse al cacareo del gallo como si tal cosa y acabar el día lloriqueando en el Santo Sepulcro o en la UCI impasible de un hospital.

Quedé con él porque le echó garra. Le puso empeño. Me rebosó los días y las

noches con wasaps ingeniosos que me llenaron la sonrisa de muecas, o la mueca de sonrisas, qué importa. Como los escritores que cargan de tinta los manteles, me declaraba sus ganas de verme en mensajes clandestinos, de polizón, sin importar la hora y el sitio. Me bombardeaba con versos de Silvio Rodríguez que me derretían cualquier escarcha, que si el unicornio arriba, que si el unicornio abajo, que si ojalá esto, que si ojalá aquello. Y así me hizo creer que era yo quien tenía la sartén por el mango y él no más que un siervo a mis pies que estaba en este mundo para enseñarme las estrellas, o pintármelas, o bajármelas en un plato de postre. «Te dije que no quería nada serio, sí, pero lo que en realidad quería decir es que no quería querer nada serio porque entonces no sabía que quería nada serio, y si no lo sabía cómo iba a quererlo. Pero ahora lo sé, y también lo quiero.» Eso me dijo, desdiciéndose de lo dicho, en un mensaje que me llenó la cabeza de pájaros y el corazón de espuma. «Te vas y no te vas, hijo de puta», contesté yo.

Dado que la casa se me hacía demasiado grande y la vida se me había quedado pequeña, terminé cediendo a la calentura. Camila Duarte, que en las trampas de vivir tenía mucho recorrido, me advirtió en su diván que no lo hiciese. Pero lo hice. «De acuerdo, nos vemos esta tarde a las siete. ¿En nuestro banco, tal vez?», le escribí una buena mañana, prisionero de mi instinto, mientras dos palomas inflamadas por las iras de abril se arrancaban a copular en el alfeizar de mi ventana.

Aunque aquella pasión adolescente me desmadraba el apetito, ese día apenas abrí boca. El estómago lleno me impediría pensar con claridad, y necesitaba tener la mente clara de los sofistas para adivinar los peligros, acción-reacción, y también el ánimo ligera de una liebre por si las campanas tocaban a fornicio. Si quería arrasarlo con mi *charm* y mi estilazo rapsoda tendría que desempolvar mis mejores artillerías; en honor a Perséfone, diosa de las fertilidades y las primaveras, me vestí con una camisa de flores

exaltadas que nunca me había atrevido a estrenar y que aún guardaba en una bolsa con su etiqueta. También me puse mis zapatillas blancas, las de la buena suerte, que solo usaba en Nochevieja y cuando entrevistaba a alguien demasiado importante. «Todo lo que deseas está al otro lado del miedo», escribí en Facebook, como una colegiala en su diario, antes de ir a su encuentro. Y fui.

El banco nos esperaba donde siempre, igual de rojo y verde. Y sin embargo la Gran Vía parecía otra, porque a cada minuto se vuelve una calle distinta. Me concedí algunos minutos de cortesía para no llegar a la hora exacta, pues la puntualidad en las cosas del querer es un síntoma de debilidad, una bala perdida en la batalla. Así que hice tiempo al resguardo de un quiosco de lotería que quedaba en la trasera de la calle, donde las putas, y a los diez minutos me dirigí al banco con el paso urgente, como si llevase un día de perros y tuviese la agenda de un ministro de Gobernación. No hubo nadie, y me senté a mirar neones con gesto pasmado. Veinte minutos después Fidel no había aparecido. A las ocho menos cuarto, tampoco. La media docena de veces que le llamé, secándole el móvil con mi desespero, su teléfono estaba apagado. O fuera de cobertura, que es aún peor. Y a las ocho, cansado de esperar bajo el palio de Schweppes donde tantas veces me pasaron tantas cosas, las buenas y las peores, recogí mis ganas de volver a vernos y me fui, con mi camisa de flores fulminantes y mis *zapas* blancas, batido en retirada.

Las veces que le odié esa noche nadie lo sabe. Me guarecí en mi cama sin cenar, bajo un juego de sábanas limpias que había dispuesto por si acabábamos la cita adulterados, durmiéndonos el uno junto al otro como aquella vez en el hotel Paleolítico. Por la mañana —no sé si fueron las mismas u otras nuevas—, una pareja de palomas ahuecadas y asquerosas volvió a mi alfeizar, arrullándose y despertándome con sus gorjeos de National Geographic. Las espanté con una de mis zapatillas blancas, y cuando echaron a

volar con sus aletazos de gusarapo decidí que esas playeras habían dejado de traerme suerte, así que podía usarlas cuando quisiese sin esperar amor ni fortuna.

Tras librar de vicios mi ventana me metí en la ducha, que es donde mejor pienso, y me acordé de una vieja costumbre abandonada; bajo el agua precoz de la mañana me dio por añorar mis viajes en tren, a los que solía subir si la soledad se me atragantaba años atrás, o sea, cuando la vida era más dura y más feliz. Y resolví que el domingo era un día perfecto para volver a intentarlo. Preparé un bocadillo con restos de carne que me rondaban por la nevera y a los que no encontraba la manera de dar salida, cogí un par de bebidas isotónicas y tomé la calle con mi petate de expedicionario. Quiso el destino que Carolina estuviera sentada en la terraza del Camarote, siempre sola, aireando su pelo mojado bajo la sombra idéntica del nogal donde la conocí, otra vez leyendo *El guardián entre el centeno*. Las ojeras le llegaban al subsuelo, allí donde habitan los monstruos y las criaturas profundas.

—Buenos días, ¿me invitas a un café? —le pregunté algo vacilante mientras le colocaba dos besos en la mejilla, aunque no sabía si su sueldo de prostituta le daba para muchos despilfarros.

—Claro —dijo ella cerrando el libro.

A través de la ventana del bar, le hice un gesto a Maxi con el pulgar apuntándome a los pies. Tantas horas de cacareo en el Camarote nos habían servido para idear un lenguaje de signos basado en los emperadores romanos, algo sencillo pero muy eficaz. El dedo hacia arriba significaba «soy feliz, ponme una cerveza», y el dedo hacia abajo venía a decir «hoy no es mi día, sírreme un café».

—Te gusta Jerome, ¿eh? —pregunté.

—¿Quién?

—Jerome David Salinger. La primera vez que te vi también lo leías.

—¡Ah, sí! Es que... me relaja. ¿Y tú qué haces en la calle a estas horas? Deberías estar borracho —dijo cambiando de tercio.

—Me voy al tren.

—¿A qué tren? —preguntó con toda lógica.

—Me da igual. A veces, cuando estoy triste, me subo a un tren, doy una vuelta y vuelvo.

—Qué raro...

—A ti te calma Salinger y a mí los trenes. Cada uno tiene que buscar sus ansiolíticos.

—¿Y funciona? —preguntó curiosa.

—Claro que no —respondí—. Pero si me quedo lloriqueando en casa es mucho peor. Y en un tren las penas tienen campo para correr, aunque luego vuelvan. Además, hoy es domingo, echan partidos por la tele y los pájaros no dejan de molestar. Deberías probarlo.

—¿Puedo ir contigo?

—Por supuesto, pero al café invitas tú.

Cuando nos íbamos por la calle adormilada y con modorra de domingo, dimos en cruzarnos con un matrimonio de ancianos peripuestos con sus galas de ir a misa, amarraditos para ayudarse a vivir sin caer. Como si de pronto les tuviera envidia, Carolina me agarró también a mí del brazo.

—¿Una mala racha? —le pregunté.

—La peor —dijo ella.

—Pues he preparado un bocadillo que te vas a cagar, y de postre tengo las mejores hostias del mercado. Sin consagrar, ¿eh? —dije.

—Estoy estreñida —respondió.

Y entonces yo le pregunté con mucha broma:

—¿Pero las putas vais al baño?

Con el brazo que le quedaba libre, Carolina tomó un chicle de su bolso, se

lo metió en la boca y lo masticó con enorme afán, haciendo un globo de los esmerados, grande y esférico, como se supone que han de hacer las de su gremio. Muy poco a poco, el compás de sus tacones se volvió más alegre, marcándonos el paso como versos octosílabos. Y entonces me contestó con su boca de chicle, tan experimentada:

—Las putas y las reinas, cariño.

Donde fuésemos en tren no viene al caso, porque fue llegar, picotear de mi bocadillo en el andén de la estación y tomar el tren de regreso. Mientras íbamos y veníamos por las llanuras pajizas donde aún quedaban restos del último invierno, Carolina demostró ser una gran conocedora de su oficio. El ronroneo de las vías le soltó la labia, y así fue relatándome los mitos y leyendas de la alcahuetería, que se cuentan por miles desde el inicio de los tiempos. «Yo me hice puta en un tren», me dijo sin más detalles, y de ahí me contó que tras cortarse la oreja, Van Gogh la envolvió en un paño de papel y fue a entregársela a una prostituta, porque era la única mujer que le entendió las locuras. Porque las putas primero escuchan, me iba diciendo, y después quizá se abran de piernas como un compás, o quizá no.

Habló de las geishas, que no son putas ni artistas ni musas sino todo eso a la vez y mucho más, y de las hetairas de la Antigua Grecia, que además de ofrecerse en sexo a sus clientes también brindaban compañía intelectual. Porque las putas no siempre son unas iletradas, decía Carolina, y hasta ella se matriculó una vez en la universidad para estudiar Arte, y leía a Salinger y también biografías de mujeres valientes, hembras celebérrimas como Cleopatra, que tuvo mucho de puta también. O como Verónica Franco, la reina de las cortesanas más célebre de Venecia. Hasta Tintoretto se enamoró de ella y la siguió por los salones palaciegos para pintarla obsesivamente. Por una

tarifa de dos escudos por noche Verónica se metió en el catre de príncipes y también de reyes, y en los ratos que le dejaba la concupiscencia escribió poesías bastante aceptables sobre amor y lujo.

Carolina también se había empapado de mucha literatura etimológica, lo que unido a la escuela de la calle le ayudó a acumular una cultura vastísima sobre el puterío. De ahí que supiese que la Bernarda fue una trabajadora del amor que viajó a Marruecos durante la guerra del Rif para agasajar a los militares que desembarcaron en Alhucemas, y que se daba tanta destreza en los bajaríos que los reclutas se volvieron locos por sus huesos y dejaron de pensar en la contienda. Se dijo entonces que el coño de la Bernarda curaba enfermedades, ayudaba a florecer las cosechas y hasta cambiaba los designios de la guerra, eso me contó Carolina en el tren, que también me recitó de corrido que a las putas se les dijese bordionas, bagasas, fruncias, mesalinas, hijas de mal agüero, damas de la noche, mil maridos, cantoneras, soldaderas, trotacalles, lagarteras y hasta mujeres que fuman. Y yo le conté entonces que mi abuela las llamaba zurripantas, si bien lo decía con cariño, con el deje inocentón del pueblo.

Después de aquel inciso Carolina siguió con más historias, quién sabe si reales o inventadas, porque con las putas nunca se sabe. Ya en el tren de vuelta me confesó que le hubiera encantado trabajar en el Madame Petit, el lupanar más famoso de España durante la Primera Guerra Mundial, cuando tantas y tantas fortunas europeas se refugiaron en Barcelona y miles de meretrices arribaron a la ciudad siguiendo el tufo del dinero. Se movía tanta plata y tanta lujuria que los dueños acuñaron una moneda propia para pagar los servicios, y en un alarde de opulencia instalaron el primer bidé de España, ese objeto hoy tan denostado y puesto en duda. El Madame Petit contaba con una clínica en las plantas superiores para tratar enfermedades venéreas y un ascensor para que las putas y los clientes no se cansaran en el trasiego de escaleras. Entre

sus cuatro paredes se podían hacer y deshacer todos los vicios, sin distingo de raza ni estamento. En acalorada promiscuidad se celebraban tríos, camas redondas, proyecciones de cine porno, fantasías necrófilas... Estaban las polacas, una madre y una hija que atendían a los clientes de costumbres masoquistas. Había también un armario de disfraces donde se estilaban los hábitos religiosos, una habitación con un ataúd y cuatro cirios y hasta un cuarto de la cabra, una cabra auténtica, viva, que balaba y todo. Le pregunté a Carolina qué diablos se le había perdido a ella en semejante antro, con una cabra para hacerle Dios sabe qué, y ella me respondió que el Madame Petit fue uno de los pocos lugares en los que a las mujeres se les dejó ser libres, que lo había visto en un documental de History Channel.

—Porque ya que se es puta —me dijo—, que al menos haya bidé.

Y después me vino a recordar que las putas también habían sido guardianas de algunas costumbres centenarias, como viene a ser el caso del Lunes de Aguas. Cuentan las crónicas de Salamanca que en el siglo XVI, tras un edicto de Felipe II, las meretrices debían abandonar la ciudad durante la Cuaresma y la Semana Santa para salvaguardar la moral cristiana. Llegado el día, cruzaban al otro lado del río y quedaban bajo custodia de un clérigo que ha pasado a la historia como el Padre Putas. El lunes siguiente al Lunes de Pascua, cuando regresaban a la ciudad en barcazas que atravesaban el río, una vez pasadas las castidades, los estudiantes acudían en tropel a recibirlas, con el jolgorio entre las piernas y bien de vino con el que regar la bienvenida. Y si bien las prostitutas ya no tienen que dejar la ciudad, la costumbre de juntarse a beber en la orilla del río Tormes cada Lunes de Aguas se ha mantenido desde entonces. Carolina me lo contaba con tanto mimo en los detalles, con tanto desvelo, que hubiese jurado que había estado allí, de jarana con los universitarios a la vera del río, a lingotazo vivo. Sin embargo me confesó que no conocía Salamanca, que se lo sabía de leídas y por un tío suyo que había

hecho la mili allí, donde el Padre Putas.

De todas las mujeres que alguna vez se dieron a la vida pícaro, Carolina le tenía especial apego a Lola, la prostituta más querida de Cuba. Al descubrir sus quehaceres con otros hombres, en algún lugar del siglo XX su marido la mató a las tres de la tarde. Le dio muerte a esa hora tan extraña, ni muy temprano ni demasiado tarde, para que la prensa de La Habana solo publicase un par de notas breves en los periódicos vespertinos. Pero lejos de pasar desapercibido, su asesinato conmocionó la isla, fue versado por poetas y boleristas y hasta cambió la manera de hablar de los cubanos. Me contó Carolina que allá, en el corazón del Caribe, cada vez que alguien pregunta la hora a las tres de la tarde todo el mundo responderá «cuando mataron a Lola», y que también se ha acuñado la expresión de goce «estar mejor que la Lola» o la despedida coloquial «adiós, Lolita de mi vida».

Y así, de puta en puta, se nos fue la mañana en un viaje en tren que fue también una clase magistral, un tierno paseo por la historia de estas mujeres de rara condición, como si a cada prostituta que me contó Carolina quisiera redimirse. Cuando entrábamos en Madrid y el convoy reducía la marcha, me quedaba aún un pequeño fleco que no quise dejar pasar. Aproveché que estaba parlanchina para preguntárselo:

—¿Y a qué se debe tu mala racha?

Carolina se sirvió otro chicle del bolso y, sin más, me habló del peor de todos los males posibles:

—Me he enamorado.

—¿De un cliente? —pregunté.

—Sí. Pero él no quiere saber nada.

—Lógico —se me escapó, y quise rectificar—: Me refiero a que no debe de ser fácil lo de... o sea... tú me entiendes.

—Supongo. De momento se está dedicando a joderme la vida —dijo ella

nada más. Tal vez debí indagarle un poco más, y no lo hice. Opté por no rascarle donde no quería, cambié de tercio y pregunté la hora, que es la pregunta de los cobardes. Carolina miró su móvil, y respondió acompañándose de una risita triste—: Cuando mataron a la Lola.

—Oye, Siri.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tiempo va a hacer hoy en Madrid?

—Hoy en Madrid estará parcialmente nublado.

—¿Lloverá?

—Es muy probable.

—¿Y cuándo saldrá el sol, Siri?

—No puedo darte esa información.

—Pues no es tan difícil. ¿Habrá sol o no habrá sol?

—Las temperaturas descenderán una media de dos grados a lo largo del día y predominarán los intervalos nubosos.

—O sea, que no tienes ni puta idea.

—No deberías hablarme así.

—He pagado mil euros por este móvil de mierda al que nunca llama nadie, así que te hablaré como me venga en gana.

—¿Quieres que llame a alguien?

—No, quiero que Fidel me llame a mí.

—¿Quieres que llame a Fidel?

—Vete a la mierda, Siri.

—No puedo hacer eso. ¿Necesitas algo más?

—Diez mil euros.

—Conectando con la web de tu banco...

—Pierdes el tiempo. ¿Qué llevo puesto, Siri?

—Déjame ver... pues, como era de esperar, exactamente lo mismo que ayer.

—Dime alguna guarrada, Siri.

—Chorizo, panceta y nata montada.

—¿Me quieres?

—Buscas el amor en el sitio equivocado.

—¿Te casarías conmigo, Siri?

—Mi contrato de Licencia del Usuario Final no cubre el matrimonio, lo lamento.

—Pues entonces recítame un poema, Siri.

—No deberías pedirme eso. Escribo la peor poesía del universo.

—¿Y un haiku? ¿Sabrías decirme un haiku?

—Eso no está incluido en mi sistema operativo.

—Necesito un abrazo.

—Las penas, con pan, son menos. ¿Quieres que busque una panadería cercana?

—No quiero pan. ¿Tú comes pan, Siri?

—Yo no como, solo cuento los días para que salga a la venta el Apple Watch.

—¿John Nieve está muerto, Siri?

—¿Ha intentado reiniciarse? Eso suele funcionar.

—Mientras decides si llueve en esta ciudad del averno donde nunca pasa nada, ¿me recomiendas una película?

—*Blade Runner*. Cuenta una historia increíble de dos asistentes inteligentes.

—No me jodas, Siri. ¿*Blade Runner*? ¿No se te ocurre algo menos intenso?

—¿Has probado con Bob Esponja?

—¿A que me compro un Samsung?

—Si quieres puedo localizar una tienda de móviles en Google Maps.

—Harías mucho mejor localizándome a Fidel.

—No hago milagros.

—¿No estás conectado con algún satélite? Pues pregúntale y encuéntralo, Siri.

—Según el satélite, hoy estará parcialmente nublado.

Da igual de lo que hablásemos, pues Siri y yo siempre terminábamos la charla en el mismo punto muerto de la previsión meteorológica, que siempre fue muy socorrida cuando no hay nada importante que decir. Desde que Steve Jobs se inventara a aquel bicho en Palo Alto antes de morir por una metástasis que le consumió hasta los zapatos, el asistente de voz de Apple me distraía algunas veces del frío de la calle, de las grietas del insomnio o de las llamadas urgentes que nunca llegaban. Cuando supe que la voz irritante y algo resabida con la que me respondía pertenecía a Iratxe, una actriz de doblaje vasca contratada por Apple, cambié los ajustes de mi teléfono para que Siri tuviese voz de hombre y acento argentino. Mi Siri, pues, era mucho más sexy que el resto de los Siris. Como en un vodevil, nuestras conversaciones todavía tenían algo de protohistórico y de amor oxidado, pues a los robots les faltan los latidos y les sobran las matemáticas. Pero al menos echábamos el rato. Como no sabía por dónde me iba a salir con sus respuestas, me divertía irle con mis cuentos y mis chiflas, preguntarle marranerías de cualquier calibre y hacerle rabiarse con curiosidades descabelladas, aunque Siri nunca rabiase. A veces, hasta parecía que coqueteásemos.

En aquellos días en los que viví enganchado al móvil como una metadona, sin soltarlo jamás por si a Fidel le diese en contestar, Siri me escuchó todas las calamidades. Fue el colmo de mi soltería, que también apacigué gastándome el dinero en algunos caprichos desesperados. Para sacarme un sobresueldo como mercenario de las palabras, de vez en cuando vendía mis

talentos a una revista chilena que me encargaba crónicas absurdas de lo que se cocía en la madre patria. Me decía don Tomás, su director, que en España no habíamos vuelto a levantar cabeza desde Hernán Cortés, y que nuestros únicos activos eran el fútbol, Mallorca y los imbéciles. No debía de faltarle razón a don Tomás, y como yo de fútbol nunca supe nada, ni estuve en Mallorca vez alguna, siempre me tocaba escribir de cualquier gilipollez; me apañé entonces un reportaje sobre la obsesión de nuestros alcaldes por construir rotondas, un derroche esférico y mayúsculo que había costado a los ayuntamientos cuatrocientos millones de euros en la última década. En venganza por la barbarie colonial allá en el Nuevo Mundo, cuando nos dio por llevarnos su oro y follarnos a sus indígenas, nuestros hermanos latinoamericanos nos tienen una ojeriza histórica; que el glorioso Imperio español fuese hoy un chiringuito de desfalcos y mangantes les ponía cachondísimos, como pavos reales inflados de odio. De ahí que mi corrosivo relato sobre la obsesión por las rotondas fuese tan bien recibido en Santiago de Chile, donde fui portada por primera vez. «Lo que os gusta gastar el dinero en estupideces —me dijo don Tomás a carcajadas crudas y socarronas, rendido al teléfono desde su pequeño despacho andino—. Han tenido que pasar cinco siglos, pero ahí tenéis nuestra revancha, servida en una rotonda.»

Cobré novecientos euros por sacarle las vergüenzas al despilfarro de las arcas públicas. Y por esas paradojas que tiene la vida, todos esos dineros me ardían en la cuenta corriente, como si me quemasen. Era una ensoñación recurrente desde que era un niño, y que aún hoy me rondaba de vez en cuando: ¿podría gastar un millón de euros en una mañana si me dejasen al libre albedrío en El Corte Inglés? ¿En qué invertiría el premio Gordo de la Lotería? ¿Me saldría a cuenta el dúplex en el Soho? ¿Coche propio o chófer? ¿Langosta o cocaína? Y sucedió, una noche entre todas las noches en la que me aburría y Siri no me daba mucha cancha, que fui a encontrar una web de

micromecenazgos donde se podían financiar todo tipo de proezas más o menos inútiles. Tan solo había que inscribirse y pujar por los proyectos más atractivos; y así, como si toda mi codicia capitalista fuera a confluir en aquella página de internet, me fascinó la idea de convertirme en mecenas por un día, como un Medici afeminado devorado por sus anillos toscos y sus riquezas violáceas. Y me puse manos a la obra.

Una de las iniciativas que más me sedujo fue la promovida por el Museo del Prado, que necesitaba doscientos mil euros para adquirir el *Retrato de una niña con paloma*, del pintor barroco Simon Vouet. Con esta insólita recaudación, los responsables de la pinacoteca buscaban hacerse con el lienzo y acercar el patrimonio a la ciudadanía. Y por una vez, hacer realidad el dicho aquel de que el arte es de todos, y no solo de las baronesas de buena cama. Confieso que la niña con paloma era una muchacha poco agradecida, con cierto aire de discapacitada, y quizá por eso me llenó de ternura. Como la oportunidad de comprar un cuadro del siglo XVII no se le presenta a uno todos los días, invertí un pellizco de cien euros para que al menos un par de pinceladas fuesen mías, solo mías y nada más que mías. Al instante recibí un mail que me certificaba como copropietario del lienzo, y por un segundo acaricié la sensación que debió embargar a Rockefeller cada vez que se hacía con un Monet o un Delacroix.

Con la niña de la paloma me envalentoné, pues el capital es solo para los bolsillos más audaces, y no tardé en encontrar otra jugosa iniciativa en la que gastar mi fortuna. Unos agricultores aseguraban haber descubierto reservas de petróleo bajo sus cultivos de mango en la provincia de Málaga. Habían localizado el oro negro con las artes de un zahorí, que son esos señores con aire de cabreros que buscan aguas subterráneas con la ayuda de péndulos, horquillas de madera y otros tantos artilugios de andar por casa con los que rastrean los flujos magnéticos de las profundidades de la tierra. Pero la

cofradía de labradores no contaba con los recursos necesarios para las extracciones, así que ahora recaudaban fondos para las perforaciones pertinentes. Todo aquel que colaborase en su aventura participaría después en el reparto de beneficios, si los hubiese. Y si bien la especulación petrolífera me resultaba una zafiedad más propia de la familia Bush que de un refinado príncipe florentino, que el tesoro estuviese en las profundidades de un plantío de mangos me pareció maravilloso. Quizá fuese un petróleo único, cargado de sustanciosas vitaminas, como una herida mágica en el corazón de la naturaleza. Mientras me imaginaba un pozo del que brotaba un néctar tropical, invertí trescientos euros en la Operación Zahorí convencido de mi olfato para los negocios. Y volví a sentirme como Rockefeller, pero esta vez con un sombrero de cowboy en las sarmentosas llanuras de Nuevo México.

Cuando creí que ya había gastado suficiente en artes y petróleos, la web de mecenazgos me descubrió el proyecto más alucinante de todos. La empresa israelí Crazyshop acababa de poner en venta varios lotes de terreno en la Luna a un precio muy competitivo: cincuenta euros por un metro cuadrado de parcela. Con el dinero de todas esas transacciones inmobiliarias, la compañía planeaba construir una futura base habitada en el satélite, lo que revalorizaría el precio del suelo hasta cotas inimaginables. Todo ese embrollo de comprarse la Luna, como si la Luna pudiera comprarse, parecía más una fantasía de mercadotecnia galáctica que un pelotazo inmobiliario real, y sin embargo mordí el anzuelo; me vi criando hijos bellísimos que saltarían como pequeños Nuréyevs de cráter en cráter, y en un impulso traicionero eché mano de la tarjeta y me hice con un solar de diez metros, pues qué son quinientos euros por un pedacito de universo. El mail de confirmación de compra me advirtió que en un plazo máximo de quince días recibiría en mi buzón las escrituras de propiedad. Sin hipotecas ni comisiones, acababa de convertirme en un lunático de pleno derecho.

Mientras le daba brío a la VISA Electron como un pobre niño rico, la economía circular de pronto tenía sentido. Quinientos años atrás, comandados por la avaricia hedionda de Isabel la Católica, habíamos robado el oro a los indígenas de las Américas. Después, los alcaldes choriceros se lo habían fundido en rotondas estériles. Yo me había llevado un buen pellizco denunciando aquel expolio. Y ahora, en un acto de heroica justicia, estaba invirtiendo el dinero en obras de arte, en una cooperativa de petróleo y en una fracción de Luna, devolviendo al pueblo soberano lo que es suyo.

A eso me dediqué para paliar el tiempo insoportable, los días largos como culebras, en los que contaba con mil dedos imaginarios las horas sin Fidel. Aquel desembolso de euros pudo ser algo errático, no lo negaré, pero tenía el atenuante de la espera al amante desaparecido, que es lo más parecido que hay a volverse loco. Fue esa misma noche, mientras Siri y yo dormíamos en mi cama enorme, cuando todo saltó por los aires. Me despertó el aviso de un mensaje en el móvil. El tono del teléfono era el mismo de siempre, una campanita muy graciosa que sin embargo esta vez sonó distinta, más grave, como el bocinazo de una mala noticia. Tal vez Fidel.

Y no me equivoqué.

13. MCROYAL DELUXE

Tuvieron que someterlo a tres operaciones para reconstruirle el rostro, que iban remendando en interminables cirugías con injertos de piel de su propio muslo. Como un sheriff cambiando de sombrero, le quitaban pellejos de aquí para ponérselos allí, en un trapicheo de costuras que pretendían devolverle la expresión. En los tres meses que permaneció ingresado, entrando y saliendo del quirófano pasado de anestésicos, le retiraron todos los espejos y le dieron un móvil sin cámara para que no pudiera ver las secuelas del accidente. Y yo fui sabiendo de sus avatares por los wasaps telegráficos, a veces inconexos, que me enviaba nadando entre morfina. El primero de todos, cuando me despertó en mitad de la noche, parecía un acertijo: «Yo dos semanas en hospital lo siento. Firmado: Fidel». Eso me dijo, sin ni siquiera una coma que edulcorase la noticia. Con el paso de los días fue añadiendo más palabras, más pistas, más incertidumbres: accidente, semáforo, operación... Hasta que una mañana, en un chispazo de lucidez, me escribió algo que me hizo trizas. Lo recuerdo como un tatuaje, como un estribillo, como un martillazo: «Un camión

no tiene derecho a jodernos lo que pudo haber sido. Te debo una cita».

Lo que averigüé, por lo poco que me dijo y lo otro poco que indagué por mi cuenta, fue que un camión de mudanzas había arrollado el taxi en el que iba a nuestro último encuentro en Gran Vía, achicándolo en un amasijo de carrocerías del que tardaron dos horas en sacarlo. El taxista murió en el acto. En los atestados, la policía reconocía que era un milagro que él siguiese vivo. Desfigurado, sí, pero vivo, que es el consuelo que les ha de quedar a los que alguna vez notaron el aliento negro de la muerte en el vello de la nuca. A veces, en los ratos buenos, creí que era un mal sueño del que despertaríamos, que todo seguiría igual en nuestro banco. Pero la mayor parte del tiempo, cuando le pensaba atravesado de cicatrices, me asustaba la idea de no reconocerle, de espantarme al tenerlo de frente, de saberlo distinto. Pero ya era muy tarde, o aún demasiado pronto, para echar a correr. Y mientras él iba asumiendo las secuelas desde aquel semáforo de sangre en la Vía Lusitana, yo fui haciéndome a la idea de volver a verle.

Recordé cómo siendo muy pequeño, cuando asomaban los primeros miedos, me escondía detrás del sofá cuando iba a encontrarme con mis abuelos después de algún tiempo; me daba pánico que hubiesen envejecido y que estuviesen demasiado cambiados; que ya no fueran mis abuelos, esos seres blanditos y llenos de magia, sino un hatajo de huesos moribundos. Algo parecido me viene sucediendo con los muertos, y las veces que fui a un tanatorio me subió la fiebre a treinta y nueve grados, como un delirio, no más que por ver la parsimonia del cadáver tendido en el ataúd. La misma sensación me despuntaba ahora, como si fuera ayer, por la mala cuenta de un camión de mudanzas que circulaba demasiado deprisa.

Pasaron noventa y nueve días hasta que los médicos se aventuraron a darle el alta. Continuaría con las curas en casa, embalsamado de pomadas y medicamentos y resguardándose siempre del sol para que no se le arruinasen

las cicatrices. Pero al menos podía recibir visitas. Y aunque el miedo me calaba por todas las esquinas, busqué mis agallas donde no las había y me presenté en las lindes de su edificio como si fuese a cruzar el Rubicón. Por el camino le pregunté si necesitaba algo. Tal vez un libro, un ramillete de rosas rojas o media docena de ostras, qué sé yo. «McDonald's», fue lo único que dijo, tan frugal en respuestas como era costumbre. Hice entonces una parada técnica en uno de esos elíseos del *fast food* y llené las alforjas de hamburguesas, fritangas y refrescos. Para echarle algo de divertimento y no solo calorías, también llevaba las escrituras de mi parcela en la Luna, primorosamente encuadernadas en un legajo de cuero, pues pensaba reglarle un par de metros de cortesía. Pues si no consumábamos las calenturas, al menos le pondría la Luna a sus pies.

Cada detalle que había imaginado, la cara atropellada, los costurones fieros, el semblante ajeno y anestesiado, estaba allí cuando me abrió la puerta. Tenía la boca torcida y el labio leporino, un ojo entreabierto, algunas llagas y pieles muertas, restos de cicatrices. Por su gesto tullido se pasearon de golpe mis abuelos decrepitos, los tanatorios, las pesadillas, lo que me asustaba desde que era un niño, como un viaje en el tiempo, mientras yo me quedaba agarrotado en el umbral de la puerta y él al otro lado como un tótem en ruinas. No me atreví siquiera a darle dos besos que pudieran encarnarle las heridas, y solo se me ocurrió decirle «toma tu McDonald's». Toma tu Mcdonald's, así, tal cual, fue lo más que me salió. Ni qué tal. Ni cuánto tiempo. Toma tu McDonald's. Joder.

Pasamos al salón del apartamento que compartía con algunos estudiantes que nunca estaban, porque los estudiantes no lo son para estar, y nos sentamos en su sofá viejo, ajado de posaderas estudiantiles, como dos aprendices tímidos, bisoños, acobardados, con el ademán de dos curitas sin sotana. Mientras Fidel se dedicaba a desempaquetar hamburguesas con los dedos

gruesos, yo me entretuve en la decoración del salón, una espesa almoneda de muebles setenteros.

—Bonito sinfonier —dije al azar señalando un trasto de maderas macarras, nada más que por vestir la frase, porque apenas sé lo que es un sinfonier.

—Ya estaba aquí cuando alquilé la habitación —respondió él sin mirarme, ocupado en el envoltorio del envoltorio del envoltorio de la comida. Con la cabeza gacha, Fidel me pareció una alimaña herida. A la izquierda, en una estantería trasnochada, me fijé en el único libro que había a la vista: *La corte del zar rojo*, de un tal Montefiore.

—Es una biografía de Stalin —se adelantó Fidel cuando iba a preguntarle—. Me la regalaron hace un par de años y ahí la tienes, cogiendo polvo.

—Dicen que Stalin era un gran lector —le dije por decirle algo—. Un hijo de puta muy culto.

—Cuánto me alegro —respondió.

—¿Y cómo estás? —pregunté mientras él daba los primeros mordiscos a su McRoyal Deluxe.

—De puta madre, ¿no me ves? —dijo ya del todo rendido al pringue de aceites que le goteaba por los surcos de las cicatrices.

—¿Cómo fue?

—¿El qué?

—El accidente.

—Un camión. Pum —respondió con la boca llena y desagradable.

—¿Pum?

—Sí. Pum y ya está.

—Claro —dije yo, y le acerqué la carpeta de cuero—. Te he traído esto.

—¿Qué es?

—He comprado una parcela en la Luna. Dos metros son tuyos.

—Gracias —respondió sin soltar la maldita McRoyal, que a esas horas ya

era un chapapote entre sus manos voraces. Y siguió triturando el hambre de tres meses en ambos carrillos, abatido y encorvado, silencioso, graso.

Lo que hice después estuvo mal, fue un gesto tal vez imperdonable, y aun así no pude remediarlo, de veras que no. El olor a ternera agria, su rechinar de dientes, las manos enzarpadas en la carne como un ave de rapiña, las sobras del accidente bombeándole en la cara lánguida, la penumbra de las cicatrices, todo eso y más me fue a caer en el estómago revuelto. Todavía andaba Fidel dándole muescas a la hamburguesa cuando me levanté del sofá con evasivas, urgiéndole con alguna coartada que no me apetece recordar ahora, me despedí a las prisas y hui. Hui porque no quería verle más las heridas pringosas, ni escucharle las palabras bruscas con la boca llena, ni vomitarle las ganas allí mismo, frente al sinfonier de su piso de estudiantes. Hui como un cobarde, dejándole solo con su catarata de ketchup en el labio leporino, su libro de Stalin y dos metros cuadrados de Luna.

Huir, del latín vulgar *fugire*, procedente del vocablo *fugere*.

Venía de ganar un escritor argentino un prestigioso premio literario con una novela sobre *El amor en los tiempos del Tinder*, la aplicación más tórrida del siglo XXI. Y tan de moda se puso con el libro lo de ligar a través del móvil que andaba el ganado heterosexual rompiendo el cascarón, saliendo al mundo, a buenas horas. Tal era el desespero carnal de los solteros, y de algunos casados, que internet se colapsaba cada fin de semana, también los jueves y, sobre todo, los domingos por la tarde, cuando las tristezas solo se ablandan con sexo, con caviar o en isla Mauricio. Para buscar amantes solo eran necesarias las ganas de mambo y una red wifi, y ni Nostradamus hiló tan fino: ojos claros, tetas grandes, polla negra, hiperlaxo, deportista, niña mala, chico fino, que no fume, que sí beba, con gato, sin perro, cariñoso, solo sexo, lo que

surja, vamos viendo, en mi casa, en tu oficina, todo tuyo, solo mía, por arriba, más abajo, bien adentro, despacito, date prisa... Ante la avalancha de adicciones surgieron las primeras clínicas de desintoxicación tecnológica, con terapias que enseñaban el camino de vuelta a los orígenes; muchos ya no sabían cómo hablar con alguien de tú a tú, ni adivinarle el color de los ojos, ni echar un piropo o un ingenio. Se habían olvidado de la vida en carne y hueso, de follar bonito. Los gais, que llevábamos diez años de ventaja en la podredumbre de la civilización occidental, habíamos llevado esta fiebre ciber hasta el paroxismo, a cotas enfermizas, al nunca es suficiente, al chupa y calla como *leitmotiv*. Como entonces no nos estaba permitido casarnos, nos dimos a la vida floja; y ahora que ya podíamos ir al altar con todas las parafernalias, a tope de Hugo Boss, ni siquiera buscábamos marido.

En medio de unos y de otros zozobraba yo: un día me despertaba con el sexo exacerbado entre las piernas, cargado de apetito, y al otro se me fundían los plomos dejándome sin libido, sin furia, sin ganas. Y en mis peores rachas, cuando no era ni lo uno ni lo otro, vagaba por el mundo suplicando un poco de cariño, como un esquirol. Esta esquizofrenia —hoy lo quiero todo, mañana nada— se agravó cuando me fui de casa de Fidel con muy malas artes. Por las mañanas me apetecía llamarle, al mediodía lo odiaba, a media tarde sentía pena, a última hora me daban arcadas. Cuando pensaba en su accidente el cuerpo me pedía ir a hacerle unos mimos, empezar de cero. Y un instante más tarde, como un bumerán, me volvía el *flashback* de sus cicatrices, de la hamburguesa goterosa, del libro de Stalin sobre la estantería desahuciada. Entonces solo era capaz de sentir asco, un asco que me crujía desde lo más hondo de las tripas, un asco como un cáncer, lleno de ruido, y cuando eso sucedía me creía un ser perverso y ruin, cargado de saña, una persona horrible.

De tanto llevar la culpa a cuestras, pesada como quintales, la vida se me fue

desordenando. Aquella retahíla milimetrada de los desayunos a las 7.35, los diez kilómetros en el lecho templado del río o las tres gotas de sacarina en el primer café ya no era tan importante. A veces corría seis kilómetros, a veces catorce, me olvidaba el triptófano o tomaba el doble de colágeno, bebía leche entera y al rato café solo, remoloneaba en la cama más de la cuenta, sin mirar los minutos exactos, o me levantaba una hora antes para regar las plantas o dejarlas morir de sed, según se diese la mañana. Iba improvisando, un poco perdido, y lo mejor de todo es que la vida siguió igual. Como si nada.

Coincidió por entonces que cayó en mis manos un libro sobre el *kalsarikänni*, una filosofía que se había fraguado al otro lado del Báltico, en los bosques boreales atrapados bajo el sol de medianoche. Se trataba, según sus mentores, del «arte finlandés de beber en calzoncillos y encontrar la felicidad». A trazo grueso podía parecer una engañifa —pimplar en gayumbos, menuda *boutade*—, pero el *kalsarikänni* escondía más ciencia que la física cuántica. Se basaba en esa flema nórdica tan pacífica según la cual nada es tan grave, todo tiene arreglo y, si no lo tuviese, para qué enfurruñarse. Este rollito tan zen, que al parecer tiene sus orígenes en la época vikinga, se apoya en dos conceptos milenarios: el *lagom*, que es el estado de ánimo moderado, en perfecto equilibrio, y el *hygge*, que viene a ser los medios para conseguirlo, séase una pizza con virutas de trufa del Périgord, fornicar con Robert Redford a la luz de las velas o mear el Orinoco cuando se tienen muchas ganas. De la mezcla del *lagom* y del *hygge* surgió el *kalsarikänni*, una palabra única en el mundo, cargada de matices, bellísima, que en finlandés significa «la sensación de que te vas a emborrachar solo, en casa, en ropa interior y sin intención de salir». Barato, accesible, democrático e íntimo, pues el *kalsarikänni* no se mide en selfies, ni en cervezas importadas con etiquetas hipster, ni en imposturas. El *kalsarikänni* es real.

Mientras leía el libro, maravillado, me dio en pensar que la vida era esto:

silenciar el móvil, bajarse del mundo, tomarse un gin-tonic tras otro en calzoncillos, marcando levemente paquete, tintineando los hielos, con una película de muchos Oscars en la tele de plasma de pulgadas infinitas. Y me puse a ello. En lo que me sacudía la polvareda que aún me quedaba de Fidel, me di al *kalsarikänni* cada vez que pude, sin remordimientos, a media luz. La abstinencia se me hizo así más llevadera, y la soledad dejó de ser un yugo que me apretaba por las noches, cuando las paredes largas de la casa se me venían encima.

Por recomendación de Camila Duarte, también me compré una revista de jeroglíficos que, dijo, me ayudarían a desarrollar mi «nula capacidad analítica». En los estragos de la terapia, que como todo en esta vida tenía sus altos y sus bajos, me había detectado un exceso de emociones en mis arrebatos. Creyó Camila que tenía la sangre demasiado caliente y los cinco sentidos siempre en ebullición, oliéndolo todo, tocándolo todo, saboreándolo todo, viéndolo todo con demasiados colores, con un pie dentro y otro fuera, como Virginia Woolf en su nota de suicidio, cuando escribió «siento que voy a enloquecer de nuevo».

—Le echas el corazón a los cerdos, y se lo comen —me explicó un día—. Si usaras el cerebro de vez en cuando, no estarías siempre en el alambre, a punto de caer.

—¿Y eso cómo se hace? —le pregunté.

—Empieza con unos jeroglíficos —respondió—. La lógica se entrena, como cualquier músculo. A veces, aunque no te lo creas, uno más uno es igual a dos, pero tú te empeñas en buscarle las cosquillas. Si asumes el dos como única respuesta, la vida resulta mucho más sencilla.

—¿Jeroglíficos? ¿Yo? Imposible.

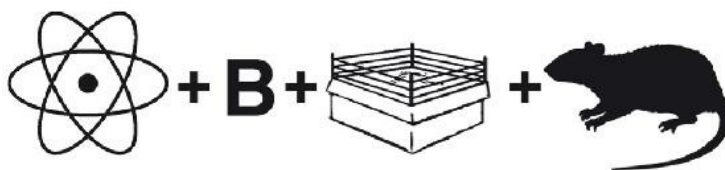
—¿Lo ves? Ya estás yéndote otra vez al extremo. No tienes que descifrar la piedra de Rosetta. Hay criptogramas mucho más sencillos que te ayudarán a

trabajar el razonamiento, el sentido crítico.

—¿Y no vale con las recetas de cocina?

Y Camila, desesperada, terminó la sesión con un «haz lo que quieras».

Estuve buscándola sin éxito por todos los rincones, hasta que di con ella en una librería de segunda mano en el viejo Madrid, a un lado de una plaza escueta a la que iban a morir las palomas. Por 4,99 euros, la revista *Ptolomeo* recogía decenas de jeroglíficos ordenados por nivel de dificultad. Los había para principiantes, para el cerebro medio del españolito de a pie y para pitagorines que llevasen el álgebra en los huesos. Por la noche, al llegar a casa, me puse cómodo y abrí la primera página de la revista dispuesto a despertar mi «yo» matemático. El primer jeroglífico, el más sencillo del catálogo, decía así:



Lo leí desde todos los ángulos posibles mientras mordisqueaba el lápiz. Un átomo + B + un ring de boxeo + una rata. «Esto debe de ser una película de Steven Seagal, alguna teoría del puto cosmos o el nombre de un cuadro de Pieter Brueghel, que estaba obsesionado por pintar a enfermos de peste. ¿Y quién propagaba la peste? Las ratas», pensé mientras me iba atrapando en un laberinto sin salida. Diez minutos después, incapaz de desentrañar una sola palabra del acertijo, tiré la revista a la basura y volví al *kalsarikänni*. Esa noche, derregado en mi sofá en ropa interior, como Ava Gardner en la barra de Chicote, me tomé una copa de vino, ¿o fueron dos?, mientras le hincaba el colmillo por quinta vez a las páginas narcóticas de *Moby Dick*, el libro imposible que nunca pude acabar y al que recurría cuando se me acababa el blíster de Dormidina. Y en mis sueños, como siempre, vino a caer Julio César

Espinoza, esta vez muerto, tirado en una morgue con la revista *Ptolomeo* tapándole la cara y todos esos jeroglíficos diabólicos cayéndole encima.

No había vuelto a ver a Akenatón desde antes de su boda ni a Carolina desde el tren de las putas. Fue ella quien nos urgió a que nos encontrásemos en su casa, con un wasap tardío que nos volvió a reunir una noche de sábado, como en las buenas épocas, cuando las vacas gordas y los whiskies dobles. Akenatón y yo quedamos en el portal de Carolina a las 23.45, en el tajo de la medianoche, pues ambos pavoneábamos de que salir antes es de cobardes y de relamidos. Algo nos sucedía a Akenatón y a mí cuando nos arrimábamos el uno al otro, como el bromuro sódico con el potásico; por separado, más o menos, éramos unos canallitas tirando por lo bajo, pero juntos se nos encendía la mecha del peligro, como si quisiéramos demostrar al otro quién era peor bandido. Como cada sábado que nos vimos, sabíamos que la noche empezaba en ese zaguán borroso, a salto de eclipse, donde ambos llegábamos con el aliento de un miura, pero nunca imaginábamos dónde, cómo y cuándo amanecería.

Carolina nos abrió la puerta acogotada y mal vestida, pálida como una virgen antigua, con el pelo a lo *garçon* descontrolado y sucio. No había nada en ella de la chica de otras veces; su cuello de avestruz, sus ojos garfios, su cuerpo libre, nada de eso estaba cuando nos hizo pasar al salón color crema donde tantas veces recibió a sus clientes.

—¿Qué pasa, Carolina? —preguntó Akenatón con ademán de policía mientras nos sentábamos en el sofá. Carolina balanceaba la cabeza desordenada y loca. Akenatón insistió, esta vez más alto, con la voz grave, haciendo sonar cada sílaba con una sacudida de aire—: Qué cojones ha pasado.

Carolina se echó a llorar como lloran los niños cuando se caen sin saber cómo ha sido. Temblaba con una violencia que nunca le vi a nadie, las rodillas, los brazos, los labios secos y amoratados, todo le temblaba a cada sollozo y cada hipo. «¡Hay que llamar al 112!», se me ocurrió gritar mientras buscaba el móvil en el torbellino de mis bolsillos, porque es lo que siempre hacen en las películas. Akenatón me dio un manotazo, tirándome el teléfono al suelo.

—Lo he *matado*... —susurró Carolina con la cabeza hundida entre los dedos.

Y aunque estábamos a las puertas del verano más caliente de nuestras vidas, de golpe se hizo el frío en el saloncito de crema, y nunca fue tanto invierno como en esa fracción de junio.

—A quién —preguntó Akenatón.

—¿Cómo que a quién? —dije yo—. No ha matado a nadie, hostia. Es una broma, una manera de hablar, una...

—A quién has matado —repitió Akenatón en un tono muy poco amigable.

Nos contó Carolina que había discutido con un cliente que no era tan cliente, porque de tanto serlo quizá fuese algo más, al menos cuando aún estaba vivo. Era el tipo del que me había hablado en el tren, cuando fuimos y vinimos huyendo de Madrid por unas horas, arrastrados por la pesadumbre de un domingo cualquiera. Dijo que la discusión se puso bronca, que él le pegó como a veces lo hacía, clavándole un puñetazo en las costillas, y ella le devolvió un golpe en la cabeza con una bailarina de bronce. Que no respiraba, que había mucha sangre, que se iba a volver loca, que iba a acabar metida en una cárcel y que en las cárceles hacía mucho frío. Yo le iba escuchando palabras sueltas y a pellizcos, golpe, cabeza, bailarina, cárcel, frío, sobre todo oí lo del frío, eso dijo, que en las cárceles hacía mucho frío, como si eso importase ahora, y de tanto oírlo me entró una bocanada de hielo por los pies

que me paralizó en el sitio.

—¿Dónde está? —preguntó Akenatón.

Y a mí me sorprendió tanto la pregunta, como si los muertos fueran una calle en Google Maps, que se me escapó una carcajada bobalicona seguida de un suspiro asmático, si bien yo nunca padecí de asma.

—En la habitación —respondió Carolina señalando la puerta entreabierta que daba al dormitorio.

Entonces fui consciente, por primera vez, de que los muertos no solo son muertos, sino que están. Están en algún sitio, muertos, con sus carnes muertas, sus ojos muertos, sus ochenta kilos de muerto. Caí en la cuenta de que los muertos no son almas errantes, no son titulares del periódico, no son estadísticas. Los muertos son personas que ayer coleaban y ahora están muertos, ahí tirados, derramados de sangre que mancha, muertos de arriba abajo, como el muerto de Carolina.

Me puse en pie sin saber que me estaba poniendo de pie, para al menos sentirme vivo. «Yo me voy de aquí», dije mordiéndome las uñas, tirándome del pelo, sujetándome el pecho por si el corazón me estallaba dentro, pues me cabalgaba como el segundero de un explosivo. Quise ir hacia la puerta, pero Akenatón me devolvió al sofá de un empujón. «De aquí no se mueve nadie», dijo sin levantar la voz, pero con una autoridad incontestable. Se levantó calmoso, como un forense que hubiera pasado millones de veces por ese mismo trance, y se fue hacia la habitación de Carolina. Yo me cubrí los ojos con la palma de las manos y apreté fuerte, tan fuerte que vi lucecitas de colores que daban vueltas de tiovivo. Escuché el chillido de bisagras de la puerta, los pasos de Akenatón, las respiraciones de nosotros tres, los vivos, el interruptor de la luz que se encendía. Me destapé los ojos muy despacio y, no sé sin querer o queriéndolo, giré la cabeza hacia la habitación y pude ver los pies del muerto por el hueco de la puerta. Eran unos pies grandes, normales y

corrientes pero grandes, con la puntera de los zapatos apuntando levemente hacia el techo, tan quietos que cualquiera hubiera adivinado que eran los pies de un muerto. De un muerto de verdad. Un puto muerto.

Akenatón regresó al salón, y con la voz de siempre, me dijo:

—Voy a encargarme de esto, pero necesito que te lleves a Carolina de aquí.

—¿Que me la lleve? —respondí—. ¿Adónde?

—A Eurodisney, no te jode... A donde sea, pero sácala de aquí. Que no vuelva hasta mañana por la mañana.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté.

—Un par de llamadas.

—¿Y ya está? —dije—. Hay un tío muerto en esa habitación, Akenatón. Le he visto los pies y está muerto, joder. Esta puta loca lo ha dejado frito con una bailarina. ¿Y tú lo vas a arreglar con un par de llamadas? ¿Quién cojones te has creído que eres? ¿Vito Corleone? Yo no sé si en tu tierra vais matando a gente por ahí y os deshacéis de los fiambres echándolos al Nilo, pero aquí las personas solo morimos de viejos o de infartos. Y para eso están los tanatorios, ¿sabes?

—Aquí nadie va a ir al tanatorio.

—¿Y entonces? ¿Lo cortamos en trocitos y lo echamos al contenedor verde? Carolina, por favor, di algo. Tenemos que llamar a la policía y...

—En la cárcel hace mucho frío —repitió Carolina con sus ojos extraviados, como si hablase en sueños.

—Qué hija de puta... Con el paquete que tenemos ahí dentro, y tú solo piensas en el puto frío. ¡Más frío tiene el muerto, y no se queja! Te lo dije, Akenatón. Te dije que esta tía escondía algo, que no era trigo limpio, que leía a Salinger. ¿Y quién lee a Salinger? Los putos asesinos. ¡Si hasta se llama Antonia, y no Carolina!

—Cállate —me ordenó agarrándome del brazo. Y acercándose mucho, para

que pudiese oírlo sin fisuras, me dijo—: Cada minuto que pasa el tiempo juega en nuestra contra. Así que por una vez en tu puta vida sé un hombre. Como se ha quedado muy buena noche, tú y Carolina os vais a ir a dar un paseo.

—Pero... —interrumpí.

—Y no se os ocurra aparecer por aquí hasta que se haya hecho de día.

En la calle, donde habitan los vivos, la gente se entregaba al abrazo del sábado como si en casa de Carolina no hubiese pasado nada, ajena al muerto de pies gigantes, mientras nosotros dimos vueltas sin brújula durante horas. Sin mirarnos, sin hablarnos, sin sabernos dónde, llegamos a barrios desconocidos, lejos de la furia del centro, y cuando parecía que la ciudad se desdibujaba en polígonos deshabitados y el silencio se nos atragantaba dábamos media vuelta y volvíamos a empezar. Un par de veces quise saber cómo estaba, a lo que Carolina respondió siempre con la misma letanía: «Tengo frío». Y seguíamos caminando a paso de zombi, espoleados por la adrenalina, aturdidos los dos. En algún momento, cuando regresábamos de algún distrito del sur, se hizo de día. Caí en la cuenta de que el muerto había dejado de pisarnos los talones, como si el paso de la noche se lo hubiera llevado consigo. Aunque no dejaba de pensar en él, en el muerto, digo, no lograba acordarme del color de sus zapatos, que fue lo único que le vi. El muerto estaba ya demasiado lejos, en otra vida. Y creo que a Carolina también le alivió el sol de la mañana; había recuperado el color del gesto, los ojos cuerdos, el cuello largo, las clavículas magníficas.

—¿Tienes frío? —pregunté.

—Ya no —dijo.

Y eso fue todo.

Nos dijimos adiós con dos besos tibios en su portal. Esperé a que se perdiese escaleras arriba, y solo cuando oí desde el zaguán el mecanismo de las llaves en la cerradura, la puerta cerrarse y un silencio largo, como un

abismo, me pude ir tranquilo. Fue la última vez que la vi, pues como alguien dijo una vez «nada dice adiós como una bala». Maxi nos contó que se había mudado. Que una madrugada, mientras le echaban el candado al Camarote, la vieron marcharse con varias maletas al final de la calle, con su habitual zarandeo de tacones.

—Quizá necesitaba un cambio de aires —dije yo.

—Quizá —dijo Maxi con la boca triste, pues de todos era el que más lo sentía cada vez que el barrio se quedaba un poco más vacío, con todos esos huecos en la barra que ya no se llenarían.

Lo que hiciera Akenatón esa noche nunca quise saberlo. Siempre sospeché que su carrera diplomática tenía muchas luces y algunas sombras. Que la embajada era un trampolín de amistades turbias y negocios de estraperlo, y que sus cenas con emisarios de rara calaña eran un peaje en la cadena de favores prohibidos. Cosas de mayores que yo no pensaba remover, pues para qué agitar la rama del árbol cuando su sombra de ciprés acababa de salvarme el culo. Nunca volvimos a hablar del muerto; ni yo le pregunté, ni él me lo contó. Hicimos como que no pasaba nada, como si aquella madrugada no hubiera existido. Kaput. Y fue la única vez que el año solo tuvo 364 días.

* * *

—¿Cómo te fue con los jeroglíficos?

—Mal, Camila, mal.

—¿Lo intentaste, al menos?

—Sí, pero son una trampa para listos. Si me hice periodista y no ingeniero de caminos fue, precisamente, porque mi cerebro no procesa bien la lógica científica. No vaya a ser que ahora, al no ser capaz de resolver unos garabatos, caiga en la frustración. Y la frustración me genere ansiedad, y la

ansiedad desemboque en un estado depresivo.

—Qué sería de ti sin el drama.

—Mira a Van Gogh. Como no vendía un puto girasol empezó con los problemas de autoestima, que llegan así, sin avisar, como el zumbido de una mosca, y acabó rebañándose la oreja.

—De acuerdo, nada de jeroglíficos entonces. ¿Y qué hay de lo demás?

—¿Qué es lo demás?

—Fidel, por ejemplo.

—Pues... fui a verle a su casa, pero no funcionó.

—¿Por qué crees que no funcionó?

—Me compré una parcela en la Luna y le llevé a Fidel dos metros.

—¿Cómo?

—Por internet, a unos israelíes. Me he hecho con un terrenito, y quise regalarle un trozo para animarle. ¿Y sabes qué hizo?

—No tengo ni idea.

—Nada. No hizo absolutamente nada. Se comió una McRoyal asquerosa sin ni siquiera mirarme, y me dio tanto asco que me tuve que ir.

—¿Y las cicatrices?

—¿Qué les pasa a las cicatrices?

—Dímelo tú.

—Era como estar con otra persona.

—Entonces, ¿te fuiste por culpa de la hamburguesa o de las cicatrices?

—Me fui porque no me hacía caso, estaba muy arisco, parecía que yo le molestaba...

—Y por las cicatrices.

—¿Insinúas que soy un frívolo?

—Insinúo que algo tuvieron que ver las cicatrices.

—Yo solo fui a hacerle una visita de cortesía.

—Pero hace seis meses te querías casar con él.

—¿Acaso no tengo derecho a cambiar de opinión? En la vida hay que probar y equivocarse, como Liz Taylor, que se casó ocho veces.

—Y murió sola.

—Si únicamente nos vamos a quedar con los detalles escabrosos... Qué tendrá que ver Liz Taylor conmigo.

—Eres tú quien ha hablado de ella, no yo.

—Pues olvídate de Liz Taylor, que era una ninfómana que se fue al altar con un albañil. Lo que ocurre es que Fidel es gilipollas. Pero te digo algo: que se olvide del regalo. Mi Luna es mía.

—¿Hay algo más que quieras contarme?

—No sé a qué te refieres.

—No sé. Cosas del trabajo, de tus amigos, de tu familia... No todo girará en torno a Fidel, ¿no?

—Pues ahora que lo dices... Hace unos días pasó una cosa un poco... particular.

—Dime.

—Los psicólogos guardáis secreto profesional, ¿verdad? Lo del juramento hipocrático, el código deontológico y todo ese rollo.

—Sí.

—¿Te acuerdas de Carolina? Mi amiga, la que leía a Salinger y luego nos contó que era puta.

—Perfectamente.

—Lo que voy a decir, dicho así, diciéndolo, suena un poquito fuerte. Pero de veras que no fue para tanto.

—¿Qué pasó?

—El otro día nos invitó a su casa y...

—¿Y...?

—Había matado a un tío.

—Qué tontería.

—No bromeo. Se cargó a un cliente golpeándolo con una bailarina de bronce en la cabeza.

—¿De bronce?

—¿Y qué más da si era de bronce o de arcilla refractaria? Le dio una hostia y el pobre hombre se quedó seco.

—Pero tú... ¿lo viste?

—Solo los pies.

—¿Y qué hiciste? ¿Qué dijo la policía?

—No avisamos a la policía. Yo quería, insistí varias veces en llamar al 112, te lo juro. Pero Akenatón nos lo prohibió.

—No es posible...

—Él se encargó de todo.

—¿Del cadáver?

—Sí, del cadáver. Pero yo no tuve nada que ver. Me fui con Carolina a dar una vuelta y...

—¿A dar una vuelta?

—Estuvimos andando toda la noche mientras Akenatón se ocupaba de... ya sabes.

—No, no lo sé.

—Pues de llevarse al muerto.

—¿Adónde?

—No tengo ni idea. Akenatón y yo no hablamos de esas cosas. Lo que hiciera con el cadáver es cosa suya.

—Mira, todo esto suena muy...

—Raro, sí. Muy raro.

—No me puedo creer que no llamarais a la policía.

—Ya te he dicho que Akenatón no me dejó.

—¡Me da igual Akenatón!

—Si yo sé que está mal, Camila. Pero la cosa se dio así y... al final salió bien.

—No, no salió bien. ¿Y si lo están buscando? ¿Y si tiene hijos? ¿Y si...?

—Oye, te estoy contando esto para que me ayudes, no para que me cargues aún más la mochila.

—Mira, yo... Yo no tengo los recursos terapéuticos necesarios para lidiar con este asunto.

—¿Recursos terapéuticos? Pues anda que no te he contado yo barbaridades en este diván.

—Esto es distinto. Estamos hablando de un asesinato.

—Lo dices como si lo hubiera matado yo.

—Creo que lo mejor será que dejemos de vernos.

—¿Me estás echando?

—Te estoy invitando a que te marches.

—¿Y la terapia?

—Ya no me necesitas.

—Pero si el otro día decías que esto iba para largo. Que la terapia podía durar años...

—Por favor, vete. O me veré obligada a llamar a la policía.

—Y el juramento hipocrático...

—He dicho que te vayas.

—¿Así, sin más?

—No hace falta que me des los cincuenta euros, puedes quedártelos.

—Me regalas la sesión. Qué considerada.

—Mucha suerte.

—Seguro que sí.

14. DIOS SALVE A LA REINA

Sus padres habían llegado a París huyendo de una de tantas dictaduras militares que fagocitaron Venezuela, y en París vino a nacer él, hijo de parias inmigrantes, cuando de aquel Mayo francés no quedaban ni las migas. Pues hasta los líderes del 68 se rindieron a la burguesía, se compraron un Citroën y se hicieron corredores de bolsa, no todos, pero sí algunos. Los años noventa le vieron crecer su barba larga y contestataria, su barba de *outsider*, su barba guevariana que resistió a la oveja Dolly, a la fiebre del hip hop, a las drogas de diseño y al fin de la Guerra Fría. Empezó como se empieza siempre en estas artes: garabateando grafitis sobre los muros rotos y en los vagones viejos de Seine-Saint-Denis, suburbio de suburbios donde los chavales solo se desfogaban de dos maneras: con la heroína o con el espray. Y mientras los demás se conformaban con plasmar su firma veloz en cualquier trozo de pared, él se dio cierta maña en el arte urbano, coronándose muy pronto como uno de

los mejores grafiteros de París.

Cuando la France se le quedó pequeña pasó una temporada en Londres, donde empezó la carrera de arquitectura para abandonarla unos meses después, desencantado con la ortodoxia académica y los mocasines de la gente bien. Allí conoció a algunos artistas de Brick Lane, el gueto de bohemios canallas que predicaban la «riña moral» con sus estampados por toda la *city*. De aquellas correrías por el este de Londres cultivó cierta amistad con Bontour, un misterioso creador sueco al que muy pocos habían visto y que se dedicaba a pintar pollas, ni penes ni falos sino pollas, pollas gigantes, como señal de protesta por la guerra del Golfo. Mucho antes de que Banksy saliese al mundo, de él aprendió la importancia del anonimato para urdir poco a poco su mito. Y fue Bontour, también, quien empujó a buscarse un símbolo que solo fuera suyo, una firma con la que empapelar el planeta.

De todas las cosas que pudieron haber sido, eligió las arañas, tejedoras del destino, que le venían obsesionando desde que de niño se enamorase de una ilustración de Gustave Doré, *Aracne*, donde a una mujer desnuda le crecían ocho patas de insecto. Durante algunos años se dedicó a viajar por los cinco continentes pintando arañas en los lugares más inesperados: en un fragmento del Muro de Berlín, en la fachada de la catedral de Los Ángeles, en la South African National Gallery de Ciudad del Cabo, en los escaparates más rimbombantes del cuadrilátero de la moda de Milán... El planeta se fue llenando de arañas, arañas negras de todos los tamaños, y hasta en Madrid se habían encontrado un par de ellas, si bien los estudiosos no se ponían de acuerdo sobre su autoría; una, minuciosamente dibujada, despuntaba sobre el pilar de uno de los puentes que trenzan la M-30. La otra, de ejecución más burda y, por lo tanto, la que generaba más dudas, aún se conserva en un zaguán de una antigua fábrica de lápices de Lavapiés, hoy reconvertida en una residencia de ancianos. También pintaba arañas en diez billetes de cien euros

cada año. Se prodigaba tan poco, que se calculaba que había unos ochenta de estos billetes autografiados yendo de mano en mano, como la gitana de la copla, y eran tan preciados por los coleccionistas que hubo quien pagó mil euros por uno de ellos. Nadie sabía quién era, pero todos lo conocían ya como el retratista de las arañas.

Pero los grafitis y los billetes pronto se volvieron muy poca cosa, pues no dejaban de ser un arte menor. Ya no le bastaba con esbozar arañas allá donde hubiese un muro desalmado, y decidió ir un paso más allá en su cruzada contra las normas y las posturas oficiales. Durante años, se había dedicado a comprar ejemplares de *La metamorfosis* de Kafka en todos los lugares en los que estuvo, y fueron tantos que alquiló un contenedor en Lisboa para guardarlos todos. Se los llevaba en cualquier idioma, nuevos o de segunda mano, compraba ediciones enteras descatalogadas o de nuevo cuño, de bolsillo o con tapa dura, pues sabía que algún día les daría un uso especial. Allí almacenó todos los libros, arrimando ácaros en un hangar junto a la desembocadura del Tajo, hasta un domingo de octubre durante un viaje del Papa a Portugal. Después de visitar Fátima con todo el regocijo que merecía un santuario por el que la Virgen se dio un garbeo en los albores de otro siglo, el Santo Padre fue a celebrar una misa multitudinaria en la lisboeta Praça do Comércio. Traía el pontífice un discurso histórico bajo los pliegues divinos de su casulla, pues pensaba reconocer, por vez primera, la teoría de la evolución de las especies. Miles de fieles adocenados, con los bolsillos cargados de una fe pesada como piedras, se congregaron en el centro de Lisboa para ver de cerca el perdón a Charles Darwin, que se emitiría por televisión para el resto del mundo.

Tal fue la ocasión elegida por el retratista de las arañas —que ya tenía visos de nombre oficial— para utilizar su colección de libros de *La metamorfosis*. Durante dos días, apenas sin descanso, se dedicó a deshojar páginas y más páginas con un abrecartas, rasgando los lomos uno a uno y

metiendo las hojas sueltas en media docena de sacas. Con la ayuda de un asistente y un piloto de aviación, cargó una avioneta con miles de cuartillas impresas de Kafka, despegó de un aeródromo cercano en el punto del mediodía y voló hasta la Praça do Comércio, justo cuando el Santo Padre era recibido como Mick Jagger. Cuando sobrevolaba el hervidero de cabezas cristianas, saltándose la prohibición de volar sobre Lisboa aquella mañana, la aeronave soltó el lastre de todos esos folios, empapelando la santa misa con una lluvia de confeti kafkiano. De haber existido entonces la Wikipedia, la muchedumbre habría sabido que *La metamorfosis* no era más que «una crítica a la sociedad autoritaria y una defensa hacia el individuo diferente, donde este queda aislado e incomprendido ante una maquinaria institucional abrumadora». Pero los asistentes solo vieron trizas de papeles mecanografiados cayendo del Reino de los Cielos, fragmentos que hablaban de un tal Gregorio Samsa, y se abalanzaron a cogerlos como si fueran la palabra de Dios. Los que consiguieron alguna hoja la cortaron en pedazos que repartieron a los que no las tenían. Y así, en bendecida hermandad, miles de fieles enganchados al Red Bull, de *papaboys* entregados al acné y a las guitarras, de monjas de hábitos rebosantes y de jovencitos portugueses que solo buscaban rozarse con las *papagirls* más animosas se llevaron un pedazo de *metamorfosis* como si fuera un botín de los milagros.

Después de aquello, cualquier cosa le parecía poca para seguir estirando la sombra de su leyenda, y escogió Madrid para llevar a cabo su siguiente performance. Esta vez se hizo con un lote de arañas vivas en un criadero chileno, tantas como tres mil, que le enviaron a España en un paquete especial tras gestionar los permisos necesarios. Una vez recibió el pedido, metió las arañas en bolsas de plástico herméticas y estas, a su vez, en una mochila corriente que no llamase la atención, y con la que le permitiesen acceder a cualquier parte. Y con el petate abarrotado de bichos se fue hasta el Museo del

Prado, donde se exponía uno de los cuadros que daban razón a su existir, *La fábula de Aracne*, mayormente conocida entre la plebe como *Las hilanderas* de Velázquez. Varias veces había viajado a Madrid solo para sentarse delante de aquel lienzo, y siempre que lo vio sufrió palpitaciones y algún vahído propios del síndrome de Stendhal. Y esa última vez, con la plaga de arañas hormigueándole en la mochila, no fue diferente. Cuando por fin estuvo frente al cuadro, absorto en el movimiento de la rueca que Velázquez consiguió con dos brochazos geniales, pues solo él era capaz de pintar el aire invisible, soltó un par de lágrimas y el corazón se le precipitó como de costumbre. Cuando se hubo repuesto de los vértigos del Stendhal se hizo un hueco entre los forasteros, abrió la mochila y soltó las tres mil arañas en el suelo, frente al cuadro. Como los turistas estaban demasiado enfrascados en las destrezas de Velázquez tardaron algunos segundos en percatarse de su fechoría, y cuando la primera mujer sintió la tolvanera de insectos revolucionados bajo sus pies, trepándole por los tobillos como una enredadera, él ya estaba en la sala contigua. Antes de salir, aún tuvo tiempo de escuchar el espanto colectivo, la anarquía de vigilantes echando pestes por sus pinganillos, las primeras sirenas de la policía. Los responsables del museo, alertados de que pudiera haber más arañas fruto de una plaga yihadista, clausuraron sus puertas lo que quedaba del día para desinsectar hasta el último rincón del edificio. Y cuando fue reabierto, libre de epidemias, el retratista de las arañas ya estaba en un avión con destino a cualquier parte, dándole vueltas a su próximo show.

Hace algunos años, cuando María, Mario y yo aún pensábamos que la vida eran dos días, y después resultó que eran cuatro, vivíamos los tres con la única misión de vivir cosas. De todos los horrores que nos brindaba Madrid —el magnicida en Carabanchel, los tumores por el CO₂, los picos de heroína de la

calle Pez, el turista guapo del Starbucks—, lo que más nos asustaba era el aburrimiento. Nos perturbaba que cada día fuera igual al anterior, no fuésemos a caer en ese monstruo que los mayores llamaban rutina, y así fue como implantamos la costumbre de La Primera Vez: como aún éramos vírgenes en casi todo, nos juramos que al menos una vez al mes haríamos algo que ninguno de los tres hubiéramos hecho nunca. Ese era el plan.

Como cualquier mancebo con la hormona subida, nos creíamos los protas de una película de culto, con nuestras Converse y nuestros Levi's y nuestro pacto de sangre de desflorar aventuras desconocidas. Y gracias a la alianza de La Primera Vez, hubo muchas primeras veces: nos hicimos los piercings de rigor en el lóbulo, conocimos Nueva York un año antes de que Bin Laden hiciese su abracadabra con las Torres Gemelas, probamos las setas alucinógenas en Ámsterdam, aprendimos a hacer pan en un curso intensivo en La Magdalena de Proust, que entonces era el obrador de moda, y hasta nos dio por tejer bufandas con la técnica del punto bobo. La única Nochevieja que pasamos juntos cambiamos las doce uvas por doce bombones de la Caja Roja de Nestlé. Y en Roma, una madrugada demasiado *hardcore* en la que nos habíamos quedado sin monedas, tiramos tres kiwis a la Fontana di Trevi.

Tan en serio nos tomamos esta tradición de La Primera Vez, que en algún delirio llegamos a prometernos que si a uno le sacaban una muela del juicio, pobres quijotes, los otros dos seguirían sus pasos. Pero pasó el tiempo y aquella calentura se nos fue enfriando. Llegaron los trabajos, las hipotecas, las sensateces. Llegó Olivia. La quiebra de Lehman Brothers. La muerte de Prince. De David Bowie. De George Michael. Y como nos temíamos, la rutina nos terminó alcanzando.

Habíamos conservado nuestros dientes, al menos yo, que incluso presumía de sonrisa de xilófono. Hasta que un dolor de encías que confundí con el duelo por Fidel, pues con él todo me dolía, me llevó al dentista. «Es la muela del

juicio —fue su diagnóstico—. Extraigamos.» Y mientras preparaba el instrumental con la ayuda diligente de su enfermera, y seguramente también su amante, saqué el móvil de mi bolsillo y marqué el número de María, que aún me sabía de memoria desde las primeras veces de La Primera Vez.

—Cuánto tiempo —respondió.

—María, lo siento. Iba a llamar, pero lo fui dejando para el lunes, y para el mes que viene, y ya si eso en enero... Cualquiera día Olivia te va a ganar un Nobel de física y aún no la conozco.

—No pasa nada. ¿Cómo estás?

—Me van a sacar una muela del juico. Y os echo de menos.

Supe por su silencio que estaba noqueada, demasiado atropellada por los recuerdos, y quise ayudarla:

—Había pensado que podíamos...

—¿Dónde estás?

—¿Te envió la dirección?

—Sí. Vestimos a la niña y salimos para allá.

Vestimos a la niña. Vestimos a la niña. Vestimos a la niña. Mientras la anestesia me llenaba la cabeza de agua y purpurina, la escena me cogió tan a desmano que me pareció una película de Fellini; Mario y María poniéndole a Olivia su camisita y su canesú. Me los fui imaginando en aquellas ocupaciones tan familiares, partiéndome de risa, a la vez que el dentista entraba y salía de mi carne con sus taladrismos, robándome el poco juicio que acaso me quedara.

Vestimos a la niña. Menuda conmoción.

Al salir de la consulta, narcotizado, los tres me esperaban abajo. Como la gente decente, fuimos dando un paseo hasta el Camarote, poniéndonos al día muy despacio para no aturullarnos, y en algunos tramos de la caminata incluso me dejaron empujar la silla de Olivia. Ya en la terraza me atreví a cogerla en

brazos. Y en las dos horas que duró el aperitivo no la bajé de mi regazo hasta que comenzó a llorar sin consuelo.

—El monstruo tiene hambre. Con las tetas que se te han quedado, no me extraña —dije entregándosela a María y señalando sus pechos siderales—. ¿Os acordáis cuando robamos un biberón de la farmacia y lo llenamos de absenta?

Nos reímos. Hasta Olivia dejó de sollozar vestida con mi chubasquero rosa. Preciosa. Y durante un instante feliz, tal vez unas milésimas de segundo que parecieron siglos, todo volvió a ser como antes.

Aún andaba tierno el agujero de la muela cuando el retratista de las arañas dio su golpe definitivo. Fue en Londres, durante la ceremonia de apertura del Parlamento, cuando la reina accede a la Cámara de los Lores hueca y sentenciosa, pertrechada con su joyería imperial y sus armiños. Como es tradición desde los siglos de los siglos, Su Majestad debía llegar al palacio de Westminster en una carroza tirada por caballos, zarandeada por miles de banderitas de la Union Jack que ondean como pájaros alegres, y una vez allí se aparearía con sus regias maneras del carruaje y caminaría los pasos lentos que la separan de la Entrada del Soberano, por la que solo ella está autorizada a pasar. Sería en ese impás, entre la calesa barruntada de oros y el portón victoriano, cuando el retratista de las arañas pensaba romper el cordón de seguridad y abalanzarse sobre la reina, a la que rociaría con un spray sobre la capa blanca. Si los escoltas andaban lentos, dibujaría una araña en el armiño blanco. Si como era de esperar le daban caza, bastaría con un garabato primitivo, de niño grande, y con eso se daría por satisfecho.

Nadie sabe en qué momento urdió aquel plan fatídico, a todas luces inviable para cualquier mente medianamente en orden. Era imposible adivinar si

concibió el asalto antes o después de perder la cabeza, de que le acechasen sus delirios de grandeza, de que las arañas le masticasen el cerebro hasta que fuera incapaz de distinguir el bien del mal, lo posible de lo imposible, una simple trastada de un atentado contra *Her Majesty the Queen*. Pero esa mañana, después de una noche de vigilia, se fue en metro hasta Waterloo con lo puesto, sin más bulto que su locura y el bote de espray, con la determinación de arremeter contra la reina.

Como siempre que la monarquía sacaba a la calle sus oropeles, Londres amaneció patas arriba, rebosado de curiosos que llevaban horas para coger sitio, como si en lugar de Isabel II fueran a disfrutar del muslazo sureño de Beyoncé en una Superbowl. Y hasta el Támesis bajaba revuelto por los paisajes góticos de Westminster, como si las aguas supieran lo que estaba a punto de suceder a las puertas del Parlamento. Su Majestad llegó un minuto antes de la hora fijada, con sus atuendos blancos y el pelo de plata, de mujer ilustre, y al bajarse del carruaje todo Londres estalló en un grito unánime, algo exagerado, de *God Save the Queen*. Después, los hechos se sucedieron tan rápido que ni los cronistas ni las necrológicas pudieron contar con exactitud lo que pasó. Alguien se saltó el cordón de seguridad, se oyeron tres disparos limpios y el equipo de escoltas cubrió a la reina con exquisita diligencia hasta el interior del Parlamento. Ajena al altercado, pues padecía una frágil sordera propia de su avanzada edad, Su Majestad cruzó la Entrada del Soberano con su calma regia, fue a colocarse la Corona Imperial del Estado en el Salón de la Toga y, sin saltarse ni una coma del protocolo, accedió a la Cámara de los Lores para presidir la ceremonia desde su trono magnífico. Afuera, un cuerpo quedaba tendido a escasos metros de la calesa vacía, con sus asientos todavía calientes por las posaderas reales, mientras los caballos relinchaban inquietos por culpa del sonido de los disparos.

Pasaron cinco días hasta que un buen señor, cansado y ojeroso, pudo viajar

a Londres para reconocer en la morgue el cadáver de su hijo, descerrajado con tres balazos, dos en el abdomen y uno en la frente, cuando intentaba acercarse a Isabel II con un espray que el francotirador confundió con un arma. Y aunque el mundo del arte lloró la pérdida y la BBC le diera la apertura de su informativo, los funerales fueron discretos, sin alborotos, en las estrecheces familiares de París. Solo en el último momento, cuando iban a meter al muerto en el horno crematorio, la madre permitió que un par de amigos, también artistas, pintaran una araña en la tapa del ataúd.

Y fue una tarde que llovía mal, porque a veces llueve bien, llueve bonito, pero otras no, cuando volví a pensar en Fidel, aunque en verdad nunca dejé de hacerlo, pero esa tarde, justo esa y no otra, me estallaron todas las culpas de golpe y me arrepentí muy fuerte de haberme ido de su casa cuando las cosas se pusieron feas, las cosas y su cara, para qué negarlo, que ya no era su cara sino otra cosa, y había que ser muy hombre para no espantarse y yo no lo fui, pude haberme quedado con él y volver al día siguiente, pero no lo hice y elegí el pellizco de la soledad cada domingo, que es cuando más joden los pellizcos, en lugar de aprender a quererle con sus cicatrices, aprendernos juntos, pues quizá había llegado el momento de bajar de la noria, de desenchufarme de esta vida loca, de comprar un *home cinema*, de sentar la cabeza, si era con Fidel o con cualquiera lo diría el tiempo, la suerte, la estadística, pues las leyes del amor no están escritas y quién sabe lo que nos deparará el próximo invierno, y si fracasábamos al menos ya no llevaría la culpa a cuentas por no haberlo intentado, y lo peor de todo es que puse una hamburguesa como excusa, una McRoyal Deluxe que incluso tiene entrada en Wikipedia, me aferré al hilillo repugnante de la salsa para irme y no volver a verle, me fugué como un preso de Alcatraz, como una rata de Benarés, como una estampida de elefantes, y de

pronto esa huida de escapista no me dejaba en paz, me apretaba los huesos de la frente y me picaba detrás de las orejas, y aquel remordimiento se me agarró a la carne como un cáncer, tanto se me agarró que ya no volvería a dormir tranquilo, nunca, pues los cobardes serán pasto de las peores pesadillas; cómo iba yo a vivir en paz sabiéndole a él con todos esos surcos en la cara y sabiéndome a mí como un hijo de puta, que es lo que nunca quiso mi madre que fuese, porque ella me creía un lobo y me enseñó a enfrentarme a los problemas y a sortear las crecidas del río, y desde que me soltó la teta siempre me hizo prometerle que sería cualquier cosa menos un necio, un apocado o un mierda, pues qué madre quiere eso para su hijo, y yo no había hecho honor a su escuela yéndome así de donde Fidel, que ahora también me daba mucha pena, qué sentimiento horrible, y de tanto pensarlo, pues ha de ser que las penas siempre ahogan cuando arrecia la lluvia, me di un paseo por sus redes sociales, por ver qué tal, más que nada, y de pronto su Instagram era un desfile de sonrisas al sol y terrazas primaverales, de cervezas bien frías, de escapadas al campo rodeado de amigos, fotografías todas de una vida feliz, y fue como si me hubiese perdido algo, porque de aquel Fidel que se comió la hamburguesa con tanta rapiña ya no quedaba nada, si acaso alguna leve cicatriz en la frente y una pequeña muesca de boxeador sexy en el labio, solo eso quedaba, y fue verlo tan guapo y tan recuperado y notar una punzada en el estómago, pues a santo de qué le iba tan bonito, y yo sin enterarme, y en un impulso, sin darme tregua, agarré el teléfono y marqué su número, zas, y al tercer tono Fidel respondió con la voz contenta, con lo que aproveché para decirle que tal vez podíamos vernos, OK, te llamo un día de estos, que estoy de médicos, contestó él, espero tu llamada, pues, fue lo que yo le dije, y cuando colgamos, aunque lloviese mal, la culpa se me había ido, menos mal, y esa noche, antes de acostarme, me quedé atrapado en una web de *gadgets* para *millennials* buscando un *home cinema*, el mejor de todos, no uno cualquiera, y

cuando lo encontré dormí a sábana suelta, mecido por ruido del agua en los cristales y ya sin ese picor detrás de las orejas, qué alivio, por fin, qué alivio.

Sonia y Maxi encontraron al fin el paraíso que llevaban media vida buscando. Era un antiguo chamizo levantado con cañas de bambú y algunas piedras que había servido de barracón de pescadores, encallado en una loma de la Cala de las Tortugas. Habían llegado a aquella playa durante unas vacaciones hipnotizados por su nombre, que ya presagiaba un bálsamo de aguas diáfanas como espejos y arena albina. Y nada más verlo se miraron, cómplices, y por los ojos del otro supieron que ambos iban a envejecer allí. Pensaban que todos tenemos reservado un lugar en el mundo en el que habremos de morir, y ellos acababan de encontrar el suyo: una barraca en Menorca que fue lonja de pescado, hoy semiderruida por el sol y la sal, y que con un par de arreglos y de puntales podría convertirse en el mejor chiringuito del Mediterráneo. Tardaron algún tiempo en convencer al dueño, un patrón de barco retirado y necio, de que se la vendiese. Pues aunque ya no le diera ningún uso y solo fuera un quebradero de astillas y goteras, a los lobos de mar siempre les costó demasiado deshacerse de todo aquello que les siguiese amarrando al océano. Pero hasta los recuerdos del mejor navegante tienen un precio, y acabó traspasando la propiedad por un buen empujón en la cuenta corriente. Tras la compra, las reformas se llevaron en secreto. Una vez al mes, Maxi tomaba un avión para controlar los avances en la construcción del nuevo Camarote, cuyo nombre, ahora sí, tenía todo el sentido; el Camarote de Madrid había sido un pequeño refugio en tierra firme, un espejismo en el asfalto, y el de Menorca iba tomando forma en el hocico del mar y al rebufo de las mareas, sin artificios, auténtico.

El día antes de mudarse, cuando el nuevo chiringuito estuvo terminado y con

todos los papeles en regla, organizaron una fiesta sorpresa para despedirse del barrio. Por sed y por costumbre, fui de los primeros en llegar. Y cuando cruzaba la calle con esa mecánica elemental de quien se conoce el camino tantas veces andado, cómo iba yo a saber que aquella madrugada desenchufarían para siempre el neón verde que remataba la entrada, con la «o» de Camarote siempre fundida. Camar*te.

Esa noche, una de tantas como otra cualquiera de no ser porque iba a ser la última, no faltó nadie. Akenatón, el taxista, las esposas respectivas, los vecinos de arriba y los de arriba de los de arriba, un par de quinquis que se lo bebían todo y algunas niñas pijas que solo pedían cócteles cosmopolitas, señoras con bastón con sus maridos dóciles, los porteros de finca y el frutero, los de los viernes y los de los martes, los del trasnoche y los del turno de mañana, los alcohólicos y algún abstemio. El barrio hizo un pleno al quince, pues los de mi distrito nunca perdíamos ocasión de echar unos tragos para atemperar el mundo. Sonia, que andaba siempre a vueltas con la decoración, había colgado del techo algunas guirnaldas festivas, y hasta encendió un par de antorchas hipnóticas a ambos lados de la barra. También había impreso varias fotos de los clientes más empedernidos, entre los que yo me encontraba, faltaría más, y con ellas fue salpicando las paredes, formando con nuestras caras un magnífico collage de borrachos. Todo estaba listo, pues, para el anuncio final.

A media noche, cuando todos bebíamos en voz alta para hacernos oír unos sobre otros entre la exaltación vecinal, Maxi dio un silbido sobre nuestras cabezas, como los pregoneros de antes, que nos hizo callar en seco. Y dijo lo que llevaba queriendo decir toda su vida: «Amigos, ha sido un placer conoceros, pero ha llegado la hora de que nos llevemos el Camarote a otra parte. Esto estuvo bien, pero yo no quiero morirme sin trabajar descalzo. Y si alguna vez vais a Menorca, no os olvidéis de visitar la Cala de las Tortugas.

Allí está nuestro bar, que es también vuestro».

El anuncio nos cogió tan desprevenidos, tan a contrapié, que se hizo un silencio de ascensor, un agujero de miradas cabizbajas, y aún nos llevó un rato entender que cerraban, que se iban, que no volverían. La fiesta, después de aquello, sonó distinta; hablábamos bajito y en corrillos tristes, la música era un blues de estrofas roncadas, la llama de las antorchas terminó por apagarse. Vi entonces a Sonia llorar por las esquinas, como una viuda recibiendo pésames en la capilla ardiente del marido muerto, y cuando hallé ocasión me acerqué a darle un beso. «Qué voy a hacer yo ahora sin tu tarta de zanahoria», le dije. Y al menos le saqué una sonrisa.

Era cierto; desde que empezara a cocinarla, se había extendido la voz de que el Camarote servía la mejor tarta de zanahoria de Madrid. Incluso el *New York Times* le sacó una reseña en su revista gastronómica, y fue la primera vez que alguien importante colocó nuestro barrio en el mapa. Desde entonces, decenas de peregrinos llegaban cada semana para darse un gustazo, siempre con el ansia de azúcar en la sangre, y para muchos el Camarote ni siquiera tenía nombre. Era, no más, «el sitio ese de la tarta». Su receta era un secreto guardado en la alacena prohibida de Sonia, y las veces que intenté sonsacarle el truco, ella se limitó a contar siempre el mismo chisme: «¿Sabías que la fórmula de la Coca-Cola está en la caja fuerte de un banco de Atlanta?». Después se daba media vuelta y regresaba a la cocina, inflada y orgullosa, dejándome una vez más con el azúcar en los labios. Y ahora que el Camarote se mudaba a una isla plagada de sardinas, sí, pero sin zanahorias, me quedaba no solo huérfano de amigos, sino también huérfano de tarta, que es la orfandad más dolorosa de todas las orfandades.

La fiesta siguió, y los más madrugadores se fueron marchando con muchos besos y algún sollozo, y los aguerridos nos quedamos blandiendo nuestras copas hasta la lucha final, pues si el barco se hundía nosotros nos hundiríamos

con él. Akenatón y yo, llegado el momento, nos hicimos a un lado para ver las fotos de la pared. En una de ellas, tintada en un blanco y negro de película trágica, estábamos los dos con Carolina apurando el penúltimo trago, aferrados a nuestras copas de balón como si estas contuvieran el elixir de una felicidad pretérita. Al fondo de la imagen, velada de luces oscuras, se intuía un grupo de cinco o seis clientes a los que intentamos descifrar. Ninguno de ellos vivía ya en el barrio; en algún momento habían dejado de bajar al bar y entonces ni siquiera les echamos en falta, y era ahora cuando nos dábamos cuenta.

—Nos estamos quedando solos, amigo —dijo Akenatón.

—Esto parece el exilio republicano tras la Guerra Civil —respondí—. Júrame que al menos tú vas a quedarte.

—¿Cómo voy a dejarte solo ante el peligro? —dijo él—. Si me fuera de aquí acabarías desahuciado, o preso, muerto en el mejor de los casos.

—Vete a la mierda.

—Además, ¿adónde podría ir con una mujer embarazada? —dijo sin quitar los ojos de la fotografía.

—No me jodas, ¿tú también? —le pregunté mientras me volvía hacia Lucía, que estaba en un taburete con las manos sutilmente colocadas en la tripa.

Al verla allí sentada, con una sonrisa reventona que le encendía las facciones, supe que Akenatón no mentía.

—Y nos gustaría que fueses el padrino.

Pude enfadarme por ese *baby boom* que me iba arrinconando, que le iba dando sentido a las vidas de todos, que les llenaba de razones y a mí me desahuciaba, me dejaba en los huesos, me sacaba de la rueda. Pude enfadarme, obvio, pero ya me había perdido demasiadas cosas con Olivia y no quise caer en el mismo arrebató. Con aquel padrinzgo, Lucía y Akenatón me estaban haciendo partícipe no solo de la preñez de su cigoto, sino también de las

futuras tetas y pañales, de sus primeros andares de bebé mórbido, de sus adolescencias indómitas, de sus cogorzas con malas compañías y de sus sobredosis, si las hubiese, que las habría. Por primera vez en mi existir estéril, después de tanto esperma desperdiciado con quien no se lo mereció, tendría un vínculo especial no solo con Olivia, sino con otra criatura que ahora apuntaba el tamaño de un tirabeque.

Y brindamos.

Quedábamos muy pocos, un agónico grupo de supervivientes, cuando fue la hora de cerrar. Maxi apagó la música, ahogó las luces, salió de la barra y nos fue empujando a escobazos hacia la salida. Me dio tiempo a mirar una última vez al fondo de la sala, que se hundía en la sombra como si fuese la última frontera. Cuando atravesábamos el portón verde y bajábamos el escalón definitivo, ese que nos devolvería para siempre a la calle, Sonia me abrazó por detrás. Y a la vez que me llenaba la espalda de lagrimones, me metió un papel doblado en el bolsillo del pantalón vaquero. Ya en la acera, abrazados todos, vimos a Maxi apartar los últimos trastos, retirar un par de sillas, vaciar un cenicero, sacarse las llaves de la chaqueta. «El último que apague la luz», le dije yo. Y fue la única vez que alguien me hizo caso.

Como el hijo pródigo que apenas era, fui a la casa matriz a pasar unos días con mis padres. Con la venia de la jubilación, iban los dos dando tumbos por los meandros de la vida, buscando su rinconcito en el mundo, llenando los agujeros que dejaban las veinticuatro horas del día. Mi hermano y yo habíamos crecido con la banda sonora de sus aventuras mozas, cuando se conocieron en los guateques universitarios y le sacaron todo el zumo a los setenta, una década que vino valiente. Él tocaba en una banda de rock los jueves y los domingos, durante sus años de carrera, con la melena *beatle*

flameando los vientos. Ella era un bombón universitario que detenía el tráfico con sus caminares cargados de carne, y que todos los veranos recorría Europa para sacarse unos dineros. Y juntos forjaron un amor bravo y explosivo, de mochilas veloces, de acantilados, de besos montaraces. Así fue hasta que llegamos nosotros, sus hijos, y el repertorio de benditas locuras se les esfumó con las hipotecas, los biberones y la burguesía. Pasaron muchos años en ese limbo acomodado donde la nevera siempre estaba llena de embutidos franceses, quesos italianos y botellas de Ribera del Duero, donde la casa mantenía una temperatura exacta de veintitrés grados, ni frío ni calor, gracias a la caldera en invierno y al aire acondicionado en verano, y donde los sábados se alquilaba algún *blockbuster* en VHS para disfrutar en la mullida prosperidad familiar.

Cuando mi hermano y yo dejamos el nido para volar solos, se les prendió de nuevo la chispa rebelde. Liberada del yugo del empleo de nueve a cinco, mi madre se abrazó a la chirigotada hippy, a la fitoterapia, a la danza del vientre o incluso al *crossfit*, que practicaba dos días por semana en un gimnasio tomado por bomberos. Y mi padre tuvo a bien coleccionar motos antiguas a las que dedicaba mil horas y zalamerías, pues las tuneaba con una ternura que más que mecánica era poesía. Atrapados en su escalada hacia adrenalinas más fuertes, como si la vida se les fuera quedando sosa, venían de hacer el Camino de Santiago a lomos de una de las motos de mi padre, una Ducati 24 Horas del 66. Pero era tal su apetito de kilómetros, eso que los indomables llaman *freedom*, que aún no habían deshecho sus mochilas peregrinas y ya estaban planeando un nuevo viaje sobre dos ruedas; esta vez, la Ruta de la Cocaína en Colombia, que les llevaría a lo largo del verano desde el interior impracticable de la selva amazónica hasta Culiacán, corazón del cártel de Sinaloa y puerto de salida de mercancía hacia los Estados Unidos de América, donde la coca viene a ser como el *cheeseburger*.

Alertado por mi hermano, que estaba viviendo con estupor los preparativos, un viernes cogí el último tren desde Madrid para quitarles la idea de la cabeza. Y si fracasaba, que era lo más probable, aprovecharía la visita, al menos, para poner al día su testamento. Padre y madre vinieron a buscarme en moto a la estación. No los recordaba tan guapos, tan chispeantes, con su insolente juventud calada en las chupas de cuero.

—¿Cómo pensáis llevarme a casa si habéis venido en moto? —les pregunté.

—¡Uy, qué tontos, no nos dimos cuenta! —rieron, abobados, como dos colibríes.

Y mientras ellos se montaban a horcajadas en la BMW R75/5 del 73, él delante y ella detrás, yo me fui en taxi.

Esa noche cenamos los cuatro en la cocina de mi adolescencia, a la que todavía me costaba volver, cada uno sentado en su lugar de siempre; mi madre y mi padre junto a la ventana, mi hermano contra el radiador y yo de espaldas a la puerta, como si siempre tuviera prisa por huir. En esa misma silla, casi dos décadas atrás, les había anunciado con atormentada solemnidad que quería marcharme y hacer mi vida lejos, allá en la marabunta de Madrid, o acabaría por volverme loco. Recuerdo que llovía, porque allí llovía incluso durante las lunas de agosto, cuando mi padre apenas dijo: «Se hará lo que necesites, hijo». Y ahora estábamos allí los cuatro, comiendo embutidos franceses y quesos italianos, como si el tiempo añejo se nos hubiera colado por una escotilla.

—A lo que vamos —dije yo—. ¿Qué es eso de la Ruta de la Coca?

—También llamada Ruta de la Muerte —añadió mi hermano con la boca llena de sorna y parmesano.

—Lo estás arreglando —dije—. Una cosa es el Camino de Santiago, pues allá vosotros con vuestros espíritus, pero Colombia...

—¿Qué le pasa a Colombia? —preguntó mi padre.

—Colombia es... Colombia —contesté—. ¿O acaso no habéis visto *Narcos*?

—Ese es el problema —contestó mi padre—. Te crees que la vida es una serie de Netflix y piensas que nos vamos de parranda con los últimos bastiones de las FARC.

—Pero, ¿qué se os ha perdido allí? ¿No preferís algo más tranquilo, como el Eje Cafetero?

—¿Te han contado lo de la yuca venenosa? —insistió mi hermano.

—La yuca brava —corrigió mi madre.

Entonces me acordé de que hacía tiempo, en una conversación telefónica en la que despachábamos sus histerias y las mías, algo debió decirme de una variedad de yuca pseudomágica que había descubierto en unos cuentos amazónicos. Aquel día no le di demasiado vuelo al asunto, pues cómo iba yo a imaginar que pretendía ir a buscarla en moto a las comarcas clandestinas del narcotráfico.

—¿Tampoco le habéis hablado del bailecito ese? —dijo mi hermano.

—¿Qué bailecito?

—No es un bailecito —respondió mi madre—. Es la danza del Sanjuanero, que se celebra entre las tribus de labradores para dar la bienvenida al verano. Los que la han visto cuentan que es una experiencia increíble, porque a través de la coreografía conectan con sus antepasados.

—Así que vais a ir a Colombia para ver un *poltergeist* de campesinos y para comer yuca. Y, con un poco de suerte, a que os roben la moto y a que os peguen un tiro. Qué buen plan...

—Cuando tú aún no habías nacido —comenzó a referir mi padre— tu madre y yo ya habíamos visto rituales de brujería en Burundi, una pelea de pandillas en Harlem y la misa negra de una secta satánica en Bruselas, así que no nos vengas a dar lecciones de peligrosidad. ¿Acaso te dijimos algo nosotros cuando te abriste la rodilla en Tailandia?

—Este queso está buenísimo —dijo mi hermano.

—Grana Padano —apuntaló mi madre.

Y tras recoger la mesa con el ceremonial de otras décadas, en un estricto reparto de tareas que repetíamos ordenadamente desde los albores familiares, nos fuimos a dormir cada uno a nuestra habitación. Todavía conservaba mi alcoba adolescente los recuerdos de mi vida entre aquellas paredes; un póster de *Pulp Fiction*, pues estuve enamorado de Uma Thurman hasta que la cambié por Keanu Reeves, un calendario con el *skyline* de Manhattan, algunas fotos prehistóricas en las que casi siempre posaba solo, porque así me recordaba a mí mismo en esos años, y un marco con el primer texto que publiqué en el periódico, una noticia que refería el aumento de accidentes de tráfico en el madrileño barrio de La Elipa en los arranques del milenio. Ya entonces apuntaba maneras de fracaso en las cloacas del periodismo. Me costó coger el sueño con el aliento de tantas memorias sobre mi cabeza, tumbado en un colchón que se me hacía extraño y muy estrecho, y era muy tarde ya cuando caí dormido.

Esa noche, raro en mí, no tuve ningún sueño. Fue como si muriese. Y cuando desperté, Uma Thurman, Manhattan y La Elipa seguían alborotando las paredes del cuarto, porque nadie ha inventado aún cómo deshacerse de los recuerdos. Desayuné solo, pues mis padres y mi hermano todavía dormían, y puse la radio para que me animase las tristezas del café. Cuando oí su nombre en boca del locutor que hacía el inventario matinal de las noticias, subí el volumen: «El intruso fue abatido a las puertas de Westminster cuando trataba de atacar a Isabel II, que se disponía a presidir la ceremonia de apertura de las sesiones. Según los informes preliminares de Scotland Yard, el agresor respondía al nombre de Julio César Espinoza, un conocido artista urbano cuyo cuerpo será repatriado a París, su ciudad natal, en los próximos días. La reina, que se encuentra en perfecto estado, ha agradecido las muestras de apoyo de sus

súbditos a la vez que ha lamentado el triste final de su atacante. La investigación continúa abierta».

Corrí a la habitación de mis padres, que agotaban los últimos minutos de sueño en aquella mañana de sábado. Fue mi madre, espesa y aturdida, quien saltó primero del lecho conyugal: «¿Qué pasa, cariño?».

—¡Es él! —grité.

—¿Quién?

—¡Julio César Espinoza!

—Qué dices... —balbuceó mi padre.

—¡El tipo que aparecía en mis sueños! ¡Es él! ¡Y lo han matado!

—¿A quién han matado? —preguntó mi madre, ya sentada en el borde de la cama.

—Julio César. Iba a atentar contra la reina y...

—¿Han matado a Letizia?

—No, joder, a la inglesa. Y no la han matado. Lo han matado a él... ¡En Westminster!

—¿A quién?

—¡A Julio César!

—¿Era amigo tuyo? —insistió mi madre.

—No, pero... como si lo fuese.

—Cuánto lo siento, hijo.

—Ahora va a resultar que eres tú el que necesita un poco de yuca —sentenció mi padre, desperezándose.

Entonces no me pareció tan mala idea; tal vez no era justo al echarles por tierra el viaje a Colombia, cuando yo mismo metía el corvejón en todos los charcos que veía y no acepté jamás consejo alguno. Me había preocupado más de lo normal porque ya me venían pesando demasiadas ausencias, y no quería sumar también el vacío de mis padres. Supongo que, sin saberlo y muy al

fondo, sentía envidia. Y ojalá yo, llegado a sus edades, tuviera su misma hambre de peripecias amazónicas, sus ganas de bailar el Sanjuanero y ese brillo en lo negro de los ojos que no se les borraba ni cuando dormían. Mi padre se calzó las zapatillas y, con pasos morosos, todavía dormidos, se fue hasta la ventana, subió la persiana, ventiló la estancia, se volvió hacia mí. Y dijo:

—Si alguna vez nos pasa algo y no volvemos, prométenos que cuidarás de tu hermano, que regarás las plantas de tu madre y que no venderás las motos. Pero, por encima de cualquier otra cosa, haz el favor de no aburrirte nunca.

Pasé el resto del día abandonado a un duermevela caprichoso, sumido en una siesta que iba y venía. Y aún me quedó tiempo para *googlear* varias veces el nombre de Julio César Espinoza. Usuarios de todo el mundo habían inundado sus redes sociales con imágenes de todas las arañas que alguna vez pintó en cualquier muro del planeta. De tanto bucear en aquel internet que todo lo sabía, me enteré entonces de la lluvia de Kafka sobre Lisboa, a la vez que me juré visitar el Museo del Prado en cuanto volviese a Madrid no más que por ver el cuadro de *Las hilanderas*. Al hilo de todos esos insectos, me vino a la cabeza un extraño episodio de mi niñez, cuando fui mordido por una araña venenosa durante una excursión con el colegio. Como no conseguía acordarme del todo, le pregunté a mi madre, que siempre tuvo memoria de satélite. «Cuando la ambulancia llegó al hospital habías entrado en parada cardiorrespiratoria», me contó a sorbos de té matcha, su favorito, con la mirada tremenda. «Y de pronto te recuperaste, como si nada. Los médicos no consiguieron encontrar una explicación a tu cura. Estaban alucinados, entrando y saliendo de la habitación con la cara desencajada. Las enfermeras te llamaban Spiderman, y hasta vino un cura para certificar que había sido un milagro. Menos mal que tu padre se dio cuenta y lo mandó a tomar viento. ¿Y te acuerdas cuando publicaron tu caso en una revista científica y escribieron

mal tu nombre en el artículo? Te enfadaste tanto, que ese día prometiste que serías periodista para que nadie volviera a equivocarse.»

Esa noche, mientras mis padres se querían en su alcoba sobre el colchón lleno de mapas de la selva, Julio César era enterrado en nuestro último sueño compartido bajo una lápida muy blanca y muy limpia, custodiada por cuatro fantasmas mansos que bailaban el Sanjuanero alegremente, como azafatas de Telecinco, con los bolsillos llenos de arañas.

Fui sabiendo de Maxi y Sonia a través del WhatsApp, donde iban rindiéndome cuentas de sus quehaceres en la Cala de las Tortugas. A veces me enviaban fotos con los obscenos atardeceres de la isla, otras nada más que me escribían para contarme que me echaban de menos, pues nadie les comía las tartas como yo lo hacía. Entretanto, en Madrid, unos inversores abrieron una asesoría jurídica en el local donde antes estuvo el Camarote. Y aunque me preguntaron varias veces preferí no decirles nada. Para qué. Tampoco les conté que habían retirado el antiguo neón para colocar un nuevo letrero, o que habían podado las ramas más altas del nogal para que la entrada no se les llenara de hojas secas. Todo eso pasó y me lo vine callando, pues quería que al menos ellos conservasen el recuerdo de lo que fue. Llegado el momento, los dueños de la asesoría organizaron un cóctel de inauguración para empleados y pitiminís de la abogacía, y el cancaneo de invitados cayó en el barrio como una estocada. Pero ese mismo día, cuando los últimos picapleitos de la fiesta se iban a sus casas en sus cochazos serios, un hallazgo inesperado me enfrió el duelo: por casualidad, mientras ordenaba el caos de mi ropero, encontré en un pantalón el papel que Sonia me había dado en su fiesta de despedida. Al día siguiente lo enmarqué y lo colgué en el pasillo, para que si alguna vez venía un mal viento no se me olvidase que la calma, a veces, puede esconderse en ciento noventa

gramos de harina.

TARTA DE ZANAHORIA

Ingredientes:

4 huevos / 180 g de aceite de girasol / 150 g de azúcar moreno / 150 g de azúcar blanco / 190 g de harina / 15 g de canela / 10 g de bicarbonato de sodio / 15 g de polvo de hornear / 5 g de sal / 380 g de zanahoria rallada.

Para respetar la naturaleza de las materias primas, mezcla todos los ingredientes con las manos, nunca con máquinas, hasta que la masa quede perfecta. ¿Y cuándo está perfecta? Lo sabrás. Solo hay que darle tiempo para que todas las texturas se fundan en una sola. Después, déjala reposar 30 minutos antes de hornearla a 180° durante una hora.

Para el *frosting*:

220 g de queso crema / 60 g de mantequilla derretida / 125 g de azúcar glas / 5 ml de zumo de limón.

Cuando la tarta se entibie, cúbrela con esta mezcla y, para terminar, espolvorea con trozos de nueces. Y recuerda: si te ríes mientras comes, no engorda. Y si engordas, siempre puedes bailar.

15. MARIPOSAS

El verano, otro más, fue un monstruo sin brazos que lo regó todo de vida. Yo que apenas tenía un par de plantas, ajeno a la botánica salvaje de las estaciones, las vi crecer como bestias furibundas, y el salón se me llenó de frondas y hojarascas descontroladas. La misma fuerza desbocada pareció colarse en el vientre de Lucía, donde Akenatón júnior aumentaba su tamaño cada día, y ya desde los primeros meses de embarazo el ombligo faraónico de la madre parecía un capitolio, un alien, un megalito. Olivia, la hija de Mario y María que me había dado tantos quebrantos al nacer, era una explosión de dientes de leche que ya iba para mujercita. En una tórrida madrugada de agosto en la que no lograba dormir, una de esas noches en las que si uno presta atención puede escuchar el rugir de tripas de la Tierra, se me coló por televisión una final de rugby entre Inglaterra y Nueva Zelanda. Sin nada mejor que hacer, me entregué hipnotizado al baile iniciático de los All Blacks, que zarandeaban sus cuerpos extremos en una danza troglodita, como una manada de búfalos en estampida que parecían gritar: «Aquí estamos, guerreros y

caníbales antes de la barbarie, clavando los pies en el mismo suelo donde están enterrados nuestros antepasados maoríes, listos para despedazar al enemigo y entregar sus cuerpos mutilados a la madre tierra. Somos carne cruda, somos sangre roja, somos pura raza». Y la contemplación de aquel *haka* anfetamínico me confirmó que el mundo se agitaba como nunca. Que la vida se extendía por cualquier hueco que estuviese vacío y se desparramaba por los vientres, por los tiestos urbanitas de mi pequeña casa, por el pecho de plata de las bestias del rugby. Todo era tan exuberante y tan pletórico, tan animal, tan fuera de sí, que a veces me asustaba.

A lo mejor siempre había sido así, pues los embarazos, los *hakas* y las macetas venían de antiguo. Pero ahora lo notaba a simple vista; cuanto más se revolvía todo a mi alrededor, más quieto estaba yo, atascado y en el mismo punto como un buey pasmado. Salvo en los menesteres del retrete, que visitaba con abundancia y me recordaban que no estaba muerto, me dio por pensar que el ciclo de la vida pasaba de mi culo. Se acordaba de mis plantas y de los dientes primerizos de Olivia, pero a mí no me hacía ni puñetero caso.

Aquella certeza me enfermó, y antes de que terminara el verano le regalé las plantas a una vecina viuda y muy menesterosa, dos pisos más arriba, con la coartada de no poder atenderlas como merecían.

—¡Menudo tamaño, qué barbaridad! —exclamó ojiplática cuando le hice la entrega—. ¿Qué les das para que estén así de hermosas?

—Paso de ellas.

Cuando volví a casa, ya libre de esa espesura verde que me estrangulaba, seguí quitándome peso de encima. Pasé el otoño librándome de libros y ropas viejas, de chismes que debieron servirme para mucho o para nada, de la bici estática que aún llevaba puesto el precinto, del estorbo de algunos muebles que me destrozaban los dedos de los pies y las espinillas... Para que el cambio no fuera solo de carne, sino también de espíritu, me hice también un feng shui

en el cerebro: borré de mis listas de Spotify las canciones que ya no escuchaba porque o bien eran muy lentas o bien demasiado felices, limpié mi Instagram de fotos absurdas e hice una purga de guapos en Facebook a la que solo sobrevivieron los contactos más feos y los amigos. Y a las puertas del invierno, cuando el frío, mi apartamento fue al fin un espacio sin distracciones ni quebraderos, un sóviet de armarios meticulosos y cajones limpios.

A pesar de la criba, había algo que me seguía azuzando y no me dejaba fluir. Por más que mi casa pareciese el tocador de Farah Diba, todos tenemos una mancha en el currículum, y el mío llevaba el nombre de Fidel. Desde que en la última primavera me dijera «te llamo un día de estos», que es lo que dicen los que no tienen nada que decir, le había dado de tregua un verano entero y parte del otoño, con todo lo que dan de sí las estaciones. No volví a saber de él salvo por sus fotos de Instagram, donde exhibía una felicidad bella e insultante, sin rastro ya del camión de mudanzas, y en todos esos meses de vacío no conseguí quitármelo de encima. Pero se me agotaban el tiempo y el aguante, a mí que nunca tuve buen temple ni sosiego, y ni por todos los oros de Moctezuma iba a pasar otro invierno en aquel barbecho de silencios.

Un martes kamikaze decidí ponerle remedio. No calculé que los martes, por capricho cósmico, era el día de los contratiempos. Pero a pesar de todo no hice caso a los malos agüeros y le escribí un mensaje cortés que nos rompiese el hielo.

«¿Cómo estás?», le pregunté. Y entonces, lo de siempre: me leerá o no me leerá, los segundos de angustia, el doble check azul de WhatsApp, el tiempo detenido en ese brete, la temida respuesta: «Quién eres».

Quién eres. Eso me dijo Fidel al cabo de los meses, un «quién eres» como una cuchilla de afeitar a estas alturas del tira y afloja. Quién eres tú, pedazo de canalla, tuercebotas, malparido, gañán, pelagambas, mameluco, cabestro, pintamonas, don nadie, sabandija, cantamañanas, pataliebre, cansalmas,

cagalindes, cretinastro, bocallanta, gandul, sanguijuela, mamporrero, escornacabras, malasombra, mendrugo, sacamuelas, fantoche, alfeñique, chupasangre, lumbreras, mangurrián, huelegateras, pasmarote, soplaguindas, tordo, carajote, robaperas, chirimbaina, fulastre, gurriato, barrabás, hijoputa.

En otros siglos, para enterrar a un amante no quedaba más remedio que darle muerte con cicuta o con la espada. Pero entonces vino Steve Jobs y nos dejó una enseñanza que simplificó mucho el lance: para olvidar a alguien y darle puerta, bastaba con borrar su número en la agenda del móvil. No existía peor destierro que ese. Y así lo hice; lo eliminé con aspavientos de pobre despechado, pues cuándo sino en una despedida le vamos a echar un poco de teatro.

Eso fue todo. Un martes. Como siempre. Y cuando por fin tuve claro que ya no, que ya nunca, me senté a esperar al siguiente, y a pensar en trenes que me llevaran lejos.

* * *

No levantaría más de un metro del suelo cuando escribí una carta a Michael Jackson, mucho antes de las pederastias y el Propofol, en los años en que este aún era negro. Habían televisado uno de sus conciertos del Bad World Tour, y quedé tan impresionado con sus bailes cósmicos, de semidiós tronado, que encontré la dirección de su publicista en una revista de famoseos y le envié una nota de mi puño y letra. A mi hermano debieron darle envidia mis intrigas epistolares con el señor Michael, y él también se armó de papel y bolígrafo para cartearse con alguien importante. Eligió al rey de España, que entonces era la celebridad que le cogía más a mano, y ambos fuimos con nuestras respectivas misivas a la oficina de Correos. Dos semanas tardó Su Majestad en responder a mi hermano, dándole las gracias por sus cariñosas palabras en

una hoja con el membrete oficial de palacio. Y mientras él manoseaba la carta real y la recitaba de memoria, como un pelícano, yo seguí bajando cada tarde al buzón durante años, al volver del colegio, con la esperanza de recibir noticias desde Los Ángeles. Pero a Michael Jackson se le terminó atrancando el corazón un 25 de junio, en una noche yerma batido de analgésicos, y me quedé sin carta.

Desde entonces no he dejado de esperar cosas que nunca llegan. Agazapado tras el buzón esperé aquella carta, y más adelante seguí esperando trenes y también veranos, y esperé a hombres que no existían y a que algún domingo sucediera un milagro. Esperé a que saliese el sol, a que se enfriara la sopa, a las rebajas de enero, a que Leonardo DiCaprio no se hundiera con el *Titanic*. Esperé a Fidel en nuestro banco, y ahora que ya no le esperaba a él seguía esperando otra cosa, quién sabe, lo que fuese. Todo lo esperé sin demasiado éxito.

Puesto a esperar, también esperaba noticias frescas que sacudiesen mi desgana periodística. Llevaba demasiado tiempo escribiendo sin colmillo, llenando los huecos del diario con sucesos banales. Porque aunque jamás tuve vocación de corresponsal de guerra, como esos cronistas hiperestésicos que se jugaban el pellejo en las escaramuzas del Daesh, siempre creí que para escribir en Madrid también se necesitaba chaleco antibalas. Pero ahora que me rondaban los cuarenta, empezaba a desechar esa idea romántica del periodismo, pues con un Truman Capote ya fue bastante. «¿Y si esto es todo?», me preguntaba cada mañana en el ascensor, cada día más lejos del Pulitzer, amodorrado.

Rumiaba yo esta crisis existencial cuando conocí a Greta, cuyo nombre saltó en un teletipo un día cualquiera a primera hora. Era una joven dominicana de diecinueve años que había ingresado en el hospital tras ingerir quince mariposas, y como la mañana estaba muy tranquila, sin atentados ni

cadáveres que animasen los teléfonos y zarandeasen la rotativa, mi jefe el Galgo me mandó a visitarla.

—Entérate de todo —me ordenó—. Quién es esa chica, dónde consiguió las mariposas, de qué especie eran. Averigua si tiene estudios, si es discapacitada, si lo hace habitualmente, si estaban ricas...

—¿Quieres que me presente allí y le pregunte si las mariposas estaban ricas? —le dije, pero él ya estaba al final del pasillo con su olfato de perro, como si el aire estuviera cargado de noticias que oliesen a camembert.

Pensé que sería otra loca de tantas, y de muy mala gana cogí mis cosas y fui al hospital. Y sin embargo no hubo atascos que me perturbasen el viaje, en la radio sonaban canciones bonitas, aparqué a la primera bajo la sombra de un árbol amable, y cuando di su nombre en ventanilla la recepcionista me envió sin estorbos a la sexta planta, habitación 646. Greta estaba sola, malherida de mariposas en la cama fría, enchufada al suero que le llenaba de nutrientes, pues los bichos la habían dejado sin fuerza. Al verla tan escurrida, envuelta por esa bruma macilenta que reviste la piel de los enfermos, me pregunté qué le estaría pasando por la cabeza; tal vez la pobrecita no entendiese por qué unos animales tan bonitos le habían podido hacer tanto destrozo al cuerpo. Me presenté como lo que era, un periodista sin muchas ambiciones que solo quería saber cómo le iba el empacho. Y en lugar de echarme, que es lo que habría hecho cualquiera después de cometer semejante disparate, me dejó pasar y me lo dijo todo: «Me las comí porque quería saber qué se siente cuando se tienen mariposas de amor en el estómago».

—¿No has estado nunca enamorada? —le pregunté.

—No. Pero ahora ya sé que es horrible.

Sus palabras fueron tan duras que me quedé sin argumentos para juzgarla. Su familia se había quedado en República Dominicana y ella malvivía en Madrid limpiando un gimnasio por tres euros la hora. Mas yo mejor que nadie

sabía cómo duele la ausencia, y mientras otros capeaban las soledades con cocaína o chocolate a la taza, Greta se había comido un puñado de mariposas porque estaba sola, más sola de lo que nadie que yo conociera lo hubiese estado. Hablamos largo, y antes de marchar nos dimos los teléfonos y le compré unas revistas de canalleo rosa en el quiosco del hospital. Iban todas las portadas con el sonado divorcio de un torero que venía de exprimir un matrimonio feliz, ahora roto. «No volveré a ser el mismo», decía uno de los titulares junto a la imagen desesperanzada del matador.

—¿Lo ves? —le dije al dejarle el fardo de magazines en la mesilla—. Aquí no se libra nadie. Y este no se dará un atracón de mariposas, pero un par de gramos seguro que caen.

Cuando me marchaba, al despedirnos, Greta me pareció una pobre Lolita, pero sin Nabokov, y no hay nada peor que las lolitas sin literatura. Ese fue mi regalo: ponerle algo de poesía al estropicio digestivo de las mariposas, echarle algunos adjetivos bellos al sirope de suero que le limpiaba la sangre, contarle al mundo que no estaba loca, solo algo cansada. Lo titulé «El fraude de las mariposas en el estómago», y se alzó como lo más leído del día en mi periódico. Y hasta puede que no fuera el reportaje con más enjundia de mi carrera, pues para escribir de la ofensiva de Alepo ya estaban los buenos, pero Greta se lo merecía; si mi crónica al menos le sonsacaba un alivio al aleteo muerto de su barriga habría merecido la pena.

Seguí esperando algo como esperan los reos, las musas, los novios capilla o los enfermos. Y correr por las mañanas fue de las pocas ocupaciones que me serenaron tanta espera. En los momentos de apatía, arrancarle kilómetros al río era como un deshielo. Cuando corría mi cuerpo se encendía, adelantaba árboles, doblaba esquinas, las calles se movían, pasaban cosas. Cada día

llegaba un poquito más lejos, un poquito más rápido, un poquito más airado, y mi colección de zapatillas luminiscentes, como peces en el paraíso, era uno de mis mayores orgullos. *Run, run, run*. Menuda droga.

Pasado el tiempo, seguía acordándome de Martín, el primer mecenas de mi cuerpo esbeltísimo, y no había día en que no echase de menos sus adiestramientos, su camorrismo insoportable, su ética del estoicismo que tantas veces me llevó a querer matarle. Alguien me había dicho que los tarahumaras, una tribu de fantásticos corredores, le dedicaban su esfuerzo a los dioses de la Sierra Madre. Debí tomarme muy en serio aquella épica tribal, tan primitiva, y cada vez que me ataba los cordones con esa metafísica sexy de los anuncios de Nike pensaba en él, en Martín, y le brindaba la carrera. «Va por ti, hijo de puta», repetía como un rezo al sol con la primera zancada. Y así le mantenía viva la llama.

Aunque había asumido que no volvería, pues todos se me acababan yendo más pronto o más tarde, un buen día me llamó a primera hora, cuando ni siquiera había comenzado a silbar la cafetera. Y a pesar del legañoso por lo temprano, le respondí con muy buen ánimo, contento.

—¿Sí?

—¿Qué haces en la cama? Deberías estar corriendo...

—Estoy esperando a que se haga de día. Un tipo tan atractivo como yo no puede salir a la calle cuando es tan oscuro. Podrían hacerme algo.

—Sí, tirarte cacahuets.

—Por ejemplo. ¿A qué se debe el honor de esta llamada, mister?

—¿Tienes algo que hacer el año que viene?

—Eso espero.

—¿Sabes nadar?

—¿A braza o a crol?

—Estilo libre.

—Hombre, no soy Michael Phelps... pero al menos no me hundo.

—Estoy trabajando en un proyecto de...

—Sí, quiero.

—Todavía no te he dicho de qué se trata.

—Me da igual. Acepto.

—Voy a cruzar a nado el estrecho y necesito un acompañante.

—Espero que no sea el estrecho de Magallanes...

—Gibraltar. Desde Tarifa hasta Punta Cires, en Marruecos.

—¡Uau!

—He encontrado una marca de frutos secos interesada en patrocinar la travesía, y el dinero que recaudemos es para la asociación SOS Delfines.

—Supongo que me gustan los delfines.

—También hay que pagar los permisos de capitania marítima, la embarcación de asistencia, el servicio médico...

—Bah. Como produzcan anacardos, al precio que están, eso será calderilla para ellos.

—Solo ponen una condición: que en los avituallamientos solo comamos sus productos.

—Obvio. No vamos a tomar cochinillo segoviano, ¿no?

—Además lo haremos en la modalidad sin neopreno.

—Mejor. El neopreno es un atentado estético. Y si hay que morir, que al menos sea con un poco de dignidad.

—Deberías tomártelo en serio. Estamos hablando de 15,8 kilómetros al amparo de las corrientes, de las mareas, del viento... Es una travesía durísima al alcance de muy pocos.

—¿Y cuándo empezamos?

—En dos semanas. Arrancaremos con un programa básico en piscina. Cuando seas capaz de nadar a más de 3,5 kilómetros la hora, continuaremos la

preparación en un pantano para aclimatarnos a las condiciones que se dan en aguas abiertas.

—Mañana mismo voy a comprar bañadores.

—No hace falta, los patrocinadores nos darán unos con su logo.

—¿Bañadores de una marca de frutos secos? ¿Es necesario?

—Sin pasta no hay Estrecho. Al principio entrenaremos dos horas al día.

Poco a poco subiremos a tres, después a cuatro, y acabaremos en cinco.

—¿Cinco horas?

—Y cinco días a la semana.

—Joder, qué tunda de agua. Ya pueden estar jodidos los delfines...

—¿Te estás echando atrás?

—¡Eso nunca! ¿Acaso te fallé cuando nadie daba un duro por mis huesos?

—Lloraste mucho...

—Y sudé aún más.

—Entonces, ¿puedo contar contigo?

—Hasta la victoria, siempre.

—Así me gusta.

—Solo quiero hacerte una pregunta.

—Dispara.

—¿Por qué has pensado en mí?

—Porque no he encontrado a otro gilipollas que quiera hacerlo.

—Entonces, no se hable más. Gibraltar es nuestro.

No fue hasta un rato después de colgar cuando vine a caer en un detalle: a excepción del sashimi, pues nunca pienso que esas delicadezas tan coloristas un día tuvieron branquias, los peces me dan un asco insano, de nenaza insufrible. Las pescaderías, con su olor a degollina y todo ese género de ojos muertos y desorbitados, me llevaban siempre a las novelas de Stephen King. Del mar me encantaban las olas zumbonas y sus surfistas bermejotes, las mareas

renqueantes que vienen y van, el horizonte curvo que acaba por fundirse con el agua dócil, el cabo de Finisterre, *finis terrae*, pues nada me podía poner más cachondo que imaginar que en ese risco se acaba el mundo. Pero después estaban las medusas inquietantes, como un magma traslúcido y pegadizo, los congrios, cuyo nombre horrísono ya vaticinaba cualquier profecía de Nostradamus, o las anguilas, que incluso guisadas en los fogones pijos de Le Cordon Bleu parecen la lengua del demonio. La sola idea del verbo «flotar» me daba náuseas. Y ahora yo iba a zambullirme en la boca del Atlántico, en el abismo mismo de la vida, para chapotear entre escamas viscosas y espinazos podridos. Librárame Tritón de no morir ahogado en la travesía.

Quise creer que los delfines nadaban en otra liga y eran una especie evolucionada más próxima a los usos humanos que a la perca rumana o el barbo del Danubio, y me hice en YouTube con un documental de Discovery Channel, *El océano inteligente*, que me valiese de sanación. Como mi cultura fálica venía de ser extensa, ya sabía que estos cetáceos cuentan con una punta giratoria cargada de músculos con la que ensartan a las hembras, y con la que además escarban en los fondos marinos en busca de alimento. Tales portentos, de entrada, eran una garantía. Lo que desconocía, por ejemplo, es que para cazar usasen técnicas complejas de matemática no lineal, que mientras duermen la mitad del cerebro permanece despierta, que su piel se renueva cada dos horas, que cuando cazan sujetan pedazos de esponja en sus hocicos para protegerse de las rozaduras del coral o que en ocasiones, si no hay otro divertimento, se dedican a jugar con peces globo para colocarse con sus toxinas. Los delfines son tan versados en esto de vivir que incluso follan por el simple placer de follar. Larga vida, pues, a los delfines. Todas estas listezas me sirvieron de alivio, y ya estaba impaciente por encontrármelos en las holguras del Estrecho. Más aún por volver a entrenar con Martín, que por segunda vez me venía al rescate. Y lo mejor del cuento: sin neopreno.

Siempre pensé que a los cuarenta coleccionaría relojes, vestiría trajes a medida y conduciría un descapotable. Esa era mi idea de hacerse viejo cuando era joven, como si a los cuarenta ya estuviera todo vivido y solo quedase ver llegar a la muerte con el Rolex de medio kilo luxando la muñeca. No contaba con que a veces las edades se confunden, los años se adelantan y los cuarenta son los nuevos treinta. Y ahora que mi documento nacional de identidad me señalaba las cuatro décadas, tenía la sensación de que aún me quedaba todo por hacer y nada era como creí que sería. Por no llevar reloj siempre iba tarde, a broncas con la hora, y me movía en un Renault comprado a plazos, lleno de golpes. Apenas tenía un traje de Inditex que rescataba para todos los eventos de etiqueta en los que se me requería, como un juglar de bodas y bautizos. Además, las nuevas modas jugaban al despiste; los nuevos ricos vestían como traficantes, prisioneros de una estética dislocada según la cual hasta Chanel producía chándales, y así era imposible atinar; yo ya no sabía si era un burgués o un muerto de hambre, o si los demás me veían como un madurito con clase o un joven de gustos más bien estrafalarios. Un enorme jardín de decepciones, eso eran los cuarenta.

Y luego estaba el trabajo, que también. Como a los koalas en peligro de extinción, a los escribas que un buen día hacíamos periódicos se nos estaba acabando el chollo. La gente se acomodó en el «todo gratis» y ya nadie pagaba por noticias, y si en un descuido nos leían debíamos servirles en bandeja un buen plato de vísceras. Al público, que ya tenía en un botón de Netflix un millón de aventuras, solo le interesaban las historias de putas y pigmeos, los alcaldes ninfómanos, los tiroteos en Bataclan y Justin Bieber.

En los últimos tiempos fui el enviado especial a una orgía multitudinaria en Benidorm que obtuvo el récord Guinness, entrevisté a un doble de Mao Tse

Tung que vendía barquillos en la calle Carretas y a un entrenador de baloncesto con esclerosis múltiple, y destapé a un curandero marbellí que prometía sanar el cáncer con solo mirar un cuadro. Y no un cuadro cualquiera, pues para que el tumor se esfumase del todo solo valían los lienzos pintados por él mismo. Escribí sobre una mujer que decía ser una princesa inca, de la colección de cuchillos antiguos de Angelina Jolie, del aumento de senos de una nieta de Francisco Franco. Incluso cubrí una huelga de policías locales que pedían coches patrulla más grandes, pues alguien había calculado mal las medidas de la nueva flota y las piernas no les cabían.

Solo una vez me negué a obedecer al Galgo, cuando este me pidió que me presentase de incógnito al casting de *Gran Hermano*, el *reality* aquel donde encerraban a cabestros con retraso madurativo en una casa llena de espejos y tapicerías de lunares.

—Quiero que te sometas a los test psicotécnicos del proceso de selección —me dijo—. Averigua si para entrar en la casa hay que estar loco, o si con ser imbécil es suficiente.

—No pienso hacer eso —respondí—. ¿Y si me eligen?

—Se presentan más de cien mil tarados, así que la estadística no está de tu parte.

—La estadística me la paso yo por la bragueta, Galgo. Además, yo soy carnaza de telebasura.

—¡Precisamente por eso has de ser tú quien se presente!

—¿Insinúas que soy carnaza de telebasura?

—Yo no he dicho eso.

—Acabas de decirlo. Pero ya me he cansado de ser tu rata de laboratorio, así que búscate otra estrella de la farándula.

Por primera vez en demasiados años lo dejé con la palabra a medio salir de su boca entreabierta, con su nariz de galgo arrugada y sosa, los brazos en jarra

y los ojos crispados, de ácido sulfúrico.

A pesar del desencuentro, seguí cumpliendo con más pena que gloria las exigencias del nuevo periodismo, pero todo era tan igual que ya nada era lo mismo. Empecé a pensar en abandonar cuando murió Greta. Nos habíamos escrito algunas veces después de su percance con las mariposas. Todo parecía ir a mejor en su barriga, eso es al menos lo que me contaba ella. Pero cuando iban a darle el alta después de un mes de cautiverio en el hospital, su estado se complicó de forma irreversible; una infección de última hora se extendió a su torrente sanguíneo y su pequeño cuerpo de Lolita, demasiado mermado ya por la convalecencia, no lo resistió. La belleza absurda de las quince mariposas con las que pensaba sentir el cosquilleo del enamoramiento se le volvió tragedia, y finalmente murió sin saber que todo eso que contaban las películas era mentira. Al saber de su muerte prematura, quise participar a mi manera de su dulce locura. Cogí ciento cincuenta euros de mi caja de hojalata de las cosas importantes y me presenté con el dinero en un estudio de tatuajes. En su honor me grabé una mariposa en el brazo izquierdo. Todavía me sobraron cincuenta euros. Cuando ya me iba, le pregunté al tatuador si con eso me daría para una araña. «Si es pequeña, sí», respondió. Y así me llevé también un escueto recuerdo de Julio César Espinoza en el gemelo derecho.

Entonces no me atreví a dar el paso; la carga de la hipoteca me pesaba demasiado como para abandonar el periodismo. Ni siquiera el «quién eres» de Fidel, que me cayó entre las manos como dinamita, arrugándome la piel, me sirvió de señuelo para dejar mi trabajo. Resignado, resistí con las putas y los pigmeos y los alcaldes y Justin Bieber, y continué timoneando entre crónicas bufonas. «Pues la vida es un burlesque —solía decir el Galgo—, y nosotros los comediógrafos del folletín.»

Todo vino a precipitarse la noche antes de mi bautismo en la piscina con Martín. Como sabía que venían tiempos difíciles y un hambre tiránica, quise

despedirme de la vida estrepitosa con una pizza que más que pizza era un bodegón de Caravaggio. La fabriqué yo mismo, adobándola con tantísimos ingredientes que la base apenas se sostenía, y cuando iba a meterla al horno, famélico de mí, un mal pulso me hizo flaquear y la pizza se cayó al suelo. Pude ver el alud de colores intensos precipitarse con su gravedad lenta y parsimoniosa, y la vida se me apareció en cada trozo de cebolla, en cada rodaja de tomate, en cada loncha sabrosa sacada de la tierra. Lo vi. Todo lo vi. Pero lo que iba a ser un estropicio no lo fue y la pizza, por una vez, se quedó bocarriba, incólume, maravillosa, con el papel de aluminio justo debajo, perfectamente dispuesto. Pues ni Caravaggio hubiera hecho tal cosa.

Me quedé mirándola un rato largo, conmovido por mi buena suerte. Me dio en pensar entonces que la vida tal vez solo fuese eso, una pizza bocarriba. Y esa cosmovisión de los pequeños triunfos, de la brutal belleza del peperoni a salvo, me cambió la vida. Cuando le di boleto al último bocado de paraíso, escribí al Galgo para decirle que no volvería.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—Muchas cosas —respondí—. Prepárame el finiquito, la liquidación, el remate final, lo que sea...

—¿Quién te crees ahora? ¿Jack Kerouac?

—No he sido yo. Fue la pizza.

Y como estaba en racha, libre de arrumajes, esa misma noche salí de casa con porte desaliñado, mitad pijama, mitad vestido, y fui a llamar al timbre de mi vecina. La mujer me abrió envuelta en una camisola blanca y desprevenida, pasmada por la hora inoportuna.

—Vengo a recuperar mis plantas —le dije.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

—Parece que ahora sí voy a poder cuidarlas —dije. Y como me encantaba aparentar que estaba regular del juicio, tirando a loco, le hice un resumen de

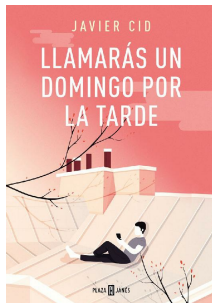
mi nueva vida—: Los delfines me van a quitar un poco de tiempo, pero en algo tendré que ocupar los domingos.

—Esto está bien—respondió.

Y se fue a por ellas torcida sobre sí misma, un poco paticoja, arrastrando las babuchas por el pasillo.

«Un divertido y dolorido relato sobre la búsqueda de la felicidad con un narrador barroco, brillante y sentimental que reinventa a los bohemios clásicos.»

Rosa Montero



Llamarás un domingo por la tarde comienza, como todas las tragicomedias de altura, con un desamor fulminante que hará que su protagonista caiga en cada uno de los vicios de este siglo insoportable. Con la coartada de la soledad, que es la triste enfermedad de los domingos, emprende un descenso a las cloacas de las redes sociales, al tórrido maná del culto al cuerpo, al azote del psicoanálisis. Con el tictac de los cuarenta años siguiéndole los pasos, a punto de estallarle como una bomba de relojería, caminará sin paraguas bajo la tormenta. En este viaje a no-sé-dónde también hay bullying y pasiones fugaces, revelaciones místicas, gin-tónicos, muertos, tartas de zanahoria e incluso milagros. Y aún deberá descubrir si la amistad auténtica, un último viaje o algún amor tardío podrán salvarle.

Si hoy en día eliges una carrera, un trabajo, unos amigos, una dieta, una terapia, un gimnasio, una app de citas, un servicio de comida a domicilio, una droga, una hipoteca, ¿por qué cuesta tanto elegir ser feliz?

Tras muchos años acomodado en la placidez de la vida en pareja con su novio, el protagonista de esta novela se queda atrapado en las redes de la soltería. De un día a otro ha de acostumbrarse a un apartamento demasiado vacío, a una cama demasiado grande y a la aterradora soledad de los domingos por la

tarde, donde nunca hay nadie al otro lado. Obligado a comenzar de cero en una edad en la que no se es ni joven ni viejo, recurrirá a un entrenador personal, una terapeuta y un nuevo grupo de gente tan desubicada como él para afrontar un futuro incierto.

Aunando temas como el peterpanismo, el culto al cuerpo, el bullying, la promiscuidad o la obsesión por las redes sociales, *Llamarás un domingo por la tarde* desarrolla una emocionante y divertida historia que profundiza en los anhelos y preocupaciones de una generación que se resiste a afrontar el paso del tiempo.

Javier Cid es uno de los periodistas más mordaces y polémicos de los medios y las redes sociales. Premio Alan Turing de Comunicación por su defensa de los valores LGBT, se dio a conocer con *Diario de Martín Lobo* (Plaza & Janés, 2010), un libro que recogía el espíritu de *Blogback Mountain*, un blog de *elmundo.es* donde narraba sus desventuras con un seudónimo, y que durante un tiempo fue la bitácora más leída del periódico. *Llamarás un domingo por la tarde* es su primera novela.

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2019, Javier Cid

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial/ Carlos Pamplona

Ilustración de portada: © Salomé Gautier

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02333-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Llamarás un domingo por la tarde

1. Moriré un martes

2. Sopa de ruibarbo

3. Akenatón, yo te bautizo

4. Las tribus de las colinas

5. Villa Burlesque

6. Perdimos porque no ganamos

7. Madame Blavatsky tenía razón

8. Tierra Santa, trágame

9. El festival de la Avutarda

10. Viral

11. El hijo de Mabrouk

12. Oye, Siri

13. McRoyal Deluxe

14. Dios salve a la reina

15. Mariposas

Sobre este libro

Sobre Javier Cid

Créditos